un misterio de JUDITH SPEARS

Crimen Fuera de Plazo



SAM OMAN

CRIMEN FUERA DE PLAZO

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS – LIBRO 4

Copyright © 2026 par Sam Oman

Tous droits réservés. Aucune partie de cette publication ne peut être reproduite, distribuée ou transmise sous quelque forme ou par quelque moyen que ce soit, y compris par photocopie, enregistrement ou tout autre moyen électronique ou mécanique, sans l'autorisation écrite préalable de l'éditeur, sauf pour de brèves citations incluses dans des critiques et certaines autres utilisations non commerciales autorisées par la loi sur le droit d'auteur.

Couverture : Shutterstock

CRIMEN FUERA DE PLAZO

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS – LIBRO 4

SAM OMAN

TANGLEBOX
BOOKS

PROLOGUE

«Qué peligrosa es la adquisición del conocimiento», escribió Mary Shelley mientras daba vida con su pluma a la mente de Victor Frankenstein.

El asesino reflexionó sobre esas palabras, sobre todo porque el conocimiento era el factor principal para salir impune de un crimen.

Y la suerte.

La suerte y el conocimiento.

Así pues, en realidad había dos factores principales para salir impune de... tres, si se incluía la planificación meticulosa, lo cual era obligado en este caso.

El asesinato en sí había sido un auténtico engorro. Hubo que hacer mucho teatro para distraer a la víctima y pillarla por sorpresa. El forcejeo posterior, más complicado de lo previsto, había causado una lesión molesta y podría haber llamado la atención.

Pero el trabajo estaba hecho y ahora solo quedaba deshacerse del cadáver. Ahí era donde un cierto conocimiento de un proceso complicado resultaba de lo más útil. Con una sincronización precisa —la sincronización, por supuesto, siendo el cuarto de los tres factores principales para salir impune de un crimen— el cuerpo no volvería a verse jamás. No podría volver a verse.

Ojalá el mundo pudiera conocer su genio, pensó el asesino mientras envolvía el cadáver en plástico como un macabro regalo de

Navidad destinado a alguien que le caía fatal. Pero ese tirón del ego tendría que satisfacerse en otro momento. Ahora mismo, lidiar con el aguacero y el barro resbaladizo estaba resultando mucho más difícil de lo previsto, especialmente con la lesión. Por suerte, la planificación había tenido eso en cuenta, y el cadáver fue lanzado de una patada por un terraplén embarrado. Se deslizó de cabeza hacia el agua como en un macabro tobogán acuático... y entonces flotó.

Eso fue otro problema inesperado.

Por suerte, el agua no superaba la cintura y se tenía ayuda a mano. Hubo mucho refunfuñar y trajinar con bloques de hormigón y bridas de plástico, todo ello a la débil luz de una linterna de mano con las pilas a punto de agotarse.

Tras mucho blasfemar entre dientes y unos treinta minutos extra metido en el agua helada contrayendo un resfriado de campeonato, la tarea estaba terminada. Solo quedaba detenerse a escuchar por encima del castañeteo de dientes para ver si tanto jaleo había atraído alguna mirada inoportuna.

Ese era el conocimiento que importaba. El primer indicio de que la sombría tarea había concluido y de que el siguiente paso en la conquista del poder podía comenzar sin trabas.

1

El sigilo y la astucia eran los trucos del oficio que Judith Spears había perfeccionado en tiempos, cuando aún tenía un oficio. Incluso ella tenía que reconocer que la palabra «oficio» era una licencia que pocos aceptarían, y desde luego no era una profesión que hubiera visto anunciada nunca en ningún tablón de ofertas de empleo. En una ocasión lo había llamado una «vocación», pero eso había sonado bastante siniestro. Fuera lo que fuese, ahora volvía a experimentar la vieja emoción que le producía hacerlo de nuevo.

Todo empezó, como parecían empezar las cosas en estos tiempos, con una compra por internet una noche de insomnio. Era un localizador inalámbrico. En otros tiempos, semejantes maravillas eran dominio exclusivo de los espías de élite, pero por treinta euros, Judith se sentía ahora como Judith Bond. Ese inocente artilugio podía adherirse a cualquier cosa y su ubicación rastrearse en la aplicación del móvil: llaves del coche, monederos, bolsos, mascotas... y coches de la policía encubierta.

En este caso, el de un tal inspector Miguel Hamper de la Policía Nacional de Madrid, que había mostrado un interés excesivo en Judith. Sus intenciones eran claras: causarle todos los problemas que estuvieran en su mano. Judith sería la primera en admitir que, potencialmente, había mucho problema que encontrar si uno tenía ganas y sesgaba los hechos —o al menos sus intenciones— de la

manera equivocada. Esas perspectivas debían reconducirse o, mejor aún, evitarse.

El localizador la había guiado hasta Bristol. Después de seguir discretamente a Hamper por la ciudad mientras este husmeaba en varias tiendas de la calle principal en busca de ropa que pudiera encajar en su figura cada vez más voluminosa, él había llegado al vestíbulo del Hotel Hilton.

Se había acomodado en una mesa del bar y había pedido un café solo. No era un espacio en el que a Judith le resultara fácil pasar inadvertida. A mediodía solo había un puñado de hombres de negocios y aún menos turistas, por lo que era cuestión de tiempo que él la descubriera. Pero como la suerte estaba de su parte por el momento, pudo observarle a través de los ventanales mientras permanecía sentada al otro lado de la calle, espiándole de vez en cuando con unos pequeños prismáticos rojos que llevaba tomados en préstamo indefinido de las localidades de gallinero de un teatro londinense. Siempre se había prometido devolverlos algún día, cuando pusieran algo que mereciera la pena.

Pasados doce minutos, la vigilancia se volvió incómoda cuando empezó a llover. Judith se ciñó más el abrigo y ladeó la gorra de béisbol que llevaba para protegerse la cara. No sabía si tenía pinta de estar a la moda o, lo más probable, de ser una indigente que había caído en desgracia. Resultó ser un aspecto bastante útil, porque poca gente la miraba dos veces y todos se mantenían alejados del banco en el que estaba sentada.

Al arreciar la lluvia, reparó en un hombre que sujetaba un paraguas ocultándole el rostro. Trotó de ese modo propio de los hombres de mediana edad con sobrepeso —poco más que un paso ligero acelerado— y desapareció por las puertas giratorias del hotel, para reaparecer momentos después al otro lado del cristal en línea recta hacia Hamper. Se estrecharon la mano y el hombre tomó asiento, hablando con gran animación al detective. Solo por sus aspavientos, el recién llegado le resultaba dolorosamente familiar.

Limpiando las gotas de lluvia de los prismas de los prismáticos, los levantó para verle mejor. Con el cristal salpicado de gotas, cada vez era más difícil distinguir algo que no fuera un mosaico borroso.

Pero con eso bastó. Sabía exactamente con quién estaba hablando Hamper.

Derek.

No pudo contener el nombre, y pronunciado en voz alta, arrancó una mirada sobresaltada de una mujer que pasaba por allí, quien probablemente lo había escuchado como una palabrota de las gordas.

Judith soltó una carcajada de incredulidad mientras observaba cómo se desarrollaba la conversación entre los dos hombres. Era un giro muy interesante en los acontecimientos entre ella y el inspector de la Policía Nacional, y reflexionó sobre el hecho de que podía salir de dos maneras. Tras un momento de cogitación, también tuvo que reconocer que de cualquiera de las dos formas, prometía ser divertido.

Un pitido en el móvil rompió el hechizo. Era un mensaje de Maggie recordándole el aperitivo de mañana al mediodía en la nueva biblioteca de Denzel Green. Eso estaba siendo ya una espina cada vez más clavada en su costado.

Durante el último mes, se había extendido una ola de entusiasmo por la comarca. Una biblioteca nueva en cualquier lugar era una rareza en los mejores tiempos. De hecho, una de las primeras acciones en favor del bien público que Judith había emprendido cuando se mudó a Little Pickton fue mejorar y mantener viva su pequeña biblioteca. Un crítico la habría acusado de chantaje. Sin embargo, eso debía de ser un completo disparate porque el chantaje es algo terrible y las bibliotecas son maravillosas.

Ahora corrían rumores sobre esta nueva biblioteca en la ciudad más grande de Denzel Green. Rumores que podían extenderse y perjudicar a Little Pickton, y Judith no estaba dispuesta a tolerarlo.

2

No había manjar más exquisito que un trozo tierno y reluciente de piña en almíbar, cubierto con un cuadradito bien cortado de queso manchego, ensartado en un palillo y coronado con una diminuta salchicha cocida del tamaño de un pulgar.

En opinión del subinspector Raimundo Collins, era la cima de la gastronomía. Se metió el palillo entero en la boca y lo estrujó. Después remató la jugada pasando los tres bocados entre los dientes de un solo golpe.

La salchicha en palillo, el hojaldre de salchicha y el desayuno inglés con salchicha eran sin duda las más grandes aportaciones de Gran Bretaña a la gastronomía mundial; al menos dos de ellas estaban disponibles en el primoroso bufé del acto inaugural de la Biblioteca de Denzel Green. No había pensado pasarse, hasta que le dijeron que había bufé gratis. Y ahora el plato de cartón que sostenía en la mano izquierda estaba apilado con muslos de pollo fríos, hojaldritos de salchicha del tamaño de un bocado (fríos, cómo no) y dos mini quiches de queso y cebolla, también fríos. El plato estaba doblado con maestría formando una pinza perfecta para aguantarlo todo.

Como hombre desesperadamente soltero, era comida suficiente para tirar un par de días si conseguía sacar algo de contrabando. Captó la mirada de Sara Eastly posándose alternativamente sobre su

plato a rebosar y sobre su boca mientras se metía otro palillo de un bocado.

—Es como la multiplicación de los cien —murmuró ella.

Collins frunció el ceño.

—¿Quieres decir de los cinco mil?

Sara se encogió de hombros. Las citas bíblicas no eran su especialidad. Estudió la muchedumbre reunida en el espacio. El acto había atraído a una cantidad enorme de personas de toda la comarca, principalmente porque por aquí nunca pasaba gran cosa, aparte de algún asesinato ocasional que tendía a mantener a la gente alejada. Sin embargo, la comida gratis atraía a propios y extraños con la fuerza de un agujero negro.

Divisó a Maggie Tawia al otro lado de la sala, ataviada con un vestido rojo que lucía espléndido contra su piel oscura y le caía desde el cuello hasta los pies, estrechándose hacia abajo en esa extravagante elección de moda que convierte el caminar en el torpe renqueo de alguien que lleva los tobillos atados. Era un conjunto más apropiado para Puerto Banús que para la inauguración de una biblioteca rural, pero estaba de pie junto a Fabián Heinzel, que lucía las cadenas del cargo de alcalde —que Sara sabía perfectamente que había comprado en eBay— y se regodeaba en toda la atención que podía absorber, con su carcajada de barril resonando por la sala.

Maggie le hizo un gesto con la cabeza y luego puso una cara combinada con un leve encogimiento de hombros interrogativo que transmitía con total claridad: ¿y Judith Spears, dónde se habrá metido? Sara puso los ojos en blanco y respondió con un encogimiento de hombros de pleno conocimiento de causa: ¿Quién puede saber nunca dónde está Judith?

Paseó la mirada por la sala, salpicada de fotógrafos y periodistas de medios regionales, siguiendo el camino de un fotógrafo del periódico local a quien conocía —le sonaba el nombre de Wilmán. Trabajaba para el Clarendon, el periódico que editaba Fabián. Su cometido hoy era tomar fotos con excesivo entusiasmo usando una vieja cámara réflex. Su flash no dejaba de sobresaltar a la gente, cuando el teléfono que llevaba en el bolsillo habría producido imágenes mucho mejores, pero le gustaba hacer el papel. Estaba

enfocando a Hattie Trelawny, la orgullosa nueva bibliotecaria, que lo estaba grabando todo en el móvil. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño descuidado y sus gafas redondas amplificaban sus ojos muy abiertos, dando la impresión de que todo le parecía fascinante. Sara no pudo evitar sonreír al verla moverse, balanceándose de una pierna a la otra como una cría a la que acaban de dar el recreo. Rondando los cincuenta, poseía una vitalidad juvenil que Sara temía haber perdido ya hace tiempo.

La biblioteca había sustituido al envejecido edificio municipal que llevaba desde los años sesenta ocupando la esquina de la calle que da al Sainsbury's, y lo había reemplazado con mucho estilo. Era tres veces más grande, con un amplio y luminoso atrio lleno de estanterías que albergaban no solo los viejos fondos de la biblioteca anterior, aún en proceso de traslado, sino también ejemplares nuevos cuyas lomos aún no habían sido abiertos.

Había mesas, sillones cómodos y plantas en macetas distribuidos por doquier. Una entreplanta rodeaba el espacio con paramentos de cristal y relucientes barandillas de acero. En un lado, ocho ordenadores ofrecían acceso gratuito a internet, lo cual a Sara le parecía excesivo dado que hoy en día casi todo el mundo usaba el móvil. En el otro lado de la entreplanta estaban los libros de consulta de gran formato, demasiado caros para prestarlos al público general.

El techo circular grande daba la impresión de una gran catedral y estaba entablillado con amplios tragaluces de cristal. En verano reflejarían el calor, en invierno lo retendrían, proyectando todo el tiempo una cálida luz suave que llegaba hasta el último rincón.

El diseño era tan acertado que incluso el bullicio general del centenar escaso de personas reunidas dentro quedaba absorbido por el cuidado arreglo de tapizados suaves y cortinas colgadas artísticamente en las paredes, añadiendo un ligero efecto beduino que, sin embargo, no resultaba fuera de lugar en plena campiña inglesa.

Sara miró el reloj. Eran casi las cuatro y Fabián estaba a punto de comenzar el discurso inaugural. Si Judith no se daba prisa en aparecer, se lo perdería.

Sara dio un mordisco a un hojaldrito de salchicha y envidió la inteligente decisión de Judith de no haberse presentado.

A ciudades pequeñas como Denzel Green siempre les cuesta atraer visitantes. Después de que el tren turístico de la comarca dejara de funcionar, pocas razones quedaban para venir, y eso también se aplicaba a los propios vecinos. Pero con el señuelo de la comida gratis, parecía que medio mundo convergía allí, literalmente como buitres literarios. Eso significaba que el único hueco libre del aparcamiento que Judith había encontrado era demasiado pequeño para su pequeño Ford KA, porque un enorme Audi Q7 gris había aparcado de tal manera que ocupaba dos plazas. El desconsiderado propietario evidentemente no quería que le arabasen la pintura, así que Judith salió del coche, echó un vistazo rápido a su alrededor, se agachó junto a las ruedas y desinfló las cuatro.

Después de darle demasiadas vueltas durante el viaje de vuelta desde Bristol, tenía ganas de hacer un poco de justicia por su mano, y ese tipo de comportamiento antisocial siempre le ponía de los nervios. A sus cincuenta y cinco años, cuanto más mayor se hacía, menos culpa sentía por ese tipo de acciones en favor del bien común. Tuvo que decirse que no fuera demasiado lejos; hay un paso muy pequeño entre desinflarle las ruedas a alguien y lanzar latas de sopa a obras de arte en los museos para protestar contra el desperdicio de alimentos o algo por el estilo.

Volvió al coche, dio una última vuelta al aparcamiento y acabó aparcando en una línea amarilla. No había señales de tráfico visibles en los alrededores que le indicaran las condiciones de aparcamiento, así que dio por sentado que le favorecían, y apiadese el guardia de la grúa que intentara decirle lo contrario.

Había venido directa desde Bristol por la autopista, pero había quedado tan atrapada en el tráfico que llegaba tarde. Cerrando el coche con llave, se apresuró calle abajo y dobló la esquina hacia el edificio nuevo. El gran edificio blanco de cristal y hormigón, con ángulos que daban la ilusión de estar aferrándose al cielo, no encajaba nada en la ciudad tradicional, que era una mezcla de arquitectura victoriana, eduardiana, de posguerra y algún que otro atentado estético de los años setenta. En su opinión, parecía como si

alguien hubiera dejado caer un merengue gigante y lo hubiera salpicado de cristal.

A través de los altos ventanales verticales de los laterales se veían grupos de personas blandiendo copas y platos de comida. Su estómago respondió con un gruñido. No había probado bocado desde el desayuno y su tardanza no le había permitido ni siquiera parar en una gasolinera a por un bocadillo. En su juventud, saltarse las comidas no suponía ningún problema, pero ahora le resultaba cada vez más difícil ignorar la necesidad de un subidón de azúcar.

Las grandes puertas dobles se abrieron automáticamente al entrar en el vestíbulo, que daba paso a la biblioteca propiamente dicha, pasado el mostrador curvo donde se devolvían o se escaneaban los libros. Dio un paso vacilante hacia la masa de personas, todas las cuales le dieron la espalda mientras alguien hacía tintinear una copa y el inconfundible barítono de Fabián convocaba a todos para su discurso.

Se quedó paralizada al ver el tablón de anuncios. Habían colocado una gran fotografía suya, rodeada de recortes de prensa que rezaban: «Vecina amateur resuelve un siniestro crimen». Otro decía: «Una vecina de la localidad se enfrenta a todo para resolver un crimen». Judith tardó un instante en comprender que estaba contemplando un santuario dedicado a sus propios logros, con una pancarta que proclamaba: «¡Heroína local nos mantiene a todos seguros!».

Era un montaje elaborado con amor y admiración, y Judith empezó a preguntarse si detrás de todo ello estaba la inspectora Sara Eastly. A la mayoría de la gente le habría halagado, pero Judith lo encontró gélido y fuera de lugar. No le gustaba llamar la atención sobre sí misma en ningún momento. Habría que tener una conversación.

Estaba a punto de dejarse arrastrar hacia el atrio principal cuando Fabián comenzó su discurso de bienvenida. Por suerte, estaba de pie al lado opuesto del bufé, que la atraía como un imán. Lo custodiaba el subinspector Raimundo Collins, sosteniendo con una mano lo que equivalía a una pequeña cesta de picnic sobre un

plato, llevándoselo a la boca con la otra mientras observaba a Fabián.

Judith no pudo evitar sonreír; le tenía un cierto cariño al zoquete. Lo consideraba uno de los detectives más competentes con los que se había cruzado, aunque eso era solo un cumplido a medias. Y era una habilidad que ocultaba bien a los demás, incluido él mismo. No eran tanto sus dotes de razonamiento sino su capacidad para trabajar con personas en equipo, una habilidad que pocos poseen y que a él le honraba. Además, tenía su encanto propio: introvertido y poco dado a expresar sus sentimientos, aunque los llevaba escritos en la cara con ese aire de soledad de mediana edad que ella encontraba extraño. Porque si se hubiera esforzado un poco más cada mañana —o quizás hubiera hecho varios kilómetros más— era un tipo bastante apuesto.

Su estómago reclamaba atención, pero su mirada fue secuestrada por una puerta abierta a un lado del mostrador de entrada. Sabía, por los planos del edificio que había conseguido, que esa puerta daba a unas escaleras que bajaban al sótano de almacenamiento.

Durante el último mes, alguien le había estado enviando a Judith copias de planos del edificio, facturas y correos electrónicos impresos sin remitente relacionados con la licitación y la construcción de la biblioteca. Y no tenía ni idea de por qué. El remitente había añadido alguna nota escrita a mano: fíjate en esto, de interés, etc. Todas firmadas con una X ambigua, o un beso. No estaba muy segura.

Sin ninguna petición de ayuda explícita, había supuesto que estaban dirigidas a otra persona por error. Hasta que empezaron a correr rumores de que los sobrecostes de la obra significarían el cierre de otros servicios. Incluyendo su propia biblioteca en Little Pickton.

En ese momento el asunto se había vuelto personal de repente, y Judith prestó más que una mirada superficial a los documentos. Ahora que buscaba irregularidades, las encontró.

Los encabezamientos y las cifras de los documentos habían sido alterados sutilmente. Suficiente para engañar al observador casual,

pero Judith se había movido en el mundo de las estafas y el fraude, así que para ella las enmiendas saltaban a la vista. Una investigación más profunda la llevó por la historia accidentada del edificio: impulsado por un concejal local que sufrió un colapso nervioso y desapareció, adoptado por Fabián Heinzel, que lo vio como un triunfo para su carrera como alcalde. Y un posible ejercicio de corrupción por parte de la empresa local responsable de la obra, Umbridge Construcciones.

Judith sospechaba que se habían recortado costes y usado materiales de calidad inferior en la construcción, embolsándose efectivo el o los defraudadores, cuya identidad desconocía. Normalmente no habría prestado demasiada atención a semejante problema, pero con su biblioteca amenazada estaba en una cruzada para hacer justicia.

El único problema era que nadie más parecía ser consciente de que existía un problema de corrupción y, salvo el misterioso remitente de documentos, nadie había presentado queja alguna. Judith había logrado inspeccionar la biblioteca cuando estaban instalando la electricidad, pero la habían echado. Ahora, no solo podía entrar y salir a su antojo junto con el resto del público, sino que alguien había dejado abierta una puerta que daba a una zona restringida. Y eso para Judith era una invitación irresistible.

Como nadie miraba en su dirección y el alcalde estaba ya en pleno desarrollo de lo que ella sabía que resultaría ser un discurso de autobombo, se coló por la puerta y bajó las escaleras que llevaban al sótano.

A diferencia de la impoluta planta superior, Judith entró en un mundo donde el techo estaba cubierto de conductos de climatización, cables y tuberías, todos a la vista y discurriendo en todas direcciones. Las paredes solo habían recibido una mano de pintura gris de cortesía, de la que ya parecían haberse desprendido pequeños trozos en algunas partes. Señales de recorte de gastos, se preguntó.

El sótano estaba lleno de cajas de almacenamiento, sobrantes de la biblioteca principal, una gran mesa desordenada, un tablón de

anuncios y un hervidor que lo identificaban como el rincón tranquilo de la bibliotecaria.

Y un agujero irregular en el suelo, suficientemente grande como para tragarse su coche. El suelo había cedido, dejando al descubierto varias varillas de acero que se habían partido.

Y allí abajo había alguien.

Iluminado solo por los fluorescentes, el agujero parecía bañado en una luz grisácea —una cualidad de la luz que ella no sabía que existiera. Se acercó al borde y vio la parte superior de un casco blanco que, afortunadamente, estaba sobre la cabeza de un hombre de mandíbula cincelada y constitución atlética que llevaba un chaleco reflectante. Descartando que fuera un stripper perdido, carraspeó para llamar su atención. Él levantó la vista sobresaltado. Tenía los ojos como platos.

—¿Va todo bien? ¿No se habrá caído, verdad?

El hombre negó con la cabeza y se volvió de nuevo, contemplando el interior del agujero. Judith se desplazó hacia un lado del hoyo y miró hacia abajo. El suelo había derrumbado hacia una cavidad de unos dos metros de profundidad. El operario estaba de pie en una charca de agua turbia que le llegaba a las rodillas. Con la escasa luz, tardó un momento en distinguir lo que le tenía tan absorto.

Era un gran envoltorio de plástico verde con un cuerpo dentro.

El plástico se había desgarrado en algún saliente afilado y asomaba una mano. Una mano que no estaba en las mejores condiciones. Para empezar, estaba muerta, y era evidente que llevaba bastante tiempo descomponiéndose, desprendiendo un hedor nauseabundo que disipó de golpe cualquier deseo de ir a saquear el bufé.

3

Judith emergió del sótano en medio de un estruendoso aplauso que, en su opinión, era una gratitud desproporcionada por haber descubierto un cadáver en los cimientos hundidos del edificio.

Le llevó una fracción de segundo a su mente ponerse al día con la realidad que la rodeaba, y fue con alivio que comprendió que había salido justo al término del discurso de Fabián.

Por las sonrisas y los apretones de manos efusivos, sumados a las advertencias que Maggie le había dado, sabía que Fabián estaba utilizando todo el peso de su responsabilidad civil y su éxito con la biblioteca para impulsar su candidatura a un nuevo mandato como alcalde. Aun así, la política y el descubrimiento de cadáveres raramente hacían buenas migas, así que le pareció más prudente buscar discretamente a Raimundo Collins antes que gritar "¡hay un muerto!" en mitad del acto.

Divisó a Sara Eastly y a Raimundo Collins rondando la mesa del bufé como depredadores en el Serengueti. Serpenteó diez pasos entre la muchedumbre, que estaba bastante más suelta de lo habitual gracias al cava barato y gratuito que se ofrecía. «Perdona, perdona», murmuraba, cogiendo al paso una copa de vino blanco de mala muerte de una bandeja. Pero no llegó lejos antes de que su camino fuera bloqueado por una figura jovial y alborotada.

—¡Judith Spears! —exclamó Hattie Trelawny, acompañando la exclamación con un movimiento de manos teatral. —¡Llevo buscándote por todas partes! —La abrazó en un abrazo tan apretado que en cualquier otra cultura habría constituido un asalto. Le exprimió el aliento de los pulmones.

—¡Hattie! —logró jadear Judith, separándose de ella. Solo había coincidido con la bibliotecaria en un par de ocasiones, pero cada vez la mujer había actuado como si fuera su gemela perdida hace mucho tiempo.

—Quería que dieras un discurso —Hattie señaló al otro lado de la sala—, para inaugurar nuestra nueva sección ampliada de novela negra.

Judith parpadeó confundida antes de reparar en el pasillo de libros de crimen cubierto de banderines y estrellas y, para su completa consternación, en un recorte de cartón a escala casi real de Judith Spears. Reconoció la fotografía de inmediato por el ceño fruncido de su cara. La habían tomado de un artículo de un periódico local sobre el espantoso escándalo ferroviario de la comarca. La habían copiado y ampliado hasta quedarse a unos centímetros de la estatura real de Judith, y con ello, la calidad de la imagen la hacía parecer un Picasso: reconocible solo desde lejos, o para los que tuvieran muy mala vista. Judith no estaba del todo segura de si el bocadillo de cómic que también habían pegado a su efigie, con las palabras «¡Soy Judith Spears! ¡Ven a resolver crímenes conmigo!», lo empeoraba o no.

Era uno de esos raros momentos en su vida en que se encontraba sin palabras y solo pudo articular «eh, eh» repetidamente mientras miraba fijamente. «Tenía pensado tener una charla contigo sobre el expositor de la entrada», dijo por fin.

—¿A que es maravilloso? —declaró Hattie. —¡He seguido todos tus casos! —Se juntó las manos en un gesto de adoración heroica que despertó una sensación de terror en Judith. Nunca había tenido una fan, pero apostaba a que ese no era el momento adecuado para apagar ese entusiasmo tan fuera de lugar. «Yo habría pensado que el subinspector Collins habría sido el candidato perfecto para el cartel», dijo Judith, señalándole con la cabeza.

Hattie se sonrojó ligeramente. Era una reacción pequeña que casi logró disimular, pero que habló por sí sola a los ojos de lince de Judith. «Oh, bueno, no me pareció prudente, ya sabes, con todo su trabajo encubierto».

—¿Trabajo encubierto? —dijo Judith confundida. Raimundo Collins era muchas cosas, pero desde luego no era James Bond.

Las mejillas de Hattie se enrojecieron aún más. «Bueno, es bastante fornido, ¿verdad?», exclamó en un susurro cómplice. «Un buen partido, qué quieres que te diga», arrulló.

Judith dudó. Esto no era en absoluto su terreno. Echó un vistazo en dirección a Raimundo. «Eh...» fue todo lo que se le ocurrió decir de nuevo.

Tenía intención de rodear a Hattie, pero la mujer imitó fluidamente sus movimientos, bloqueando su camino casi por telepatía con una sonrisa cada vez más amplia. «Estaba pensando que podríamos hacer una maravillosa velada de lectura de novela negra contigo, Judith. Compartirías fascinantes reflexiones sobre la mente criminal y quizás incluso iniciarías un club de lectura habitual. ¡Podríamos tomar té y tostadas!», exclamó como si fuera un golpe de genialidad. «Sería una experiencia única para todos. Una forma de verdad de unir a la comunidad en torno a este templo del conocimiento».

El pensamiento heló a Judith. Su boca hizo un valioso intento de dar forma a una multitud de palabras pero no logró pronunciar ninguna bajo el rápido asalto verbal de la bibliotecaria. Una vez más, hizo un valiente intento de escapar del campo de fuerza invisible de la mujer moviéndose hacia la izquierda y luego esquivando bruscamente hacia la derecha, y una vez más las artes oscuras de Hattie Trelawny contrarrestaron cada uno de sus movimientos.

—Bueno, en circunstancias normales estaría encantada —dijo Judith—, pero es que mis tardes tienden a llenarse bastante. —Su cabeza se giró bruscamente hacia arriba para mirar por encima del hombro de Hattie. —¡Ah, Fabián! ¡Señor alcalde! Magnífico discurso.

Fabián se había acercado a ellas con una copa de vino tinto en una mano y una de blanco en la otra. Sonrió. «Me alegra mucho que lo hayas disfrutado, Judith», dijo.

—Ha sido espléndido, y la señorita Trelawny aquí presente me estaba contando sus maravillosos planes nuevos. —Hattie retrocedió para incorporar a Fabián a la conversación, lo que fue justo la distracción suficiente para que Judith se escabullera por el borde y pusiera rumbo directo hacia Sara y Raimundo. —Estoy segura de que te lo contará todo con pelos y señales —dijo por encima del hombro sin atreverse a mirar atrás. Se lanzó directa hacia los dos policías.

Sara le dedicó una sonrisa radiante. «Judith, has llegado justo a tiempo para el final de la comida».

—Bueno, vine por el discurso y milagrosamente conseguí evitarlo. —A pesar de los horrores del sótano, su estómago parecía haberse recuperado y gruñó cuando vio el último hojaldrito de salchicha que quedaba sobre la mesa. Lo agarró justo cuando la mano de Raimundo se extendía hacia él. En un movimiento fluido, logró meterse el aperitivo en la boca mientras con la otra mano empujaba su copa de vino hacia la mano extendida del detective, cargándolo lo suficiente como para entonces ejecutar un doble golpe maestro y arrebatarle la mini quiche Lorraine del plato y comérsela también.

—Eso es robo —declaró Raimundo.

—Depende de si estás de servicio o no —dijo Judith con la boca llena de migas.

Raimundo puso los ojos en blanco. «Siempre estoy de servicio».

—Bien. En ese caso, tengo algo que denunciar.

Raimundo suspiró y le lanzó una mirada cautelosa a Eastly. «Aunque estamos a punto de terminar el turno, Judith, así que si vas a quejarte por el aparcamiento caótico de todo el mundo, o a delatar a la ladrona local de hojaldre de salchicha», asintió en su dirección, «quizás deberías llamar a la comisaría y denunciarlo allí».

—No, no, mi querido detective, vengo a denunciar un caso sin resolver.

—Un bufé frío no es un delito penal.

Judith recuperó la copa de vino de su mano y se la bebió de un trago. «Mi querido subinspector Collins, si pudiéramos tener un

mínimo de profesionalidad por una vez, me gustaría denunciar un asesinato».

Sara soltó una carcajada. «¿Pensabas que el discurso de Fabián había sido realmente tan malo?»

—Me imagino que sí, pero sorprendentemente diría que el cadáver del sótano le ha robado el protagonismo.

Sara rio entre dientes. Raimundo parpadeó. Pasaron buenos cinco segundos antes de que ambos se dieran cuenta de que hablaba en serio.

El detective contempló el cadáver envuelto en plástico que flotaba en el charco. Aunque había estado en presencia de otros cuerpos antes, el subinspector Collins nunca lograba acostumbrarse al olor de la muerte.

Eastly levantó el móvil para tomar fotos y sacudió la cabeza incrédula. «Eres un imán para los asesinatos, Judith».

—Esto no tiene nada que ver conmigo —dijo Judith, levantando una mano en señal de negación, mientras con la otra apretaba suavemente el hombro del conmocionado operario de mantenimiento. El hombretón estaba sentado en una caja, balanceándose en silencio por el shock. —Suéltalo, muchacho. Te traeremos una taza de té en cuanto hayamos desalojado a todo el mundo. —Miró hacia arriba a Raimundo. —Sugeriría decirle discretamente que cierren la biblioteca lo antes posible. Sobre todo con la prensa husmeando arriba.

—Sé cómo hacer mi trabajo, Judith, por si lo habías olvidado —dijo él con rigidez.

Judith se encogió de hombros. «Nunca viene mal recordárselo a la gente».

Con la bebida gratis agotada y la comida desaparecida, los invitados evacuaron más rápido que si hubieran accionado la alarma de incendios. Solo un puñado de personas había permanecido para usar la biblioteca con el fin para el que estaba concebida, pero Judith y Hattie Trelawny les habían animado discretamente a marcharse, diciéndoles que volvieran mañana cuando la biblioteca estaría abierta de verdad.

Fabián había estado en profunda conversación con un hombre que lucía un llamativo traje a medida de color rojo vivo. Eddie Sterling era un peluquero extravagante y adinerado que se había hecho millonario una década atrás en la comarca y que ahora estaba siendo preparado para patrocinar la campaña de reelección de Fabián. Ya se dirigían hacia la puerta, con intención de continuar las celebraciones en otro lugar. Maggie los seguía rezagada y lanzaba miradas escrutadoras entre Judith y Hattie Trelawny.

—¿Me vas a decir que está pasando algo? —preguntó Maggie, cuyo olfato detectaba el inconfundible aroma del lío.

—Oh, lo de siempre —dijo Judith con aire de suficiencia. Supuso que Maggie lo entendía porque no hizo más preguntas y enganchó su brazo al de Fabián, guiándole hacia la puerta con un animoso: «Creo que el Whine Bar ya estará abierto».

Una vez que todos se hubieron marchado, Hattie cerró la puerta con llave y se volvió hacia Judith. «Bueno, todo esto ha sido muy de película de espías», dijo con expresión seria, los ojos recorriendo la sala. «Noto que nuestros amigos policías no se han ido, ¿así que me vas a contar qué ha pasado?»

—Creo que será mejor que vengas conmigo.

Judith no sabía cómo reaccionaría Hattie Trelawny al saber que había un cadáver en el sótano, así que no se había arriesgado a contárselo por si acaso hubiera armado un escándalo, no de horror, sino de entusiasmo fuera de lugar. Judith no había errado demasiado el tiro, pues Hattie soltó un chillido y levantó el teléfono para grabar el momento. Judith le bajó el móvil suavemente, lo que templó la reacción de Hattie hasta convertirla en un «ooh» de intriga.

La inspectora Eastly estaba tomando la declaración del operario, y Collins, incapaz de obtener cobertura y sabiendo que la costa estaba despejada en el piso de arriba, subió los escalones a toda prisa para denunciar el incidente. Judith se puso al lado de Eastly, echó un vistazo a sus notas y dijo con autoridad: «¿Qué tenemos aquí?»

Eastly miró a Judith con diversión, reconociendo su típico modus operandi de convencer a los que la rodeaban de que era una parte oficial de la investigación. Sin embargo, existía un acuerdo tácito

entre Judith y los detectives, dado sus espectaculares intuiciones y su ayuda que, francamente, les había ayudado a resolver algunos casos espinosos. Así que Eastly estaba más que dispuesta a seguirle la corriente.

—Bien, señora —dijo aclarándose la garganta. Hattie Trelawny le dio un codazo a Judith y le lanzó una sonrisa impresionada articulando sin voz la palabra «señora». —Hemos llegado hasta donde Steve Bamber aquí presente fue requerido por la señorita Trelawny para investigar una grieta en el suelo.

—Sí, ese agujero no estaba aquí esta mañana —confirmó Hattie con los ojos fijos en él. —Y yo no le llamé a él. Llamé a la empresa constructora–

Judith levantó una mano para silenciarla. «Por favor, señora Trelawny, de uno en uno. Nos gustaría escuchar primero la declaración del señor Bamber».

—Por supuesto —murmuró Trelawny con un temblor de emoción.

Judith se sentó en el borde del escritorio, pero saltó cuando Hattie dio un chillido de advertencia. Estaba a punto de sentarse sobre una gran mancha negra de barniz pelado.

—Derramé producto de limpieza por todas partes cuando me daba prisa para tener el local listo para la inauguración —dijo ella con gesto de disculpa. Señaló un gran bidón de disolvente industrial en el rincón. —Mandaron unos productos de limpieza industriales baratos, creo que porque ya se han quedado sin dinero —añadió en voz baja. —¡Puede comerle los pantalones! Al menos tenemos los libros adecuados.

Judith puso una mano amistosa en el hombro de Hattie. «Gracias. Mira, mientras Steve da su declaración, será mejor que subas un momento». Hattie pareció decepcionada. «Solo porque también vamos a necesitar una declaración oficial tuya. Y no podemos que ambos sepáis lo que ha dicho el otro. Ya sabes cómo son estas cosas».

Hattie asintió comprensiva. «¡Oh! ¡Testigo! ¡Qué emocionante!»

—Y estoy segura de que Steve está deseando tomarse una taza de té, como todos nosotros.

Hattie miró el hervidor sobre su escritorio, pero captó la indirecta y subió rápidamente, aunque Judith sospechó que intentaría escuchar a escondidas la llamada telefónica del subinspector Collins. Una vez fuera de la habitación, Judith le dio una palmada en el hombro a Steve. «Continúa».

—Recibí una llamada de Adrián anoche para que viniera a primera hora de camino a otro trabajo a echar un vistazo. Es el señor Umbridge —aclaró—, que es dueño de la constructora que levantó este lugar. Trabajo para ellos por contrata cuando me necesitan.

—¿Así que conoce bien el edificio? —preguntó Judith.

Él sacudió la cabeza. «No participé en la construcción. Cuando bajé aquí, pude ver que había definitivamente un problema con el suelo. Estaba muy agrietado, quizás un fallo a flexión causado por una losa defectuosa, puede ser. Me puse justo en el borde ahí», señaló el borde del hoyo. «Mi peso fue suficiente para que cediera. El armado se partió y todo. Podría haber caído yo también».

Judith sonrió con calidez. Eso podría haber sido una lesión mortal.

Steve continuó. Miraba fijamente a sus pies, retorciéndose las manos, los codos apoyados en las rodillas. «No sé si es un socavón o una chapuza, pero la cavidad ya estaba inundada. Llamé a Adrián de inmediato y me dijo que hiciera un informe detallado y que no alarmara a nadie. Este tipo de cosas puede causar daños reputacionales. Así que hice lo que me dijo».

—¿Aún no había visto el cadáver en ese momento? —dijo Eastly con el bolígrafo suspendido sobre el bloc.

—Podía ver algo, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlo. —Se estremeció al pensarlo. —Bajé para verlo más de cerca y vi lo que era. —Se estremeció, con la mirada cayendo sobre el agujero. El cadáver no era visible desde su posición, pues flotaba bajo el borde del suelo en voladizo, pero no podía apartar la vista. —Al principio pensé que era solo basura que habían enterrado. Me resbalé al meterme en el agua, directamente encima. Fue entonces cuando vi la mano y me di cuenta de que era un fiambre. —Se le quebró la voz.

—Cuando pensó que era solo basura, ¿supuso que había sido enterrada en el barro?

Asintió con la cabeza. «Eso es lo que yo diría. Está enterrada en el barro entre los cimientos. Se puede ver justo uno de los pilares de cimentación ahí. Creo que el agua había subido y formado coqueras en el hormigón por debajo», notó sus expresiones y explicó. «Eso dificulta el fraguado, creando pequeños huecos en toda la losa a medida que el hormigón fragua. Como burbujas. Puede ser peligroso».

Judith estaba a punto de preguntar sobre el cadáver, pero Sara tenía preguntas más prácticas. «¿Cómo de seguro cree que está el edificio?», dijo.

—Habrá que llamar a un perito, sin duda. No creo que el lugar vaya a derrumbarse de repente o ya habría salido corriendo de aquí. —Soltó una risa lúgubre. Puso una mueca. El olor que emanaba del agujero le había revuelto el estómago. —Prefiero oler una tubería de aguas residuales reventada —murmuró.

Judith asintió en señal de acuerdo. «Es bastante intenso, lo que indica que lleva ahí un tiempo».

—¿Quizás desde que pusieron los cimientos? —preguntó Sara.

Judith se encogió de hombros. «Estoy segura de que fue cuando hubo oportunidad para que la mafia de Denzel Green le pusiera unos zapatos de cemento a este pobre desgraciado».

Sara frunció el ceño. «¿Zapatos de cemento?»

—¿Es que no ves películas de gángsteres? ¿Zapatos de cemento? ¿Durmiendo con los peces?–

—He visto Tiburón, pero no soy muy aficionada a las películas de gángsteres. Y Denzel Green es notoriamente escasa en ataques de tiburón —añadió—. Y en mafia, pensándolo bien.

—Se me han quitado las ganas de comer —dijo el operario, tapándose la cara.

Sara le dedicó una mirada de simpatía. «Tenemos todos tus datos, Steve, así que no creo que tenga mucho sentido que te quedes aquí más tiempo. Nos pondremos en contacto contigo si tenemos más preguntas».

Él levantó la vista esperanzado. «¿Puedo irme?»

—Por supuesto. —Judith le dio una palmada en el hombro. La mayoría de las personas sensatas nunca se habituaban bien a estar cerca de cadáveres. Por supuesto, era una pena que alguien hubiera perdido la vida, pero no podía evitar sentir un cosquilleo de emoción ante la perspectiva de la intriga que se avecinaba. Observó a Steve recoger apresuradamente sus herramientas y marcharse.

La inspectora Sara Eastly contemplaba el cadáver pensativa. Judith adivinó que le hacía sentirse un poco mejor por no haber aceptado el ascenso que le ofrecieron fuera del condado. Al fin y al cabo, este tranquilo rincón de campo se estaba convirtiendo en el tipo de barrio donde uno podía labrarse una reputación como detective. Aunque para lograrlo, habría que llevar a cabo la complicada tarea de encontrar al culpable.

Con la noche cerrándose, Judith normalmente se habría inclinado por volver a casa a ponerse el pijama de una pieza y quizás ver algún concurso moderadamente estimulante en La 2. Y ese había sido más o menos su plan hasta ese momento.

El subinspector Collins regresó acompañado de un joven agente uniformado, Kevin Fenton, cuyo horror inicial al descubrir el cadáver flotante quedó ensombrecido por el intento de ocultar su sonrisa de bobo cuando vio que su novia, Sara Eastly, estaba presente. Todo el mundo en la habitación era perfectamente consciente de su relación. Sin embargo, Sara, profesional hasta el final, fulminó cualquier ulterior fraternización no verbal obvia con una sola mirada fría y dura acompañada de un leve arqueo de ceja.

Con la noticia de que el equipo forense no llegaría hasta la mañana, a Kevin le había tocado la pajita más corta: quedarse en la biblioteca durante toda la noche custodiando la escena del crimen, con la macabra tarea de aplicar regularmente hielo a la mano expuesta para preservarla en la medida de lo posible antes de que el equipo profesional pudiera actuar.

Judith observó cómo Sara convencía a su jefe, mediante una excusa bastante endeble, de que ella se encargaría de terminar de asegurar el lugar con el agente Fenton. Treinta minutos después, Judith abandonó la biblioteca junto al subinspector Collins y Hattie Trelawny.

De camino a la salida, había hecho a Hattie algunas preguntas adicionales, pero la bibliotecaria estaba demasiado acelerada para dar respuestas con ningún sentido. Había mencionado un olor a humedad en el sótano desde el momento en que le habían permitido acceder al edificio. Recordaba vagamente haber informado de una mancha de humedad en el suelo, que había supuesto había sido causada por algo que goteaba desde arriba más que por agua que subía desde abajo.

El resto de la conversación fue un entusiasta intento de hablar con Judith sobre su interpretación del crimen, como si fuera a tener más perspicacia que el detective de policía profesional que estaba con ellas. Judith era demasiado educada para señalar que probablemente eso era cierto. Sin embargo, cerró en banda la conversación insistiendo en que no tenía ni idea de la identidad de la víctima, del motivo del asesino, ni siquiera de lo que ocurriría a continuación.

4

De camino a su coche, el plan de Judith de regresar a casa se vio descarrilado por un único mensaje de texto de Maggie diciéndole que seguía en un bar a las afueras del pueblo con Fabián y varios miembros del partido. Judith decidió aprovechar la buena fortuna de tener a las personas clave reunidas, presumiblemente algo bebidas, para poder hurgar con algunas preguntas sobre la construcción de la biblioteca que, después del socavón del sótano, parecían extremadamente pertinentes.

A su llegada, quedó claro por la sonrisita de Maggie que llevaba varios Baileys de ventaja en su proceso de embriaguez y que no tenía ni idea de lo que había ocurrido en la biblioteca. Lo que le resultó curioso fue el hecho de que Fabián Heinzel, que había salido de allí eufórico, se comportaba ahora de manera distraída.

Música de los noventa se abría paso entre el ambiente animado del Whine Bar, que hacía muy poco había llegado a ser el punto más a la moda de Denzel Green. Judith se dirigió hacia el rincón y se hizo con un asiento frente al alcalde mientras Maggie se desviaba hacia la barra, asegurándole que todo iba a cuenta de alguien. Judith se preguntó si de la cuenta del propio Fabián o del ayuntamiento.

—Vaya inauguración —dijo Judith.

Fabián asintió y forzó una sonrisa. «Bueno, hay que tener una plataforma para presentar la política al público». Se percató de la

mirada interrogativa de Judith. «¿Escuchaste mi discurso? Me presento a alcalde de nuevo. ¿O te referías a la inauguración de la biblioteca?»

—A las dos cosas, claro —mintió Judith. —¿Así que alcalde de nuevo?

—Por fin siento que estoy haciendo algo bueno. La nueva urbanización, la biblioteca. Empresas que buscan trasladarse aquí.

—Fíjate. Atraídas por el quinto pino. ¿Por qué harían eso? Seguro que no es más que una mano de obra de jubilados y una infraestructura de caminos rurales y ovejas.

—Ofrecemos potencial. La oportunidad para empresas de alto nivel de alejarse de las grandes ciudades bulliciosas y de las tasas más bajas.

—Vaya —dijo Judith—, qué ambiciosos estamos.

Fabián tocó suavemente el codo de la glamurosa mujer que tenía al lado, que llevaba un ceñido traje azul marino. Tenía el pelo en melena corta como el de Judith, pero el suyo era negro azabache, cortado para realzar sus pómulos naturalmente marcados. Esbozó una sonrisa encantadora.

—Te presento a Robin Needlemire, nuestra emprendedora local más exitosa.

—¡Qué interesante! —dijo Judith, impresionada, mientras se daban la mano. —¿Y en qué emprendió, si me permite preguntarlo?

—Empecé con helados y rápidamente me pasé a cosmética de lujo.

—Un salto natural —dijo Judith. —Todo sale de la vaca.

—En efecto. Salí una vez en El Hormiguero como invitada especial, ¿sabe?

—¡Quién no querría! —intervino Judith.

—Robin está abriendo una cadena de clubes, y el primero está aquí mismo.

—Un refugio acogedor para sacar a la gente del caos del mundo. —Los ojos de Robin brillaron de entusiasmo. —Un spa de lujo, un complejo de piscinas y restaurantes gourmet: será un segundo hogar.

—No estoy segura de que los vecinos de aquí pudieran permitírselo en general —señaló Judith.

Robin soltó una risilla cristalina. «No es para ellos. Es para los que mueven el mundo, los famosos. Es un club privado».

—Y supongo que usted es el arma secreta de Fabián cuando se trata de revitalizar Denzel Green.

Ella le guiñó un ojo. «Es perfecto para mi marca. Y mis productos usan muchos ingredientes naturales, así que una cadena de suministro más rural tendría todo el sentido. Y el público puede comprarlos».

Judith asintió, impresionada. «Entiendo perfectamente por qué una de nosotras es una empresaria de éxito».

—Y por supuesto, colaborar con las personas adecuadas. —Le dio un codazo a Fabián, interrumpiendo su atención que había estado fija en el móvil, con la cara pálida. —Y apoyar su campaña a la alcaldía tiene todo el sentido estratégico para ambas. Debo decir que me ha impresionado todo lo que ha hecho hasta ahora. Y más aún cómo está devolviendo las cosas a la comunidad. Especialmente después de ese terrible incidente del tren aquí en el pueblo. ¿Se enteró?»

—Vagamente —suspiró Judith, ignorando el hecho de que ella era la directamente responsable del cierre del mayor atractivo turístico de la zona. Quizás sin eso, Fabián tenía razón en que el pueblo necesitaba algo de atención nueva.

—Y lo que más me impresiona —dijo Robin en tono confidencial — es su devoción a la biblioteca. Me refiero a que cuando me involucré por primera vez, era un proyecto pequeño, pero yo aporté un toque de distinción con un nuevo arquitecto. Ahora es uno de los desarrollos de biblioteca pública más imponentes de todo el condado, incluyendo las grandes ciudades, lo cual es música para mis oídos. Soy una gran lectora. Siempre digo que mi éxito se debe a mi biblioteca local y a unos profesores fantásticos en un colegio ruinoso, que me inculcaron el placer de la lectura.

—Es un regalo valioso —dijo Judith.

Luego se volvió hacia Fabián, que seguía mirando el móvil, y frunció el ceño. «¿Todo bien?»

Maggie se unió a ellos con un Baileys nuevo para ella y una copa de vino blanco para Judith, que no lo había pedido.

—Eh, sí —murmuró Fabián, lanzándole a Judith una mirada suspicaz. Forzó una sonrisa para Robin. —¿Nos disculpas?–

La agarró del codo como con una prensa y la condujo al rincón mientras Maggie los seguía al lado.

—¿Ibas a contarme lo que ha pasado en la biblioteca? —le siseó.

Judith comprobó que nadie estuviera al alcance del oído salvo Maggie. «No me pareció apropiado soltar la palabra asesinato delante de tus nuevas amistades».

Las cejas de Maggie se dispararon casi al unísono en su ebriedad. «¿Otro? Pero qué demonios...»

Judith le empujó la copa de vino a Fabián en la mano. «Yo venía a contártelo. ¿Cómo te has enterado tú?»

—Tengo amigos en la constructora —dijo él, bajando la voz hasta que apenas se le oía por encima de la canción de Mecano que empezó a sonar. —Adrián Umbridge también está respaldando mi campaña.

—Bueno, por lo que he visto, es evidentemente una situación muy grave. Y además parece que hay un recorte de costes muy serio en la construcción.

Los ojos de Fabián se entornaron. «Judith, no empieces otra vez con esto. Ya te he dicho que es un disparate», dijo apurando la mitad de su copa.

—Por supuesto —dijo Judith. —Puro disparate. Aunque sí vi el suelo que cedió. Me refiero a que sería terrible que, justo después de inaugurarla, se derrumbara.

La mano de Fabián tembló cuando apuró el resto del vino de un trago y dejó la copa vacía en un estante cercano con tal fuerza que Judith se sorprendió de que no se rompiera.

—Tenemos que mantener toda esta noticia bajo llave.

—Va a ser difícil mantener un cadáver en secreto.

—¡Me refiero a las circunstancias!

—En ese caso debería empezar por silenciar a los de la constructora —le previno.

—Sí, bueno, es una de las razones por las que me llamaron. No quieren la mala publicidad. Así que, Judith, te lo pido como un favor personal: no vayas a remover esto. Te aseguro que un asesinato es bastante más apremiante que una supuesta contabilidad turbia. —Fabián se inclinó hacia ella. —Y no uses la palabra con M. —Sus ojos barrieron la sala. —Hay periodistas aquí.

—Sí —dijo Judith. —Y tú eres uno de ellos. Diriges el periódico local.

Él vaciló. «Bien, hay periodistas por aquí que no están bajo mi control». Se irguió y carraspeó. «En el momento en que averigues algo, dímelo». Se apresuró a reincorporarse al grupo, forzando una carcajada alegre al hacerlo.

Maggie se quedó atrás con el ceño fruncido. «Eso no ha sonado muy bien».

Judith suspiró. «Me temo que no lo es. Parece que la biblioteca podría ser el último lugar de descanso de algún pobre desgraciado. Un monumento a la muerte y la cultura».

Observó cómo Fabián se dirigía directamente hacia Eddie Sterling, separándole urgentemente del grupo con el que estaba hablando.

—Al menos Fabián lo ha tomado bien. No sabía que le interesara la peluquería.

Maggie siguió su mirada. «No. Le interesa el hecho de que Eddie tiene mucho dinero. Y a los ricos les encanta la proximidad al poder».

—Vaya, Fabián anda muy detrás del dinero. No pensé que ser alcalde fuera tal incentivo.

—¿Alcalde? —dijo Maggie con una media sonrisa achispada. Dio un sorbo a su Baileys. —Tiene planes más ambiciosos que ese. Quiere ser político de verdad.

Judith frunció los labios. No era partidaria de la política en ninguna de sus versiones. Los consideraba a todos con igual desdén: una pandilla de mentirosos y farsantes. Y desde luego sabía reconocer a un buen farsante cuando lo veía. Aun así, reflexionó, debía de haber algunos buenos ahí fuera.

Solo esperaba que Fabián fuera uno de ellos.

5

—Judith, es un delito penal impedir a un agente de la ley disfrutar de un bocadillo de beicon y salchicha.

—Estoy bastante segura de que no —replicó Judith—, por mucho que desees que lo fuera. Aunque si empiezas a apoyar las nuevas aspiraciones políticas de Fabián, podrías conseguir que lo incluyeran en el código penal.

Raimundo Collins contempló con tristeza el bocadillo tostado mientras rezumaba salsa de tomate y kétchup en su bolsa de papel parafinado según se enfriaba sobre su escritorio. Llevaba días esperando ese manjar. En la comisaría no se hablaba de otra cosa que de lo fenomenales que estaban los bocadillos de la nueva furgoneta de comida aparcada en un ensanche junto a la carretera nacional entre Denzel Green y Fulton, la ciudad más grande que quedaba justo al otro lado y que era el hogar de Raimundo Collins, Sara Eastly y la comisaría local.

—De verdad que no entiendo por qué has tenido que bajar hasta aquí tan temprano —se lamentó. Eran poco más de las ocho y sabía que Judith tendría que haber salido pronto para fastidiarle a esa hora.

—No podía dormir —dijo ella. —Y sabía que estabas a punto de lanzar un ataque en toda regla contra tus arterias, así que he venido a ayudar.

—¿Ayudar? Vaya palabrita de cuatro letras para salir de tu boca —le previno—. No significa lo que pareces creer que significa.

—Sé que el equipo forense llega a la biblioteca esta mañana y pensé que sería de lo más entretenido acompañaros.

—¿De lo más entretenido? —repitió—. Ni siquiera creo que los de la escena del crimen catalogarían un trabajo macabro como algo entretenido. ¿Y qué quieres decir con acompañar? Yo no tengo que acompañar a nadie. ¡Es mi investigación!

Judith hizo un gesto desdeñoso con la mano y, de paso, dio convenientemente un pequeño empujón a su bocadillo, alejándolo un poco más de su alcance. «Ya sabes perfectamente lo que quiero decir. Además, Eastly iba a bajar esta mañana a encargarse de eso, así que estás ladrando al árbol equivocado».

No expresó su sospecha de que Eastly probablemente ni siquiera hubiera salido de la biblioteca desde que el bueno del agente Kev había estado allí toda la noche. Estaba seguro de que Judith pensaba lo mismo, lo que le hacía sospechar aún más de por qué había venido a la comisaría.

—Bueno, claro que podría haber hablado con Sara, pero ya que tú eres su superior, por respeto pensé que debía discutirlo contigo.

Collins salivar mientras miraba el bocadillo. Intentó calcular el número mínimo de palabras que conseguirían deshacerse de Judith y le permitirían comerse el desayuno. Discutir con ella era una estrategia perdedora, pero tenía la costumbre de sacarle de sus casillas.

—¿Respeto? —soltó. —Judith, sé que se acerca tu cumpleaños y me doy cuenta de que necesitas urgentemente un diccionario–

—Hablando de respeto... —dijo Judith con cautela, provocando una carcajada de Raimundo.

—No estábamos hablando de respeto. Si acaso, estábamos hablando de todo lo contrario.

—Oh, querido Raimundo —rio Judith. —Qué gracioso puedes ser cuando quieres.

Había un tono en su voz que le advirtió que prestara un poco más de atención. Fue acercando lentamente el tostado hacia él mientras ella hablaba, cuyo potente olor seguía haciéndole salivar, a

pesar de sus rendimientos decrecientes a medida que se enfriaba a gran velocidad. Judith estaba siendo precavida de manera poco habitual en ella.

—¿Qué le parecería ayudarme a encontrar a alguien?

Raimundo sabía mejor que nadie que no debía responder a una pregunta tan cargada de intención. En su lugar, le indicó con un gesto que continuara.

—Un viejo amigo, de hecho.

—¿Está relacionado con el caso?

Judith dio una inhalación brusca, lista para descargar una batería de coartadas preparadas de antemano para confirmarlo. Pero vaciló y sacudió la cabeza.

—Alguien de mi pasado que tiene mucha facilidad para desaparecer.

La ceja de Collins parpadeó, un tic que le había costado mucho dinero en las partidas de póker de su juventud. No pudo contener el comentario que tenía en la punta de la lengua.

—Suena bastante a ti.

Judith esbozó una sonrisa fina. «Podría decirse que él me enseñó todo lo que sé, a decir verdad».

—¿A decir verdad? —Raimundo no pudo evitar que se le escapara una risita. —Vaya frase en boca tuya. Te haría combustionar espontáneamente si esto fuera suelo sagrado.

—Si de verdad quieres saberlo —dijo Judith en voz baja—, tiene más que ver con tu buen amigo el inspector Hamper.

El nombre fue suficiente para pisotear el apetito de Raimundo, y su mano se alejó del desayuno, entrelazando los dedos pensativamente. Ya había ejercido su autoridad contra el detective de Madrid, y en el pasado el detective había demostrado ser lo bastante volátil como para sabotear una oferta de ascenso. En realidad, fue al revés del todo: había empujado a Raimundo hacia un ascenso, y fue Raimundo el que se saboteó a sí mismo. Sin embargo, ese era un detalle molesto sobre el que era mejor no insistir.

Raimundo soltó una tos incómoda. «Judith, sabes perfectamente que es mejor que esas dos aguas no se mezclen».

—Oh, por supuesto. Nunca te pediría que hicieras algo que provocara eso. —Sonrió con inocencia. —Se trata de un asunto tangencial que me sería de una ayuda maravillosa a título personal. —Tamborileó con los dedos sobre el escritorio. —Y desde luego nunca te he pedido nada. —Suspiró. —Aunque estoy más que dispuesta a ayudar a que recibas el merecido reconocimiento por todo el buen trabajo que haces.

—¿Sabes cómo llegué a ser detective? —Los ojos de Raimundo se entornaron. —Por mi aguda capacidad para detectar cuando alguien me está tomando el pelo. No soy yo el que tiene una maldita exposición de sí mismo en la biblioteca. Te has convertido en algo así como una celebridad local, como una sombría figura de Batman ayudando a la policía en lo que ya no son tan tranquilas... —Quería seguir acumulando pasivas acusaciones porque estaba empezando a sentirse como una forma de terapia. Pero había algo en la expresión mortificada del rostro de Judith que le hizo callar. Se pellizcó el puente de la nariz y cabeceó con indecisión. —De acuerdo, no prometo nada. Desde luego no puedo desperdiciar recursos policiales, pero si me das un nombre —se encogió de hombros con indiferencia— puedo estar atento.

—Uno de esos grises ojos de acero vigilando por mí. ¿Qué más puede pedir una chica? Te mando los datos por WhatsApp.

Los ojos de Raimundo se dirigieron al teléfono sobre el escritorio. Y allí estaba, un mensaje de Judith, lo cual era bastante irritante dado que en todo el tiempo que había estado delante de él, no había tocado el móvil ni una vez. No era la primera vez que no podía evitar sentir que le habían manejado como a un acordeón.

—Ahora, si no hay nada más, ¿puedo comerme el desayuno?

—¡Por supuesto! Y yo te traeré un café gourmet de la máquina de la cantina, y luego podremos ir los dos juntos a la biblioteca.

Raimundo puso una mueca y le dio un mordisco al tostado. Estaba frío, insípido y se había convertido en algo completamente empapado y poco apetecible.

Desde la calle, la biblioteca tenía el mismo aspecto de siempre, o al menos el mismo aspecto que había tenido antes de la gran inauguración de la noche anterior: vacía. Sin embargo, por la parte

trasera, el pequeño aparcamiento estaba colapsado con furgonetas forenses de la policía, todas convenientemente situadas para no ser vistas desde la calle. Cuando Judith entró, captó el animado zumbido de los agentes forenses reverberando por la biblioteca.

La agente de policía apostada para vigilar la puerta trasera la reconoció de inmediato y sonrió amablemente mientras levantaba la cinta azul y blanca de «No pasar». Como el perro de Pávlov, los policías locales habían sido condicionados todos a aceptar la presencia de Judith en la escena de cualquier crimen sin cuestionarla. Fantaseaba con hacerse su propia tarjeta de identificación para tener algo que mostrar en esas ocasiones, y en un par de oportunidades había utilizado con gran efecto su tarjeta de puntos del Caffè Nero.

Fue interceptada de inmediato por Hattie, que llevaba dos tazas de té, cocidas hasta el último extremo de la resistencia, una de las cuales le puso en la mano como si hubiera estado orbitando la biblioteca como el fantasma de una asistenta, esperando a una víctima desprevenida.

—¡Esto es tan emocionante! —dijo en un tono casi risueño, los ojos saltando de un agente forense a otro. —Es como estar en uno de esos programas de tele —le confió. —¡CSI Denzel Green! Incluso pude ver mejor el cadáver cuando lo sacaron esta mañana.

—¿Está Sara aquí? ¿La inspectora Eastly? —se corrigió.

Hattie asintió hacia la puerta del sótano. «Está ahí abajo».

Había cinta forense en la puerta para impedir que la gente se acercara y contaminara aún más la escena del crimen. Judith se acercó, mirando de reojo su propio recorte de cartón a tamaño casi real que la miraba de vuelta. Por alguna razón, eso le ponía más nerviosa que saber que estaba de pie en la escena de un crimen.

Hattie caminaba a su lado, hablando animadamente de cada momento desde que había llegado a la biblioteca esa mañana y le habían dicho que se fuera a casa. Se había colado argumentando que era más útil asegurándose de que tuvieran acceso a todo lo del edificio. Judith sabía que los propios intereses de Hattie comenzaban y terminaban en curiosear.

Judith intentó dejar de lado el relato incesante, pero finalmente sucumbió al té increíblemente fuerte, que estaba despertando cada uno de sus sentidos. Lanzó una mirada crítica a la biblioteca que los rodeaba.

—Los acabados de este lugar son bastante deficientes, ¿verdad? —dijo, interrumpiendo a Hattie.

—¡Para nada! —espetó Hattie a la defensiva. Judith notó que había tocado un punto sensible. —Este es un palacio del conocimiento y el aprendizaje.

—Y una trampa para la salud y la seguridad desde que el suelo del sótano cedió.

—Le aseguro que no hay nada malo en mi biblioteca. Esto es todo lo que esperaba que fuera. —Los ojos de Hattie se humedecieron mientras miraba a su alrededor. —Y yo puedo dirigirla. Mi propio reino. ¡Es todo lo que he deseado siempre!

Judith no supo qué decir. Eligió sus palabras con cautela. «¿Su ambición en la vida era ser bibliotecaria?»

Hattie le agitó un dedo severo. «Bibliotecaria jefa».

—Entonces felicidades por su logro. Pocas personas consiguen ver cumplidas sus ambiciones de infancia.

Hattie aceptó el elogio con un breve asentimiento. La calidez de su sonrisa aún no había regresado. «Todos esos rumores sobre recorte de costes son una tontería».

Judith le lanzó una mirada inquisitiva. «Oh, ¿qué rumores son esos?»

—Había un poco de cotilleo circulando de que cuando se adjudicaron los contratos, varios funcionarios municipales de dudosa catadura habían aceptado sobornos en lugar de repercutir los ahorros. Que Umbridge había usado materiales de inferior calidad. Todo eran habladurías y envidia.

—Vaya —dijo Judith, que había estado al frente de la propagación de esos rumores. —No me había enterado. ¿Cómo sabe usted tanto?

—Trabajé en el departamento de urbanismo del ayuntamiento en sus inicios. Muy aburrido, la verdad. Me fui a un trabajo a tiempo parcial en la biblioteca de Fulton.

—Viviendo el sueño.

Hattie asintió con énfasis. «Era maravilloso. Estaba al frente del archivo. Ya sabe, manejando todos esos microfilmes. Preservando las historias locales».

—¿Eso no está todo digitalizado hoy en día?

Hattie puso una mueca. «Nunca tuvimos dinero para eso. Cada céntimo se estaba ahorrando para este lugar. Pero todo me trajo hasta aquí». Hizo un gesto a su alrededor. «Si me pregunta a mí, el problema del sótano es más probablemente el muerto intentando abrirse paso fuera de la tumba».

—Desde luego —dijo Judith. —Es una explicación mucho más racional que una obra chapucera. Recuérdeme; ¿usted informó de la humedad del sótano?

—Las tuberías tienen goteras —dijo Hattie a la defensiva. —Eso no es un signo de calidad. Es un signo de fontanería.

La inspectora Sara Eastly subió trotando la escalera del sótano y salió detrás del mostrador de recepción. Le dirigió a Judith un cansado gesto de saludo.

—Sabía que aparecerías —dijo Sara.

—¿Pensabas que lo haría, o fue nuestro nervioso jefe quien te avisó de antemano?

Desde el rabillo del ojo, vio a Hattie dar un pequeño meneo al escuchar la frase «nuestro jefe». Le recordó a Judith a una abeja obrera bailando para enviar mensajes a sus compañeras. Serviría para cimentar aún más la adoración de Hattie.

Solo el parpadeo de las cejas de Sara reveló que Judith tenía razón. «Bueno, íbamos a bajar juntos, pero por alguna razón de repente tuvo unos recados que hacer antes».

—No me lo puedo imaginar.

—¿Alguna novedad sobre la fallecida?

La boca de Sara se abrió y se cerró, y luego frunció el ceño. «¿Cómo sabes que era una mujer?»

Judith se encogió de hombros. «Elemental», dijo sin más explicación.

—No lleva ninguna identificación que hayamos podido encontrar, así que no habrá más detalles hasta que pase por el forense, y eso

llevará un par de días. Estaba envuelta en el tipo de lámina de plástico que se encuentra en cualquier obra de construcción. Todo estaba sujeto con bridas de plástico. Hasta donde puedo apreciar, el asesino se tomó su tiempo haciéndolo, así que no tenía ninguna prisa. No hay ninguna causa de muerte evidente.

—Eso descarta un trágico accidente y, si fue suicidio, desde luego llevado a cabo con un nivel de habilidad digno de Houdini. Y todo indica que esto ocurrió durante la construcción de la biblioteca.

Eastly se quedó pensativa. «¿Recuerda lo que había aquí antes?»

Judith lo pensó un momento, repasando la calle con su memoria casi fotográfica, pero no encontró nada. «Era un edificio blanco», sugirió. «¿Apartamentos?»

Sara chasqueó los dedos. «Exacto. Nadie podía permitirse vivir en ellos».

—Era de un propietario privado —dijo Hattie distraídamente, intentando asomarse por encima del hombro de Sara y bajar la vista por las escaleras. El prolongado silencio devolvió su atención a sus acompañantes. —Trabajé en urbanismo. Recuerdo el lío que supuso para el ayuntamiento recuperar el terreno.

Sara se quedó pensativa. «Entonces nuestra N.N. podría datar de la época en que los construyeron».

—Supongo —Judith no lo creía, pero Hattie estaba emocionada.

—Entonces existe la posibilidad de que nuestra fallecida venga de una época aún más remota, lo que lo convertiría en un caso sin resolver —dijo con un cierto dramatismo.

—Bueno, sí que se está poniendo bastante frío —sugirió Judith.

Hattie no pudo contener su emocionada inhalación. «¡Lo siento! Pero ¿no es todo muy emocionante? Como un pódcast de true crime...» su mirada se volvió difusa y lejana.

—Hattie, permítame recordarle que esto es una zona de actuación policial y que todo lo que escuche debe tratarse con la máxima discreción, especialmente durante un caso activo —advirtió Eastly.

—Creo que todo esto es bastante triste —señaló Judith. —Al fin y al cabo, alguien ha muerto.

La expresión intrigada no abandonó el rostro de Hattie. «Oh, claro, claro. Terrible. Aunque si se lo merecía, tampoco tan malo».

—De cualquier manera —dijo Sara, hablando por encima de Hattie antes de que pudiera ofrecer su siguiente opinión de fan entregada—, hasta que el forense haya echado un vistazo, todo esto es pura especulación, y propongo que no le demos más vueltas.

—¿Y qué pasa con la apertura de la biblioteca? —dijo Hattie.

—Una vez que los forenses hayan terminado su inspección, estoy segura de que podrá abrir, quizás incluso mañana. Pero hasta ahora, curiosamente, ni siquiera la prensa ha olido lo que ha pasado aquí. Sugiero que lo mantengamos así.

No hay necesidad de alterar el cotarro ni de alertar al asesino, pensó Judith para sus adentros. Su mente volvió a las conversaciones políticas que había mantenido con Fabián.

A menos que, por supuesto, el culpable ya lo supiera...

6

Apesar de las advertencias de Sara Eastly, o más probablemente a causa de ellas, Judith no pegó ojo en toda la noche. Un asesinato siempre era desagradable, pero innegablemente fascinante. Y el talón de Aquiles de Judith era dejarse arrastrar por la intriga.

Además, tenía la conexión personal a través de la pareja de Maggie, Fabián Heinzel, que estaba manteniendo a raya a la prensa por sus propias ambiciones políticas. Maggie había demostrado ser una amiga entrañable y una confidente maravillosa, y Judith detestaba la idea de que su amiga y, de hecho, el galán de su amiga, quedaran salpicados por la investigación.

Es más, la coincidencia de encontrar el cadáver precisamente debajo de la biblioteca que ella había estado investigando por deficiencias de calidad y alegaciones de soborno era demasiado. Judith no creía en las coincidencias, y las coincidencias no creían en ella.

Tras dar vueltas en la cama sin parar, a las dos de la madrugada se envolvió en su grueso batín gris y se dirigió a la cocina a hacerse una infusión de menta con el hervidor de ebullición rápida que había comprado recientemente. Era una maravilla del mundo moderno: depositaba automáticamente justo la cantidad de agua necesaria en la taza a casi la temperatura correcta en cuestión de segundos.

La carpeta azul de cartón con sus propias notas del caso sobre el proyecto de construcción estaba en el borde de la mesa. Un par de meses de documentos filtrados por el misterioso X pugnaban ahora por la atención de Judith. Le había resultado evidente que las cifras habían sido manipuladas, en algunos casos en varios miles de libras, pero no había ido más allá de los datos financieros. Ahora, con ojos frescos —o más bien cansados pero entusiastas—, se preguntó qué detalles contenían los documentos que había pasado por alto. ¿Había algo que apuntara al asesino? También habría sido útil saber quién era la víctima. Se le ocurrió que estaba mirando copias originales, no fotocopias. Estas habían sido tomadas directamente de la fuente.

Había facturas, en su mayoría enviadas a Umbridge Construcciones. Documentos de urbanismo firmados por Harriot Routledge quien, tras una rápida búsqueda en internet, era la secretaria en aquel momento. Algunos recortes de periódico antiguos contaban cómo el proyecto fue impulsado por el actual novio de Maggie, el alcalde de Denzel Green, Fabián Heinzel, y una diputada, Joanne Kemble. Por encima de todo, había páginas y páginas de cifras, correcciones, líneas tachadas. En la medida en que podía apreciarlo, era el papeleo desorganizado normal que se encontraba en la mayoría de las oficinas. ¿Por qué no podía el misterioso informante simplemente haber resaltado los elementos pertinentes y haberse facilitado la vida a ambos?

Dio un sorbo a su infusión, su mente negándose a concentrarse en los números. Normalmente era el tipo de tarea que disfrutaba, pero un pensamiento intruso bailaba por el borde de su atención...

Derek.

El nombre evocado del pasado, que DS Hamper estaba husmeando, era una amenaza más inmediata para su tranquilo futuro. El antiguo estafador —supuestamente antiguo— se habría regodeado en los detalles que ella tenía en la mano. Era la primera vez en mucho tiempo que Judith tenía dos asuntos urgentes pesando sobre sus hombros, y por una vez no lo estaba disfrutando.

¿Había sobrepasado su bienvenida en Little Pickton como lo había hecho antes en Escocia? Esperaba que no. Ese pintoresco

pueblecito había sido designado para su jubilación y, hasta ahora, había sido ideal. Sin embargo, los acontecimientos recientes le recordaron que los asuntos serios nunca eran divertidos cuando te afectaban personalmente.

Hojeando el expediente de un lado a otro con inquietud, Judith finalmente se dio cuenta de que llevaba los últimos minutos mirando fijamente sin ver un nombre garabateado en una fotocopia de una factura, una de muchas que sospechaba habían sido alteradas para encubrir el importe exacto. Sus neuronas de investigación se activaron al fijarse en el nombre: Umbridge, la empresa detrás de la construcción. El jefe de Steve Bamber. Y uno de los posibles patrocinadores de Fabián.

Había demasiadas coincidencias como para ignorarlas.

Algunos días están destinados a ser desconcertantes desde el momento en que pones un pie fuera de la comodidad de tu propio hogar. Y Judith Spears había condenado el de hoy a ser uno de esos. Apenas había llegado a su coche aparcado en el camino de grava cuando una cabeza asomó por encima de la verja como un diablo de resorte, vociferando: «¡Cu-cú! ¡Buenos días!»

Era Hattie Trelawny. Judith parpadeó sorprendida al ver a la mujer fuera del entorno de la biblioteca, que era la caja en la que claramente pertenecía. Hattie sostenía en alto una arrugada bolsa de papel blanca.

—¡He comprado bagels para desayunar! —cantó. —Del café —añadió con un alegre movimiento de pulgar hacia el centro del pueblo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Judith, que sabía que la bibliotecaria no vivía en Little Pickton y desde luego no creía que Hattie supiera dónde vivía, que era su siguiente pregunta.

Hattie abrió la verja emocionada y se acercó corriendo. «Oh, tonta, no lo olvides: eres mi ídolo. ¡Investigadora extraordinaria, Judith! He aprendido todo de ti. Y, por supuesto, estás registrada en la biblioteca, así que tengo tus datos en el ordenador».

Era cierto que Judith estaba registrada en la antigua biblioteca, y sin duda todos los registros habían sido migrados. «¿Es eso legal? ¿No hay una ley de protección de datos?»

Hattie sacudió la cabeza. «¡Qué graciosa! Todo está a salvo conmigo. Soy bibliotecaria», añadió en los tones susurrados de quien nunca debe ser negado. «Y como hoy no me dejan entrar en la biblioteca, pensé en ayudarte con nuestra investigación».

—¿Nuestra investigación? ¿Qué investigación?

Hattie agitó el dedo. «No, no, te conozco. No vas a dejar que un misterio como este pase por delante de tus narices sin querer indagar más. Sobre todo cuando las dos oímos a la inspectora Eastly decirnos a todos que nos portemos bien hasta que se sepa más».

Una definición un tanto elástica de la palabra nosotras, pensó Judith mientras Hattie continuaba:

—Igual que hiciste con el tren. Y en la consulta del médico. ¿Y qué me dices de nuestra propia celebridad local? ¿Terry Hardman?

Judith suspiró. «Todas excepciones que confirman la regla. O una regla que demuestra que no debería haber excepciones».

El puro y bullicioso entusiasmo de Hattie estaba desconcertando a Judith. Abrió la puerta del coche. «Lo siento, hoy tengo verdadera prisa. Tengo citas».

Se subió al coche y se alarmó cuando la puerta del copiloto se abrió y Hattie se coló dentro.

—¡Exactamente! Por eso he traído comida —dijo, dejando los bagels en la consola central y cerrando la puerta de un portazo tan fuerte que el coche se bamboleó. —Estoy lista para ser tu Watson.

—No estoy del todo segura de que necesite ayudante —dijo Judith con tacto.

—Todo el mundo necesita un ayudante. —Hattie agitó la otra mano, y Judith se fijó en que llevaba el móvil con la cámara lista para grabar. —Y puedo hacer una grabación para mi pódcast.

—¿Pódcast? —Judith sintió una gélida garra de desesperación. Era más hábil con la tecnología incluso que la joven Sara Eastly, así que conocía perfectamente el mundo efervescente de los pódcast, particularmente los de crimen real, y ahora que lo pensaba, era obvio que Hattie era una groupie de los pódcast. Era lo último en lo que Judith quería verse involucrada. Difundir su voz, sus pensamientos y lo que fuera por internet era exactamente lo

contrario del motivo por el que se había mudado a Little Pickton en primer lugar.

—No voy a hacer ningún pódcast.

Hattie aplaudió. «¡Lo hago yo! Con vídeo. Siempre he querido estar sobre un escenario. Me encantaba actuar. Esta es mi oportunidad y este caso será perfecto para empezar. Ya tengo un título: ¡Pruebas Archivadas!» Hattie agitó las manos dramáticamente por el aire, con los dedos enmarcando las palabras.

—Me parece perfectamente adecuado para el tipo de cosa que me imagino que harías —logró decir Judith.

—¡Lo sé! Era o ese o ¡Expediente Prestado! ¿Y adónde vamos?

Judith dudó. No quería perder más tiempo echando a la mujer del coche y discutiendo, ni tampoco podía permitirse alienar a una persona que podía ser clave para ayudarla a resolver tanto la corrupción como el asesinato, ya que ambos implicaban a la biblioteca. Le gustara o no, Hattie era la persona clave a quien necesitaba tener de su parte por el momento.

Judith suspiró y arrancó el motor. «Bueno, esto no tiene nada que ver con el cadáver», dijo, con los ojos fijos en el teléfono en la mano de Hattie. «Y no quiero que grabes nada sin avisarme. ¿Queda claro?»

Hattie asintió con entusiasmo.

Judith suspiró. «Así que vamos a Umbridge Construcciones». Hattie frunció el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque, en un asunto completamente distinto, existe la posibilidad de que alguien de allí haya hecho un poco de trampa con los materiales de construcción. Y el hecho de que tu suelo se hundiera me lo confirma. Estoy haciendo un poco de trabajo de campo para comprobar si hubo prácticas comerciales turbias. Así que, como he dicho, nada que ver con la investigación. Todo muy mundano.

Hattie frunció los labios y lo pensó. «¿Crees que podría estar relacionado...?»

—Bueno, cualquier cosa podría estar relacionada —dijo Judith.

Hattie no pudo ocultar su decepción. «Supongo que igualmente sería formativo para mí». Se animó. «Y puedo llegar a conocerte mejor».

Judith forzó una sonrisa. Eso era lo último que quería. Pero no parecía tener opción.

La oficina de Umbridge Construcciones estaba en las afueras de Fulton, en un típico y desolador polígono industrial, oculta detrás de una gran valla metálica gris con puntas. Al otro lado, docenas de vehículos de construcción —camiones, volquetes, excavadoras y una bulldozer— estaban aparcados ociosos frente a una nave industrial idéntica a todas las demás a su alrededor, salvo por el letrero: Umbridge.

—¿Tenemos cita? —preguntó Hattie.

Judith sacudió la cabeza. Dudaba que Adrián Umbridge quisiera recibirla. Además, no solía creer en las citas y había aprendido que no había situación a la que no pudiera abrirse paso con aplomo.

Cogió una tablilla del asiento trasero, que era un accesorio que había traído de casa. Al acercarse al edificio, asegurándose de que su porte rebosara autoridad, le habló a Hattie en voz baja.

—No digas nada y simplemente muéstrate de acuerdo conmigo. Necesitamos dar la impresión de que vamos en serio.

La recepción era imponente para una nave industrial. El techo se elevaba hasta un amplio tragaluz, proyectando una columna de luz sobre el mostrador curvo de recepción. La mujer de unos treinta años detrás de él, con leves rasgos mediterráneos, se sorprendió al ver a dos mujeres de mediana edad entrar con aire de autoridad. Judith echó un vistazo casual a la placa con el nombre sobre el escritorio. Natacha Wells.

—Buenos días, Natacha. Venimos a ver a Adrián Umbridge.

—Me temo que el señor... ¿le esperan?

—¡Desde luego espero que no!

A Natacha le llevó un momento procesar eso. «Me temo que el señor Umbridge solo recibe a personas con cita previa. Tiene una mañana muy ocupada».

—El señor Umbridge no espera una inspección sorpresa, porque eso iría bastante en contra del propósito de la misma, ¿no le parece?

Tenga la bondad de comunicarle que la señora…»

Vaciló un instante de más y Hattie no pudo resistirse a intervenir.

—La señora Libro.

Judith le lanzó una mirada oscura pero siguió adelante con aplomo. «Que Betty Libro y su ayudante están aquí por un asunto relacionado con el ayuntamiento y el incidente policial».

Judith logró añadir una mirada desafiante al final de la frase. Natacha Wells vaciló, claramente muerta de ganas por saber más. Cogió el teléfono, marcó el número del despacho de Umbridge y habló en voz baja, con fugaces miradas hacia Judith.

Cuando colgó el auricular, de repente se deshizo en sonrisas. «Da la casualidad de que puede recibirlas ahora, señorita Libro. Por favor, síganme».

Adrián Umbridge era el tipo de hombre que valoraba tener un despacho grande y, en efecto, tenía el despacho más grande de la empresa; uno que se correspondía con su estatura. Se mantenía en forma y lucía el cabello castaño bien recortado, salpicado de canas, un traje ligeramente holgado con una corbata oscura que casi le estrangulaba el cuello. El olor a nicotina lo envolvía, señal de un fumador empedernido que no creía que nadie pudiera olerle el tabaco.

Judith había investigado sobre él. Tras la prematura muerte de su padre de un infarto, había heredado la empresa en una época en que los contratos escaseaban y los beneficios se los llevaban los grandes. Umbridge Construcciones llevaba en marcha desde los años cincuenta, se enfrentaba a graves dificultades económicas y había tenido que cerrar dos de sus obras en distintas partes del país. Judith no podía determinar si ese era un problema que Adrián había heredado o uno de su propia creación. Mirando su expresión angustiada mientras les hacía señas a Judith y a Hattie para que tomaran asiento frente a él, supuso que era un hombre que apenas conseguía mantener el tipo. Echó una segunda mirada al teléfono, obviamente en mano de Hattie, pero no dijo nada.

—Eh, señorita Libro, la recepcionista fue algo imprecisa sobre el motivo de su visita.

—Señora. Vengo a raíz del incidente en la biblioteca.

Asintió y entrelazó las manos, poniéndolas sobre el escritorio delante de él. «Recibí el informe del técnico, y francamente estoy consternado. Que un suelo ceda de esa manera es...». Sacudió la cabeza buscando las palabras.

Judith asintió. «Sí, uno diría que es casi tan terrible como el cadáver sobre el que cedió. ¡Menos mal que ya estaba muerta!»

Umbridge se removió incómodo en el asiento y luego asintió. «Por supuesto, por supuesto, pero su muerte obviamente no tiene nada que ver con nosotros», añadió precipitadamente.

Judith se inclinó ligeramente hacia delante. Al mismo tiempo, Adrián retrocedió, intimidado. Eso le dio la ventaja para sonsacarle información.

—Excepto, claro está, que construyeron una biblitoeca monumental encima de la escena del crimen.

—Ah, bueno, se tomaron todas las precauciones. Se obtuvieron todos los permisos.

Judith asintió y fingió tomar nota en la tablilla, inclinándola lo justo para que él no pudiera ver los garabatos en el papel. La tablilla era un arma formidable cuando se quería que los demás se desahogaran.

—Por supuesto —asintió Judith como si todo esto fuera evidente. —Sin embargo, en última instancia, usted es el responsable, lo que me lleva a la chapuza de construcción en primer lugar. La coquera… — sacudió la cabeza mientras recordaba el término que había usado Steve.

—Todo fue aprobado por las partes pertinentes. —Estaba sudando y relamiéndose los labios. Judith observó sus señales: los dedos entrelazados para evitar que le temblaran las manos, pero los pulgares dando vueltas el uno alrededor del otro con energía nerviosa. Los ojos no dejaban de ir al teléfono de Hattie como para comprobar si estaba grabando la conversación. Era un hombre con secretos que necesitaba guardar.

Judith le clavó una mirada dura. «Existen informes de que los materiales utilizados eran de calidad inferior».

Umbridge se relamió los labios varias veces, logrando una impresión bastante creíble de una serpiente. «Todo fue

presupuestado, comprobado, firmado en obra y entregado según el calendario previsto». Lo dijo como si leyera un comunicado de rehenes preparado de antemano.

—¿Me está diciendo que no cree que se recortaran costes durante la construcción?

—No, no, desde luego que no. —Sacudió la cabeza con firmeza.

Judith recordó su nombre en los documentos que tenía en casa. A no ser que fuera completamente incompetente, no había forma de que no lo hubiera sabido. O si era el responsable de hundir el negocio familiar, quizás su segundo nombre era incompetencia.

Como si pudiera leerle el pensamiento, Umbridge se mordió el labio y se irguió en el asiento en un intento de proyectar más confianza.

—Todo estuvo en regla. Sobre todo porque sabía que era un asunto de particular interés para el alcalde. Que es un buen amigo. —Lo añadió con un tono calculado para transmitir una amenaza. Era un jugador, un hombre de influencias. Judith decidió que lo más deportivo era actuar un poco asustada, como mera burócrata y chupatintas de la administración. —Lo entregamos en plazo y dentro del presupuesto, lo cual no fue poca cosa, se lo aseguro. Estas cosas a menudo se desvían.

—¿Ve usted algún programa de reformas de casas en la tele? Son muy entretenidos —dijo Hattie. —Siempre se salen del presupuesto— — Guardó silencio cuando Judith le dio un pisotón.

—Señor Umbridge, no estamos aquí para hablar de sus hábitos televisivos. Si se recortaron costes aunque fuera para cumplir con el plazo, sería una falta grave, y con el suelo hundiéndose por las aguas subterráneas y el deficiente drenaje de la solera... —Dejó las palabras suspendidas en el aire.

Umbridge cerró la boca y se reclinó en su silla, los ojos moviéndose entre Judith y Hattie bajo sus tupidas cejas. «¿Así que qué es exactamente lo que está insinuando, y quién lo insinúa?»

—La investigación del asesinato avanza rápidamente —mintió Judith. Él se estremeció ante la palabra asesinato. —Y como perito contable, puedo ver cuándo algunas cifras han sido... ¿cuál es el término técnico?» Giró el bolígrafo en el aire buscándolo.

—¡Cocinadas! —exclamó Hattie.

Judith continuó. «En efecto. Y es importante deslindar los dos casos. ¿No le parece?»

La cabeza de Umbridge se movió como un resorte ante la amenaza de verse envuelto en una investigación por asesinato, que le removió las tripas. «Por supuesto, sin ninguna duda. Si cree que hay alguien en mi plantilla que haya actuado de manera irregular, debemos localizarlo de inmediato».

Judith tomó otra nota falsa y le dedicó una sonrisa fría. «Me alegra mucho escuchar su colaboración». Dijo las últimas palabras tan despacio que sonaron a amenaza. «Así que quizás pueda empezar por contarme su opinión sobre quién ha estado jugando al maquillaje con el presupuesto».

Una vez más Adrián Umbridge se removió incómodo en su silla como un pez en el anzuelo. Judith se preguntó por qué todas sus analogías con este hombre eran de animales. Había algo en él que le ponía los pelos de punta, y la siguiente analogía le vino directa a la mente: una rata.

—Como decía, conozco al alcalde Heinzel desde hace mucho tiempo, y me alegré enormemente, por supuesto, cuando nos adjudicó este contrato. Insistió en la importancia que tenía para la zona. Por eso apoyo sin reservas sus proyectos políticos.

—Imagino que la biblioteca fue una especie de tabla de salvación.

—Sí, lo fue. Y también por eso era muy importante que no la fastidiáramos. Verá, este es mi negocio familiar. Después de que falleciera mi padre, luché mucho para conseguir trabajo y mantenernos a flote. A pesar de la oposición.

—¿Oposición?

—Sí, había quienes pensaban que era un desperdicio construir una biblioteca en una zona así. Intentaron hacerle la vida imposible a Fabián, por así decirlo. Intentaron pararle los pies a cada paso.

—¿Alguien en particular?

Umbridge se encogió de hombros. «Me importaba más que el trato saliera adelante. ¿Me entiende? Y de repente», chasqueó los dedos, «se hizo. Todo fue sobre ruedas hasta que, bueno, pasó lo

que pasó. Cuando la bibliotecaria llamó para quejarse de una mancha de humedad, y sabiendo lo importante que era para Fabián, sobre todo el día de la inauguración, envié a un técnico lo antes posible».

—Steve Bamber. ¿Un empleado de confianza?

Umbridge se encogió de hombros sin comprometerse. «Es un contratista competente. Ha estado mucho por la obra. La conoce».

—Interesante —murmuró Judith, mirando pensativamente los garabatos de su tablilla. Cerraron rápidamente la entrevista y volvieron al coche.

—Nada útil para tu pódcast de asesinatos, me temo —dijo Judith —, y claramente dos casos completamente distintos. Adrián es bastante ingenuo, ¿verdad?

Hattie asintió pero estaba inusualmente callada. Menudo comienzo tan apagado para su aventura en el mundo del pódcast de crímenes.

—Voy a volver a Denzel Green. Puedo dejarte allí.

Hattie sacudió la cabeza. «No, si pudieras dejarme en el centro de Fulton. Voy a dar una vuelta por las tiendas, y tenía pensado pasarme por mi antigua biblioteca. Ver a los subalternos», añadió con un punto de pomposidad. «Asegurarme de que han trasladado todo el archivo. Al fin y al cabo, es posible que tengan que cerrar», añadió en una revelación susurrada.

Judith se sobresaltó. ¿No solo su territorio estaba amenazado de cierre, sino también la antigua biblioteca principal? El imperio de Hattie estaba realmente diezmando a su competencia. Agradeció no tener que aguantarla durante el camino de vuelta.

En el momento en que dejó a Hattie, comprobó el móvil y vio que Raimundo Collins le había dejado un mensaje. Estaba en la biblioteca mientras terminaban la investigación forense. Podía pasar de camino a casa.

7

La mayor parte de la cinta policial había sido retirada, y solo quedaba una furgoneta forense recogiendo el equipo cuando Judith entró en la biblioteca. El agente de la Policía Científica con el mono blanco salpicaba de estornudos cada dos frases al hablar con el subinspector Collins, y Judith se preguntó si el corpulento hombre acabaría siendo el principal sospechoso después de haber contaminado su propia escena del crimen.

Mientras esperaba a que terminaran, Judith estudió el santuario que Hattie había creado sobre ella y pensó en desmontarlo rápidamente, pero una vez más se recordó a sí misma que no debía enemistarse con su nueva aliada. Se estremeció cuando Raimundo Collins apareció a su lado con una suave carcajada.

—Lo siguiente será que te escribes las memorias.

—Te firmaré el ejemplar primero. Aunque creo que lo siguiente va a ser un pódcast —dijo con ironía, y sonrió para sus adentros al captar su expresión de preocupación.

—Esperemos que no llegue a eso —entonó.

—¿Qué noticias hay del más allá?

Raimundo Collins parpadeó sorprendido. Judith señaló el sótano.

—No hay señales de entrada forzada. Los registros de seguridad coinciden con las declaraciones de Hattie. Ella estuvo aquí, preparando la biblioteca para el acto inaugural. Entró y salió,

informó de la mancha de humedad, y luego el suelo cedió cuando Bamber lo investigó.

—¿Está grabado en el circuito de videovigilancia?

—Solo su llegada. La única cámara está en la puerta, registrando quién entra y quién sale. —Señaló hacia ella, colgada del techo.

—¿Solo una cámara?

—Supongo que no pudieron permitirse más. —Hizo una pausa. —No es un crimen reciente. Por el estado del cadáver, calculan que llevaba ahí enterrada al menos seis meses.

—Que es cuando se pusieron los cimientos y comenzó el trabajo en la primera planta.

—Posiblemente más si ya estaba enterrada y fue removida por la construcción. Sin embargo, me inclino por la fecha más reciente debido a la distensión.

—¿Acaso tu estómago te da ahora perspicaces revelaciones?

—La distensión del cadáver. Parece que estaba sujeta al fondo con bloques de hormigón y una capa de barro por encima. No mucha, pero suficiente. Sin embargo, con el tiempo se infló como un globo de fiesta y salió a la superficie. Qué suerte para el asesino haberle construido esto encima.

—¿Tardará mucho en obtener resultados de ADN? —dijo Judith.

Collins pareció impresionado. «¡Vaya, vaya! Casi suenas como una profesional. Sí, llevará su tiempo. Si es que hay alguno. La evidencia de ADN sale más en los programas de televisión que en el mundo real. Creen que hay muchas posibilidades de que no quede gran cosa debido a la ubicación y el tiempo transcurrido. Pero ya nos preocuparemos de eso más adelante».

Una vez más Judith se quedó absorta en sus pensamientos mientras repasaba lo que le había contado Adrián Umbridge. Sentía que había estado dando rodeos alrededor de cuestiones que no lograba precisar del todo. Guardaba algún secreto, pero su actitud era menos la de un asesino culpable y más la de alguien que había removido un avispero y ahora afrontaba las consecuencias.

¿O simplemente estaba equivocada, proyectando sus propias preocupaciones en él? Si no estaba pensando en el crimen, sus

pensamientos eran un revoltijo de aventuras pasadas y Derek. No era un buen estado mental en el que estar.

—¿Qué va a decir el comunicado público? —preguntó.

—Bueno, no tiene ningún sentido alarmar a nadie y causar preocupación innecesaria. Hemos estado coordinando con Fabián y acordamos mantener los detalles al mínimo hasta que sepamos cuánto tiempo lleva el cuerpo ahí. Así que por el momento no hay nada que hacer salvo esperar.

En el silencio que siguió, Judith se dio cuenta de que él la estaba mirando fijamente, expectante. Por pura vanidad, se negó a morder el anzuelo.

—Por supuesto. Si está diciendo que no hay ninguna amenaza inmediata para el público, no hay razón para especular.

—Mmm. Y hablando de especulaciones... —Sacó un papelito adhesivo amarillo del bolsillo y se lo entregó a Judith. —Ha llegado a mis manos alguna información sobre cierto Derek Sheppey por la que quizás hayas preguntado, o quizás no, pero que desde luego no te he dado yo.

Ella cogió el papelito ofrecido y le echó un vistazo rápido, viendo el nombre de Derek en boli con una dirección y un número de móvil. Le produjo un sobresalto aunque había visto al hombre en persona. Era una confirmación adicional de que su vida pasada aspiraba a una reunión.

—¿Y puedo preguntarle de dónde ha obtenido estos datos?

—Puedes preguntarlo cuanto quieras y no te lo diré, porque esto no ha ocurrido. Sin embargo, si hubiera alguna conexión con el inspector Hamper husmeando por ahí, sería profesionalmente imprudente que me involucrara en algo de esto.

Judith se guardó el papelito agradecida. «Que es, por supuesto, por qué no está pasando nada».

Cayó un silencio incómodo antes de que Collins volviera a hablar.

—Bastante impresionante, este Derek Sheppey. Apuesto... adinerado...

Judith le miró a los ojos. «¿Todavía adinerado? Vaya sorpresa».

—¿Y es tu ex señor Sheppey...?

Judith sonrió. «Bueno, ese es un apellido de casada que aún no he tenido». Le sorprendió que su curiosidad la conmoviera un poco y que su torpeza le divirtiera.

—Bueno, supongo que siempre es bueno reconectar con viejos amigos —dijo sin convicción.

Judith se encogió de hombros. «Bueno es un punto muy discutible». Decidió no añadir lo necesario que era, y cómo podría ser el principio del fin de la vida que se estaba labrando en Little Pickton.

No pudo evitar que un suspiro sincero se le escapara de los labios, y agradeció tener un asesinato que le apartara la mente de su propia vida.

8

La casa de Derek Sheppey estaba a las afueras de Bath, encaramada en el campo detrás de un seto de una altura inverosímil. Desde fuera era fácil pasarla de largo, y tuvo que dar media vuelta porque el navegador hizo exactamente eso. Espiando a través de la verja, la casa al fondo parecía sacada de una sesión de fotos de ¡Hola! Quizás no había aprendido del todo la lección de pasar más desapercibido.

La verja automática era el primer obstáculo, pero desde luego no era insalvable. Los sistemas de seguridad caros solo son tan buenos como las personas que los instalan, y Judith apostaba a que Derek seguía siendo un agarrado. Rodeó el perímetro a pie, habiendo aparcado discretamente el coche a unos cien metros en un callejón lateral, y encontró exactamente lo que buscaba: el panel de acceso para mantenimiento escondido detrás de un arbusto ornamental.

Dos minutos con un destornillador de su bolso —porque nunca se sabía cuándo podría necesitarse desmontar algo— y había anulado el sensor. La verja se deslizó con un susurro y Judith se coló antes de que pudiera cerrarse.

De cerca, la casa era aún más ostentosa. Las ventanas de suelo a techo revelaban un interior decorado en lo que solo podría describirse como «minimalismo de fondo de inversión»: mucho blanco, mucho cromo y ninguna personalidad en absoluto. Se

preguntó si Derek lo había elegido él mismo o si algún interiorista le había convencido de que así era como lucía el éxito.

Valoró la puerta principal, pero existía la posibilidad de que Derek no estuviera en casa, y si tenía alguna otra alarma, desde luego no se precipitaba a recibir a su visita. Judith rodeó la casa, con la grava crujiendo bajo sus pies. Había un Aston Martin DB9 lustrado hasta el último detalle aparcado a un lado. Una matrícula bastante reciente, observó: Derek seguía manteniendo su crisis de mediana edad.

En la parte trasera había un amplio jardín con una fuente atascada de hojas muertas y hierba descuidada. La imagen de prosperidad solo parecía proyectarse en la fachada delantera de la casa. La puerta de la cocina estaba cerrada, naturalmente, pero la ventana de al lado había quedado entreabierta. Judith la abrió con cuidado y entró con bastante más gracia de la que probablemente justificaba su edad, aunque las rodillas protestaron algo.

Se encontró en una cocina que parecía haber sido trasplantada directamente de las páginas de una revista de arquitectura. Encimeras de mármol relucientes, electrodomésticos de gama profesional, y ni un solo indicio de que alguien hubiera cocinado allí en su vida. Pero eso era solo la superficie. Al mirar de nuevo había señales reveladoras de que no estaba acabada del todo. Cables eléctricos asomando de las paredes y doblados detrás de los muebles. Portalámparas vacíos. Sellados entre paredes y encimeras sin terminar.

Ya que estaba allí, razonó que bien podría intentar integrarse. Cogió un hervidor cromado y lo estaba llenando bajo el grifo cuando oyó pasos en la escalera. Se situó con naturalidad junto al mostrador, componiendo en la cara una expresión de agradable sorpresa más que de intrusión culpable.

Una figura apareció en el vano de la puerta empuñando lo que parecía ser una sartén naranja de hierro colado por encima de su cabeza.

—Derek, cariño, me sorprendería mucho que de verdad fueras a usar eso —dijo Judith con calma. —Aunque no tanto que te lleves una sartén a la cama últimamente. ¿Es para uso de emergencia?

La sartén vaciló. Derek Sheppey parpadeó dos veces, el cerebro claramente intentando reconciliar a la mujer de pie en su cocina con el último lugar donde esperaba verla.

—¿Judith?

—¿Hierro colado? Como si alguna vez hubieras cocinado algo que no se pudiera meter en un microondas.

—¿Judith? —repitió.

—La misma. La sartén es un poco melodramática. No he venido a robar la vajilla de plata. Suponiendo que tengas plata de verdad, y que no sea todo de imitación.

Derek bajó la sartén lentamente, su expresión bailando entre el shock, la confusión y finalmente asentándose en algo que podría haber sido diversión.

Estaba bien, tuvo que admitir Judith. Más que bien. Los años habían sido amables con él de esa manera tan irritante que lo son con algunos hombres: su cabello oscuro lucía ahora distinguido con canas en las sienes, y había adquirido el tipo de bronceado que sugería vacaciones en el extranjero más que rayos UVA. La mandíbula seguía siendo firme; los ojos seguían chispeando. El aire de James Bond seguía adherido a él.

—Has entrado en mi casa.

Siendo el aspecto de Bond lo que era, nunca fue muy dado a las frases ingeniosas.

—Sí, cariño. Ha sido increíblemente fácil. —Puso el hervidor en su base y lo encendió.

Derek la miró fijamente un buen rato y luego dejó la sartén sobre el mármol con un golpe definitivo. «Tienes mucho morro, Judith».

—El morro siempre ha sido una de mis cualidades más comercializables. —Abrió armarios hasta dar con las tazas. —¿Scones, Derek? Seguro que un hombre de tu posición tiene scones en algún sitio.

—En la despensa. En el estante de arriba. —Sacó una silla del mueble isla de la cocina y se sentó, observándola con una expresión que ella no supo descifrar del todo.

—No deberías sorprenderte; seguro que has pensado en mí recientemente.

—No te he dedicado ni un segundo de pensamiento —dijo él con demasiada rapidez. Tras un silencio incómodo, se examinó las uñas. —¿Qué te hace decir eso? —Ella le lanzó una mirada de soslayo y él cambió de táctica. —Estás bien.

—Tú también. Sospechosamente bien, de hecho. Diría que incluso próspera mente bien.

—Siempre has tenido mucho que decir.

Judith localizó los scones, comprados en el Waitrose, y los dispuso en un plato. Encontró mantequilla, mermelada y nata espesa en la nevera y lo trajo todo al mueble isla.

—¿Primero la nata o primero la mermelada? —preguntó, acomodándose en el taburete frente a él.

—Primero la mermelada, obviamente. No soy ningún bárbaro.

—Primero la nata —replicó Judith, extendiendo deliberadamente una gruesa capa de nata sobre su scone. —La nata es la base sobre la que descansa la mermelada. Es estructuralmente sólido. —Interiormente, se reprendió. Ese comentario confirmaba que había estado leyendo demasiado sobre construcción.

Derek extendió la mermelada sobre su scone con exagerada precisión. «La mermelada se adhiere mejor directamente al scone. La nata proporciona entonces la gloria final».

—Todo apariencia y nada de fondo. Qué propio de ti.

Comieron en silencio un momento, mientras el hervidor hervía y Judith preparó dos tazas de té. No era el silencio tenso de dos personas que no se hubieran visto durante décadas. De hecho, odiaba lo cómodo que le parecía. Lo natural. Regresó al mueble isla con las tazas.

—Así que —dijo Derek al fin—, ¿me vas a decir por qué has entrado en mi casa sin que te invitaran?

—Me invitaste cuando empezaste a hablar con la policía. —Le vio congelarse. —El inspector Hamper es un incordio.

La mano de Derek se detuvo a medio camino de la boca. «Ah».

—«Ah», en efecto.

—Sigues llevando el registro, ya veo.

—No el tuyo. Tengo cosas mucho mejores que hacer últimamente. ¿Qué le dijiste?

Derek dio un mordisco deliberado a su scone, masticando con parsimonia mientras Judith resistía el impulso de abalanzarse sobre él y estrangularle. Siempre había disfrutado haciéndola esperar.

—Nada que no supiera ya —dijo al fin.

—Qué tranquilizador. ¿Y qué es exactamente lo que ya sabe?

—Que... trabajamos juntos. —Sus ojos se encontraron con los de ella por encima del borde de la taza. —Que amenazaste con delatarme si no me portaba bien. —Sacudió la cabeza. —Vaya manera de agradecer que te enseñara todo lo que necesitabas saber sobre leer a las personas.

Judith asintió. Microgestos, psicología. Cómo convertirse en quien tu adversario necesitaba que fueras. Habilidades para la vida más valiosas que el bachillerato al que había llegado con lo justo en el colegio.

—Y fuiste una alumna excelente. Más que excelente. ¡Podrías haber sido la próxima Derren Brown! Tenías un talento natural que nunca había visto antes. —Hizo una pausa. —Hasta que desarrollaste aquella cosa...

—Una conciencia.

—Eso es lo que tiene el diablo.

—Timar a grandes empresas era una cosa. Están aseguradas, y ya sabemos todos que las aseguradoras son de los mayores estafadores del planeta. Pero ¿viejitas? ¿Familias? Empezaste a hacerle daño a gente que no podía permitírselo.

—Yo nunca–

Los sonoros chasquidos de lengua de Judith le cortaron. «Lo hiciste absolutamente. Y ahí estaba yo pensando que éramos una pareja». Continuó rápidamente cuando la cara de él se suavizó hacia algo un poco demasiado lascivo. «Cuando en realidad iba a ser tu chivo expiatorio».

—¡Eso es injusto!

—Tu cabeza de turco, entonces. Me fijo en que no has dicho que no era verdad.

Su boca trabajó varias veces, pero no se le ocurrió nada adecuado que decir. Dio un sorbo a su bebida y asintió. «¿Qué más

da? Agua pasada. Desapareciste a Escocia, me dejaste en la estacada, y empezaste de cero».

—Qué bonito. Me rastreasteis.

Derek se encogió de hombros. «Tuve que hacerlo. Si yo caía, tú caías. Destrucción mutuamente asegurada, como se solía llamar en la Guerra Fría. Lo respeto».

—¿De verdad? ¿Es por eso por lo que hablas con la Policía Nacional?

Derek se removió incómodo. «Aquí me tenías, asentado. Llevando una vida limpia», hizo un gesto a su alrededor. «Entonces el detective vino a verme. Fue... persuasivo».

—Déjame adivinar. Un indulto por tu pasado.

—Bueno, técnicamente no hay ningún pasado. Nunca llegó nada a juicio. Soy tan inocente como el que más. Y técnicamente tú eres el que más.

—¿Y qué acordasteis para limpiar tu inexistente historial?

Derek dejó la taza y entrelazó los dedos, apoyándolos sobre el mueble isla. «Querida Judith, ¿qué te hace pensar que tenía algún poder sobre mí?» Hizo un gesto a su alrededor. «Tengo todo lo que quiero».

Judith reflexionó sobre esto.

—Obviamente se puso en contacto contigo porque cree que sí tiene algo en tu contra. Y tú te reuniste con él porque también crees que tiene algo en tu contra.

Derek se removió incómodo en su asiento.

—No podría decirte. Sea lo que sea lo que le da urticaria, se lo toma de manera personal. —Por un momento su muro se derrumbó, dejando al descubierto su raramente vista vulnerabilidad. —Sé leer a las personas. Y a mí me parece un hombre desesperado, como si se estuviera jugando su carrera en cazar a dos viejos chotos como tú y yo. Y justo cuando...» Miró a su alrededor con un destello de desesperación.

—¿Justo cuando ya no te queda mucho?

El arrogante muro de orgullo volvió a levantarse en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya puedes ver que me va bien.

—Iba. —Sus ojos se entornaron mientras le estudiaba. —Lo intentaste con la vida honrada, perdiste dinero en inversiones y derrochando en tu ego... —Levantó un dedo para impedirle interrumpir. —Y el tirón de las viejas costumbres se estaba volviendo imposible de ignorar.

Guardó silencio el tiempo justo para que Derek abriera la boca para negarlo todo, y entonces se abalanzó antes de que pudiera pronunciar una sílaba.

—Una casa sin terminar que apenas puedes mantener. Un Aston Martin del que tienes terror a que te lo embarguen. Sin habilidades útiles, al menos no en la sociedad que respeta la ley. Como siempre has sido, eres un hombre desesperado.

Derek se cruzó de brazos y la estudió. «Por supuesto que puedo negar todo eso».

—Puedes, pero aprendí de ti. Y antes eras el mejor. Hubo un tiempo. Te veo de parte a parte, Derek.

Derek se levantó, caminando hacia la ventana que daba al jardín. Empezaba a llover. «Puede hacernos la vida extremadamente incómoda. Sobre todo a ti, dado tu reciente pasatiempo de hacer de detective aficionada».

—No es hacer si de verdad estoy resolviendo crímenes.

—Semántica. —Se volvió para mirarla. —Y antes había un «nosotros», pero eso fue entonces y esto es ahora. Siempre fuimos el yin y el yang. Nata y mermelada, mermelada y nata. Si has venido aquí a sonsacarme información, o a apelar a mi lado bueno...

—Del que soy consciente de que no existe.

—No lo tengo —dijo al mismo tiempo, molesto porque ella se le hubiera adelantado.

—¿Así que me estás echando a los leones?

Él le sonrió. «No veo por qué tenemos que sufrir los dos».

Judith dio un sorbo al té, pensativa.

—Loco... —murmuró.

—Bastante sensato, o al menos práctico —concedió él.

Judith dejó la taza y se puso de pie.

—No. Me refiero a DMA. Destrucción Mutuamente Asegurada. Se llama así por algo. —Se dirigió hacia la puerta principal. —Me iré con

algo más de integridad que con la que entré.

Derek parpadeó sorprendido, claramente esperando más pelea.

—¿Ya?

—Has dicho lo que querías decir. Amenazas como de costumbre. Cuando todo lo que tenías que hacer era pedir ayuda.

Él le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Por parafrasear al difunto y gran Presidente John F. Kennedy: no te preguntes qué puede hacer tu Judith por ti, sino qué puedes hacer tú por tu Judith.

Y entonces se marchó.

9

El problema de las noches largas y frías son los largos y fríos pensamientos que las acompañan, sobre todo cuando una vive sola.

Judith era un lobo solitario, satisfecha con su vida, y se había mudado a Little Pickton para entrar en una nueva fase. Para ella, esto era la normalidad. Un período que había echado en falta durante su vida, y del que se estaba cansando a marchas forzadas.

Los misterios esporádicos y la emoción habían añadido la sal y la pimienta que faltaban.

Pero después de ver a Derek, de repente le apetecía un poco de tabasco.

Y las analogías gastronómicas le estaban dando hambre, así que a las tres de la madrugada se levantó, se sentó en la cocina y gratinó una capa de queso manchego curado sobre una rebanada de pan de masa madre algo rancio. El camino de vuelta desde Bath había sido un borrón de autopista, caminos rurales y pensamientos revueltos. Las palabras de Derek le daban vueltas en la cabeza mientras él, a su manera sutil y rastrera, había intentado reavivar la química combativa que solía existir entre ellos.

Que seguía existiendo, maldito fuera.

Pero la química es explosiva y no es lo mismo que la confianza. Y Judith confiaba en Derek Sheppey lo justo para lanzarle su

absurdamente caro juego de sartenes de hierro colado. No era la primera vez que alguien intentaba acorralarla, pero sí la primera vez en mucho tiempo que no veía una solución inmediata. Y eso la mantuvo despierta hasta los primeros rayos de un amanecer helado.

Necesitaba desayunar con Maggie para distraerse de sus propios problemas, y La Hora del Té era el refugio perfecto del pueblo para un sabroso desayuno inglés completo que era tan absurdamente caro que venía con una taza de té de puchero de cortesía.

El dueño, Timothy Buckley, deslizó ambos platos sobre la mesa con un entusiasta: «¡Bon appétit!». Lo completó con los tés. «No está mal de idiomas, ¿eh? He estado empollando porque estamos pensando en comprarnos una casa de veraneo».

—O quizás dos, a estos precios —dijo Judith en voz baja, y luego un poco más alto: —¿En qué zona de Francia?

Timothy pareció desconcertado. «En España». Pasó a atender a otros clientes.

Judith y Maggie se pusieron manos a la obra con el desayuno con entusiasmo.

—¿Y bien? ¿Lo hiciste? —preguntó Maggie, los ojos brillantes de preguntas mientras masticaba media salchicha.

—¿Hice qué?

—Derek.

Judith vaciló un instante de más mientras se debatía sobre cómo interpretar la pregunta. Conociéndoa Maggie, empezar por lo más soez e ir subiendo.

«Ya te hablé de mi pasado —dijo con evasivas. —Derek fue quien me llevó por el camino del... tejemaneje empresarial».

—Llámalo como quieras, Jude, pero jorobar al sistema siempre me calienta el corazón. —Con su acento ghanés la frase sonaba más poética. —Dime, ¿sigue estando de muerte?

—Sigue siendo encantador, retorcido... —su maldición se derritió en un murmullo incomprensible.

—Vaya, vaya —el tono de Maggie era irritantemente burlón. —¿Te estás ruborizando?

Judith la clavó con una mirada glacial. «Yo no me ruborizo».

Las palabras tuvieron el efecto deseado de castrar la conversación, pero hicieron poco por borrar la picardía de la cara de Maggie.

Judith cambió de tema con la sutileza de un tren de mercancías. «¿Cómo está Fabián? El fiasco de la biblioteca debe de preocuparle».

La curiosidad juguetona de Maggie fue sustituida por la preocupación. «Está fuera de sí. Siempre es terrible encontrar un cadáver bajo tus pies, pero el momento en que ocurre lo hace doblemente desagradable. Todo el asunto es una pesadilla para su campaña».

—¡Su plan de ser alcalde de por vida!

—¡Oh, tiene planes más ambiciosos que ese! —Maggie levantó las dos manos como para enmarcar las palabras en el aire. —¡Diputado en el Parlamento!

Judith tosió para no atragantarse con una tira de beicon. «¿Diputado? ¿No es eso bastante... ambicioso?»

Maggie no pudo contener su deleite. «¡Lo sé! ¿Quién hubiera pensado que me engancharía con un hombre con una visión?»

—Eso requiere bastante respaldo, imagino.

—Sus nuevos amigos ricos lo sugirieron. Por eso la biblioteca es tan importante. Luchó mucho por ella. Apostando por la educación de Denzel Green. —Maggie recitó orgullosa el mantra oficial de la campaña.

—Robin Needlemire parecía especialmente entusiasta.

Maggie asintió, animándose con el tema. «Oh sí, ha sido maravillosa. Trayendo a todo tipo de gente para crear una campaña. Trajo a Umbridge Construcciones, y a Eddie Sterling. Ya sabes, el que se hizo millonario con su cadena de peluquerías, Rizos y Tizos».

—Le vi en la inauguración de la biblioteca. Es muy difícil no fijarse en él.

—Todos están planeando una fiesta de lanzamiento pronto. Cuando llegue el momento.

—¿Y cuándo será eso?

Maggie ladeó la cabeza y tras un momento de reflexión, bajó la voz. «Está nervioso por la... situación de la biblioteca. Puso su nombre en ese proyecto, lo defendió en cada reunión de comité. Y

trataron de pararle los pies, te lo digo yo...». Se quedó callada, removiendo el té con innecesario vigor.

La mente de Judith ya estaba navegando entre las posibilidades. Una reunión llena de patrocinadores adinerados, todos con posibles conexiones con el proyecto de la biblioteca. Era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla.

El tintineo de la cuchara contra la taza de Maggie tuvo el efecto de reavivar su sonrisa. «Imagíname a mí, viviendo a todo tren con un diputado. Demuestra que cuando crees que la vida te ha dado esquinazo, nunca es demasiado tarde para volver a la carretera».

Ambas estaban gratamente asombradas de que la vida aún pudiera deparar sorpresas agradables incluso cuando se acercaban los años otoñales. En su juventud, su generación les había dicho a las dos que la vida se acaba a los cuarenta, así que descubrir que eso era una solemne mentira era una buena noticia. ¿Y quién era Judith para destruir los sueños de su amiga?

Y una parte egoísta de ella también sabía que pronto tendría que contar con la ayuda de Maggie y de Fabián...

Lo cual era incómodo, porque tenía el terrible presentimiento de que Fabián se había metido en aguas muy revueltas... y que las compuertas estaban a punto de abrirse. Antes de que pudiera buscar una analogía mejor, su teléfono emitió un pitido con un mensaje. Lo miró y parpadeó sorprendida.

¡PRUEBAS ARCHIVADAS! - ¡EL EPISODIO 1 YA ESTÁ EN DIRECTO!

—Dios mío, ¿qué nuevo infierno es este? —murmuró Judith.

—¿Qué es?

—Hattie Trelawny ha iniciado un pódcast de crimen real.

Contra su mejor criterio, Judith pulsó el enlace. Se abrió una página de pódcast de diseño estridente con la cara radiante de Hattie como imagen de cabecera. El título proclamaba: ¡Pruebas Archivadas! - ¡Asesinato entre las estanterías!

Había un pequeño contador en la parte inferior que mostraba el número de suscriptores.

Uno.

Maggie se inclinó para mirar. «¿Vas a escucharlo?»

—En absoluto.

Intentó cerrarlo, pero el diseño de la página era tan poco intuitivo, rayando en lo hostil, que en su lugar pulsó sin querer el enlace al Instagram de Hattie.

El Instagram de Hattie era exactamente lo que cabría esperar: fotos de libros, gatos, el interior de la biblioteca. Y entonces, publicada hacía apenas tres minutos, una fotografía nueva. La entrada de la nueva biblioteca de Denzel Green, con Hattie sujetando el teléfono en ángulo para hacerse un selfie y añadir el hashtag: #YaAbrimos. Y al fondo, dos hombres hablaban: Adrián Umbridge y Eddie Sterling, el millonario peluquero.

Las oleadas de sospechas de Judith chocaron entre sí. ¿Qué estaban haciendo Adrián Umbridge y Eddie Sterling juntos en la biblioteca? Comprobó la hora. La publicación era de hacía solo unos minutos. Si se daba prisa, y saltaba algún que otro límite de velocidad, podría averiguarlo por sí misma.

10

La biblioteca estaba en un misericordioso silencio cuando Judith entró a paso rápido por las puertas automáticas, que apenas tuvieron tiempo de abrirse. Le palpitaba el corazón más por la urgencia que por el esfuerzo. Hattie levantó la vista del mostrador de recepción sobresaltada, y su cara se iluminó de repente con el tipo de entusiasmo reservado para las fans que avistan a su último ídolo.

—¡Judith! ¿Escuchaste el pódcast? ¿Qué te pareció? Ya estoy trabajando en el episodio dos, y pensé que quizás podríamos hacer una reconstrucción dramática de cómo encontraste el–

Judith se pasó una mano por la garganta para cortarla. «¿Dónde están?», siseó.

—¿Quiénes?

—Adrián Umbridge y Eddie Sterling estaban en tu publicación de Instagram. ¿Siguen aquí?

Los ojos de Hattie se abrieron como platos mientras articulaba sin voz un «¡Oh!» y señaló con la cabeza hacia la puerta que daba al sótano. Bajó la voz a lo que claramente creía que era un susurro cómplice, pero que probablemente podía oírse en el pueblo de al lado. «Ayer por la tarde vino un perito y lo declaró estructuralmente seguro, por eso hemos abierto hoy. ¿Cuál es el plan?» Levantó el móvil como un arma entre las dos. «¿Estamos investigando?»

—Desde luego que no. ¡Y nosotras no existimos!

—¡Entendido! —Hattie guiñó un ojo. —Encubierto. ¡Bien!

Antes de que Judith pudiera replicar, oyó voces desde la escalera del sótano. Voces masculinas: una grave y nerviosa —Umbridge— y la otra aguda y teatral.

—Rápido —Judith agarró el brazo de Hattie. —Actúa con naturalidad. Simplemente... haz lo que sea que hacen las bibliotecarias.

—¿Decirle a los viejos verdes que dejen de buscar presentadoras del tiempo en Google?

—Perfecto. Haz eso.

Judith se escondió detrás de la alta estantería de Novela Negra, justo a la vuelta de la esquina donde estaba pegado su recorte de cartón a tamaño real, justo cuando dos figuras emergían del sótano. Adrián Umbridge tenía peor aspecto que en su despacho: la corbata estaba ahora ligeramente ladeada. A su lado, Eddie Sterling llevaba un traje de un rosa agresivo: no pastel, no salmón, sino un rosa vibrante, color flamenco, que resplandecía con la suave iluminación de la biblioteca. Su cabello plateado estaba peinado para parecer permanentemente despeinado por el viento, lo que le quedaría bien a un joven artista pop, pero en un hombre de la edad de Sterling le hacía parecer perpetuamente sobresaltado. Se movía con el tipo de gestos fluidos que sugerían haber nacido sobre un escenario.

—Menos mal que son pequeñas las misericordias —dijo Sterling en su voz más baja, que resonó magníficamente por la acústica de la biblioteca. —¡Si esto no hubiera podido abrir, habría sido un desastre absoluto!

—Lo sé, lo sé —murmuró Umbridge, enjugándose la frente con un pañuelo.

Sterling le pinchó con un dedo perfectamente cuidado. «Y tú habrías estado en el punto de mira».

Judith se acercó todo lo que se atrevió. Por qué se estaban reuniendo los dos hombres había despertado su curiosidad, pero lo que tenía que ver un peluquero con la construcción de la biblioteca era desconcertante.

Umbridge sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente. «El informe del perito dejó claro que el fallo está localizado y que las

reparaciones pueden hacerse sin cerrar el edificio». Bajó la voz y miró a su alrededor, sin reparar en Judith mientras ella retiraba la cabeza para cubrirse. «Y lo más importante, dio el visto bueno a las normativas de materiales. El asunto del cadáver es...». Se estremeció al pensarlo. «Un terrible accidente divino».

—¡Dios generalmente no desentierra personas! —siseó Eddie. Por un momento su refinada fachada se desprendió como la piel de una serpiente.

Desde su escondite, Judith podía ver justo a Hattie en el mostrador. Hacía un gran teatro de escaneando libros que no necesitaban ser escaneados, mientras inclinaba disimuladamente el teléfono en dirección a los dos hombres para grabar cada uno de sus movimientos. La bibliotecaria cruzó la mirada con Judith y le lanzó un enorme guiño que resultó bastante menos sutil que el traje de Eddie Sterling.

—Hattie, querida —llamó Sterling, descubriéndola. —¿Va todo bien? Parece que tiene algún tipo de espasmo facial.

—¡Una pestaña! —anunció Hattie casi a gritos. —En el ojo. Muy irritante. No me haga caso. Solo cumpliendo con mis deberes de bibliotecaria.

Escaneó el mismo libro tres veces más para enfatizarlo.

Sterling arqueó una ceja pero se volvió hacia Umbridge, que miraba a Hattie como si intentara ubicarla. Antes de que su memoria pudiera ponerse al día, Eddie Sterling le agarró del codo y le guio en dirección a Judith, bajando aún más la voz.

Al otro lado de la estantería, Judith avanzó en paralelo mientras escuchaba.

—Te dije que alguien andaba husmeando —decía Umbridge, con la voz tensa de ansiedad. —¡Tiene pinta de ser una de ellas!

—¿Quién? ¿La bibliotecaria?

A Judith se le cayó el alma a los pies y esperó que Hattie pudiera improvisar una hermana gemela perdida en el acto.

—No estoy seguro. —Umbridge se detuvo al otro lado de la estantería, apoyándose contra las novelas de crimen. —Estaba con una mujer que decía ser del ayuntamiento. Hacía preguntas sobre el presupuesto, los materiales, los contratistas...

Las orejas de Judith se aguzaron. Se acercó un poco más, ahora colocada detrás de una planta en maceta.

—Hattie es la bibliotecaria aquí. ¿Qué haría ella en tu oficina?

Umbridge se pellizcó la nariz y suspiró con estrés. «No lo sé. Estaba con alguien llamada Betty Libro, o algo así».

Por la ranura entre las estanterías, Judith pudo ver la mirada de desdén que Sterling le lanzó. De pie en la biblioteca, el nombre que Hattie le había endilgado sonaba ahora obviamente falso. La expresión de Umbridge lo decía todo. También le trajo de vuelta su conversación con Judith, y algo que le había estado rondando por el fondo de la mente.

En su despacho, Umbridge había sabido que la víctima era una mujer.

¿Cómo lo había sabido?

¿Cómo había pasado por alto Judith una pista tan llamativa? La situación entre el inspector Hamper y Derek debía de estar nublando su juicio, y Hattie desde luego no le ayudaba a concentrarse.

—Tranquilízate. No les dijiste nada...

Umbridge sacudió la cabeza con vehemencia. «Por supuesto que no, pero parecía saber más de lo que debería. Llevaba una tablilla y todo».

—¡Una tablilla! Dios mío, qué oficial. —El sarcasmo goteaba como miel. —Es natural que la mujer que gestiona la biblioteca y esta metomentodo del ayuntamiento aparezcan después de los problemas estructurales. No confundas los dos asuntos.

—Pero si empieza a indagar–

La mente de Judith se aceleró. Se inclinó ligeramente hacia delante intentando oír mejor, y su cuerpo rozó la maceta de cerámica.

Esta arañó el suelo liso con un sonido como de uñas en una pizarra.

Sobresaltados, los dos hombres miraron a su alrededor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Umbridge nerviosamente.

Se acercaron hacia la maceta. Sterling asomó bruscamente la cabeza para mirar por el pasillo...

Pero Judith había salido pitando. Sterling miró a Hattie, que seguía trajinando detrás del mostrador. Ella le pilló mirándola y le saludó con la mano.

—¿Les apetece a los caballeros un poco de té? —anunció Hattie en voz alta, levantándose tan bruscamente que su silla rodó hacia atrás. —Acabo de hacer una tetera recién hecha. Earl Grey. ¿O quizás prefieren algo de infusión? Tengo manzanilla, menta, una que se llama «Jardín Zen» de la que no estoy del todo segura de lo que lleva pero la caja es muy relajante de mirar–

—No, gracias —dijo Sterling. Le lanzó una mirada de soslayo a Umbridge. —Se cree que lleva una maldita cafetería. Llevemos esto a otro sitio.

Se dirigió hacia la salida, pero Umbridge no le siguió. Miraba fijamente algo en la estantería.

—¿Adrián? —Sterling señaló con el pulgar hacia la puerta.

Umbridge palideció y cruzó la mirada con Sterling. «Es ella», graznó.

Sterling se unió a él para ver qué estaba mirando el idiota. Era el recorte de cartón a tamaño real de Judith Spears.

—¡Es la mujer de la tablilla! —siseó Umbridge, mirando nerviosamente a su alrededor.

Ambos se quedaron mirando el bocadillo.

—Resuélve crímenes conmigo... —murmuró Sterling.

Los dos hombres salieron a toda prisa de la biblioteca sin mediar más palabra. Judith había conseguido escabullirse detrás del mostrador de Hattie mientras ellos pasaban de largo. Soltó el aliento con alivio al oír el susurro de la puerta automática cerrándose a su espalda.

Hattie la miró curiosa. «¿Ha sido útil?»

Judith emergió de detrás del mostrador y se dirigió hacia la salida.

—¡Has sido perfecta! Pero ni una palabra de esto a nadie. Sobre todo no en tu pódcast.

La cara de Hattie cayó un poco, pero asintió. «Nuestro pódcast. Sí. Boca cosida. Entendido».

Judith le agitó el dedo a su doble de cartón y le dedicó una mueca. «¡Y por el amor de Dios, quita ya ese maldito trasto de ahí!»

11

El depósito de cadáveres olía a desinfectante y a algo más que la inspectora Sara Eastly no lograba identificar del todo y que, tras pensarlo un poco, decidió que tampoco quería. Este era el aspecto menos agradable de su trabajo. Contemplar a los muertos.

Más concretamente, contemplar a los muertos junto al afligido pariente más cercano del fallecido. Sara no podía negar que tenía cierta vena morbosa cuando se trataba de escenas de crimen. Las encontraba fascinantes más que repulsivas, y culpaba de ello a lo único bueno que había hecho su madre: criarla a base de reposiciones interminables de Colombo y Los Crímenes de Midsomer. Siempre recibía críticas del subinspector Collins por sus fotografías artísticas de escenas del crimen, en lugar de las versiones brutalistas que iban a los expedientes del caso, tal era la influencia de una buena serie de televisión.

Sin embargo, no había nada agradable en presenciar el impacto humano que causaba un asesinato. Y ahora, aquí estaba con Karen Kemble, a punto de identificar formalmente a su madre.

El forense había identificado el cuerpo a partir de los registros. Una mujer desaparecida. Su prominencia había significado que se había impuesto un manto de silencio sobre la identificación, al menos hasta que el familiar más cercano pudiera confirmar la identidad. Ni siquiera había tenido tiempo de decírselo a Raimundo

Collins y razonó que era mejor molestarle con hechos que con especulaciones.

Karen estaba sentada a su lado en las sillas de vinilo fuera de la sala de vistas, con las manos en el regazo con el control rígido de alguien decidido a no derrumbarse. Se había vestido con cuidado para esto: un traje gris marengo que era a la vez respetuoso y práctico, maquillaje mínimo, el cabello castaño de longitud media recogido en un moño severo. Rondando los cuarenta, conservaba aún una simpatía de chica de al lado que volvía locos a los hombres y le daba envidia a Sara. Había sido una adolescente un poco patosa, aunque según Kevin, ahora era una mujer atractiva. Aunque no estaba muy segura de hasta qué punto eso era un cumplido.

—Tómate tu tiempo —dijo Sara con suavidad. —No hay prisa.

Karen asintió pero no se movió. El auxiliar del depósito, un hombre de cara bondadosa de unos sesenta años con la paciencia de un santo, esperaba junto a la puerta con discreción profesional.

El teléfono de Sara vibró. Lo miró discretamente. Kevin le había estado enviando mensajes toda la mañana después de la «charla» de la noche anterior, en la que ella había sido evasiva como de costumbre. Esta vez no era él. Era del Agente de Enlace con la Familia que debería haber llegado hacía media hora.

Atasco. LLego en 20 min. ¡Lo siento mucho!

Sara había hecho su formación de duelo y la había detestado intensamente en aquel entonces. Prefería ser más directa, derribando a un delincuente al suelo y esposándole sin contemplaciones. A él. O a ella. También había hecho formación de igualdad de oportunidades.

—Estoy lista —dijo Karen de repente, secándose las palmas sudorosas en los muslos al ponerse de pie.

Sara se levantó con ella. «Estaré aquí si me necesitas».

—No. —La voz de Karen era firme. —Ven conmigo. Por favor.

Sara forzó una sonrisa y asintió. Siguieron al auxiliar a través de la puerta hacia una pequeña sala tenuemente iluminada. Una ventana daba a la cámara adyacente donde una figura yacía en una camilla, cubierta por una sábana azul pálido.

Karen emitió un sonido: no exactamente un jadeo, no exactamente un sollozo. Su mano subió hasta su boca. Después de seis meses, Sara había esperado que el cuerpo estuviera irreconocible, pero el barro, el agua fría y el plástico lo habían casi momificado.

—¿Es su madre, Joanne Kemble? —preguntó el auxiliar en voz baja.

—Sí. —La palabra salió estrangulada. —Es ella.

Sara sintió un temblor cuando el caso se volvió aún más real. Joanne Kemble era una política desaparecida. Su diputada al Parlamento, que había desaparecido en un torbellino de titulares nacionales. Naturalmente se sospechó de juego sucio, pero sin indicios de él, la especulación había girado hacia el estrés del cargo. Sus opiniones se habían vuelto cada vez más erráticas, así que desaparecer para tener un colapso nervioso en un rincón oscuro parecía bastante natural en el paisaje político de hoy.

Ahora había aparecido bajo los cimientos de la mismísima biblioteca que ella había ayudado a crear. Sospechaba que este caso iba a ser una pesadilla si tenían que resolverlo bajo el foco del interés mediático.

Karen se quedó allí de pie, mirando a través del cristal el cuerpo de su madre. Sara esperó, contando sus propias respiraciones para darle espacio a Karen. Treinta segundos fueron pasando lentamente. Luego la compostura de Karen finalmente se resquebrajó. Los hombros le temblaron. Las lágrimas le corrían por la cara, corriendo el rímel que se había aplicado tan cuidadosamente. Sara le puso una mano en el brazo y la guio suavemente de vuelta a las sillas de la sala de espera.

El llanto llegó en oleadas. Sara sacó pañuelos del bolso —había aprendido a llevar siempre pañuelos, normalmente porque Raimundo Collins era un manazas y siempre se derramaba el almuerzo o el café encima. El auxiliar apareció con un vaso de plástico de agua, lo dejó en silencio y desapareció de nuevo.

El teléfono de Sara vibró.

Las obras. Esto es una pesadilla.

Lo silenció y se centró en Karen, que iba recuperando gradualmente el control, enjugándose los ojos con un pañuelo tras otro hasta que había pasado por la mitad del paquete.

—Lo siento —dijo Karen, con la voz pastosa. —No lo esperaba...

—No tienes que disculparte.

—Creí que estaba preparada. Pensé que podía simplemente... identificarla y irme. Pero verla así... —Se secó los ojos. —Parecía pequeña. Ella normalmente llenaba una habitación con su presencia...

—Es distinto cuando es de verdad.

Karen asintió, mirando el vaso de agua sin beberlo. Permanecieron un momento en silencio. En algún lugar del edificio, sonó un teléfono.

—No éramos cercanas —dijo Karen al fin. —Mi madre y yo. Nunca lo fuimos realmente.

Sara emitió un sonido neutro. Conocía este baile. La gente a menudo se sentía impulsada a explicar relaciones complicadas en momentos como este, como si el duelo requiriera justificación. Además, sonaba a su propia historia, aunque su madre estaba muy viva.

—Yo me fui de casa en cuanto pude —dijo Sara. No había pretendido decir nada, pero las palabras salieron en solidaridad.

—Ella era... difícil.

—¿Difícil cómo?

—Obsesionada con el poder. El control. Todo tenía que ser gestionado, orquestado, ganado. Así me criaron. Y encima, no casarme con el hombre adecuado. No sentar la cabeza. Atreverme a tener mis propios planes... —Se escapó una risa amarga. —Yo solía decir que gravitó hacia la política porque era demasiado severa para la mafia. Le habrían parecido demasiado extremos sus métodos.

Había humor en las palabras, pero también una corriente subyacente de verdad que agudizó los instintos de Sara.

—Suena formidable.

—Lo era. —Karen retorció el pañuelo entre las manos. —Ni siquiera me sorprende dónde la encontraron. Bajo esa maldita biblioteca. Prácticamente la hizo existir a fuerza de voluntad. Se hizo

amiga de Fabián Heinzel, convenció al ayuntamiento de Denzel Green de que la respaldara, empujó y empujó hasta que la aprobaron.

—¿La biblioteca fue idea suya?

—Al principio. Era así: se enganchaba a causas, las convertía en su cruzada. —La expresión de Karen se ensombreció. —Pero luego se volvió en contra de ella. De repente la biblioteca era la peor idea que nadie había tenido nunca.

—¿Por qué el cambio?

Karen murmuró algo casi imperceptiblemente. «Mi madre tenía sus razones. Siempre las tenía».

Había algo ahí, Sara estaba segura de ello. Algo que no estaba diciendo. Su teléfono vibró de nuevo.

El tráfico ya se mueve.

—¿Conoces bien a Fabián? —preguntó Sara con cuidado.

La expresión de Karen se agravió. «Suficientemente bien como para no gustarme en absoluto. Él y todos esos buitres que revolotean a su alrededor. Robin Needlemire... Eddie Sterling, idiotas que creen que pueden manejarlo todo». No había manera de enmascarar la amargura en su voz. «Las mismas personas que rodeaban a mi madre, fingiendo ser sus amigas mientras calculaban cómo podían utilizarla».

—¿Por qué crees que la utilizaban?

—Creo que en ese mundo todo el mundo utiliza a todo el mundo. Mi madre me enseñó eso. —Karen cogió por fin el vaso de agua y dio un pequeño sorbo. —Era una experta en manipular a las personas ella misma. Por eso nunca nos llevamos bien. Me negué a ser una de sus fichas de ajedrez.

Karen se sumió en el silencio que Sara Eastly no se atrevió a romper. Pasaron otros quince minutos antes de que la puerta se abriera y una mujer acalorada entró a toda prisa, algo sin aliento, sujetando una carpeta. Lisa, el Agente de Enlace con la Familia, con cara de disculpa.

Agradecida por el relevo, Sara salió del edificio e inspiró lentamente un pulmón de aire fresco y frío en el aparcamiento. Había empezado a sentirse mareada sentada en la sombría sala

clínica. El silencio le había hecho pensar en su propia vida, para lo que no estaba preparada. Contempló si debería llamar a su propia madre, pero sospechó que recibiría el mismo interrogatorio y las mismas acusaciones. Echó un vistazo a otro mensaje en el teléfono. Kevin estaba de nuevo en ello.

¿Has pensado algo más en lo de mudarnos juntos? Sin presión, solo quería saber cómo lo tienes. K x

Sara se quedó mirando el mensaje. Realmente no debería estar ignorándole ahora mismo, pero así era como gestionaba las cosas incómodas. Debería estar agradecida por la vida que tenía; era más de lo que tenía ahora la pobre Joanne Kemble.

Quizás era el momento de tomar las riendas, tomar decisiones y seguir adelante.

Dudó. Luego borró el mensaje de Kevin.

12

La peluquería de Eddie Sterling ocupaba una esquina en la calle comercial principal de Fulton, encajonada entre una Boots y una casa de apuestas, con una cafetería Costa enfrente. La fachada era imposible de pasar por alto: ventanales de suelo a techo tintados en rosa champán, con el nombre del salón grabado en letras doradas de cursiva elaborada que ocupaban toda la parte superior: Rizos y Tizos.

Judith se había apostado en el Costa, dando pequeños sorbos a lo que debía de ser el cuarto capuchino más decepcionante de su vida, con una vista clara del interior del salón. A través de los cristales tintados, podía ver a Eddie Sterling presidiendo como un monarca en tecnicolor, gesticulando dramáticamente mientras trabajaba el cabello de una señora mayor.

Había seguido a Adrián Umbridge y a Eddie Sterling por la calle principal de Denzel Green. Caminaban con las cabezas gachas mientras hablaban, pero solo había alcanzado a captar los aspavientos desaforados mientras la conversación subía de temperatura. Llegaron al Vauxhall Corsa granate y oxidado de Umbridge. Tras unos gestos de molino de viento muy teatrales, Sterling se dirigió a su ostentoso Rolls Royce gris y arrancaron. Judith tomó la decisión de seguir al peluquero. Saliendo disparada hacia su coche, solo alcanzó a Eddie Sterling en la carretera nacional

que llevaba a Fulton donde sabía que estaba su salón. Desde allí fue tarea sencilla instalarse en el Costa para vigilarle.

Llevaba casi una hora allí, y en ese tiempo, Eddie había lanzado besos al aire a tres clientas como si fueran amigas de toda la vida y había halagado a cada persona que había cruzado la puerta. Judith no podía criticar su atención al cliente; trataba cada corte de pelo como si estuviera esculpiendo la Capilla Sixtina. Ella nunca había sido de las que se dejaban llevar por el glamur exacerbado, pero la idea le resultaba tentadora. Y no había obtenido ni un solo dato de inteligencia aprovechable. Sterling y Umbridge sabían más de lo que debían sobre el incidente en la biblioteca, y aunque eso no implicaba necesariamente culpabilidad, era sospechoso. Y ahora, gracias a Hattie, su cobertura había saltado por los aires.

—Sabes que técnicamente el acecho es ilegal.

Judith casi dio un salto mortal. El subinspector Raimundo Collins se deslizó hasta el asiento de enfrente, llevando en una mano una bolsa de papel grasiento y en la otra un vaso de papel humeante de tamaño mediano.

—¡Raimundo! Dios mío, casi me da un infarto.

—¿Mala conciencia? —Desenvolvió lo que parecía ser un bocadillo de beicon de proporciones verdaderamente heroicas. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Tomando café. ¿Es eso un delito?

—¿En el Costa? Podría decirse que sí. —Dio un buen mordisco al bocadillo, y Judith observó con una mezcla de horror y fascinación cómo la salsa de tomate goteaba sobre la servilleta en su regazo.

Lo señaló, con migas en los labios. «Toma dos, ya que arruinaste el último».

—Ese debería llevar una advertencia sanitaria. ¿No has aprendido nada de tu desayuno del otro día? Deberías pensar en tus arterias.

—Lo hago. Creo que también deben de estar deliciosas. —Dio otro mordisco, aparentemente para enfatizarlo. —¿Por qué estás espiando el salón?

—No estoy haciendo tal cosa. —Ladeó la cabeza con aire desafiante. —¿Me estás acechando tú a mí? Técnicamente es ilegal, ya sabes.

—Touché. Como detective, verte sentada en el escaparate con unos prismáticos de ópera sí levanta mis sospechas.

Ella bajó la vista. Tenía razón. Se había olvidado por completo de que había sacado del bolso los pequeños prismáticos de plástico rojo brillante. «Son para observar pájaros».

—¿De la variedad rosa? ¿Qué le ha hecho ese pobre hombre?

—¿Aparte de ofender mi espectro visual?

—¿Esto no tendrá algo que ver con tu visita a Umbridge Construcciones?

—¿Cómo sabes eso?

—Soy detective de policía.

—En ese caso deberías saber de qué hablamos. ¿O no se le fue la lengua a Hattie? —Por su expresión supo que había dado en el clavo con su informante.

—¿Sigues dándole vueltas a la supuesta corrupción durante la construcción?

—Cuando amenazan con cerrar otras bibliotecas para financiar esta... Me gustaría ver que se hace justicia. A propósito de nada, sí escuché a Umbridge y a Sterling conspirando en la mencionada biblioteca. Y parecían saber que la... —echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no pudieran ser escuchados— ...visita del sótano era una mujer. Mucho para su manto de secretismo.

Collins se quedó paralizado a mitad de mordisco, con Judith habiéndole arruinado el apetito una vez más. «Eso podría ser problemático. Sara la está identificando ahora». Mordió el bocadillo y habló con la boca llena. «¿Hablaste con Derek?»

La pregunta la pilló desprevenida. «¿Qué te hace pensar que habría hablado con él?»

—Porque te di su dirección, y desapareciste a Bath durante todo el día, y ahora actúas de manera aún más imprudente de lo habitual. —La miró con aire de quien sabe. —Es siempre una señal de que intentas apartarte algo de la cabeza.

—Apartarme de tu incesante interrogatorio... —murmuró ella.

Raimundo intentó no sonreír mientras masticaba lentamente, la mirada paseando entre Judith y Eddie Sterling, aún visible a través

del escaparate al otro lado de la calle. Finalmente tragó y asintió.

—Derek te dijo algo que te ha descolocado, ¿verdad?

Judith le estudió por encima del borde de la taza de café. ¿Era eso un tono de celos en su voz? Seguramente no. Raimundo Collins era demasiado sensato para esas cosas.

—Derek y yo tomamos el té —dijo con cautela. —Fue... complicado.

—¿Complicado cómo?

—Los scones eran comprados en tienda. Y él insiste en la mermelada primero.

—Qué sensato de su parte. Bueno, por supuesto yo no me voy a meter en ninguno de esos sórdidos asuntos. —Dio otro bocado al bocadillo.

Antes de que Judith pudiera responder, un movimiento al otro lado de la calle captó su atención. Sterling emergió de su salón, enfundándose un esponjoso abrigo color camel sobre el traje, integrándose marginalmente con el resto de los peatones. Se detuvo a lanzar un beso a alguien dentro y luego se alejó a toda prisa calle abajo.

—Se mueve —dijo Judith, levantándose de golpe.

—Pensaba que no–

Pero ella ya se dirigía hacia la puerta. Detrás de ella, oyó las imprecaciones de Collins y el crujido de él recogiendo sus cosas. Salió a la calle justo a tiempo de ver a Eddie doblar por una calle lateral.

—¡Judith! —siseó Raimundo alcanzándola, metiéndose el resto del bocadillo en la boca. —¿Recuerdas lo de quedarse en un segundo plano?

—Esto no es asunto policial, detective.

—Estoy en mi hora de comer —logró decir sin atragantarse. —Así que actúo como ciudadano preocupado.

Las comisuras de la boca de Judith se curvaron en una sonrisa. «¿Preocupado por quién?»

Collins tiró la bolsa de papel del bocadillo a una papelera al pasar y señaló en dirección a Sterling. «Por el pobre desgraciado cuya vida estás a punto de convertir en un infierno».

Siguieron a una distancia que Judith esperaba que fuera discreta, dolorosamente consciente de que no era precisamente invisible: una mujer de mediana edad con una chaqueta acolchada amarilla escurriéndose como un personaje de una película de espías de tercera, con un Raimundo Collins jadeante esforzándose por seguirle el ritmo.

—Es una idea pésima —murmuró él.

—Se ignora tu opinión profesional.

Eddie los condujo por un laberinto de callejuelas, llegando finalmente a un aparcamiento de varios pisos. Comprobó el reloj, luego el teléfono, luego se puso a dar vueltas nerviosamente alrededor de una columna de hormigón.

Judith y Collins se parapetaron detrás de una columna a dos filas de distancia.

—Esto es muy de novela de espías —susurró Judith, asomándose desde detrás del poste desnudo de hormigón.

—Esto es ridículo —susurró Collins. —Somos policía. Bueno, yo soy policía. Podría simplemente ir allí y preguntarle por qué está merodeando.

—¿Y alertarle de que le estamos espiando? ¡Brillante! Además, ahora mismo estás fuera de servicio.

—Judith–

—¡Silencio! Alguien se acerca.

Una figura se aproximaba desde la escalera: fornida, con un chaleco reflectante. Al acercarse, ambos le reconocieron con un sobresalto.

Steve Bamber. El operario que había descubierto el cadáver.

Eddie se irguió, desprendiéndose de su encanto teatral. El encuentro fue breve y sin rodeos. Steve le metió un papel doblado en la mano a Sterling. El peluquero lo hojeó rápidamente, asintió mientras se lo devolvía, y luego sacó un pequeño sobre marrón del bolsillo interior. Incluso desde esa distancia, podían ver que estaba repleto de billetes. Steve lo agarró sin mirarle dos veces y lo guardó de inmediato en el bolsillo interior de su chaqueta.

Steve se guardó rápidamente el sobre, le estrechó la mano a Eddie y volvió a la escalera sin decir más palabra. Todo el

intercambio había durado menos de dos minutos.

Con retraso, Raimundo sacó el teléfono para fotografiar la escena, pero se le resbaló entre los dedos grasientos y —tras agarrarlo dos veces como en una película de los Hermanos Marx— lo atrapó antes de que cayera al suelo y les delatara. Durante ese forcejeo, ambos hombres habían desaparecido.

Judith levantó una mano y la agitó en el aire con gesto de victoria. «¡Sabía que todo era un negocio turbio!»

—Judith, no podemos sin más– —Collins se contuvo, su formación en pugna con su curiosidad. —Lo que acabamos de ver no es ilegal. El pago en efectivo por servicios prestados está perfectamente bien. Podría ser cualquier cosa. Bamber podría estar reformando su... cuarto de baño.

No pudo sostener la mirada fulminante de Judith.

—Mi querido Raimundo, ¿qué ha sido de tu curiosidad? Ese hombre encontró el cadáver y trabaja para una empresa que está recortando costes y aceptando sobornos–

—¡Supuestamente!

—¡Y ese millonario peluquero estaba husmeando en el sótano hace apenas unas horas, con el hombre que dirige dicha constructora. Y ahora, ¡esto! ¡No hay nada que no sea sospechoso! —Se dio cuenta de que Raimundo la miraba frunciendo el ceño.

—Nunca mencionaste que estuviera en la biblioteca con Umbridge.

—Nunca lo preguntaste. Te limitaste a secuestrar mi mesa del café. Pero ya lo tienes: corrupción y un cadáver.

El subinspector Collins inspiró lenta y profundamente y levantó la mano como si pudiera frenarla. «Tu problema es que tienes una imaginación muy activa».

—Y tu problema–

—Mi hora de comer ha terminado, así que ten cuidado con lo que estás a punto de insultar a un agente de policía.

Judith se salvó cuando le sonó el teléfono. Raimundo miró la pantalla: Sara Eastly. Lo puso en altavoz.

—Sara, ¿qué pasa?

—Raimundo, ¿estás sentado? —Su voz resonó por el aparcamiento.

—Estoy de pie en un aparcamiento con Judith Spears, habiendo presenciado cómo Eddie Sterling hacía lo que parecía ser un pago en efectivo a Steve Bamber.

Hubo una pausa. «Por supuesto. ¿Por qué iba yo a esperar otra cosa?»

—¿Qué tienes?

—El forense obtuvo una coincidencia de ADN de la base de datos de personas desaparecidas y el familiar más cercano identificó el cadáver.

Judith se inclinó más cerca del teléfono. «¿Quién es?»

—Joanne Kemble.

El nombre quedó suspendido en el aire entre ellos. Judith frunció el ceño, buscando en su memoria. Le resultaba familiar, pero no lograba ubicarlo del todo.

—¿La diputada? —dijo Raimundo, con la voz afilada de sorpresa.

—Ex diputada ya —corrigió Sara. —Representó este distrito durante ocho años antes de desaparecer hace seis meses. ¿Recuerdas la cobertura mediática? Las especulaciones sobre todo, desde aventuras hasta malversación, pasando por un colapso nervioso y un Agatha Christie, escondida en algún hotel por ahí.

Judith sintió cómo las piezas encajaban con una claridad que le revolvió el estómago mientras recordaba su investigación sobre la biblioteca. «¿No fue ella la diputada que propuso la nueva biblioteca?»

—Lo fue —confirmó Sara. —Y luego su hija dijo que se volvió en contra de ella.

Judith y Raimundo intercambiaron una mirada mientras la conspiración que se estaba gestando se alimentaba.

—Murió a causa de un golpe en la base del cráneo —continuó Sara. —Un único impacto, probablemente con algo pesado. Un bloque de hormigón, posiblemente, y luego fue asfixiada para asegurarse. El forense calcula el momento de la muerte hace seis meses, lo que coincide exactamente con cuándo desapareció y con cuándo se estaban poniendo los cimientos.

—Gracias, Sara.

Judith acercó la mano de Raimundo para poder hablar por el teléfono. «¿Quién es el diputado ahora?»

—El escaño ha estado en el limbo durante meses —dijo Sara. —La desaparición no vacía el escaño. Ahora sí lo vacía definitivamente, por lo que habrá elecciones parciales.

A Judith se le formó un nudo enfermizo en el estómago.

Ese era el escaño al que Fabián tenía previsto presentarse. El momento era demasiado coincidente.

¿En qué se había metido el imbécil?

13

Sara Eastly estaba a cinco kilómetros de casa luchando contra otro ataque de bostezos. Tras volver de la identificación del cadáver con Karen Kemble e informar al subinspector Collins del resultado, había redactado los detalles para el comunicado de prensa oficial y luego había sucumbido al azote de la policía: el papeleo.

Era la niebla mental que podía paralizar incluso al detective más entusiasta si no tenía una distracción. Miss Marple tenía su punto de cruz, Sherlock tenía su cocaína y Poirot tenía su bigote. Sara tenía el bádminton, a través del cual había conocido a su novio, el agente Kevin Fenton.

Y ahora le estaba empezando a cansar. El deporte, no la relación. Había estado bastante contenta con las cosas, hasta que él subió la intensidad unos cuantos grados al proponer que se mudaran juntos por la más romántica de todas las razones: dividir el alquiler.

Esa ventaja venía acompañada de la complicación de dar un paso más serio en la relación, lo cual era a la vez emocionante y aterrador. Y sin nada más que la distrajera, esos pensamientos la habían distraído a ella todo el día.

Con la mente saltando entre los retos de una relación que escalaba y la sombría nube de la atención mediática, no registró su velocidad por la oscura carretera comarcal que llevaba a casa hasta

que las luces azules parpadearon detrás de ella. Con una maldición, se detuvo en un ensanche que tenía una franja de hierba que servía de refugio durante el día para los jubilados que venían a comer sus bocadillos de la gasolinera en paz, y de escenario para actividades extracurriculares para quienes, sin tener mascotas, mostraban sin embargo un vivo interés en el exhibicionismo al aire libre.

Observó por el retrovisor cómo el coche patrulla se detenía detrás de ella y el policía salía de su vehículo con el típico aire de suficiencia en el paso. Sara preparó su expresión más profesional cuando los nudillos golpearon la ventanilla lateral. La bajó.

—¿Sabe a qué velocidad iba? Como una quinceañera cargada de... limoneta. Fuera del coche, señorita.

—Lo siento, agente, estaba... —las palabras se le deshicieron en los labios. —¿Limoneta? ¿Señorita? ¿Qué demonios...? —Se estiró para ver mejor al hombre, pero la contraluz de sus propios faros lo deslumbraba demasiado. Con un suspiro, abrió la puerta y salió. —Será mejor que le advierta–

—¡Manos sobre el coche! —ladró él. —Y sin tonterías. A no ser que quiera, claro —añadió tras una pausa.

Sara no había obedecido; ya se sentía en la obligación moral de propinarle un puñetazo. Se protegió los ojos del resplandor y los rasgos sonrientes del agente Kevin Fenton se pusieron en foco.

—¿Kev? ¡Imbécil! —Le empujó el hombro juguetonamente.

—¡Cuidado! Estoy de servicio. Puede que tenga que esposarte.

—Fuera de servicio no lo harás... —dijo ella con coquetería, pero sintió una oleada de alivio. No estaba de humor para una discusión.

—Voy a necesitar ver su permiso de conducir y la documentación del vehículo.

—Kevin Fenton, eres un idiota de mucho cuidado.

—Para usted, Agente Fenton, civil. —Entonces cedió, su expresión seria disolviéndose en carcajadas. —Mis registros indican que su vehículo está empadronado en la dirección equivocada. No en mi dirección —añadió con una falta de tacto considerable.

Sara ladeó la cabeza curiosa. «¿No dijiste que mi piso era más bonito que el tuyo?»

Eso le descolocó y se encogió de hombros. «Bueno, llevo tres horas dando vueltas y lo más emocionante que ha pasado es que la señora Hernández ha denunciado a unos jóvenes sospechosos que resultaron ser sus propios nietos. Y una oveja que se había saltado la valla».

—Eres realmente el pilar de esta comunidad.

—Alguien tiene que mantener las calles a salvo de detectives sospechosas. —Miró a su alrededor, confirmando que estaban solos, luego se inclinó para besarla brevemente. —¿Qué tal tu día?

—Largo. Ser acosada por un agente de tráfico demasiado zeloso ha sido la mejor parte.

Kevin no pudo ocultar su confusión mientras intentaba determinar si eso era un cumplido o una crítica. Sara sonrió para sus adentros; que se lo ganen.

Sacó un KitKat algo aplastado del bolsillo y le ofreció la mitad. «Pensé que podríamos cenar juntos un momento. No termino hasta tarde».

Era un gesto tan tierno que Sara sintió una oleada de cariño por este hombre que le traía chocolate en ensanches de carretera y fingía detenerla para entretenerse.

—Gracias —dijo, aceptando el chocolate. —Muy romántico.

Los dos se apoyaron en su coche y mordisquearon el chocolate ligeramente pegajoso.

—Me gusta pensar en mí mismo como un Romeo moderno. Pero con mejores tiempos de respuesta a emergencias y un chaleco reflectante.

—Es una pena que Romeo esté de servicio —le pinchó. —Yo no. —Disfrutó de cómo él se removía nervioso.

—Siempre podría, ya sabes, tomarme un descanso anticipado...

Incluso en la oscuridad, sabía que sus mejillas estarían rojas de vergüenza. Su mano buscó la de ella y encontró el envoltorio vacío del KitKat, que ella le dejó coger. Se acercó a besarla de nuevo cuando su radio cobró vida.

—Todas las unidades, tenemos un aviso de robo en Little Pickton. Número 14. Cualquier unidad en las proximidades, por favor responda.

Kevin suspiró y vaciló antes de responder. «Si tardo lo suficiente...»

Pero Sara se separó de su coche de golpe, el momento romántico evaporándose como la niebla de la mañana.

—¡Esa es la dirección de Judith! —exclamó.

El agente Kevin Fenton llegó con una velocidad admirable. Su coche patrulla se detuvo frente al cottage de Judith con solo una modesta cantidad de espectacularidad al derrapar la grava. Era joven, entusiasta y, Judith sospechaba, más preocupado por impresionar a Sara Eastly con su conducta profesional que por resolver el crimen. Ella llegó poco metros detrás en su propio coche, y Judith comprendió de inmediato que sus circunstancias habían llegado en un momento desafortunado para la joven pareja.

—Muy bien, señorita Spears —dijo el agente Fenton, libreta en mano, el bolígrafo en posición con tal determinación que Judith casi esperaba que saludara militarmente. —¿Puede contarme qué han robado?

Judith estudió los destrozos del salón con lo que esperaba que pareciera la angustia apropiada. En realidad, estaba furiosa: no por la violación de su espacio, que era una molestia, sino por su propia estupidez por no haber anticipado el robo.

¿Pero cuál había sido el detonante? ¿La conversación en casa de Derek? ¿O Umbridge reconociéndola en el recorte de cartón a tamaño real de la biblioteca? ¿Cómo había fallado en registrar lo que se intercambiaron Eddie Sterling y Steve Bamber? Culpó a Raimundo de ese descuido.

—El televisor —dijo, señalando el mueble vacío. —Un reproductor de DVD, nada del otro mundo, pero funcionaba. Algo de bisutería del dormitorio, nada de valor.

Fenton garabateó con diligencia. «¿Alguna idea del valor total de los objetos robados?»

—El televisor costó unos trescientos euros, el DVD quizás cincuenta. La bisutería no vale nada, es puramente sentimental. De esas de los grandes almacenes, si quiere saberlo. Nunca he codiciado las de verdad.

Mientras el bolígrafo del agente Fenton continuaba su laboriosa tarea sobre el papel, Judith observaba con cuidado a la inspectora Eastly. Fue cumpliendo con el protocolo: comprobando la cerradura de la puerta delantera rota, que había sido forzada con una palanca sin despertar a los vecinos. Tomó fotos con el móvil.

—Llamaré al equipo de la Científica —dijo Eastly. —Pero, como sabes, están–

—Desbordados —terminó Judith. —No te preocupes, en un momento tengo este lugar como los chorros del oro y todas las evidencias habrán quedado barridas bajo una capa de limpiacristales.

El agente Fenton examinó la puerta delantera. «Yo creo que esto lo ha hecho una pandilla de oportunistas. Quizás chavales buscando dinero fácil. Un tirón rápido».

Judith se apartó fuera del alcance de su oído, acercándose a la inspectora Eastly.

—Ay, pobrecito. La cámara del timbre fue desactivada. Sabían que yo estaba fuera. Fue todo muy premeditado. Y se han llevado mi investigación sobre la corrupción en la construcción.

Los ojos de Eastly recorrieron la habitación, como si esperara ser escuchada.

—¿Estás segura?

—Estaba en una carpeta azul en la cocina. No era precisamente algo que llamara la atención.

Sara sacudió la cabeza, desconcertada. «¿Por qué? ¿Qué había en ella?»

Mientras esperaba a que llegara la policía, Judith había estado dándole vueltas. O bien su misterioso informante había revelado a quién le había enviado los documentos, o había sido un descubrimiento accidental.

—Casi saben lo que están haciendo al intentar intimidarme para que me calle. Esto ocurrió justo después de que Adrián Umbridge me reconociera en la foto de la biblioteca.

—¿El recorte de cartón?

—Ese mismo. Significa que había descubierto algo que les preocupaba.

La inspectora Eastly frunció el ceño. «¿Y qué quieres decir con que casi saben lo que hacen?»

Judith sonrió. «Evidentemente no se dan cuenta de que a mí no se me puede intimidar. Solo molestar».

14

Tras darle al agente Fenton tiempo suficiente para peinar cada rincón del cottage, Judith echó a los policías, asegurándoles que todo estaba bien. Tras demostrarle a la inspectora Eastly que podía calzar un sillón contra la puerta delantera para asegurarla hasta que pudieran arreglarla por la mañana, la dejaron sola con sus tareas de limpieza.

Aunque Sterling, Umbridge y Bamber parecían estar todos confabulados, directamente vinculados al incidente de la biblioteca, seguía sin poder descartar la posible influencia de Derek Sheppey en el allanamiento. El momento entre la conversación con él y este desastre era incómodo.

Pero la carpeta había desaparecido. ¿Quién sabía de su existencia? Era un detalle con el que Derek no estaba, o mejor dicho no debería estar, familiarizado. Judith le dio vueltas a la cabeza intentando recordar qué podía haber en ella que hubiera pasado por alto.

¿O acaso el matón simplemente se había llevado todo lo que pudiera parecer comprometedor y había tenido suerte?

Regresó a la cocina, con los ojos en donde había dejado la carpeta, y se llevó un disgusto al ver que su máquina Nespresso había sido tirada al suelo en un acto de vandalismo gratuito. Algo dentro sonaba roto al recogerla. Aunque no la había usado mucho

últimamente, había sido un regalo del presentador de televisión local Terry Hardman; su pérdida era sentimental. La deslizó de vuelta sobre el mostrador mientras el pensamiento repentino de salir huyendo le cruzó la mente.

Salir huyendo y empezar de cero.

Ese había sido el patrón de su vida durante las últimas décadas. Se suponía que Little Pickton era el lugar donde por fin se iba a asentar. Y había hecho el esfuerzo. Ayudando a mantener a flote la biblioteca local. Haciendo amigos en la comunidad, con Maggie, y por circunstancias de la vida, con Raimundo Collins y Sara Eastly. La mirada en la cara de Sara al marcharse le recordó a Judith la de una familiar despidiéndose de su madre, que no debería quedarse sola. Un recordatorio de que ella no tenía familia propia...

El teléfono de Judith emitió un pitido. Los sensores de movimiento de la parte trasera de la casa habían detectado movimiento. Curiosamente, el ladrón solo había desactivado el de la parte delantera. Judith se inspiró en el encuentro del día anterior con Derek y descolgó una sartén del gancho sobre los fogones, apretándose contra la puerta trasera para que su silueta no pudiera verse desde fuera. Para facilitar las cosas, giró lenta y silenciosamente la llave para desbloquear la puerta. ¿Qué sentido tenía esconderse del intruso cuando estaba impaciente por saber quién era?

Tras un largo momento captó el destello de movimiento al otro lado del cristal esmerilado de la puerta. Luego el pomo fue bajando lentamente mientras era tanteado...

Judith levantó la sartén como un bate de béisbol cuando la puerta fue abriéndose lentamente...

Y Hattie Trelawny entró a trompicones, precedida por su cámara que grabó el arco descendente de la sartén, deteniéndose a un pelo del objetivo. Hattie lanzó un chillido y se le cayó el teléfono.

—¡No me mates! —aulló.

Judith se plantó delante de ella, bajando la sartén con cara de pocos amigos.

—Hattie, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Hattie se agachó para recoger el teléfono, comprobando frenéticamente que la pantalla no se hubiera roto.

—Me enteré del robo por mi escáner de la policía. Y cuando llegué y vi el estado de la puerta...

—Espera un momento, ¿tu escáner de la policía?

Hattie se puso de pie y asintió, con el pulgar acariciando la pantalla del teléfono, aliviada de que no estuviera rota.

—Lo sé. Muy travieso de mi parte. Pero con el pódcast y todo eso... —Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. —¿Qué han robado? ¿Quién lo ha hecho? —Levantó de nuevo el teléfono para empezar a grabar. Judith le bajó la mano.

—¡No!

—Pero nuestro pódcast–

—Ni una palabra de esto en internet, Hattie. Lo digo en serio. Las cosas se están complicando muy deprisa. Han identificado el cadáver de la biblioteca.

Los ojos de Hattie se iluminaron y casi saltó de alegría.

—¡Oh! ¿Quién es?

—Joanne Kemble. ¡La diputada desaparecida!

Judith enderezó las sillas de la cocina y puso el hervidor, sabiendo que era lo sensato durante un informe. Por mucho que Hattie le sacara de quicio, agradecía tener a alguien con quien hacer rebotar teorías y conspiraciones. A lo largo de dos tazas de té humeante, Judith la puso al corriente del secreto intercambio de dinero de Sterling, de los detalles de Sara sobre el asesinato y de las inevitables consecuencias políticas.

—Unas elecciones parciales —meditó Hattie, tamborileando los dedos sobre la mesa. —He oído que el alcalde estaba pensando en presentarse como diputado.

Judith sorbió su té y fingió pasablemente que esto era una novedad para ella. No sabía hasta qué punto Hattie era consciente de su amistad con Maggie y, por tanto, con Fabián, pero tras toda una vida construyendo una muralla a su alrededor, no iba a dejar escapar nada a una mujer armada con un pódcast de crímenes y una audiencia que estaba a nueve suscriptores de llegar a dos dígitos.

—¿Quién te lo dijo?

—Uno se entera de cosas en el sector público. No es el lugar más discreto del mundo. No es ningún secreto que estaba sacando rédito político de la biblioteca. Por lo cual le doy las gracias —añadió con primor—, de lo contrario no tendría el trabajo de mis sueños. Pero desde luego no queda bien tener un cadáver debajo. Aunque ahora parece que puede ser una ventaja después de todo, si Kemble ha estirado la pata y él aspira a ocupar su escaño. Sé que ha estado pasando mucho tiempo con los ricos y poderosos, o debería decir los ricos y corruptos de la zona —se rio entre dientes.

Esos pensamientos también habían estado rumiando en la mente de Judith. Otro conjunto de espeluznantes coincidencias que empujaban a Fabián hacia un nido de víboras. La historia había demostrado una y otra vez que los poderosos influyen en la política para sus propios fines, y el poder corrompe...

—También he oído que Steve Bamber hacía algunas reformas para Sterling. En mano y sin factura. —Guiñó un ojo y mimó entregar un fajo dudoso de billetes libres de impuestos. —Por lo que he escuchado, me sorprendería que Eddie Sterling supiera deletrear la palabra «impuestos».

Judith se preguntó quién sería la red de cotillas de Hattie. Parecían estar notablemente bien informados. Se preguntó distraídamente cuántos agentes de la CIA jubilados se habrían mudado a la zona, cuando se dio cuenta de que Hattie había dicho algo más. «¿Mmm?»

—He dicho que suena muy a JFK.

—¿Qué suena a eso?

—Todo esto.

—No es que sea exactamente una conspiración.

Hattie sacudió la cabeza. «Oh, pero sí que lo es. Lo huelo». Se dio un toque en el lado de la nariz para enfatizarlo. «Creo que deberíamos reconvertir el pódcast hacia la investigación de todo esto».

Judith se estremeció. Tenía delante a una mujer cuyo pódcast amateur estaba a punto de tropezar hacia una historia nacional que tendría a los medios llamando a las puertas con el amanecer. Encima

de eso, ahora sugería que el alcalde, el amigo de Judith, estaba implicado en todo. Un amigo en cuya posición había estado contando para sortear su propio lío con la justicia. Que era otro nudo del que su diva del pódcast no tenía la menor idea.

En conjunto, no pintaba nada bien. Y Judith se sentía tremendamente culpable por haber puesto a Hattie en esta situación. Luego se corrigió: Hattie se había puesto a sí misma en ella, asignando a Judith el papel de traidora. Y no le gustaba nada.

El teléfono de Judith emitió un pitido. Un mensaje de Maggie: ¿Te has enterado? El cadáver identificado como Joanne Kemble. Elecciones parciales confirmadas. ¡Fabián se presenta oficialmente al escaño!

Judith se quedó mirando el mensaje, con la mente trabajando. ¿Era Fabián cómplice, o simplemente un peón conveniente? Había impulsado el proyecto de la biblioteca con genuino entusiasmo, pero ¿había sabido lo que yacía debajo?

Hattie se dio una palmada en la frente de repente al recordar algo. «Como si no me hubieran puesto el cerebro bien...», murmuró, sacando un papel del bolsillo. Lo desdobló y se lo pasó a Judith. «Vaya casualidad...»

Era una fotocopia de un artículo de periódico sobre Joanne Kemble oponiéndose al desarrollo de la biblioteca, fechado apenas unas semanas antes de su desaparición.

—¿De dónde has sacado esto?

—Estaba mirando los microfilmes de mi antigua biblioteca buscando material de referencia. Y esto saltó a la vista justo antes de enterarme de tu contratiempo. ¡Es casi como si estuviera intentando avisarnos desde el más allá!

—Eso es un pódcast completamente diferente —murmuró Judith mientras miraba la fotografía de Joanne Kemble y Fabián hablando animadamente en la obra, que no era más que un solar de tierra llana. Sin embargo, ambos llevaban cascos de obra y Joanne parecía estar muy lejos de contenta. El titular rezaba: LA DIPUTADA SE OPONE AL DESARROLLO DE LA BIBLIOTECA.

—¿Era este el único artículo?

Hattie se encogió de hombros. «Puede que haya más. Había muchos periódicos locales escaneados, pero con los recortes, quizás algunas cosas se pasaron por alto».

Judith sintió un chispazo de emoción. «Hattie, ¿tienes llave de la biblioteca?»

—¡Por supuesto! Soy la bibliotecaria jefa.

—Eso nunca lo olvidaré.

La cara de Hattie se iluminó al captar el aroma de la intriga. «¿Estamos investigando? ¿Estamos investigando de verdad juntas?»

—Estamos haciendo trabajo de documentación. Hay una diferencia.

Hattie jadeó. «Trabajo de documentación que resulta estar relacionado con una investigación de asesinato llevado a cabo después del anochecer en el mismo edificio donde se encontró el cadáver». Se aferró el teléfono al pecho. «¡Esto va a ser un episodio increíble!»

15

La biblioteca daba miedo de noche. El vasto y acogedor atrio estaba ahora iluminado solo por la luz de emergencia, que proyectaba largas sombras sobre las estanterías. Sus pasos resonaban en el suelo de baldosas duras mientras Hattie tomaba la delantera hacia la sección de consulta de la entreplanta, el haz de la linterna del móvil cortando la oscuridad.

—Grabaré esto —susurró Hattie, cuya voz viajaba demasiado bien en el espacio vacío. —La atmósfera es perfecta. Inquietante. Evocadora. Muy de crimen real.

—En absoluto.

—Pero–

—Hattie, si grabas algo sin mi permiso explícito, me encargaré personalmente de que tu pódcast alcance una audiencia que solo puede conseguirse con una enfermera y un par de guantes de goma. Ya tendrás tu oportunidad de brillar cuando todo esto se haga público —añadió para aplacar el ceño de la bibliotecaria.

Hattie se desinfló un poco pero siguió a Judith hasta el lector de microfilmes. La reliquia polvorienta estaba encajonada en el rincón de la sección de consulta, fuera de lugar en el entorno por lo demás moderno.

—Necesitamos las ediciones de los meses anteriores al inicio de las obras —estableció Judith.

Trabajaron en un silencio cómodo, pasando páginas digitalizadas de periódico. Los ojos de Judith le escocían de tanto forzar la vista con la letra pequeña, pero siguió adelante. Y entonces, ahí estaba:

LA DIPUTADA SE OPONE AL DESARROLLO DE LA BIBLIOTECA: Kemble alega preocupaciones económicas, cuestiona el uso de fondos públicos

El artículo detallaba el repentino giro de ciento ochenta grados de Joanne Kemble sobre el proyecto. Había decidido que era innecesario dado que Fulton, al ser una ciudad más grande, ya contaba con una biblioteca establecida, y el presupuesto del distrito, en constante reducción, estaba experimentando la muerte de mil recortes para pagar el mantenimiento innecesario de las pequeñas bibliotecas de la zona.

No se decía explícitamente, pero Judith sabía que Little Pickton estaba incluida en ese grupo. Judith sintió un pequeño pinchazo de culpa al respecto, ya que había sido ella quien había hecho campaña con éxito para mantener abierta su biblioteca local, y tras desenterrar algo de suciedad sobre los concejales implicados, había conseguido un aumento del presupuesto y unos estupendos ordenadores nuevos y libros actualizados. Estaba mejor surtida que una librería de primera.

—¿Lo ves? Un momento estaba a favor y al siguiente en contra. —Hattie se cernía sobre su hombro mientras leía el texto, sin dar ninguna indicación de ser consciente de la implicación tangencial de Judith. —Una política esquizofrénica típica. Solo mira por sus propios intereses. Apuesto a que no estaba obteniendo el soborno que creía que iba a obtener. —Había veneno en su voz. —Imagina que hubiera conseguido lo que quería. Yo seguiría atascada en el departamento de urbanismo.

Y sin pegar recortes de mí a tamaño natural en las estanterías, pensó Judith para sus adentros. Al entrar, había notado que Hattie había ignorado su petición de quitarlo. Sin embargo, decidió ser diplomática.

—Yo no mencionaría eso en el pódcast. Creo que era muy querida, y ese tipo de comentarios incendiarios nunca sientan bien cuando se habla de los muertos.

Continuó leyendo. Kemble argumentaba con coherencia que el dinero estaría mejor empleado en los servicios existentes, y que el proceso de licitación había sido apresurado. Había pedido una auditoría completa de los costes propuestos.

—Lo sabía —susurró Judith. —Sospechaba que algo estaba mal en el proyecto.

—Mira ese —dijo Hattie, señalando otro artículo fechado dos semanas después.

LA DIPUTADA EXIGE UNA INVESTIGACIÓN DE LOS CONTRATOS DE LA BIBLIOTECA: Kemble solicita una investigación formal, alega «irregularidades»

Joanne Kemble había estado investigando. Igual que Judith. Y al igual que Judith, alguien había intentado pararle los pies. Excepto que no se habían limitado a saquear la casa de Kemble. Habían saqueado su vida.

—Era soltera, ¿verdad? —preguntó Judith. —¿Sin pareja?

—Divorciada. Hace años. —Hattie buscó otro artículo. —Su único familiar era una hija distanciada. Karen Kemble.

Judith rodó la silla hacia uno de los ordenadores de internet, como había visto hacer a periodistas de verdad en los thrillers de los setenta. Se sumergió en internet. Y rápidamente encontró publicaciones en redes sociales de Karen Kemble. Unos cuantos clics más tarde y sentía que conocía toda la historia de vida de la mujer. Ese era el problema con las generaciones jóvenes: el misterio era algo que le ocurría a los demás. En una docena de clics, encontró fotografías de un evento empresarial, la inauguración de un nuevo spa en Bristol.

Estaba Robin Needlemire, espléndida de azul, con el brazo alrededor de una mujer más joven. El pie de foto la identificaba como Karen Kemble, directiva de medios en Needle Cosméticos.

A su lado, con una amplia sonrisa, estaba Theo Paphitis de El Hormiguero.

—Trabajan juntas —dijo Judith mientras los engranajes giraban en su mente. Karen Kemble, la hija distanciada de una diputada muerta, trabajaba ahora con Robin Needlemire, que estaba

respaldando a su sustituto. Conocía el término «enchufada de lujo», pero esto parecía algo retorcido.

—Deberíamos hablar con Karen Kemble —dijo Judith pensativa. Se estremeció cuando Hattie aplaudió de repente de alegría.

—¡Acabas de decir «deberíamos»! —exclamó. —¡Sin marcha atrás! ¿Cómo lo hacemos?

—Con tacto. —Judith se quedó mirando la cara sonriente de Karen Kemble. ¿Sabía ella del vacilante apoyo de su madre al proyecto que aparentemente le había costado la vida? ¿Había sospechado quién podía tener motivos para matarla?

¿O peor aún: ella misma tenía motivaciones propias?

16

El solar de construcción del club privado de Robin Needlemire se extendía por lo que antaño habían sido campos. La gran casa que había permanecido en pie durante más de un siglo, Derwin Manor, estaba revestida de piedra de los Cotswolds desgastada por el tiempo y ahora medio cubierta de andamios y lonas para mantenerla en pie, mientras el resto del patio se llenaba de hormigoneras, excavadoras y bulldozers luciendo todos el logotipo de Construcciones Umbridge. Hacía poco habían comenzado las obras, pero ya los antiestéticos parches de hormigón y barro parecían completamente fuera de lugar entre las suaves colinas.

Judith y Hattie miraron hacia un gran cartel que proclamaba: NEEDLE-HOUSE CLUB PRIVADO — ¡Próxima apertura!

Debajo, casi como un pensamiento tardío, se había añadido un eslogan más pequeño: Aportando empleo y prosperidad a nuestra comunidad.

Hattie ignoró resueltamente la mirada ardiente de Judith mientras lo grababa todo para el pódcast. Y Judith, a su vez, se mordió la lengua antes de lanzar otra advertencia inútil de que no hiciera exactamente eso. Se había establecido un equilibrio en la asociación creativa: Hattie creyendo que estaban haciendo juntas un pódcast sobre la biblioteca, y Judith sin ninguna intención de hacer tal cosa.

Encontraron a Robin Needlemire y Karen Kemble de pie junto a una caseta de obra que hacía las veces de oficina en el solar. Ambas mujeres iban vestidas con cascos blancos y chalecos reflectantes que parecían haberse puesto específicamente para la oportunidad fotográfica. Un ejército de trabajadores se afanaba en el solar. Se transportaban herramientas pesadas, los vehículos pitaban ruidosamente al dar marcha atrás. Los obreros, con gruesas cazadoras, gorros y algunos con pasamontañas para combatir el frío húmedo, se arrodillaban sobre un enorme entramado de madera, clavando tablones con pistolas de clavos industriales que sonaban como disparos. Wilman, el fotógrafo del periódico Clarendon de Fabián, lo capturaba todo, asegurándose de que ella apareciera en cada foto, gesticulando expansivamente hacia la actividad a sus espaldas, mientras hablaba con un periodista local impreso.

—Con la planta de procesamiento adjunta al spa, esto creará al menos setenta puestos de trabajo permanentes —decía Robin, con su voz proyectándose con facilidad practicada. —Recepcionistas, terapeutas, personal de mantenimiento, trabajadores de hostelería. Trabajo de verdad para gente de verdad en una zona que necesita urgentemente una regeneración económica. Gracias a mi creatividad y al apoyo de nuestro maravilloso alcalde, Fabián Heinzel.

Karen Kemble estaba ligeramente detrás de ella, asintiendo con el tipo de profesionalidad distante que sugería que había escuchado ese discurso muchas veces. Tendría los treinta y pocos, calculó Judith, con los rasgos afilados de su madre pero sin ninguno de su calor. Donde Joanne Kemble había parecido accesible en las fotografías, Karen tenía la mueca defensiva de alguien que había aprendido a mantener el mundo a distancia.

Wilman y el reportero terminaron y se marcharon apresuradamente, presumiblemente para entregar su crónica antes del cierre de edición. Robin vio acercarse a Judith y Hattie y su expresión cambió: seguía siendo amigable, pero con un toque de cautela.

—¡Judith Spears! Qué agradable sorpresa. ¿Y ha traído a...? —Su ceja se arqueó en un desafío.

—Hattie Trelawny —respondió Hattie con rigidez. —Bibliotecaria jefa en Denzel Green. Ya nos hemos visto antes, en la inauguración. Antes de la... situación. —Sus ojos se desviaron hacia Karen.

—Claro, claro. —La sonrisa de Robin no vaciló. —Un asunto terrible. He oído que ya han abierto.

—Ayer mismo —confirmó Hattie, recuperando la calidez en la voz. —Estructuralmente sólida, según el inspector. Aunque evidentemente el ambiente es un poco distinto ahora que todo el mundo sabe que había un cadáver enterrado en el sótano.

Se produjo un silencio incómodo. La expresión de Karen Kemble permaneció notablemente neutral, lo cual Judith encontró mucho más interesante que cualquier muestra de emoción.

—Sobre todo ahora que sabemos quién es. —Hattie apretó los dientes y puso una cara que habría valido para un póster de Wallace y Gromit pero carecía de la sutileza necesaria.

Robin y Karen intercambiaron una mirada.

—Se refiere a mi madre. —Habló con voz firme.

—¡Exacto! —declaró Hattie antes de recomponerse al procesar su monumental metedura de pata.

Judith asintió con gravedad. «Lo siento mucho».

Karen asintió una sola vez a modo de reconocimiento, pero su expresión se mantuvo fija. Judith se preguntó si le habría contado a Robin la suerte de su madre tras la identificación del cadáver. Robin debía de haberlo transmitido a Fabián como capital político, porque Maggie ya lo sabía la noche anterior antes de que se publicara el comunicado de prensa.

—No me sorprendió demasiado. —Karen parpadeó y su cara se suavizó. —Lo siento, debéis de pensar que soy terriblemente insensible.

—Sí. —Judith no veía el sentido de mentir. Al menos eso provocó una tenue sonrisa en Karen.

—Nunca nos llevamos bien. Jamás. Y ella era virulenta contra la biblioteca. Se lo dije a la policía cuando desapareció. Hubo el habitual revuelo de titulares. La BBC hurgó por ahí, pero la idea de un asesinato de tipo mafioso no encajaba mucho con lo británico. Todo el mundo estaba obsesionado con el hecho de que era

alcohólica y bipolar. —Se encogió de hombros como si eso lo explicara todo.

El ceño de Robin se frunció. «¿Es eso lo que os ha traído aquí?»

Judith le lanzó a Hattie una mirada que gritaba "cállate" en todos los idiomas oficiales de las Naciones Unidas; más unos cuantos extraoficiales.

—En absoluto —dijo Judith con firmeza. —Esperábamos hablar de este lugar para un reportaje de interés local. Hattie aquí dirige un pódcast bastante popular.

—Tres suscriptores ya —presumió Hattie, ajena a lo deprimente que sonaba.

—A través de la biblioteca, será el principal tema de conversación de la comunidad. ¡Tenemos grandes planes! —se explayó Judith, intentando ignorar la expresión de deleite que se estaba formando en la cara de Hattie mientras levantaba la cámara para empezar a grabar de nuevo.

Robin se animó. «Bueno, cualquier publicidad es buena publicidad. Karen se encarga de eso». Le apretó suavemente el brazo a Karen. «Si te apetece, ¿por qué no les das una vuelta por las instalaciones mientras hago unas llamadas? Estoy segura de que les encantaría escuchar sobre el proyecto».

Desapareció en la caseta portátil con el teléfono ya en la oreja, dejando a Judith y Hattie a solas con Karen Kemble.

—De nuevo, debería ofrecerle mis disculpas por– —empezó Judith, pero Karen la acalló con un gesto.

—Por fin tengo un cierre. El mundo puede seguir creyendo que era una mujer progresista y maravillosa. Al menos yo sé la verdad.

Judith le hizo una seña a Hattie indicándole que se alejara. Tardó varios arqueos de cejas e intercambios de miradas antes de que el mensaje calara.

—¡Oh! Creo que grabaré algo de, ejem, plano de apoyo, lo llaman —dijo Hattie con un guiño que hizo gemir a Judith por dentro. Y se escabulló.

Karen llevó a Judith hacia la casa de campo mientras hablaban.

—¿Vive por la zona? —preguntó Judith.

—A las afueras de Fulton, pero cuando esto esté en marcha, puede que me mude más cerca.

—¿Cómo terminó trabajando con Robin?

—Ya nos conocíamos. Ella conocía a mi madre, claro. El dinero y la proximidad al poder: todos nadan en la misma piscina. Así que me puse en contacto con ella. Me gusta el marketing y un club privado sonaba como algo interesante con lo que trabajar. —Se encogió de hombros. —No hay muchas oportunidades laborales por aquí.

Sonaba como si estuviera reciclando las frases de Robin, pero Judith no la interrumpió y tuvo que admitir que quizás tenía razón.

Karen la miró de reojo. «Su pensamiento ecológico y sus enfoques orgánicos son bastante únicos. Muchos de los productos se elaboran localmente y utilizando residuos alimentarios reciclados. Los restaurantes tiran pieles de verduras y frutas que están llenas de aceites esenciales y vitaminas que aquí serán procesadas, convertidas en algo nutritivo para la piel. Reducir el desperdicio alimentario y mejorar la salud de las personas. ¿Qué podría ser mejor?»

Señaló el barro y la casa principal. «Aquí habrá una zona club, gimnasio privado, spa con cabinas de tratamiento, alojamiento para escapadas de bienestar, una piscina con trampolín y una zona de hidroterapia. Todo en un único complejo».

—Podría ser un gran negocio.

—Eso es lo que ella espera.

—Con enfoque comunitario y abastecimiento ético. Me parece que usted también comparte los ideales de su madre.

La expresión de Karen apenas cambió. Si acaso, pareció ligeramente divertida. «Sé quién es usted. Es la detective aficionada de la que todo el mundo habla. La que la encontró».

—Prefiero ciudadana comprometida con capacidad de observación, y no encontré nada. Me topé con aquello sin querer.

—Mi madre siempre decía que había demasiados ciudadanos comprometidos en este país. Gente que debería ocuparse de sus propios asuntos en lugar de irrumpir en la vida de los demás. —Karen comenzó a caminar por el perímetro del solar, obligando a Judith a seguirla. —Aunque ella eligió la política antes que la familia.

Eligió a sus electores antes que a mí. Eligió ser Santa Joanne, campeona del pueblo, antes que una madre. —Su voz se mantuvo plana. —¿Sabe que intentó bloquear el permiso urbanístico de este lugar, igual que el de la biblioteca?

Al rodear la parte trasera de la casa, Judith podía sentir la mirada de Karen clavada en ella y tuvo la sensación de estar siendo puesta a prueba; simplemente no lograba descifrar por qué.

—Yo nunca fui muy dada a la política. Mi especialidad giraba en torno a lo que estaba bien o mal. —Aunque quizás no exactamente de la manera que usted cree, añadió en silencio para su propia diversión. —He escuchado los rumores sobre la construcción de la biblioteca. ¿Le preocupaba una corrupción similar aquí?

Karen se detuvo y se volvió para mirarla directamente. «No diría que era ese tipo de preocupación. Más bien, una preocupación de tipo mafioso. Incluso diría que a mi madre no le podía el estómago ver a la gente tener éxito sin ella. Especialmente yo. Todo giraba siempre en torno a su legado, su visión, sus principios». —Hizo una pausa, como recomponiéndose. —Lo siento...

Se habían detenido en la parte trasera de la casa solariega. Una excavadora estaba cavando un profundo agujero en el suelo arcilloso anegado y ya había trazado el perfil rudimentario de la piscina. Al lado, una bola de demolición en el extremo de una grúa había acabado obviamente con un granero que esa misma mañana aún estaba en pie. Los escombros estaban siendo cargados en camiones volquete, uno de los cuales se alejaba por la salida trasera del solar.

La verdadera magnitud del proyecto impresionó a Judith. «Esto debe de costar una fortuna».

Karen asintió. «Robin es muy rica».

Deshicieron el camino hacia la parte delantera de la casa.

—Ha mencionado usted asuntos de tipo mafioso —dijo Judith con tacto.

—¿Sabe mucho del mundo de la construcción?

—Estoy aprendiendo —admitió Judith.

Karen señaló la excavadora, que llevaba el sello de Construcciones Umbridge. «Los actores pequeños como estos tienen que luchar para ganarse la vida contra los grandes gigantes

multinacionales. Como resultado, las licitaciones se vuelven... turbias. Ha mencionado usted la corrupción. Quizás debería preguntarse quién la provocó».

—Los que se benefician de ella. Tome esa empresa–

—Adrián es un hombre encantador —dijo Karen.

Judith se mordió la lengua cuando estaba a punto de deslizarse hacia una leve denostación del personaje, cuando el inesperado tono suave de Karen insinuaba una conexión personal. Antes de que pudiera preguntar nada más–

—¡Yu-jú! —llamó Hattie mientras se acercaba a ellas, la cámara aún grabando.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de la caseta portátil y Robin salió, aparentemente con su llamada telefónica terminada. Se apresuró hacia ellas, posando una mano protectora sobre el hombro de Karen.

—Bueno, espero que hayáis conseguido lo que necesitabais —dijo Robin alegremente. —No quisiera agobiar más a Karen hoy. Tenemos que prepararnos para un gran anuncio aquí. —Le dirigió a Judith una mirada significativa. —Con nuestro amigo Fabián. Y Karen ya ha pasado bastante sin que los periodistas remuevan dramas familiares.

—No somos periodistas —aclaró Judith.

—Podcasteras —corrigió Hattie. —Aunque todavía no me he monetizado, así que técnicamente–

—El caso es —continuó Robin, apretando ligeramente el hombro de Karen—, que Joanne Kemble, en paz descanse, era fundamentalmente antiempresarial. Veía el desarrollo económico como explotación, no como oportunidad. Quería mantener esta región en la Edad Media: pueblecitos con encanto y desempleo.

—Mientras que Fabián ve el potencial —dijo Judith.

—¡Exactamente! Entiende que el progreso requiere inversión. La biblioteca fue solo el principio. Mi club hará que el dinero fluya como el vino. Y tengo la sensación de que Fabián traerá aún más oportunidades a la circunscripción. Si se le da la oportunidad.

—Supongo que con gente como usted, Adrián Umbridge y Eddie Sterling respaldándole, llegará lejos.

La sonrisa de Robin vaciló por un instante. «Supongo que Eddie es un defensor valioso. Como muchos otros. Todos queremos lo mejor para la zona».

Judith captó un atisbo de envidia mezquina. «Y lo mejor resulta que incluye muchos contratos de construcción».

—Ya hemos superado la época de los Legos. No se puede construir el futuro sin construir cosas —dijo Robin con una carcajada que sonó ligeramente forzada. —Ahora, si nos disculpáis, tenemos un programa que cumplir.

Llevó a Karen de vuelta hacia la caseta, la conversación claramente terminada. Judith las observó alejarse, fijándose en cómo la mano de Robin permanecía sobre el hombro de Karen, protectora o controladora, era difícil discernirlo.

—Y... corten —susurró Hattie, bajando la cámara. —¿Has visto lo tranquila que estaba? Su madre lleva muerta meses y ella tan contenta.

—Más que contenta. Casi aliviada.

—¿Crees que lo sabía? ¿Antes de que encontraran el cadáver?

Judith reflexionó. «¿Si sabía que su madre estaba muerta, o dónde estaba enterrada?». Se quedó callada, su atención captada por algo a lo lejos.

Una furgoneta de televisión con unidad móvil entraba por la puerta del solar con una antena parabólica montada en el techo. Detrás, dos coches más: uno con el logo de la BBC, el otro claramente de prensa.

—Vaya —murmuró Judith, viendo a Hattie levantar el teléfono para grabar a los recién llegados. —Ha llegado la tormenta.

17

Los enigmas tenían una forma de recablear el cerebro, al menos esa era la teoría de Judith Spears. La parte sensata de su mente sabía que no debería involucrarse en el caso Joanne Kemble. Era un caso frío y la naturaleza de una diputada asesinada significaba que la prensa nacional estaba ahora arremolinándose a su alrededor como un agujero negro. Lo cual era una cosa terrible para alguien que intentaba pasar desapercibida.

Especialmente porque la otra mitad de su mente seguía dándole vueltas a la situación con Derek Sheppey, su pasado algo turbio, y el inspector Hamper de la Met husmeando alrededor de los dos. Ahora que había tenido algo de tiempo para pensar tras su encuentro en su cocina, le había enviado un breve mensaje de texto. Solo unas pocas palabras, pero sabía que no podría resistirse. Ese era un problema ligeramente aplazado.

Volviendo al otro lado de su cerebro en cortocircuito, no podía ignorar el hecho de que su investigación personal sobre los contratos de construcción turbios estaba empezando a enredarse con el destino de la diputada. Los comentarios de Karen Kemble sobre los tratos de tipo mafioso sonaban demasiado ciertos para la tranquilidad de Judith. Lo que le faltaba era perspectiva y confiaba en que sus queridos detectives se la proporcionaran, como solían hacer de manera involuntaria.

Tras dejar a Hattie en la biblioteca para que volviera a sumergirse en los archivos, Judith aparcó de cualquier manera frente a la comisaría de Fulton, un hábito que realmente debería corregir, y entró a toda prisa. El sargento de guardia la dejó pasar sin pestañear. Judith se había convertido en una visita tan habitual que bien podría tener su propia plaza de aparcamiento y acreditación de seguridad.

Encontró al subinspector Collins y a la inspectora Eastly en sus escritorios, con los papeles del caso extendidos sobre la mesa y enfrascados en una discusión. Sara levantó la vista cuando Judith irrumpió.

—¿Judith?

—La BBC ha caído sobre Karen Kemble como una plaga de langostas —anunció Judith sin preámbulos. —Y ella y Robin Needlemire están–

Se detuvo a mitad de frase cuando otra persona se acercó, removiendo un vaso de cartón de café con una precisión amenazadora.

—Inspector Hámster —declaró Judith, disfrutando de su mueca de desdén y haciendo que el subinspector Collins se tapara los ojos con el universal gesto de advertencia: no le provoques.

—Vaya, vaya —dijo Hamper, con una voz que recordaba a la grava deslizándose por un tubo. —Judith Spears. Qué maravillosa coincidencia.

La temperatura de la sala pareció bajar diez grados.

Collins los miró alternativamente, claramente incómodo. «El inspector Hamper ha pasado por aquí porque quería hablar con usted».

—Qué cosa más oportuna —dijo Judith fríamente. —Muy previsor, teniendo en cuenta que ni siquiera vivo en esta ciudad.

—¡Y sin embargo aquí está! —Hamper agitó la mano libre como un showman. —Debo de ser brillante.

—Sí. Debe de serlo.

—Ya que estamos los dos aquí, me preguntaba si podríamos tener una pequeña conversación en privado. —Esbozó una sonrisa de tiburón. —Todo extraoficial, por supuesto.

La sala de interrogatorios estaba pintada en un beige institucional diseñado para succionar toda esperanza del alma humana, si uno tenía suerte. Judith se sentó frente al inspector Hamper, con la sólida mesa entre ellos que había visto su buena cuota de asesinos, psicópatas, estafadores y malvivientes. La puerta estaba entreabierta, al fin y al cabo no estaba detenida, pero bien podría haber estado sellada por todo el consuelo que proporcionaba.

Hamper acomodó su corpulencia en la silla con el aire satisfecho de un gato que por fin ha acorralado a un ratón especialmente problemático.

—¿Le ofrezco té? ¿Café? Tengo entendido que la máquina expendedora hace un chocolate caliente particularmente nauseabundo.

—Estoy perfectamente bien, gracias.

—Siempre tan serena, ¿verdad, Judith? Lo admiro. Incluso pillada en el punto de mira, mantiene un aire de respetabilidad distinguida. —Se recostó, entrelazando los dedos sobre el estómago mientras los botones de su camisa se tensaban. La silla crujió sinistramente bajo el esfuerzo. —Dígame, ¿conoce a un hombre llamado Derek Sheppey?

Ella se tocó los labios pensativa. «El nombre me suena vagamente. ¿Era jockey de carreras?»

La sonrisa de Hamper vaciló. «Cuéntemelo usted. Que sería el mismo Derek Sheppey con quien Sheila Osbourne convivió tres años en Islington. Sabe quién es, ¿verdad?»

—¿Una cantante?

—Era usted, antes de Judith. Derek Sheppey resultó ser su socio en lo que podríamos denominar generosamente consultoría corporativa. ¿O debería decir insultoría?

—Me temo que debe de estar confundido.

—Le aseguro que no.

Judith se echó a reír amigablemente. «Perdóneme, detective. Nunca se deben mencionar las discapacidades».

Los músculos de su mandíbula se tensaron mientras luchaba por mantener la calma.

—Tengo registros bancarios, Judith. Registros telefónicos. Declaraciones de testigos de algunos ejecutivos corporativos muy disgustados que se encontraron separados de cantidades de dinero bastante escalofriantes. —Sacó una carpeta manila de su maletín: al parecer, había venido bien preparado. —Cincuenta millones de libras. Más o menos. Esa es la estimación conservadora de lo que usted y el señor Sheppey aliviaron a diversas empresas durante un período de tres años.

Judith examinó sus uñas con estudiada indiferencia. «Caramba. Eso da para una máquina Nespresso nueva. Aunque supongo que en términos corporativos es prácticamente calderilla».

—¿Esa es su defensa? ¿Que podían permitírselo?

—No necesito ninguna defensa, inspector jefe, dado que no me han acusado de nada. Solo estamos teniendo una charla, ¿verdad? Dos personas pasando el rato en una sala sombría mientras uno ladra al árbol equivocado, en el bosque equivocado.

La boca de Hamper volvió a temblar.

—El señor Sheppey, perdón, Derek, tuvo bastante influencia sobre usted, ¿verdad? —La observó por el rabillo del ojo. —Eso es lo que me dijo cuando hablé con él la última vez. Que le enseñó todo lo que sabe. Manipulación psicológica, ingeniería social, la manera en que podía entrar en una sala de juntas y convencer a hombres adultos para que entregaran contraseñas, códigos de acceso, autorizaciones de transferencia. Como Derren Brown, si Derren Brown fuera un delincuente.

—Me gustan mucho sus espectáculos. Muy entretenidos. Aunque personalmente prefiero a Carlos Vermut. «¡Así, sin más!»

—Eso era Tommy Cooper.

—Mire qué confundida estoy.

—Usted y Derek formaban un equipo de estafadores formidable. Una pareja de encantadores de cuidado. Capaces de hacer creer a la gente cualquier cosa que les dijeran.

Judith se permitió una pequeña sonrisa. «Lo hace sonar como performance artística».

—¿No como robo?

—Hipotéticamente hablando, si alguien convenciera a una empresa para transferir voluntariamente dinero basándose en nada más que una conversación, ¿sería eso robo? ¿O sería un fallo de seguridad corporativa?

—Sería fraude. La definición misma de la palabra.

—Cuestión de semántica. —Judith agitó la mano con desdén. —Pero continúe. Me está resultando esta narrativa ficticia no tan aburrida como esperaba.

Los ojos de Hamper se entornaron. «Iba bien, ¿verdad? El dinero entrando, la emoción de la estafa. Hasta que Derek cambió de objetivos».

—Qué sinvergüenza.

—Fondos de pensiones —continuó él suavemente. —Ahorros para la jubilación. Ancianas que habían trabajado toda su vida, reservando lo que podían. A Derek no le importaba si los objetivos podían permitírselo. Quería más.

—Eso suena bastante despreciable —dijo Judith tranquilamente. —Robarle a gente que no puede permitirse perderlo... —Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

Hamper agitó un dedo hacia ella. «Provocando exactamente esa reacción. Se veía usted como Robin Hood, ¿verdad? Quitando a los ricos, a las corporaciones que no lo echarían de menos. Una heroína popular moderna».

—Eso suena emocionante. Debería dedicarse a la narrativa. Cambiar de género el personaje principal es muy moderno. Me lo imagino a usted, criándose en los barrios duros de Chiclana de la Frontera de niña–

—Wimbledon, en realidad.

—¡Ah! Perdone. Una infancia privilegiada, apuesto. Tenis, colegio privado–

La taza de Hamper golpeó la mesa con suficiente fuerza para derramar el café, formando un pequeño charco marrón que ignoró.

—Una madre soltera que luchaba para que le llegara a fin de mes —gruñó. —Por eso odio a la gente que se aprovecha.

Judith simplemente asintió comprensiva. «Una mujer admirable. ¿Ha dicho que se llamaba Bárbara?»

Los labios de Hamper se torcieron para corregirla, pero se contuvo.

—¿Quién lleva el interrogatorio aquí? —resopló.

—Creía que era una conversación. Le pido disculpas por haber mencionado siquiera a Denise. —Se lo jugó todo a cara o cruz entre Denise y Débora, pero por los labios fuertemente apretados de él supo que había acertado. Era un viejo truco: lanzar nombres al aire y observar con cuidado cómo los labios de la persona forman la forma correcta de un nombre antes de poder evitarlo.

El inspector Hamper sorbió su café para tomarse un momento y recomponerse. «No finjas que tienes conciencia. Pero sí tienes una brújula moral. Eso es lo que te diferenciaba de Derek. Él era la descripción textual de un psicópata: encantador, manipulador, absolutamente sin escrúpulos. Tú eras lo bastante inteligente para ser peligrosa, y lo bastante íntegra para convertirte eventualmente en un problema».

Judith no dijo nada. Su silencio animó al iracundo inspector.

—Saboteaste sus operaciones. Avisaste a los objetivos. Alertaste a seguridad. A Derek no le gustó eso. La policía se estaba acercando tras conectar varios fraudes. Así que Derek hizo lo que los psicópatas hacen mejor. Desapareció y te dejó a ti con el muerto.

Judith se inclinó hacia adelante, con los ojos muy abiertos al dejarse llevar por su narrativa. «¿Lo hizo? ¿Y qué pasó después?»

—Tú también desapareciste. Te reinventaste en Escocia. —Hamper se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa, uno en el pequeño charco de café derramado. —Debió de ser duro. Empezar de nuevo. Nuevo nombre, nueva identidad, nueva vida. Debió de sentirse un poco como volver a nacer.

—Siempre he adorado Escocia. El paisaje. La gente. El whisky. La distancia respetuosa entre vecinos. Los monstruos...

—Y luego te aburriste de Escocia después de ayudar accidentalmente a la policía en un caso por allí. Decidiste mudarte a Little Pickton, te convertiste en Judith Spears y empezaste a jugar a detective aficionada a tiempo completo.

—Me retiré al campo. Como se hace a cierta edad.

Hamper la estudió durante un largo momento. «Eres muy buena en esto. La evasión, la manera en que conviertes cada pregunta en una broma. Veo cómo engañaste a tanta gente».

—Siempre me había planteado el teatro aficionado. En fin, ha sido una maravilla. —Se frotó las manos y amago levantarse. —Pero los dos tenemos cosas que hacer, lugares a los que ir. Seguro que tiene un perro en casa desesperado por que le den de comer.

—Ya no tengo tiempo para mascotas.

—Qué pena. —Judith le regaló una suave sonrisa. —Pensé que un niño sensible como usted tendría un Bolitas Segundo a su lado. Juntos los dos, resolviendo crímenes. Usted enseñándole a perseguir los palos equivocados. Ese tipo de cosas. Reconozco el tipo. Crecí en Berkshire. Mi padre era contable. Mi madre daba clases de piano. Terriblemente de clase media. Terriblemente aburrido. Hija única. Bastante como usted, me imagino.

La expresión de Hamper vaciló. «¿Por qué cree que fui hijo único?»

—Oh, simple intuición. El hijo único tiene un cierto aura. Una autosuficiencia. Están acostumbrados a entretenerse solos, a forjarse sus propias narrativas. Usted tiene esa cualidad, inspector jefe. Usted y su perrito.

—Galletas me mantenía, viviendo en un piso de protección oficial a tres kilómetros de Wimbledon. —Había un filo de amargura en su voz. —Mi madre trabajaba tres empleos para que pudiéramos comer. —Sacudió la cabeza tristemente. —Incluso conservó el apellido de mi padre porque pensaba que era mejor que el suyo. Yo siempre preferí Carter, pero me quedé con él. Se mató a trabajar limpiando oficinas, sirviendo mesas, lo que fuera. Un chucho escuálido del albergue era todo lo que nos podíamos permitir. Sin pedigrí. Pero ese perro me enseñó lo que es la lealtad. Pero no estamos aquí para hablar de mi infancia.

—Pero la suya es tan fascinante. Cómo un niño tan dulce creció para convertirse en... usted.

Sus ojos se endurecieron. «Tengo pruebas, Judith. Cuentas bancarias con nombres que llevan hasta ti. Huellas digitales. Derek ya ha empezado a cantar, ¿lo sabías?»

La expresión de Judith permaneció neutral, pero su pulso se aceleró al verse sus sospechas sobre Derek sometidas a prueba.

—Si tuviera alguna prueba de algo que yo hubiera hecho mal, entonces desde luego no estaríamos sentados aquí teniendo una agradable charla, ¿verdad?

Sus miradas se cruzaron en una batalla de voluntades para la que el inspector Hamper sencillamente no estaba preparado. Él apartó la vista y apuró el resto de su café.

—Derek tiene bastante interés en pintarse como alguien arrastrado por el mal camino por su socia más manipuladora.

—¡Si tiene todo eso, debería detenerle de inmediato!

—Pero aquí está el dilema. Hay cargos... y hay cargos. Un par de meses en prisión, o cadena perpetua. Hay una cosa peculiar en la justicia occidental. Se obtienen condenas más largas por fraude financiero que por asesinato. ¿Qué dice eso de nuestra sociedad?

—Que es corruptible.

Hamper tamboriló los dedos sobre la mesa mientras la observaba. Judith dejó pasar los segundos sin interrumpir.

—La Met lleva cuatro años construyendo este caso, Judith. Cuando detengamos a Derek, te va a delatar para salvarse. Lo sabes.

—Usted dirá.

—A no ser que... —Hamper hizo una pausa dramática. —A no ser que nos ayudes primero.

Ahí estaba. El verdadero motivo de esta conversación.

—¿Ayudarles cómo?

—Él te tiene confianza. A pesar de todo, sigue viéndote como su socia. Si te pusieras en contacto con él, concertaras una reunión, podríamos tenderle una trampa. Pillarle en el acto hablando de los fraudes. Grabarle admitiendo todo.

—¿Y qué recibiría yo a cambio de esta traición?

—Inmunidad total de procesamiento. Retiramos todos los cargos, borramos su historial, la dejamos retirarse a Little Pickton en paz. O con tanta paz como usted suele encontrar.

Judith pareció considerar la propuesta. «Es muy generoso».

—Es un buen trato, Judith. Mejor del que merece, francamente.

—Oh, estoy completamente de acuerdo. De hecho, es un trato tan bueno que me imagino que le habrá planteado exactamente lo mismo a Derek.

La expresión de Hamper se petrificó, como si le hubiera dado un repentino ataque de bótox.

Judith se puso de pie con una sonrisa.

—Gracias por la fantasiosa charla. Ha sido muy instructiva.

—Judith–

—Espero que consiga a su hombre —dijo con firmeza mientras salía.

Ahora sabía que a Derek le habían ofrecido el mismo trato. Hamper creía ser listo jugando con los dos. En los círculos de estafadores se conocía como la gota malaya, por razones que no recordaba con exactitud, pero que desde luego no tenían nada que ver con pájaros. Sin embargo, era el tipo de trampa obvia en la que Derek tropezaría para salvar su propio pellejo.

Suspiró. Era una complicación más que no necesitaba en ese momento. Era fundamental mantener un perfil bajo y no irritar más al inspector Hamper.

Judith salió de la comisaría de Fulton para descubrir que había irrumpido en un circo mediático. Cámaras de televisión, reporteros con micrófonos, fotógrafos con teleobjetivos estaban todos agolpados alrededor de los escalones de entrada como gaviotas agresivas acorralando una patata frita. La patata frita en cuestión, con cara de desear con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar, era el subinspector Raimundo Collins.

—No puedo comentar sobre una investigación en curso —decía, con la voz tensa. —Como ya he explicado tres veces–

—Detective, ¿puede confirmar que la hija de la víctima identificó el cadáver?

—¿Hay algún sospechoso detenido?

—¡Detective! Solo una declaración sobre dónde fue hallada–

Collins vio a Judith salir del edificio y su expresión pasó de la miseria general al pánico específico. Sus ojos parecían suplicarle: Por favor, no empeores esto.

Judith había tenido toda la intención de escabullirse discretamente, pero entonces un reportero se giró y la vio.

—¡Es ella! ¡Es la mujer del pódcast!

Y de repente todas las cámaras apuntaban en su dirección, y Judith se dio cuenta con creciente certeza de que su cara iba a aparecer en el telediario de la noche después de todo.

Solo esperaba que no fuera porque había matado a Hattie Trelawny.

18

Judith tenía ganas de cometer un asesinato, pero intentó ocultárselo al reparador, un alma jovial de sesenta y tantos años que tarareaba sin melodía mientras trabajaba, haciendo ocasionales pausas para compartir reflexiones sobre los sistemas de seguridad modernos frente a «los buenos cerrojos de toda la vida».

Judith había llegado a casa a tiempo para la cita y, a pesar del único cometido de sustituir la puerta delantera rota, ya le había preparado tres tés de cortesía, con tres terrones de azúcar cada uno, y todavía no había terminado.

Se sentó a la mesa de la cocina con el teléfono apoyado contra el portátil, intentando con mucho ahínco no pensar en el muro de cámaras del que acababa de huir, ni en la cara satisfecha del inspector Hamper mientras intentaba chantajearla, ni en el hecho de que su cuidadosamente construido anonimato se estaba deshilachando a pasos agigantados.

Para empeorar las cosas, el ejército de periodistas frente a la comisaría la había reconocido gracias al estúpido pódcast de Hattie Trelawny. Su mano temblaba cuando, contra todo criterio sensato, pulsó el enlace. Apareció la página del pódcast de Hattie: «¡Pruebas Archivadas!». Un icono giratorio se reprodujo mientras el programa se descargaba, luego apareció la cara sonriente de Hattie.

—Bienvenidos de nuevo a ¡Pruebas Archivadas! —dijo mirando directamente a la cámara, que se bamboleaba en su mano. —Soy Hattie Trelawny, y hoy vamos a adentrarnos en el misterio del cadáver en el sótano. ¡El sótano de mi propia biblioteca! —añadió con tal floritura que la habrían expulsado de la sociedad de teatro aficionado más amateur, de la cual Little Pickton encabezaba la lista.

—Ahora bien, mi copresentadora, Judith Spears, es toda una leyenda por aquí. Pero no puede acompañarme aquí en cámara...

La indignación de Judith bajó un momento de temperatura. No había esperado tal contención por parte de Hattie.

—En su lugar, tengo lo siguiente mejor. —El sonido cambió, volviéndose más reverberante. Judith reconoció la acústica de la biblioteca. —¡Conozcan a mi copresentadora!

La cámara giró para revelar el recorte de cartón de Judith fijado al lateral de la estantería.

Judith hundió la cabeza entre las manos. «Ay, Dios mío...»

—Mi socia en la resolución de crímenes está encubierta en este momento, así que esto es lo que tenemos hasta ahora.

El pódcast continuó con Hattie manteniendo una conversación completa con la Judith de cartón, haciéndole preguntas y luego dando sus propias respuestas con una voz ligeramente diferente que imitaba a Judith pero que sonaba como un Muppet.

Hattie expuso los hechos, llevando incluso a Judith a visitar el sótano para revelar la escena del crimen. Judith se retorció. No sabía qué era peor: si el hecho de que su cobertura estuviera prácticamente volada, o que la estuviera dejando en ridículo un trozo de cartón.

Fue a comprobar las estadísticas del pódcast y sintió que el estómago le caía a los pies.

374 seguidores.

Cerró los ojos. Aquello era una agonía.

Luego llegó la revelación de la identidad del cadáver. Con la destreza técnica de una ardilla, Hattie hacía zoom en imágenes de Joanne Kemble sacadas de la pantalla de un ordenador. Luego la narración pasó a un clip de metraje tembloroso mientras Hattie y Judith llegaban al spa.

Vaya forma de ser discreta, se lamentó Judith. Su cobertura había sido destruida, volada y luego expuesta para que todos la vieran. La única gracia salvadora, mezquina, era que Hattie no había revelado ninguna de las teorías que Judith había lanzado.

El pódcast terminó con el dramático cierre de Hattie: «¡Acompáñennos la próxima vez mientras nos adentramos más en la corrupción, el asesinato y los oscuros secretos que acechan en nuestro tranquilo campo! Soy Hattie Trelawny, recordándoles que la verdad siempre está en el Sistema Decimal Dewey!»

Judith gimió. Quería golpear la pantalla cuando el pódcast creció de repente en seis suscriptores más. Su teléfono sonó antes de que pudiera procesar esto del todo. El nombre de Hattie parpadeó en la pantalla.

Judith lo cogió y contestó con una furia apenas contenida. «Hattie, ¿pero qué crees que estás haciendo?»

—¡Judith! ¿Lo has escuchado? ¿Qué te ha parecido? He recibido unos comentarios increíbles–

—¡Has mantenido una conversación con un trozo de cartón!

La voz de Hattie subió una octava de alegría. «¡Ya lo sé! Maravilloso, ¿verdad? Es nuestro punto de venta único, nuestra propuesta de valor diferencial».

—¡Parecemos dos viejas locas! Quiero decir, pareces una —se corrigió rápidamente.

Hattie lanzó un agudo jadeo, y por un momento Judith se preguntó si había conseguido ofender a la diva imposible de ofender. Luego llegó un temblor de emoción. «¿Crees que deberíamos cambiarle el nombre al pódcast?»

—¡NO!

El reparador asomó la cabeza a la cocina. «¡Me ha parecido excelente!» —exclamó.

Judith le fulminó con la mirada. «¿Está arreglada mi puerta?»

—Casi.

—Pues me alegra que por fin vaya a servir para algo —dijo con tal frialdad que juró que el pelo del hombre se volvió más blanco. Él desapareció de la vista.

—¿Otro fan? —susurró Hattie. —Uno entró a la biblioteca antes. Le pareció bastante ingenioso, de hecho. Lo llamó una perspectiva peculiar sobre un género agotado. Alguien en Facebook lo llamó "refrescantemente surrealista".

—Me da igual que el mismísimo Rey lo hubiera llamado delicioso, no puedes simplemente–

Su teléfono emitió un pitido. Llamada en espera. El nombre de Maggie apareció en la pantalla.

—Hattie, espera un momento. —Cambió de llamada. —Maggie, estoy en medio de–

—Judith, enciende la televisión. Estás en las noticias.

—¿Qué?

—BBC News. Ahora mismo. Estás en ella.

Judith colgó y salió disparada al salón, buscó el mando a tientas y encendió el televisor. La presentadora de noticias de la BBC estaba a mitad de frase:

—...salió de la comisaría hace solo unas horas, aunque el subinspector Collins se negó a comentar si hay algún sospechoso bajo custodia.

El metraje pasó a Collins en los escalones de la comisaría, agobiado e incómodo mientras los reporteros le gritaban sus preguntas. Luego la cámara giró y ahí estaba Judith, saliendo por la puerta, su cara claramente visible mientras se detenía, paralizada como un ciervo ante los faros, antes de girarse y alejarse a toda prisa.

—Judith Spears —continuó la presentadora—, una residente local que ha estado involucrada en la resolución de varios asesinatos en la zona, estaba presente cuando se descubrió el cadáver de Joanne Kemble en el sótano de la biblioteca.

El dedo de Judith apagó el botón.

—Estupendo —murmuró.

Por un momento, se quedó sentada ahí, mirando su reflejo en la pantalla apagada del televisor.

El teléfono vibró de nuevo. Derek Sheppey.

Debía de haber visto las noticias. Por supuesto que sí. Todo el mundo había visto las malditas noticias.

Judith rechazó la llamada y se desplomó en el sofá. El inspector Hamper sabía su pasado. Derek daba vueltas como un tiburón. La prensa tenía su cara. El pódcast de Hattie la estaba convirtiendo en un meme. Y en medio de todo esto, seguía habiendo un asesinato que resolver y un asesino que potencialmente había entrado en su casa.

La mayoría de la gente se desmoronaría bajo el peso de la indecisión, pero Judith no creía en dejarse acorralar. Su espíritu de lucha era demasiado fuerte. Además, una idea estaba empezando a tomar forma. Arriesgada, posiblemente estúpida, pero todas las mejores ideas lo eran.

Pero no podía hacerlo sola, y dudaba mucho de que Sara o Raimundo prestaran su apoyo entusiasta. Cerró los ojos para serenarse y convocó una sonrisa tranquilizadora.

Luego llamó a Hattie.

19

El Ford Ka de Judith no estaba diseñado para la vigilancia encubierta. Estaba diseñado para aparcar en paralelo en espacios estrechos y lograr un excelente consumo de combustible. Pero al menos era negro, y eso ayudaba de noche. Meter a dos mujeres de mediana edad en él para una vigilancia prolongada era como intentar encajar todo un servicio de té en una lata de galletas: técnicamente posible, pero produciría migas, migas que se manifestaban como impaciencia.

—No siento la pierna —siseó Hattie, aunque no había nadie a su alrededor que pudiera oírlas.

—¿Cuál de las dos?

—Se turnan.

Llevaban cuarenta minutos aparcadas en una fea urbanización prefabricada de los años setenta a las afueras de Denzel Green, tras haber localizado a Steve Bamber a través de su carnet de biblioteca. O más exactamente, el de su mujer. Hattie no había necesitado mucha persuasión de Judith para acceder a los archivos de la biblioteca, lo que dio lugar a seis posibles Bambers. La edad lo redujo a tres candidatos.

El primero, un Steve de verdad, tenía setenta y tres años y estaba muy confundido sobre por qué dos mujeres le acosaban sobre trabajos de construcción. El segundo tenía la edad correcta

pero la profesión equivocada: vendía seguros y parecía demasiado jovial para haber encontrado jamás un cadáver en un sótano. El tercero era una mujer. Pero sin dejarse desanimar, Facebook confirmó que Sally Bamber era efectivamente la mujer de Steve.

—¡Ahí! —señaló Hattie innecesariamente, dado que Judith ya miraba a través de sus prismáticos teatrales tomados prestados. Steve Bamber salió de su casa, poniéndose una cazadora de cuero. —¡El objetivo se mueve!

—Gracias, Hattie. Mis ojos siguen funcionando.

Steve se subió a una Ducati que era más barro que pintura y arrancó el motor con un rugido ronco que resonó en cada casa idéntica de la urbanización.

Judith arrancó el motor y salió, manteniendo varios coches de distancia. Seguir una moto en un Ford Ka era algo así como intentar seguir a un galgo montada en una tortuga. Cuando lo perdió de vista en un cruce, Judith descubrió que bajando la ventanilla podía oír el rugido ocasional del motor, lo que le bastaba para pisar a fondo y alcanzarle en el siguiente semáforo. Usando esta chapucera técnica de seguimiento, fue capaz de seguirle mientras barría por la carretera de circunvalación.

—¿Adónde crees que va? —Hattie tenía el teléfono en la mano, grabándolo todo. Judith había abandonado los intentos de pararla.

—Si lo supiera, Hattie, no le estaríamos siguiendo. Le estaríamos esperando. —La miró de reojo, solo el tiempo justo antes de dar un brusco volantazo para esquivar un zorro que salió corriendo delante del coche. —¡Y por el amor de Dios, deja de grabar todo!

—¡No puedo! ¡Nuestro pódcast está disparándose! Desde que saliste en las noticias, tenemos mil suscriptores más.

Judith sintió un nudo frío y enfermizo en el estómago. Se mordió la lengua. Necesitaba a Hattie de su lado, y evidentemente no había manera de razonar con ella mientras la fama le hacía señas.

Steve se metió en el aparcamiento de La Corona y la Nutria, un pub que se encontraba en el extremo opuesto del espectro del Whine Bar. Era un pintoresco pub rural al borde de una carretera principal que los moteros habían tomado por asalto ciertas noches. Judith tuvo que refrenar el entusiasmo de Hattie explicándole que no

eran los temibles motoristas que se encontraban por los Estados Unidos y en las series de crímenes más turbias, sino los más apacibles zorros urbanos que eran moteros de noche y contables colegiados de día. El elevadísimo precio de las máquinas expuestas, todas alineadas como en un concesionario de lujo, hablaba por sí solo sobre la holgura económica de sus propietarios.

Judith encontró un sitio al otro lado de la calle, en un charco de oscuridad bajo una farola averiada. Ofrecía una vista despejada de la entrada. Observó que la Ducati de Steve Bamber no desentonaba en absoluto y se preguntó cuántos sobres marrones habría aceptado con el paso del tiempo.

Se quitó el casco y se revolvió el pelo con la mano, despeinándoselo. Con su barba incipiente y vistiendo los ceñidos pantalones de moto, Hattie no pudo reprimir un chillido de lujuria. Era el tipo de lugar al que los ladronzuelos comunes no se atreverían a entrar, así que no tuvo que echar la llave a la moto antes de entrar en el animado pub.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hattie.

—Esperamos.

—¡Una vigilancia!

—Sí. Deberías retransmitirla en directo. Haría dormir a tus suscriptores.

Los dedos de Hattie ya repicaban sobre la pantalla. «¡Qué idea tan maravillosa!»

El pétreo silencio de Judith la hizo levantar la vista. «Aunque eso alertaría a nuestro objetivo si fuera suscriptor».

Hattie lo meditó un momento, luego dejó el teléfono. A través de las ventanas del pub, vieron a Steve Bamber uniéndose a un grupo de hombres alrededor de una mesa de billar. Puso el casco en un asiento, pidió una pinta, tizó un taco y se instaló para una partida.

A los veinte minutos, Hattie empezó a removerse en el asiento. Conforme pasaban los minutos, se fue poniendo cada vez más incómoda y cada crujido del asiento de poliéster ponía a prueba la paciencia de Judith. La atención de Hattie derivó de la observación al desplazamiento compulsivo por las redes sociales y la comprobación de su contador de suscriptores.

—¡Han subido cincuenta y tres! —exclamó.

Judith se irguió de golpe en el asiento, no a causa de la noticia, sino por algo que había visto.

—¡Se ha quitado la chaqueta! —siseó.

Hattie se animó, bajando la voz una octava llena de lascivia. «Ooh, está bastante bueno. Debe de ser por todo ese duro trabajo manual–»

No eran sus tensos músculos ondulando bajo la camiseta blanca lo que Judith había notado, sino el destello azul del bolsillo interior.

—¡Juro que esa es mi carpeta enrollada en su bolsillo! —Entrecerró los ojos a través de los pequeños prismáticos. —¡Estoy segura de que es ella!

¿Bamber había entrado en su casa a robarla? ¿O se la habían entregado en el pub? Judith no podía estar segura ya que gran parte del tiempo estaba fuera de su campo visual, rodeando la mesa de billar para hacer su tiro.

Fuera como fuera que hubiera llegado a su poder, Steve Bamber era ahora su principal sospechoso. Era fundamental que no se escapara de su vista. Lo cual planteaba el problema del Ka frente a la Ducati. Cogió el llavero eléctrico del coche hecho una bola en el cenicero y usó la uña del pulgar para accionar el localizador enganchado a sus llaves, el que había utilizado para seguir al inspector Hamper en Bristol y que había recuperado antes de que él lo encontrara.

—¡Hattie, ha llegado el momento de convertirte en agente de campo! —Le puso el pequeño disco en la mano. —Ponle esto a su moto. En algún sitio donde no se caiga. Cuélalo bajo el sillín o algo así.

Los dedos de Hattie se cerraron sobre él. «¿Y si me pillan?»

—Trágatelo. —Judith señaló con el pulgar hacia el pub. —Rápido, mientras está ocupado.

Con el teléfono en una mano y el localizador en la otra, Hattie salió del coche, con las rodillas rígidas crujiendo al hacerlo. Cerró la puerta con cuidado y cruzó la calle con un sigilo ninja lleno de arrestos. Deteniéndose solo para dejar pasar el zumbido de un moped de reparto de pizzas.

La mirada de Judith alternaba entre Hattie y Steve Bamber, que se reía con sus amigos y no parecía tener ninguna prisa por irse a ningún sitio. Hattie llegó hasta su moto, pero antes de que pudiera hacer nada, una pareja salió del pub, los dos chupando cigarrillos electrónicos mientras se ponían los abrigos. Hattie dio media vuelta y fingió leer algo en el teléfono.

La mirada de Judith volvió a Steve Bamber, que ahora estaba con el teléfono en la mano. Su sonrisa relajada se había transformado en un profundo ceño mientras hablaba. Luego colgó y devolvió el taco al soporte mientras gesticulaba a sus amigos. El mensaje era claro: tenía que irse.

—Oh, no...

La pareja de los vaporizadores se había tomado su tiempo para ponerse los abrigos y ahora se alejaba del brazo. Hattie esperó a que doblaran la esquina antes de empezar a toquetear la Ducati. Judith se sorprendió de que Hattie pudiera identificar la moto entre la hilera de máquinas casi idénticas bajo la tenue luz de la calle, pero la forma en que pinchaba el sillín y trasteaba con el manillar sugería que nunca había estado tan cerca de dos ruedas.

Mientras tanto, Steve Bamber había recogido ya su chaqueta mientras apuraba el resto de la pinta de un trago. Judith bajó la ventanilla del copiloto, que descendió a velocidad artrítica, y estaba a punto de gritar un aviso a Hattie...

Pero vaciló cuando notó que Bamber había desaparecido de la ventana y por tanto estaría a pocos metros de la puerta y, posiblemente, al alcance del oído.

Hattie estaba inclinada sobre el sillín de espaldas a la puerta del pub. Completamente ajena a quien fuera a salir. En un momento de desesperación, Judith tocó brevemente el claxon. El diminuto meow del Ka fue suficiente para hacer que Hattie se irguiera de golpe, justo cuando la puerta se abrió y Steve Bamber salió forcejeando con la cremallera de la chaqueta.

En un alarde de coordinación que Hattie tan pocas veces había demostrado, giró sobre sí misma y pasó delicadamente a su lado entrando al bar. Él incluso mantuvo la puerta abierta con el pie mientras se ponía el casco, pero ni una sola vez la miró.

El dedo de Judith sobrevolaba el botón de arranque del motor mientras Bamber montaba la moto y en cuestión de segundos arrancaba el atronador motor y salía disparado con un chirrido de caucho. El coche de Judith tosió arrancando, pero cuando la mano llegó a la palanca de cambios, la Ducati ya había desaparecido doblando la esquina hacia su urgente cita.

¿Había tenido Hattie tiempo de colocar el localizador?

La mano le temblaba cuando cogió el teléfono y lo desbloqueó. La urgencia de la marcha de Bamber, con la carpeta de Judith metida en la chaqueta, indicaba que la estaba llevando a sus mandantes. Contuvo el aliento mientras activaba la aplicación. El localizador apareció... exactamente en su posición actual. No se movía.

El corazón de Judith se paró, luego volvió a arrancar cuando la puerta del copiloto se abrió, sobresaltándola. Sin aliento, Hattie se dejó caer pesadamente en el asiento.

—¿A qué estás esperando? ¡Se escapa!

—El localizador— —empezó Judith, y se detuvo cuando la aplicación se actualizó y el punto de seguimiento saltó hacia adelante por el mapa. —Hattie, eres una... —No se le ocurrió decir genio, así que optó por: —¡Un partido y medio de compañera!

Hattie irradió orgullo mientras salían en templada persecución.

20

Judith siguió el icono parpadeante del localizador en el teléfono, que colgaba de un soporte pegado al parabrisas. Hattie guardaba un silencio poco característico en ella mientras salían de la ciudad serpenteando y Judith tomaba a velocidad las cerradas curvas de los caminos rurales, pero no quería arriesgarse a poner los faros largos por si se acercaban demasiado y llamaban su atención. Así que ahora cada sombra y cada mancha oscura amenazaba con ser lo último que vería.

Una cadena de conexiones bailaba en la mente de Judith. El robo de la evidencia que había acumulado sobre los recortes de costes y el enriquecimiento personal durante la construcción de la biblioteca era claramente algo más que una advertencia. ¿Pero qué contenía? Tras meses de investigar, no había encontrado nada incriminatorio, solo sospechoso.

Sin embargo, alguien se había tomado la molestia de pagar para robarla, usando al mismísimo hombre que había descubierto el cadáver de la política que intentó parar el proyecto en primer lugar. Y en apariencia, ese alguien era un extravagante peluquero sin ninguna conexión con nada... excepto con el respaldo del sustituto político de la fallecida.

Era un nudo enredado que ahora tenía un asesinato en su centro. Y el camino conducía a–

—¡Construcciones Umbridge! —declaró Judith cuando el punto de seguimiento llegó a su destino en la pantalla. Dos minutos más tarde Judith apagó los faros mientras aparcaban frente a la puerta parcialmente abierta. Los vehículos de construcción llenaban el solar, aunque varios estaban notablemente ausentes, todavía en el spa. Judith reconoció el Seat León granate de Umbridge y la Ducati de Bamber aparcada en la entrada, iluminadas bajo una sola farola.

—¿Por qué viene aquí tan tarde? —murmuró Hattie en voz alta.

—Porque sea lo que sea lo que están haciendo, no quieren testigos. Eddie Sterling y Adrián Umbridge se reunieron en tu biblioteca. Luego Sterling le dio un fajo de billetes a Bamber, quien apuesto a que entró en mi casa a robar mi carpeta y la ha traído aquí.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hattie. —¿Llamamos a la policía?

—¿Y qué les decimos? ¿Que vimos a un hombre entrar en un edificio llevando lo que podría ser mi evidencia robada para un delito todavía sin definir que podría estar relacionado con una política muerta? Se quedarán muy impresionados.

—¡Entonces nos quedamos aquí y les vigilamos! —Hattie levantó la cámara para grabar el momento, luego reconsideró. —Pero eso haría unas imágenes muy aburridas...

Judith se quedó mirando el edificio. Era una nave industrial típica: paredes de metal corrugado, techo plano, unas pocas ventanas altas y un espacio de almacén dentro además de las oficinas. Pensó en la vez que había estado allí. La claraboya en el vestíbulo...

—Entonces tenemos que colarnos dentro.

—¿Nosotras?

Judith señaló su teléfono. «¡Para el pódcast! ¡Piensa en nuestros fieles suscriptores!». Señaló la escalera de incendios en el lateral del edificio. «Subimos».

Cinco minutos más tarde, Judith estaba reconsiderando seriamente las decisiones de su vida.

La escalera de incendios estaba pensada para emergencias, no para mujeres cincuentonas con zapatos cómodos que intentaban entrar ilegalmente. Cada peldaño crujía y parecía poder ser el último

paso, y sus brazos ya temblaban por el esfuerzo de izarse hacia arriba. El peso de la manguera enrollada sobre el hombro derecho no ayudaba. La habían encontrado conectada a un grifo exterior, usada para lavar los vehículos, y a falta de una cuerda, había que improvisar.

Abajo, Hattie ofrecía un comentario en directo a su teléfono: «Y aquí vemos a Judith Spears ascendiendo al tejado en una atrevida misión de reconocimiento. Nótese la determinación en su agarre, la manera en que definitivamente no está gimoteando–»

—¡No estoy gimoteando! —resopló Judith.

—La gracia con que navega cada peldaño, como una Spider-Man de mediana edad–

—Hattie, será mejor que dejes de narrar y empieces a subir.

Hattie guardó el teléfono y empezó a subir por la escalera con una agilidad sorprendente. Judith llegó al tejado y rodó sobre él con toda la elegancia de una foca. El tejado plano estaba cubierto de un material rugoso y gravoso que parecía diseñado únicamente para adherirse a la ropa y dejar incómodos relieves en la piel.

—¡Esto es increíble! —susurró Hattie, uniéndose a ella. —¡Somos como espías de verdad!

—Los espías de verdad tienen mejor tono en la parte superior del cuerpo —murmuró Judith, masajeándose los doloridos hombros. Se prometió a sí misma que empezaría a ir al gimnasio después de esto. O que probaría el yoga. O que quizás al menos se estiraría por las mañanas.

Varias claraboyas estaban distribuidas por el tejado para dar luz natural al almacén de abajo. Judith fue directa al extremo opuesto y se asomó al borde para calcular dónde estaba el coche de Umbridge aparcado frente a la recepción. El gran panel rectangular de vidrio reforzado cerca de sus pies ofrecía una vista despejada hacia la oscura recepción de abajo. Podía distinguir apenas el mostrador de recepción dos pisos más abajo, iluminado por un tenue rótulo de salida de emergencia.

Agarró el borde de la claraboya y la tiró hacia arriba. Como la escotilla de un barco, se abrió chirriando sobre las bisagras

desgastadas. Judith se quedó paralizada y aguzó el oído para captar cualquier movimiento en el interior.

Nada.

Hattie se unió a ella mientras colocaba suavemente la manguera en el suelo. Judith ató un extremo alrededor de su cintura.

—Espero que funcione —susurró Hattie, ayudándola a atar un segundo nudo.

—En Misión Imposible funcionaba.

Hattie dio un tirón brusco a la manguera que le exprimió el aire a Judith. «Apuesto a que Tom Cruise habría intentado primero ver si la puerta de entrada estaba sin echar».

Judith le lanzó una mirada. La cabeza había estado tan llena de pensamientos sobre las cámaras de vigilancia y las puertas con alarma que no se había parado a considerar si Bamber habría dejado la puerta abierta. Señaló una salida de aire acondicionado plateada que sobresalía del tejado y le pasó el otro extremo de la manguera a Hattie.

—Enrolla esto alrededor del conducto y aguanta la tensión.

—¿Cuánto pesas tú... —empezó Hattie—, y luego reconsideró rápidamente. En cambio, cruzó el tejado a paso rápido. Enrolló la manguera alrededor del conducto, luego alrededor de su propia cintura y aguantó la tensión como una montañera. Todo ello mientras seguía apuntando la cámara hacia Judith. A la luz de la pantalla, Judith pudo verla asentir apenas.

Preguntándose cómo las decisiones de su vida la habían llevado a descolgarse por una claraboya colgando de una manguera, Judith se secó las sudorosas palmas en los pantalones, se agradeció a sí misma la previsión de haberse puesto los Sketchers cómodos, y se preparó sobre el hueco. Agarró el borde del marco y fue bajando los pies.

La manguera chirrió de manera alarmante y el caucho se contrajo alrededor de su pecho. Cayó un par de centímetros, con el corazón cayendo también, antes de que Hattie recogiera el cable. Las piernas de Judith pedalearon en el aire mientras la manguera le subía dolorosamente hasta las axilas.

Su vida estaba ahora en manos de una manguera que acababa de birlar del aparcamiento y de una bibliotecaria con posible TDAH.

Soltó el borde.

Ahora era un salto de fe...

...O un desplome hacia la muerte.

21

De Pizza a Pollo al Curry era muy en su conjunto un fenómeno local en las afueras de Fulton. Apenas podía llamarse restaurante indio tras haber sido reconvertido desde un Pizza Hut. Los dueños habían abrazado su herencia combinando los menús de una manera singular, aspirando a una Estrella Michelin, posiblemente a través del cubo de basura. El local conservaba el inconfundible techo rojo y la combinación de colores del antiguo restaurante de pizza, que ninguna cantidad de pósteres de Bollywood y kitsch de plástico podía disimular.

Raimundo Collins llevaba tiempo con ganas de visitarlo desde que varios compañeros de la comisaría se lo habían recomendado, pero a diferencia de ellos, su vida no parecía consistir en momentos que celebrar. El cierre de un caso importante iba seguido inmediatamente de fatiga y meses de papeleo. Y esos restaurantes se sentían inadecuados para visitar en solitario. Lo cual dejaba su vida personal... que era para reírse, y era la razón por la que estaba aquí.

Había evitado con buen criterio las aplicaciones de citas habituales, como Tinder y Bumble, porque no le parecía una buena imagen que un detective de policía de una zona de provincias tuviera sus movimientos monitoreados y su foto de perfil esparcida por internet. Los métodos tradicionales de conocer a alguien en el lugar

de trabajo ofrecían pocas opciones: principalmente delincuentes o cadáveres. Así que, tras un período estéril de cenar para uno, se apuntó a regañadientes a CorazónParado, una página web de citas que prometía matches de precisión para profesionales exigentes. Como resultó, el número de profesionales con quienes salir en la zona indicaba que vivía en la parte poco profunda de la piscina.

Ahora tenía su primera cita en quién sabe cuánto tiempo. Helen, cuarenta y dos años, higienista dental a quien le gustaba el senderismo y el tiro con arco según su perfil, estaba sentada frente a él, con una sonrisa lo suficientemente deslumbrante como para sugerir que o bien le gustaba mucho o bien tenía acceso a blanqueamiento dental de calidad profesional.

Probablemente lo segundo, dada su profesión.

—Bueno —dijo ella, dando un sorbo a su Coca-Cola con lassi de mango—, ¡un detective! Debe de ser muy emocionante. ¿Llevas pistola?

—No, esto es Inglaterra. Vamos armados con reprimendas en tono severo y miradas de desaprobación.

Ella se rio: un sonido como una alarma de coche cruzada con un juguete que chirría. Raimundo intentó no hacer una mueca.

—¡Debes de ver cosas fascinantes. ¡Asesinatos y todo eso!

A Raimundo no le gustaba hablar de sí mismo y sentía que la cita empezaba a descarrilar. El inspector Hamper le había conseguido una entrevista de trabajo en Mánchester a sus espaldas, disfrazada de ascenso. Había sido una maniobra para apartarle de Judith mientras Hamper la investigaba, más que una auténtica progresión profesional. Raimundo incluso había conseguido hacerlo una chapuza y se vio obligado a aceptar que su vida no iba a cambiar con espectaculares ascensos y viajes por el mundo.

Su vida estaba aquí lo quisiera o no. En medio de ninguna parte. Llevando casos que normalmente implicaban gnomos de jardín robados y el ocasional asesinato. Así que más le valía empezar a disfrutarlo mientras aún tuviera las rodillas en condiciones.

Se reincorporó a la conversación, consciente de que había hecho una larga pausa escuchando a su narrador interno.

—En realidad es sobre todo papeleo —dijo. —Muy tedioso. Te aburriría mortalmente.

—Probablemente. —Sus ojos recorrieron la sala y bajó la voz. —Te vi en la tele hoy. Eso debió de ser emocionante, ¿verdad?

Raimundo sintió que el estómago se le revolvía. La rueda de prensa había sido una pesadilla: cámaras, preguntas, la dichosa Judith Spears saliendo de la comisaría exactamente en el peor momento y convirtiendo todo aquello en un circo.

—No es la palabra que yo usaría.

—¿Y esa mujer, la detective aficionada, Judith Spears? Parece fascinante. ¿De verdad está implicada en la investigación? He escuchado su pódcast —añadió en tono confidencial, sorbiendo la bebida.

—Está... implicada en muchas cosas. La mayoría poco aconsejables.

El camarero llegó con la comida: pollo jal-pizza. Una masa indistinguible de jalfrezi, presentada sobre una base de pizza rellena de queso y coronada con un toque de pepperoni y piña, para Raimundo. Helen había optado por el cordero rogan josh más tradicional, aunque este había sido relleno en el centro de una baguette de ajo. Solo el olor hizo que a Raimundo le lagrimeasen ligeramente los ojos. Había pedido picante medio. Esto no era picante medio. Esto era gas lacrimógeno en un plato.

El teléfono emitió un leve pitido en su bolsillo. Lo sacó y vio el nombre de Judith. Colgó y lo dejó boca abajo sobre la mesa.

—El pódcast es muy ingenioso —continuó Helen, aparentemente inmune al hecho de que Raimundo estaba luchando por respirar. —Lo de cuando esa presentadora tan loca habla con el recorte de cartón es genial. Muy... meta.

Raimundo frunció el ceño y dio un desesperado trago de agua. «No lo he visto», jadeó.

—¡Deberías! Tiene un encanto muy peculiar. Me encanta.

El teléfono volvió a sonar. Echó un vistazo a la pantalla: Judith. Por supuesto que era Judith. La reina de la inoportuna coincidencia. Colgó.

—Perdona —dijo. —A veces el trabajo llama. Tengo que tenerlo encendido por si acaso.

—Mi dentista es igual. Las urgencias dentales no respetan el horario de oficina.

Ella volvió a chillar de risa. Raimundo sonrió aguantando el dolor, tanto de la risa como de taladradora de la dentista, como del curry.

—Está delicioso —dijo Helen, dando un delicado mordisco al cordero. —Sorprende lo bien que funciona.

—Impresionante. —Las palabras salieron de la boca de Raimundo como un siseo, con los ojos llorosos.

—Es muy agradable salir. Lo de las citas es tan difícil hoy en día, ¿verdad?

—Mmm —asintió Raimundo, su boca incapaz de articular palabras mientras los labios le hormigueaban amenazando con dormírsele.

—Quiero decir, conoces a alguien, piensas que puede haber algo, y luego... —Agitó el tenedor vagamente. —Nada. Ni chispa. Ni conexión. Solo dos personas comiendo comida cara y manteniendo una conversación incómoda.

—Entiendo lo que quieres decir —logró decir Raimundo, aunque si estaba de acuerdo con la observación en general o confirmando que eso era exactamente lo que estaban haciendo ellos en ese momento, no estaba del todo seguro.

Judith llamó de nuevo. ¿Qué podía ser tan urgente? ¿Había encontrado otro cadáver? ¿Acusado a otro inocente sin pruebas? Normalmente era alguna teoría que podía esperar a otro día. Nada de lo que hacía Judith le sorprendía ya.

—Puedes contestar si necesitas —dijo Helen, aunque su tono sugería que esto era una prueba.

—Está bien. No es urgente.

—¿Estás seguro? Porque has mirado el teléfono una docena de veces desde que llegó la comida.

¿Lo había hecho? Raimundo se dio cuenta con cierto bochorno de que tenía razón. Incluso cuando no lo miraba, era consciente de que estaba ahí, esperando, probablemente llenándose de mensajes cada vez más exasperados de La Calamidad.

¿Por qué Judith tenía que estar constantemente en su cabeza? Incluso cuando intentaba tener una noche normal, una cita normal con una mujer normal que tenía un trabajo normal y aficiones normales que no implicaban asesinatos.

—Lo siento —dijo. —Mala costumbre. Es que hay un caso en curso y–

—El asesinato de la diputada. —Helen asintió con comprensión. —Debe de haber mucha presión, ¿verdad?

—No tienes ni idea.

—¡Oh! ¿Vas a salir en el pódcast? —Sus ojos brillaron, dando a entender que eso sería el culmen de la cultura de la fama. —¿Como invitado especial?

—Antes me daría la peste que tratar con esas dos.

Raimundo se metió un tenedor de curry-pizza nuclear en la boca. Los ojos le empezaron a llorar. Judith había resuelto casos. Varios casos. Casos con los que él y Sara probablemente seguirían dando palos de ciego sin sus intuiciones. Pero también era imprudente, testaruda e incapaz de seguir normas o de mantenerse alejada del peligro de manera patológica. ¿Por qué querría alguien pasar más tiempo con un elemento tan imprevisible? Se percató de que su respuesta parecía haber incomodado a Helen. Ella picoteó la comida y miró a los demás comensales.

El teléfono volvió a sonar, pero su dedo automáticamente pulsó el botón rojo.

—¿Está buena tu comida? —las palabras salieron como un jadeo ahogado mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

—Increíble. La tuya parece ser una experiencia emotiva.

Volcó la jarra de agua, derramándola por la mesa con las prisas por bebérsela. Conforme su visión se restableció, notó un nuevo grupo de comensales que entraba. Era Fabián Heinzel, seguido de Eddie Sterling con un traje naranja que hacía daño a los ojos. Se quedó boquiabierto ante el miembro que iba detrás. Era Karen Kemble, con aspecto furtivo y gafas de sol en un disfraz que atraía más atención que el propio Sterling. Los condujeron a un reservado privado cerca del fondo.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó Helen, siguiendo su mirada.

—En cierto modo.

—Parecen importantes.

Más que eso, parecían estar llevando a cabo un negocio. Un negocio serio. La cara de Fabián estaba tensa de tensión, y Sterling gesticulaba bruscamente mientras se acomodaban en el reservado, pero entonces el camarero corrió unas cortinas de intimidad a su alrededor.

Los instintos de detective de Raimundo se pusieron en marcha. Ese era el círculo íntimo. La gente en el centro de la trama de corrupción de la biblioteca... o una trama que Judith había conjurado para complicar una delicada investigación de asesinato. Era solo otra de sus teorías que debería ignorar por carecer de elementos básicos, como las pruebas. Y lo habría hecho, si la presencia de Eddie Sterling no le hubiera generado un recelo. Aunque el pago en el aparcamiento podría haber sido, y lo más probable es que lo fuera, para un trabajo de mantenimiento en casa, le molestaba. Principalmente porque conectaba con la paranoia de Judith.

Y ahora estaban teniendo lo que parecía ser una reunión muy tensa. A la que tenían todo el derecho, por supuesto. Necesitaba escuchar lo que estaban discutiendo, principalmente para demostrar que Judith estaba equivocada.

—Disculpa —le dijo a Helen. —Solo tengo que... el aseo.

Se levantó tan despreocupadamente como pudo y se dirigió al fondo del restaurante. Los reservados privados estaban junto al pasillo que llevaba a los servicios, lo que le proporcionaba la cobertura perfecta.

Estaba lo suficientemente cerca para oír potencialmente a través de la cortina. Sus voces estaban en una discusión acalorada, pero las palabras eran ininteligibles. La de Fabián, tensa de estrés. La de Karen, afilada de ira. La de Sterling, un gruñido antinatural ominoso viniendo de alguien tan extravagante.

Se acercó más y las palabras de Eddie Sterling se fueron aclarando. «¡Todo depende de esto! ¡Y no podemos dejar que los errores tontos se interpongan después de tanto tiempo!»

El teléfono en la mano de Raimundo volvió a sonar. Y esta vez fue fuerte, ya que sin darse cuenta había estado apretando el botón

de volumen con la mano tensa.

El sonido cortó el restaurante como una alarma de incendios. Todas las cabezas se volvieron hacia él. Eddie Sterling asomó bruscamente del reservado exactamente en el peor momento.

Sus miradas se cruzaron al otro lado del restaurante.

Raimundo apretó el botón de rechazar llamada y giró en redondo hacia los servicios de caballeros, con la cara ardiendo.

Impecable. Muy impecable. Trabajo detectivesco de primera calidad.

Se quedó en el baño el tiempo que consideró apropiado, luego volvió a su mesa, donde Helen estaba mirando el teléfono con una expresión que sugería que esta cita iba a entumecerle la mente.

—¿Todo bien? —preguntó sin levantar la vista.

—Bien. Todo bien.

—Qué bien. —Dejó el teléfono y le miró directamente. —Raimundo, ¿puedo ser sincera contigo?

—Por favor. —Aunque sospechaba que ya sabía lo que se avecinaba.

—Eres un tío majo. De verdad. Pero esto no está funcionando. No eres tú, soy yo.

La infame frase le produjo un escalofrío que no había experimentado desde su juventud. Lo que lo empeoraba era que esta vez sabía que era mentira. La estaba aburriendo soberanamente. Incluso ahora, no escuchaba del todo mientras ella ponía excusas para saltarse el postre. Estaba distraído mirando la mampara con las cortinas mientras ella tenía la desfachatez de pagar toda la cuenta. Y cuando por fin volvió a centrarse en ella mientras se levantaba para irse, Judith volvió a llamar.

La mujer era una maldita maldición. Estaba seguro de que se había propuesto destrozarle la vida. El dedo sobrevoló el botón de contestar mientras se preguntaba si debería ponerla a caldo.

22

Judith Spears estaba experimentando un grave defecto de diseño. Giraba lentamente fuera de control mientras Hattie la bajaba al interior del edificio. La manguera no estaba fabricada para soportar el peso de una mujer de mediana edad. Eso, en su opinión, era una característica peligrosamente ignorada.

Durante el descenso había crujido como una serpiente con artritis mientras se estiraba poco a poco. Con manos y piernas en cruz, estaba convencida de que había superado a Tom Cruise en el ranking de los guays. Entonces, cinco segundos antes de poder tocar elegantemente el suelo con la punta del pie, el doble nudo a la altura de la espalda se deshizo como un truco de prestidigitador. Eso la envió girando à la Cleopatra en una alfombra, salvo que Judith se desplomó en vertical sobre el mostrador de recepción. La madera cedió al absorber el impacto, antes de impulsarla hacia la silla giratoria de cuero sintético de la recepcionista y rodar varios metros por el suelo pulido hasta chocar con una hilera de archivadores. Apenas esquivó que la manguera, al escurrirse de las manos de Hattie, le golpeara al caer ruidosamente formando una pirámide enrollada sobre el mostrador.

Ligeramente conmocionada, Judith aguzó el oído: ¿la habían oído? Tenía un leve pitido en los oídos, así que no podía estar segura. Tampoco estaba del todo segura de seguir viva. Al no oír

señales de que la hubieran descubierto, decidió que podría haber ido mucho peor. Aunque ahora posiblemente estaba atrapada dentro del edificio.

—¿Judith? —La voz susurrada de Hattie llegó desde arriba, apenas audible mientras aparecía como una silueta a través de la claraboya. —¿Estás viva?

Judith no podía hablar. Todo le dolía. La cadera, el hombro, y especialmente el orgullo. Vio la silueta de Hattie en la claraboya, asomándose hacia abajo, y luego desapareció, con suerte a buscar ayuda.

Judith se incorporó y gimió. El teléfono se le había caído del bolsillo durante la caída libre y había rebotado bajo el mostrador. La pantalla estaba destrozada. Una tela de araña de grietas irradiaba desde las esquinas, haciendo casi imposible leer nada. Cuando pulsó el botón de encendido, la pantalla se iluminó en un caleidoscopio de píxeles rotos y colores distorsionados.

—Oh, estupendo —murmuró. —Simplemente estupendo.

La pantalla era inutilizable. Apenas podía distinguir las letras distorsionadas de lo que suponía eran sus últimas llamadas: Hattie, Maggie, Raimundo y Sara, aunque no podía estar segura de cuál era cuál. Era también un triste recordatorio de que su vida social consistía en al menos tres personas involucradas en un caso de asesinato. Suponía que eso no era normal.

Vaciló entre los nombres y pulsó sobre lo que parecía una S. Sonó una vez y luego fue directamente al buzón de voz. «Ha llamado a la inspectora Eastly. Deje un mensaje y le devolveré la llamada».

Judith estaba a punto de dejar un mensaje cuando oyó un estrépito desde las profundidades del edificio. Colgó y escuchó. Ahora que el zumbido en los oídos había remitido, podía oír voces alzadas haciendo eco desde más adentro del pasillo, hacia el espacio del almacén.

Necesitaba salir del edificio... o recopilar evidencias. Preferiblemente ambas cosas. Sin embargo, orientarse por la pantalla del teléfono sería casi imposible. Probó otro número: Raimundo Collins.

El teléfono sonó. Y sonó. Y sonó.

—Vamos, Raimundo —susurró. —Coge el teléfono.

Siguió sonando, luego cortó de repente. Rechazada.

—¡Por el amor de Dios! ¡Cómo te atreves a tener vida!

Guardó el inútil teléfono y se deslizó hacia las voces, manteniéndose en las sombras. El almacén principal se abrió ante ella. El gran espacio estaba solo parcialmente iluminado por un puñado de focos que formaban columnas de luz en la oscuridad. Era suficiente para distinguir estanterías de acero altas llenas de pequeños equipos y materiales de construcción. Un camión hormigonera aparcado junto a las grandes puertas enrollables cerradas. Su motor seguía en marcha y el enorme tambor trasero giraba con un chapoteo rítmico.

Adrián Umbridge y Steve Bamber estaban junto a la parte trasera. La carpeta azul de Judith estaba abierta en las manos temblorosas de Umbridge.

—¿Cómo consiguió esto ella?

—Ni idea. ¿Entrando a su oficina? —sugirió Bamber mientras iba de un lado a otro. —Solo sé que estaba en la mesa de su cocina.

Umbridge agitó los papeles. «Si hubiera tenido la más mínima sospecha de esto, habría ido a las autoridades de inmediato».

—Es tu día de suerte entonces, ¿no? Debe de ser cortita.

Judith se agachó detrás de una pared de sacos de arena envueltos en plástico y se picó ante que la llamaran cortita.

—Eddie tenía razón —suspiró Umbridge. —A no ser que tenga alguna copia...

Bamber sacudió la cabeza. «No tiene. Lo comprobé todo. Esto era todo».

Judith sintió una fría satisfacción. Habían confirmado quién había entrado en su cottage y había destrozado su máquina Nespresso. Toqueteó el teléfono, intentando de nuevo activar la cámara para grabar aquello. Pero la pantalla fracturada hacía imposible ver qué estaba pulsando. Solo el débil sonido de tono de llamada del teléfono le indicó que había llamado accidentalmente a Raimundo de nuevo. La mano sofocó el altavoz y la cabeza se alzó bruscamente para ver si se habían dado cuenta.

La cabeza de Steve Bamber estaba girándose en su dirección, pero Adrián Umbridge no se había dado cuenta y pateó furioso un barril metálico: el sonido resonó por todo el almacén y devolvió la atención de Bamber hacia él. Afortunadamente, la llamada de Judith fue silenciada por el otro extremo.

Umbridge saltó de dolor y se dobló para masajearse el mocasín.

—Esto es exactamente el tipo de error que prometiste que no se cometería —dijo una voz de mujer. Judith dio un respingo al ver que otra figura aparecía desde detrás de la hormigonera. Era Robin Needlemire. Caminaba con decisión, sus tacones repicando sobre el suelo de hormigón.

Umbridge resopló furioso, y en parte de dolor, mientras se erguía.

—No habría pasado si toda la situación con Joanne se hubiera gestionado correctamente. En lugar de… —no encontraba las palabras para terminar la frase.

Judith se quedó rígida ante la mención del nombre de la diputada fallecida. Cubrió el teléfono con la mano, desesperada por grabar la confesión pero sin poder distinguir ninguno de los iconos.

Umbridge siguió, agitando la carpeta enrollada en la mano. «¡Y ahora está en toda la prensa nacional y puede llevarnos directamente hasta nosotros!»

—¡Sin embargo, ha creado una plataforma maravillosa para nuestro candidato! —dijo Robin, su entusiasmo secándose mientras fulminaba con la mirada a Steve Bamber. —¡O lo habría hecho si no la hubieran descubierto debajo de los malditos cimientos!

Bamber levantó las manos para calmar la situación. Al hacerlo, rodeó la hormigonera y quedó fuera del campo visual de Judith.

—No tuve tiempo de esconderla antes de que esa Spears metiera las narices.

—Sigue siendo culpa tuya.

La tensión estalló entre ellos. Umbridge intervino, con los brazos extendidos como árbitro de boxeo. «No encontraron nada que pudiera establecer ninguna conexión, de lo contrario la policía ya estaría llamando a puertas. Y si había algo en esos papeles de ahí,

esa vieja arpía ya lo habría encontrado. Tenía una reputación, que al parecer es infundada», añadió.

Judith se irritó ante que la llamaran vieja arpía. Miró el teléfono y vio que estaba llamando de nuevo al móvil de Collins. Colgó rápidamente para que la luz de la pantalla no delatara su posición.

—Espero que tengas razón —dijo Robin. —Las cosas pueden haber surgido inesperadamente, pero si todos mantenemos la cabeza y destruimos estos papeles, podremos relajarnos. —Miró fijamente a Umbridge. —Así que, destrúyelos.

—¿Yo, qué?

—Me has oído. Destrúyelo. Ahora.

Umbridge la miró fijamente, luego a la carpeta, luego a la hormigonera girando. Se acercó a ella lentamente, como un hombre dirigiéndose al patíbulo.

—¿Qué te pasa, Adrián?

—N-nada.

—¿Seguro? Parece que estás ganando tiempo. Espero que no estés pensando en quedarte con eso como seguro. Por si las cosas salieran peor aún...

—¡Tonterías! —espetó él, aunque incluso Judith podía detectar la insinceridad en su voz.

—Bien. Porque no solo tu empresa podría venirse abajo.

El silencio que siguió era lo suficientemente pesado como para tener peso físico.

La voz de Robin se convirtió en un ronroneo amenazador. «No olvides, Adrián, querido, que eso podría llevar a preguntarse quién tenía más que ganar con la muerte de la pobre Joanne».

—Todos sabemos la respuesta a eso —dijo Umbridge desafiante. Luego lanzó la carpeta dentro de la hormigonera.

Judith tuvo que taparse la boca con una mano para ahogar su jadeo de frustración. La única prueba incriminatoria, según los propios perpetradores, acababa de ser engullida por el hormigón.

Umbridge se frotó las manos una contra la otra. «¡Ahí está! Se acabó. ¿Estás contenta ahora?»

Judith intentó de nuevo con el teléfono, apretando desesperadamente lo que esperaba fuera el botón de grabar. Llamó

a Raimundo otra vez.

Los ruidos del almacén cambiaron. Hubo una serie de susurros bruscos y un frenético arrastrar de pies. Estaba demasiado distraída con el teléfono como para darse cuenta con retraso del estrépito de una pala golpeando algo blando. Levantó la vista a tiempo de ver a Adrián Umbridge desplomarse sobre los controles del tambor del camión. Sus agresores se habían movido detrás de él, ocultos por la hormigonera giratoria, así que no tenía ni idea de quién le había golpeado.

El tambor ahora se inclinaba sobre sus pistones hidráulicos. Por los jadeos y los ruidos frenéticos, Judith tuvo la impresión de que se había puesto en marcha de manera accidental, pero la máquina no podía detenerse a tiempo.

Con un borbotón gelatinoso, varias toneladas de hormigón húmedo se derramaron por la parte trasera de la hormigonera, ¡sepultando a Adrián Umbridge en el suelo! El salpicón llegó a todos los rincones del almacén antes de que alguien encontrara el paro de emergencia de la hormigonera y el gruñido del tambor se detuviera, y el silencio se reanudó, salvo por el suave goteo de los últimos restos de hormigón húmedo...

Un silencio que de repente fue interrumpido por la voz de Raimundo Collins bramando a través del altavoz del teléfono de Judith.

—¡PARA DE LLAMARME DE UNA VEZ!

Judith se agachó buscando cubrirse, con el corazón desbocado, mientras colgaba. Pero, dado el repentino frenesí de pisadas, eso ya no importaba.

¡Su cobertura había sido descubierta!

23

Judith salió disparada hacia la oscuridad entre las imponentes estanterías. Sus sensatos Sketchers apenas hacían ruido en el suelo pulido. Detrás de ella, las pisadas chirriaban y resonaban. Supuso que era Bamber, porque Robin llevaba tacones... aunque podría habérselos quitado fácilmente.

En el cavernoso almacén, cada sonido se multiplicaba y rebotaba hasta que era imposible distinguir si sus perseguidores estaban justo detrás de ella o al otro lado del edificio.

Giró a la izquierda, serpenteando entre palés de ladrillos y sacos de escayola. Los pulmones le ardían. ¿Cuándo había sido la última vez que había corrido? La carrera de tres piernas de las fiestas del pueblo no contaba, y había llegado la última en esa, aunque evidentemente había sido culpa de Maggie.

—¿Dónde está? —susurró una voz desde algún punto de la oscuridad. ¿Masculina o femenina? La acústica hacía imposible determinarlo.

Judith se pegó a una pila de tubería de cobre, intentando controlar su respiración entrecortada. El teléfono roto lo apretaba en la mano, su pantalla destrozada parpadeando ocasionalmente con una luz distorsionada que amenazaba con delatar su posición. Lo hundió en el bolsillo y maldijo la pésima sincronización y la todavía peor educación telefónica de Raimundo Collins.

Acababa de presenciar un asesinato... Posiblemente. Probablemente no había sido un accidente. Habían matado a Adrián Umbridge, cómplice de la conspiración. ¿Pero por qué?

Una sombra se movió entre los charcos de luz más adelante. Judith retrocedió sigilosamente, con la mano palpando la estantería que tenía detrás. Sus dedos encontraron algo cilíndrico: un tramo de tubo de PVC. Mejor que nada. Lo agarró como un bate de béisbol.

—No pueden haber ido lejos —susurró otra voz. Esta sonaba demasiado cerca.

A pesar del peligro, o quizás a causa de él, la mente de Judith iba a velocidad de vértigo. Ellos... indicaba que no la habían reconocido. ¿Habían oído simplemente la voz masculina de Collins? Le dio un hilo de esperanza.

Dobló la esquina de la unidad de estantería y se adentró directamente en una columna de luz, proyectando su sombra por el suelo del almacén.

—¡Ahí está!

Las pisadas retumbaron hacia ella.

Judith huyó, con la cadera protestando en cada paso, un recuerdo de su descenso en rappel sobre el mostrador de recepción. Zigzagueó entre los pasillos, chocando con cajas y dejando herramientas cayendo al suelo a su paso.

Una figura apareció ante ella, recortada a contraluz de uno de los focos. Judith frenó en seco y cambió de dirección, casi chocando con otra estantería. Su perseguidor la siguió, su respiración pesada por el esfuerzo o la ira. Posiblemente ambas cosas.

Dobló una esquina y se apretó en un estrecho hueco entre dos unidades de almacenamiento industrial. Le ofrecía un refugio en total oscuridad donde podía recuperar el aliento e intentar elaborar un plan de escape.

La puerta de entrada muy bien podría estar sin echar, como había sugerido Hattie, pero era una carrera enorme por el almacén y por los pasillos para comprobarlo. Y si estaba cerrada con llave, habría corrido hasta un callejón sin salida.

A varios metros de distancia había una gran puerta enrollable que daba acceso a los vehículos, y una caja negra con botones de

goma atornillada a la pared junto a ella. Un sencillo mecanismo de abrir y cerrar, pero que sospechaba que funcionaba a la velocidad de un perezoso. Un poco más adentro en la penumbra podía distinguir el suave resplandor verde de un rótulo de salida de incendios sobre una puerta que se abría apretando contra una barra de emergencia. Era la salida más obvia pero, aparte del sprint olímpico que tendría que hacer, una vez al otro lado se encontraría en el aparcamiento, y entonces ¿adónde iría? Su coche estaba al otro lado, más allá de la puerta principal.

Confiaba en que Hattie hubiera descubierto su predicamento y estuviera urdiendo un plan. Pero eso se le antojaba demasiado optimista.

A través del hueco, podía distinguir la hormigonera, con gotas todavía cayendo de la boca, coronando el montón de barro gris húmedo que marcaba la tumba de Umbridge. Si entornaba los ojos, le parecía ver las últimas burbujas de aire estallar en la superficie al exhalar su último aliento. Oyó movimiento cerca. Contuvo la respiración. Luego una voz baja, inconfundiblemente masculina, silbó en la oscuridad:

—¡Te tengo!

Era imposiblemente oscuro para ver nada, y eso podría haberle salvado la vida cuando algo arreció a la altura de la cabeza. Instintivamente se agachó, justo cuando la hoja de una pala silbó por donde había estado su cuello y se clavó en una caja. Los tornillos se derramaron de la caja partida. Judith giró el tubo en su mano y lo descargó sobre la cabeza del atacante con toda la fuerza que pudo reunir.

—¡Ay!

No era el tañido de muerte que había esperado, y solo entonces recordó que era un tubo de PVC al golpear repetidamente, el hueco boinggg que hacía sonaba como si se estuviera defendiendo con un didyeridú. Rápidamente invirtió el golpe, clavando el extremo duro y circular directamente en la cara del atacante.

Eso sí funcionó. La pala cayó al suelo con estrépito y él se tambaleó hacia atrás. Todo fue demasiado rápido y oscuro para que Judith pudiera estar segura de que era Bamber, pero estaba en el

suelo y ella no tenía suficientes remilgos como para no darle una patada donde más duele, como habría dicho su madre con eufemismo. Incluso un cómodo Sketcher entre las piernas haría lagrimear los ojos al criminal más curtido. El alarido de dolor fue su señal para salir corriendo.

No había formulado un plan conscientemente, pero sus pies sí. Se encontró corriendo hacia el camión hormigonera. El tambor seguía girando; el motor seguía en marcha.

En cada paso por la penumbra esperaba que una mano emergiera de las sombras y la agarrara, pero el segundo adversario no apareció. Esperaba oír el frenesí de pisadas de Bamber buscando vengar sus partes nobles. Pero no llegaron.

Llegó a la puerta de la cabina y tuvo que estirarse de puntillas para abrirla. Con energías renovadas, trepó por los escalones y se metió en la cabina, cerrando la puerta de un golpe y usando el puño para echar el seguro.

En sus tiempos, Judith había quemado el embrague de muchos coches de alquiler al triturar entre marchas, pero se había puesto al volante de un número sorprendente de vehículos. Algunos de lujo, otros más utilitarios, similares a este camión. Funcionaba en piloto automático mientras metía primera y pisaba el acelerador.

Por el rabillo del ojo, a través del retrovisor, vio una figura oscura corriendo hacia ella, pero enseguida cambió de dirección cuando el camión rozó una gran estantería metálica independiente, arrancando el espejo lateral y privando a Judith de la posibilidad de seguir la pista de su atacante. La estantería se tambaleó, luego cayó trabajosamente. Miles de euros en herramientas de construcción, cajas, tuberías y materiales se precipitaron en un trueno de avalancha de ferretería.

Varios objetos pesados se estrellaron contra el parabrisas, arrancándole un grito de sorpresa mientras el cristal se cuarteaba... pero aguantó. Pisó el embrague y metió segunda, ganando impulso hacia su vía de escape:

La puerta enrollable.

La aceleración del vehículo era un poco más ágil sin su carga de hormigón. Apenas había metido tercera cuando embistió las puertas

metálicas. En la cabina cerrada, el impacto sonó más catastrófico que la estantería al caer, que todavía seguía haciéndolo.

Judith fue proyectada hacia adelante contra el volante, quedándose sin aire, con la cabeza peligrosamente cerca del parabrisas cuando las secciones de la puerta lo golpearon con tanta fuerza que la ventana quedó convertida en una lámina opaca de cristal de seguridad que apenas se sostenía.

El cambio en el tono del motor le dijo a Judith que había salido, pero fue solo un breve momento de júbilo antes de que el camión chocara contra algo más pesado y se detuviera en seco. Afortunadamente, Judith ya estaba desplomada contra el gran volante, lo cual absorbió el impacto en lugar de proyectarla por el parabrisas. Pero el ya maltratado cristal implotó en una tormenta de diminutas piezas blancas de cristal de seguridad que llenaron la cabina.

Luchando por recuperar el aliento, el instinto de supervivencia de Judith le advirtió que no se quedara parada. Empujó la puerta de la cabina con el hombro y salió, saltando el último escalón y cayendo de rodillas. Ahora podía ver que había chocado contra una excavadora aparcada fuera. Era una pelea que nunca iba a ganar. Detrás, trozos de la puerta metálica enrollable seguían cayendo del irregular boquete que había creado, pero no había señales de persecución.

Y no iba a esperarla. Cruzó cojeando el oscuro aparcamiento hacia la puerta, rezando por no haberse dejado a Hattie atrás en peligro.

También le hizo ver su futuro con dolorosa claridad. Los asesinos de Joanne Kemble no se conformaban con un caso archivado. Seguían queriendo sangre. Y si la habían reconocido, ella era sin duda la siguiente...

24

La cerradura nueva de la puerta de Judith había sido claramente diseñada por alguien que albergaba un rencor personal contra los propietarios de viviendas. O posiblemente contra Judith en concreto. Las manos le temblaban mientras forcejeaba con la llave nueva, errando la ranura tres veces antes de finalmente acertar. El mecanismo se negaba a girar.

—Venga ya —murmuró, meneando la llave con desesperación creciente. Detrás de ella, la calle estaba oscura y vacía, pero cada sombra parecía ocultar una figura armada con una pala.

—No me hagas esto. No ahora —murmuró.

La cerradura cedió por fin con un firme clic. Judith prácticamente cayó al interior, cerrando la puerta de golpe y echando tanto el cerrojo como la cadena. Luego, a modo de medida adicional, arrastró la mesita del recibidor contra la puerta, aunque qué protección ofrecería una delicada mesita auxiliar contra un asesino decidido, no estaba del todo segura.

Las manos le seguían temblando. La adrenalina que la había mantenido en marcha se estaba disipando, dejando a su paso una sensación de vacío y el presentimiento de lo que prometía ser una espectacular colección de moratones. La cadera le palpitaba, las rodillas le dolían y las costillas le ardían del golpe contra el volante al chocar contra la excavadora.

En conjunto, no era exactamente como había imaginado que acabaría la noche.

Sacó el teléfono destrozado. La pantalla era un caos psicodélico de píxeles, pero si se concentraba, podía distinguir lo suficiente para navegar hasta sus contactos. El dedo sobrevoló los servicios de emergencia.

112. Tres simples dígitos. Denunciar un asesinato. Denunciar una agresión. Denunciar... ¿qué exactamente? Que había entrado ilegalmente en un edificio y posiblemente había presenciado un asesinato.

Al repasar mentalmente los hechos, había visto caer a Adrián Umbridge... pero no le había visto sepultado bajo el hormigón. Y dos personas la habían perseguido. Por muy en forma y tonificada que estuviera Robin Needlemire, Judith calculaba que podría doblegarla en una pelea.

Una vez más, no tenía pruebas.

Deslizó el dedo hasta lo que creyó que era el nombre de Raimundo en el teléfono, cortándose el dedo en los cristales rotos de la pantalla, y pulsó llamar. Sonó una vez, dos veces, luego saltó el buzón de voz. Por supuesto que sí.

—Raimundo, soy Judith. Sé que estás enfadado, pero seamos realistas, últimamente siempre lo estás, y deberías hablar de eso con alguien con una titulación sensata. En cualquier caso, acabo de... —Hizo una pausa, intentando encontrar palabras que no sonaran completamente demenciales. —Presenciar un asesinato y estoy muy disgustada por ello.

Colgó, irritada por tener que explicar su montaña rusa emocional a un contestador automático. Tras una vida al límite, se enorgullecía de mantener el control, pero hay algunas cosas, como que casi te maten, que llevan a una a replantearse su vida.

La adrenalina se estaba disipando, trayendo consigo una repentina marea de fatiga. Se dio una ducha rápida, lavándose los interminables trozos de cristal de seguridad del pelo, y se sintió mejor con una camiseta y un pantalón de chándal.

Sentada a la mesa de la cocina, sacó su libreta de debajo de un libro de Jamie Oliver que había pedido prestado de la biblioteca con

las mejores intenciones, concretamente evitar que el carismático chef infligiera sus recetas pagadas de sí mismas sobre los pobres habitantes de Little Pickton. Escribió tres nombres en triángulo: Umbridge, Needlemire, Bamber. Luego trazó una flecha de conexión entre los dos hombres, que estaban claramente vinculados. Luego otra entre Needlemire y Umbridge, ya que ella usaba su constructora para el spa. A continuación puso a Eddie Sterling al margen y trazó una línea hacia los tres.

Nada de esto le estaba ayudando.

Añadió a Joanne Kemble en la parte superior de la lista y tamborileó el bolígrafo mientras luchaba por encontrar una conexión, salvo que el cuarteto de conspiradores se había molestado porque habían encontrado a la diputada. O la habían asesinado. No lograba decidirse, mientras repasaba mentalmente la conversación. Era una batalla cuesta arriba mientras luchaba por mantenerse despierta...

Una notificación de mensaje apareció en la pantalla fracturada. Entornó los ojos intentando descifrar los píxeles distorsionados. Finalmente decidió que era de Hattie, y decía algo así como:

Llegué a casa. No puedo llamar a la policía: batería muerta intentando grabar. ¿Estás bien?

Judith intentó responder con cierta dificultad, con el autocorrector peleándose con ella en cada letra. En cambio, recurrió a los emoticonos que tanto detestaba. Un montón de caca, una berenjena y un pulgar hacia arriba. Los envió porque no encontraba la tecla de borrar. Al menos Hattie sabría que estaba viva, posiblemente en plena demencia transitoria, pero viva.

Le alivió saber que Hattie estaba a salvo, pero la noticia de que la batería se le había agotado destruyó cualquier esperanza de que hubiera grabado alguna evidencia incriminatoria. Hablando de lo cual, su propio teléfono se apagó de repente al agotarse la batería. El impacto debía de haberlo dañado más de lo que había pensado.

Se apresuró a enchufarlo al cargador de la mesita de noche y lo reinició, esperando que Raimundo Collins no hubiera llamado en el breve intervalo. Si lo había hecho, no había dejado ningún mensaje.

Judith tenía intención de volver a la cocina y poner el hervidor. En cambio, la llamada de la cama era demasiado y se tumbó boca

arriba, cerrando los ojos solo un momento o dos...

Judith se despertó con unos golpes atronadores diseñados para despertar a los muertos en los condados vecinos. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas y se había perdido varias llamadas en el móvil. Alargó el brazo hacia el dispositivo para comprobar quién llamaba a su puerta con la cámara del timbre, pero se detuvo al recordar que la pantalla rota inutilizaba todas sus herramientas útiles. Se arrepintió de haber depositado toda su vida en un solo aparato como tanta gente había hecho.

Correteó hasta la puerta para oír la cansada voz de Raimundo Collins.

—¿Judith? ¡Más te vale estar muerta ahí dentro!

Arrastró la mesita y forcejeó con los cerrojos. La cadena se negaba a cooperar, los dedos todavía torpes por el sueño.

—¡Ya voy! —gritó. —La cerradura es nueva y está dura.

La puerta se abrió de golpe en el momento en que quitó la cadena, y el subinspector Raimundo Collins apareció en el umbral con el aspecto de haber llegado al absoluto límite de su paciencia y estar ahora colgando de ella... posiblemente del cuello.

—¿Estás bien? —exigió saber, abriéndose paso al interior.

Judith lo miró parpadeando. «¿Yo? ¿Sí? ¿Más o menos? ¿Por qué lo preguntas?»

—Tienes un aspecto terrible. Y me dejaste un mensaje diciendo que habías presenciado un asesinato. Si bien acepto que eso se está convirtiendo en un comportamiento habitual para ti, el no coger el teléfono me hizo saltar las alarmas.

—Buenos días a ti también. ¿Té?

—¡No! —espetó, y acto seguido se adentró en la cocina y puso el hervidor.

Judith le siguió con una sonrisa divertida y se sentó, observándole luchar por encontrar las bolsitas de té.

—¿Me vas a explicar por qué estás haciendo llamadas de broma a la policía? —Encontró las bolsitas de té y se puso a buscar un par de tazas limpias.

—No hice ninguna llamada de broma a la policía. Te llamé a ti.

—Yo soy la personificación de la policía —declaró con grandiosidad mientras encontraba una taza de Snoopy y una de Me Encanta Blackpool, y Judith no recordaba haber visitado nunca esa ciudad, con su preceptivo corazón.

—Me refería a que no era una broma. Vi cómo asesinaban a alguien anoche.

—¿A quién?

Judith vaciló. «Creo que fue a Adrián Umbridge».

—¿Crees?

—No estoy del todo segura —admitió.

Raimundo suspiró mientras el hervidor hervía y llenaba las tazas, salpicando agua en la encimera con las prisas. Añadió la leche, dejó las tazas sobre la mesa y se sentó frente a Judith. Ella le fue relatando su noche de aventuras y desventuras. Para su mérito, él no la interrumpió ni una sola vez.

Sorbió el té pensativo. «Estoy oficialmente de servicio. No es mi día libre. Por tanto, tengo que tomar esto en serio».

—Muy sensato. —Judith sorbió el té. Estaba demasiado cargado de leche, pero sonrió de todos modos. —Qué taza tan espléndida.

—Y eso incluye tu admisión de que entraste ilegalmente en el almacén.

—Técnicamente, descendí a través de una claraboya abierta.

—Colgando de una manguera.

—A falta del equipo adecuado, hay que improvisar.

—Y presenciaste un asesinato.

—Sí.

—Pero no estás segura.

—Un probable asesinato.

—Por Robin Needlemire y/o Steve Bamber.

—Correcto.

—Y también intentaron matarte a ti.

—Correcto.

—Todo porque estabas investigando un caso que yo dije que no tenía nada que ver contigo.

Judith sorbió el té ruidosamente y le miró por encima de la taza. «No tenía constancia de que estuvieras investigando tú prácticas

corruptas de construcción».

Raimundo se pellizcó el puente de la nariz. «Grabaste esta confesión suya, naturalmente».

—El teléfono se rompió. —Lo levantó a modo de prueba.

—¿Y Hattie...?

—La batería se agotó.

—Parece que has perdido completamente la cabeza. Allanamiento de morada. Intrusión. Imprudencia grave. Podría detenerte ahora mismo basándome únicamente en indicios razonables.

—Pero no lo harás.

—Debería.

—Pero no lo harás —repitió Judith—, porque me crees.

Raimundo se hundió en la silla derrotado. «Justo cuando llegaba aquí, Sara recibió una llamada sobre un allanamiento en Construcciones Umbridge anoche. Está allí ahora».

—¡Con el cadáver! —declaró Judith triunfante mientras se levantaba. —¡Vamos!

Era primera hora de la mañana, y el subinspector Collins ya estaba demasiado cansado para discutir con ella.

25

Una hora más tarde, Judith estaba de pie en el almacén de Construcciones Umbridge, mirando el lugar donde debería haber habido un cadáver.

La inspectora Sara Eastly levantó la vista del cuaderno, con expresión cuidadosamente neutral. «Judith, diría que es una sorpresa verte aquí, pero no soy tan buena mintiendo».

Judith señaló el charco de hormigón. Ya no era un montículo en forma de colina sino una fina película de hormigón que se había endurecido sobre el suelo.

—¿Dónde está el cadáver?

Las cejas de Eastly bailaron. «No hay ninguno, evidentemente». Hizo un gesto a su alrededor. «No todas las escenas del crimen son asesinatos. Esto es un allanamiento de morada de manual».

—Y sabemos quién lo hizo, ¿verdad...? —murmuró el subinspector Collins entre dientes.

Eastly frunció el ceño y miró interrogativamente a los dos. Le sorprendía que hubieran llegado juntos, pues no sabía nada del incidente de la noche anterior. Pero era lo bastante curtida para leer entre líneas.

El subinspector Collins juntó las manos con eficiencia profesional. El agente Fenton y una agente uniformada de aspecto aplicado levantaron la vista de las estanterías caídas. Con las luces

encendidas y el sol colándose por las claraboyas, Judith pudo apreciar el caos que había provocado la noche anterior. Parecía un desguace.

—¿Qué tenemos? —dijo Collins con una mirada de reojo a Judith.

La inspectora Eastly fue paseando. «Recibimos una llamada esta mañana de Natacha Wells, la recepcionista, que llegó esta mañana y encontró este desastre».

Judith abrió la boca para hablar, pero Collins se interpuso deliberadamente entre ella y Eastly para impedírselo. Le hizo un gesto a su inspectora para que continuara.

—Al parecer la alarma no había sido activada la noche anterior y alguien entró.

Collins se giró para dirigirse a los agentes. «¿Han encontrado algo sospechoso?»

El agente Fenton intercambió una mirada con su colega antes de hablar. «Solo este desastre, señor. Que sepamos, no ha desaparecido nada importante. Si fueran ladrones, dejaron todo lo caro».

Eastly señaló desde la mancha de hormigón hacia la puerta corrediza destrozada y empezó a caminar hacia fuera. Collins y Judith la siguieron.

—Parece que entraron e intentaron llevarse un camión hormigonera. Hay marcas de neumáticos en el suelo. Arrolló las persianas de acero y fue directo contra una excavadora.

El subinspector Collins intercambió silenciosamente miradas con Judith. Aparte de la absoluta ausencia de un cadáver, todo corroboraba su historia. Fuera, Eastly presentó las pruebas del camión hormigonera destrozado, exactamente como Judith lo había dejado. Con una sola mirada, el subinspector Collins le advirtió que no hablara.

—¿Qué podemos concluir?

—Que unos chicos entraron para hacer una gamberrada, destrozaron el lugar y salieron pitando. Van a hacer un inventario completo para ver si falta algo, pero de momento esto parece una travesura cara.

Judith no pudo contenerse. «¿Una travesura? ¡Es una escena del crimen!»

Eastly puso cara de perplejidad y el subinspector Collins intervino antes de que la frustración de Judith llegara al punto de ebullición.

—Judith me llamó anoche para denunciar un asesinato. Solo escuché el mensaje esta mañana.

—Tenemos un número de teléfono especial para eso —le dijo Eastly a Judith.

—Su teléfono fue al buzón de voz y pensé que el 112 sería... —No sabía cómo terminar la frase. Apuntó con el dedo hacia el camión. —¡Fui yo quien lo estrelló!

—¿Que entró aquí ilegalmente? —El ceño de Eastly se profundizó.

Eso fue suficiente para que Judith midiera lo que decía. Los detectives eran amigos, pero estaba a punto de admitir un delito, de pie en la escena de dicho delito.

—No. El almacén estaba abierto, con Steve Bamber, Adrián Umbridge y Robin Needlemire conspirando dentro. —Señaló a través del agujero en la persiana. —Estaban hablando del asesinato de Joanne Kemble y tenían la carpeta que Steve Bamber robó de mi casa. Umbridge la tiró al tambor de esta hormigonera para destruir las pruebas, luego discutieron ¡y él fue asesinado! Sepultado bajo el hormigón ahí dentro.

El silencio de Eastly y Collins era elocuente.

—No hay ningún cadáver —señaló Eastly.

—¡Debería haberlo! —Judith levantó el teléfono. —Se me rompió el teléfono cuando caí por la claraboya.

Sara se estaba hundiendo en un charco de perplejidad cada vez más profundo. «¿Es que la puerta no estaba abierta?»

—Y Hattie Trelawny estaba conmigo —declaró Judith como si eso lo probara todo.

—¿Ah, así que tenemos un testigo? —dijo Eastly esperanzada.

—Ella en realidad no vio... —Judith sintió un nudo de frustración royéndola. —Bien, ¡sígan me!

Sin añadir palabra, llevó a Eastly y Collins de vuelta a través de la persiana rota, por el almacén, por el pasillo y hasta la recepción.

Desde detrás de su escritorio, Natasha Wells levantó la vista, sobresaltada. Judith señaló la claraboya.

—Entré por ahí y caí directamente sobre su escritorio. —Dio unos golpes a la madera para enfatizarlo. —¿Dónde puso la manguera?

Natasha lanzó una mirada de alarma entre Judith y los detectives.

—¿Qué manguera?

—La que usé para bajar desde la claraboya. —Asintió mirando hacia arriba. —Me caí y aterricé justo sobre su escritorio.

Natasha los miró a todos con ojos de pánico como si le acabaran de hacer la pregunta decisiva en un concurso.

—No había ninguna manguera. Todo estaba perfectamente bien salvo el desastre de por allí. —Señaló la puerta.

Judith se movió bruscamente detrás del escritorio, haciendo que Natasha se echara hacia atrás. Se agachó, con la nariz pegada al suelo como un sabueso, intentando encontrar una miga de suciedad o alguna prueba incriminatoria. Por los surcos limpios en la moqueta, habían pasado la aspiradora recientemente.

—¿A qué hora viene la limpieza? —exigió saber Judith.

—Dos horas antes de cerrar.

A Judith le vino a la mente una ocultación de pruebas. Figurada y literalmente. El cadáver trasladado. La recepción limpiada. Todo disfrazado de gamberrada. Levantó un dedo con determinación.

—Busquen huellas en el camión hormigonera. ¡Las mías estarán por todas partes!

—Judith— —dijo el subinspector Collins sacudiendo la cabeza.

—Hay un tipo de la Científica en la oficina —dijo Eastly despreocupadamente. —Había venido a recoger algunas cosillas para el caso Kemble. Sobre todo ahora que ha saltado a los titulares. Los de arriba esperan resultados.

Collins gimió y se pellizcó el puente de la nariz. Normalmente, los de la Científica estaban tan ocupados que podían tardar días en llegar. Judith no parecía apreciar el problema que supondría que encontraran sus huellas en el volante de un vehículo robado, y a juzgar por la expresión de determinación en su cara, no estaba pensando en ello.

—¿Dónde está Adrián Umbridge? —exigió saber Judith de repente.

—Hoy no viene. Tenía cogido un día de vacaciones.

Judith cruzó los brazos y resopló, pero no lanzó acusaciones. Volvieron al almacén y Judith rodeó el charco de hormigón que no presentaba ningún indicio de un cadáver.

—El hormigón tarda horas en fraguarse del todo —señaló. —Si trabajaron rápido, podrían haber extraído un cuerpo antes de que se endureciera del todo.

Nadie dijo nada que alimentara su frustración creciente. La técnica de la Científica llegó e intercambió breves saludos con la inspectora Sara Eastly antes de coger su bolsa cargada de pinceles y polvos y ponerse a examinar la hormigonera. Regresó con una rapidez notable.

—Está todo limpio.

—¿Qué quiere decir con limpio? —exigió saber Judith.

—Quien se llevó el camión lo limpió con acetona. El volante, las puertas, el salpicadero. Hicieron un trabajo muy concienzudo. —Se encogió de hombros. —Los jóvenes de hoy saben todos los trucos. La culpa es de la tele.

Se marchó, dejando a Judith inusualmente callada.

—Ha tenido suerte —ofreció Collins. —Si sus huellas estuvieran en él, habrían tenido que entrar en el sistema. Y con el inspector Hamper merodeando por ahí...

Ese escenario claramente no se le había pasado por la cabeza a Judith. Apretó los labios, con los puños cerrados. Luego se le ocurrió una idea.

—¡Hattie! ¡Hablemos con ella!

Dejando a la inspectora Eastly para cerrar la investigación en el almacén, Judith y el subinspector Collins se dirigieron a Denzel Green. La conversación trivial era prácticamente inexistente y Collins decidió no estresar más a Judith.

Llegaron a la biblioteca esperando ver a algunos periodistas, pero eso ya era noticia vieja. La radio local llevaba informando sobre los efectos de la muerte de Joanne Kemble en el mundo político y se había instalado en la ciudad, que estaba lo bastante lejos de la vida

rural. Las elecciones parciales eran más noticiosas que un antiguo asesinato.

Hattie estaba en su escritorio, supervisando a los cuatro pensionistas y un hombre sin hogar que usaban la biblioteca de última generación. Al menos mantenía a la gente caliente y seca. El argumento para la nueva biblioteca era servir a una comunidad en expansión, pero a juzgar por el tráfico de visitantes, parecía un sumidero de dinero público. Hattie le dedicó una sonrisa radiante a Judith, luego se compuso, con la mano coqueteando en el pelo, cuando notó que el subinspector Collins la seguía.

—Le he contado al subinspector cómo seguimos a Steve Bamber desde el pub hasta el almacén y cómo me bajaste al interior. Han limpiado todo el lugar. ¡Incluso ha desaparecido la manguera!

Hattie confirmó todo hasta el momento en que había bajado a Judith por la claraboya.

—Después de eso, bajé del tejado y empecé a buscar otra manguera para sacar a Judith. Pero se me acabó la batería y no sabía qué hacer. Luego oí un alboroto dentro y pensé que lo mejor era no quedarse por ahí.

—¿No volvió al coche? —preguntó Collins.

Hattie sacudió la cabeza. «Judith se había llevado las llaves y no quería quedarme esperando. Pensé que podría necesitar ayuda».

Para su disgusto, Hattie confirmó que no había conseguido grabar ni una sola prueba que respaldara las afirmaciones de Judith. A Judith le estaba costando ocultar su frustración mientras Collins le daba las gracias a Hattie y se marchaban.

—¡Tenemos que hablar con Steve Bamber! —dijo Judith con firmeza mientras llevaba al subinspector Collins de vuelta al coche. —Tráelo para interrogarle.

—¡Espera! Judith. Para el carro un momento. No ha desaparecido nada del almacén. No hay ningún cadáver. Nadie ha sido denunciado como desaparecido. Y no hay pruebas de que haya entrado en tu casa. Así que, aparte de conducir sin permiso, que tú misma admites, no hay ningún delito del que acusarle.

Judith se giró en redondo, con el ceño fruncido en una mezcla de exasperación e irritación.

—Viste las pruebas de que yo había estado allí, tal como lo describí. Oíste a Hattie confirmar todo lo que dije. ¿Qué hay que no creer?

Collins levantó las manos para calmarla. «No es que no te crea. No soy ciego. Algo pasó. Lo que me preocupa es que algo ha ocurrido y te están preparando para cargar con la culpa».

Pudo ver por su expresión petrificada que ella no había pensado en esa posibilidad. Tomó aire.

—Bien. Entonces está claro que no hay ninguna necesidad de que le moleste más, detective.

Giró sobre sus talones y se alejó.

El subinspector Collins se apoyó en el coche y esperó. Volvería. Era su transporte a casa.

Cinco minutos después, los agudos instintos detectivescos del subinspector Collins le dijeron que debía de haber tomado el autobús.

26

Judith se alejó del subinspector Collins con toda la dignidad que pudo reunir, que no era mucha teniendo en cuenta que ahora recordaba que él era su transporte a casa y que ahora tendría que jugársela con el autobús local. Lo cual era un destino marginalmente mejor que la muerte.

Su arrogancia le había calado hondo, con toda su quejumbrosa insistencia en necesitar cosas como las pruebas. Añoraba los tiempos en que la gente respetaba los presentimientos y se arriesgaba. Aunque muchos riesgos que había tomado en el pasado no habían salido del todo bien, pero no tenía sentido ser negativa al respecto. Especialmente cuando eso iba en contra de la propia rabia y del deseo de tener razón.

E incluso en el camino de su arrogancia, ¿por qué tenía que ser tan irritantemente razonable? ¿Y por qué se sentía culpable ahora por haberle contestado cuando... perdió el hilo del pensamiento. Eso también debía de ser culpa de Raimundo Collins.

Por impulso, se metió en la tienda de móviles local a comprar un nuevo terminal y le cortó brevemente el paso al dependiente cuando intentó actualizarle el contrato.

—Estoy perfectamente infeliz con mi proveedor actual —le gruñó. —Sé dónde están todas las zonas sin cobertura y cuánto me están

robando con los datos. ¡No quiero tener que aprenderlo todo de nuevo con una nueva compañía!

El instinto de supervivencia del dependiente cortó rápidamente la conversación, y hasta le permitió a Judith cambiar la tarjeta SIM ella misma, por si confundía su ayuda con edadismo. Era una tarea que completó a toda velocidad, como un sicario profesional desarmando un rifle en sus partes.

Insertó la tarjeta SIM en su sitio y observó cómo el teléfono cobraba vida, con notificaciones llegando en rápida sucesión. Llamadas perdidas de Raimundo, dos mensajes de Maggie sobre una reunión urgente en la biblioteca de Little Pickton, y varias alertas de Instagram. ¿Instagram? Apenas usaba Instagram. Ese era el territorio de Hattie.

El autobús llegó pronto, aunque era más probable que fuera el anterior con un retraso extraordinario. Tomó asiento lejos del puñado de otros pasajeros ya que temía la conversación trivial más que trepar al tejado del almacén. Luego disfrutó de cobertura rural intermitente durante todo el camino a casa.

Las publicaciones de Insta de Hattie de hacía veinte minutos mostraban una pila de libros impecables en la biblioteca, con los lomos cuidadosamente coordinados por colores para formar un bonito arco iris. Era testimonio de que no tenía nada más que hacer en el caro edificio nuevo. Pero lo que captó la atención de Judith fue Steve Bamber al fondo, dirigiéndose hacia las escaleras del sótano con una bolsa de herramientas.

Inmediatamente le escribió a Hattie: ¿Está Bamber ahí AHORA? Ten cuidado. No te quedes a solas con él.

Lo siguió enviándole la foto al subinspector Collins con las palabras: sospechoso en movimiento.

Luego observó cómo los dos mensajes se quedaban en bandeja de salida mientras la señal desaparecía en su propio palo de telecomunicaciones.

La biblioteca de Little Pickton era en realidad un pequeño anexo reconvertido junto a la oficina de correos. Aunque podría argüirse que la nueva biblioteca de Denzel Green era excesiva para la zona, dado que la veterana de Fulton había sido perfectamente utilizada,

este pequeño paraíso también podría ser acusado de complejo del impostor. Con seis ordenadores conectados a internet y un buen surtido de libros actuales, era más que suficiente para un pueblo cuatro veces el tamaño de Little Pickton. Sin embargo, había sido Judith quien había asegurado que prosperara, aunque nadie fuera realmente consciente de los hilos que había movido para lograrlo.

La dulce anciana bibliotecaria, la señora Tweedily, tenía el hervidor puesto, distribuyendo vasitos de café instantáneo para el grupo de vecinos que se había reunido alrededor de la mesa, todos en pleno despliegue cuando se trataba de que les quitaran sus preciados recursos, aunque Judith dudaba de que muchos de ellos hubieran puesto el pie en la biblioteca más de una vez.

Charlie Walker, John Rooney, Timothy Buckley, el padre Largy, Maggie, y un montón de otros conocidos del pueblo habían cerrado sus salones de té, tiendas e iglesias para abordar el problema. Para cuando llegó Judith, ya estaban atrapados en una espiral derrotista.

—El ayuntamiento ha notificado que van a cerrarnos —espetó Charlie mientras Judith se ponía a su lado. Como de costumbre, tenía ese aura canina, después de pasear manadas de perros por el pueblo. —Nos van a cortar la financiación a finales de mes.

Judith sintió una genuina punzada de tristeza. Le apretó la mano a la señora Tweedily; con setenta y cinco años se encontraría en el paro.

—¡Todo por ese monstruoso engendro que construyeron en Denzel Green! —gritó Rooney, sacudiendo el puño en el aire. Solo le faltaba una horca de su propia ferretería. —¡Deberíamos quemarlo!

—Mejores instalaciones, más espacio, acceso adecuado para personas con discapacidad —resopló el padre Largy, aparentemente sin ningún sentido de la ironía. —Un derroche. Es una cuestión de principios.

El variopinto comité ya había concluido que no se podía hacer más que enviar una carta contundente al ayuntamiento diciéndoles que se fueran a freír espárragos, pero aun así se volvieron hacia Judith buscando su opinión.

—No estoy segura de que haya nada que podamos hacer —admitió, para la alegría de nadie.

Los debates se fueron apagando cuando el disgusto cedió paso a la necesidad de ganarse la vida, y la gente se fue dispersando. Eso le dio a Maggie la oportunidad de acorralar a Judith lejos de oídos entrometidos.

—Al menos hay buenas noticias hoy. ¡El anuncio de Fabián está previsto para esta noche! ¿No es emocionante?

—Sobre eso–

—A las siete en Derwin Manor. Han invitado a la prensa nacional. ¡Va a estar todo el mundo! Ya he elegido el vestido. Azul marino con los botones de nácar. ¿Te acuerdas de él?

—Maggie, debería hablar contigo sobre Fabián.

Algo en el tono de Judith hizo que la sonrisa de Maggie vacilara. «¿Qué pasa con él?»

Judith eligió las palabras con cuidado. «Creo que le están usando. Sus patrocinadores, Needlemire, Eddie, Umbridge... no creo que les importe su carrera política. Les importa el dinero».

—Eso es absurdo. Están gastando dinero para ayudarle–

—Le están posicionando. Tener un títere local en el parlamento les daría una gran influencia. La influencia significa contratos, dinero–

—¿De verdad no puedes dejarlo estar? —espetó Maggie. —Algo bueno puede surgir de una tragedia, y además algo que podría beneficiar a Fabián y a mí misma, ¡y tú tienes que echarle mal de ojo!

—Intento velar por los dos–

—¿Cómo? ¿Gritando que nos cae el cielo encima? ¿Las buenas noticias tienen que ser malas noticias?

—¡No! Estoy señalando que una mujer fue asesinada por culpables que siguen en libertad. Gente que creo que no dudaría en usar a Fabián como peón inconsciente en algo mucho más grande.

—¿No puedes soportarlo, verdad? —Se levantó Maggie, alzando la voz. —No puedes soportar que él pueda llegar a conseguir algo significativo de verdad. Mientras todo esto se derrumba para ti. —Hizo un gesto a su alrededor hacia la biblioteca.

—Eso no es justo. Anoche casi me matan–

—¡Ninguna sorpresa! Yo misma estoy pensando en hacerlo. Eras una estafadora, Jude. Sabes todo sobre engaños y decepciones. Quizás por eso los ves en todas partes, aunque no existan.

Las palabras golpearon como una bofetada. Judith notó que le ardía la cara. Le había contado a Maggie su pasado en confianza, cuando necesitaba, y sigue necesitando, su ayuda. El hecho de que Maggie se lo echara en cara ahora se sentía como una traición.

—Eso era distinto —dijo Judith en voz baja. —Y tú lo sabes.

—Solo porque tú lo dices. —Maggie agarró su abrigo del perchero junto a la puerta. —Tu problema es que siempre estás buscando problemas donde no los hay.

—¿Ninguno? ¿Estás ciega? ¡Joanne Kemble fue asesinada intentando parar la construcción de la biblioteca! ¡Y ahora la prensa nacional está encima de eso!

Maggie se puso bruscamente el abrigo y, sin encontrar las palabras, le tiró a Judith un ejemplar de Sentido y sensibilidad. «¡Siempre intentas confundir las cosas! Fabián me dijo que Joanne Kemble siempre cambiaba de opinión. Pensaba que tenía sus problemas, pero no hablará mal de los muertos. Ahora él tiene la oportunidad de honrar su legado ante la prensa nacional y construir el suyo propio. ¡No eres tú quien debe impedírselo!»

Maggie frunció el ceño y salió airada de la biblioteca.

La mente de Judith daba vueltas. Karen Kemble había dicho que su madre era bipolar y tenía problemas con el alcohol y había dejado claro que no se llevaban bien. Y Maggie acababa de pintar un retrato similar de las interacciones de Fabián. ¿Eso la hacía vulnerable, o una amenaza? Si Joanne Kemble había cambiado de opinión cuando empezaron las obras, Judith comprendió que la pregunta que debería haberse estado haciendo era: ¿quién estaba en contra de su construcción?

Sus pensamientos se abalanzaron a reordenarse en una imagen completamente diferente de la que creía estar mirando. Le dio uno o dos minutos antes de marcharse, ya que no tenía ningún deseo de toparse con una Maggie furiosa fuera.

El frío le pellizcó las mejillas al salir. Necesitaba llegar a casa, comer y ordenar sus pensamientos. Luego necesitaba una excusa

para colarse en el acto de Fabián esa noche. Una invitación de Maggie quedaba descartada, y Needlemire y Sterling estarían allí, y difícilmente la recibirían con los brazos abiertos.

Mientras rumiaba esos pensamientos caminando a paso rápido hacia casa, un vehículo llamó su atención, aparcado al otro lado de la calle. Estaba tan ostentosamente fuera de lugar que inmediatamente pensó que pertenecía al presentador de televisión local, Terry Hardman.

Pero a una segunda mirada, supo que había visto ese Aston Martin antes.

Y desde luego reconoció al hombre sentado dentro.

27

El cuero crujió de manera alarmante cuando Judith se deslizó en el asiento del Aston Martin y supuso que Derek nunca había permitido que nadie se sentara en su precioso vehículo.

—Me alegra ver que mantienes un perfil bajo y que pasas desapercibido.

—He pensado en hacerte una visita.

—Qué detalle tan encantador, especialmente porque no te dije dónde vivo.

Había un brillo travieso en los ojos de Derek. «Mea culpa. ¿Mal día?» —preguntó Derek, arrancando el motor. Este ronroneó como un tigre satisfecho.

—He tenido mejores. Una amiga no me habla.

—Puede que haya sugerido que toda su vida es una tapadera de una campaña criminal.

—Ah. Tan diplomática como siempre.

—Me tiró un ejemplar de Sentido y sensibilidad.

—¿Tapa dura?

—De bolsillo, menos mal. Pero la intención estaba clara.

Derek se alejó del bordillo con el tipo de aceleración que demostraba que los límites de velocidad son meras sugerencias.

—Supongo que eso significa que has considerado mi mensaje.

—Crees que Hamper intentó ofrecerte el mismo trato que a mí. Tiene sentido. Yo desde luego nunca lo aceptaría.

Judith asintió enfáticamente. «Naturalmente, nunca me echarías a los leones para salvarte el pellejo. Así que, antes de que aceptes–»

—Tienes una opinión muy baja de mí.

—Créeme, esto es lo más alto que llega. Como iba diciendo, antes de delatarme, lo cual claro está te rebotaría de manera terrible en la cara.

—Sin duda. —Judith notó que sonaba demasiado seguro para creerse sus propias palabras. —Realmente somos predecibles, ¿verdad?

—Predeciblemente impredecibles. Hay una diferencia.

Derek navegó por los caminos rurales con una soltura practicada que sugería que los había conducido antes. Tampoco usaba el navegador, lo que hizo preguntarse a Judith si había visitado Little Pickton con anterioridad. ¿La había estado vigilando?

—El caso es —continuó Judith—, que Hamper está desesperado. No se ofrecen inmunidades a los dos sospechosos a menos que te estés quedando sin opciones. Lo que significa que sus pruebas son más débiles de lo que da a entender, o–

—O es algo personal —concluyó Derek con perspicacia. —Hice algunas averiguaciones. Hay cierto historial familiar en el que salió escaldado en un engaño. Quizás piensa que somos nosotros los responsables.

—¿Lo éramos?

Derek se encogió de hombros. «Ni idea, pero le tiene metido entre ceja y ceja. De cualquier manera, caemos. A no ser que encontremos algo que usar en su contra».

Incluso en el oscuro interior, captó el brillo en sus ojos. Derek había conservado su talento para desenterrar trapos sucios.

—¿Qué descubriste?

—Pregunté por ahí y resulta que es un chico muy travieso. Muy mala reputación en la Met.

—¿Qué ha hecho?

Derek vaciló. «Eso no pude averiguarlo. Sé que hay una investigación interna policial sobre él. Pero no hay manera de que yo

acceda a eso». —Se detuvo frente al cottage de Judith.

—De todos los hogares del pueblo, adivinaste correctamente dónde vivo. —Una expresión avergonzada fue la única respuesta que dio. Judith miró pensativa al frente. —Yo quizás pueda acceder a esos archivos.

—¿De verdad?

Asintió lentamente, aunque en realidad no estaba del todo segura de si su plan funcionaría. Sostuvo su mirada. Por un momento, fue como si hubieran retrocedido en el tiempo y una vieja chispa crepitó en el coche.

—Pero necesito algo de ti. —Cortó en seco la sonrisa lobuna de Derek. —Y no eso. Es dinero.

—Puedo prestarte diez euros...

—Mucho dinero. Quiero decir, mucho.

—Has visto mi casa a medio construir. No tengo–

—Levantó la mano para silenciarle. —Sí que la he visto. Y también estoy sentada en tu Aston Martin. Olvidas lo bien que te conozco. No haces tus necesidades sin tener dos o tres planes de reserva. Y además eres lo suficientemente listo como para no poner todo en el escaparate.

Su silencio confirmó que tenía razón.

—No es para mí. Es para una causa muy buena. Y tiene el beneficio de ayudarnos a los dos.

Derek bajó la cabeza. «Déjame pensarlo». De repente se animó. «Te lo podría decir durante el desayuno».

—Estoy a dieta, Derek. Buenas noches.

Judith necesitó dos intentos para salir del deportivo de baja altura. Entró en casa a toda prisa sin mirar atrás.

28

Raimundo Collins estaba despatarrado en su escritorio, mirando el parte del incidente de Construcciones Umbridge sin leerlo realmente. Las palabras se le fundían en un revoltijo sin sentido de lenguaje burocrático que su cerebro se negaba a procesar.

Entrada no autorizada. Vandalismo. Presunta gamberrada. Sin robo denunciado. Sin heridos. Sin sospechosos.

Sin cadáver. Sin asesinato. Sin pruebas de que Judith Spears fuera otra cosa que una mujer sufriendo una especie de elaborada crisis nerviosa.

Salvo que no se lo creía. No del todo.

—Lo estás haciendo otra vez —dijo la inspectora Sara Eastly, desplomándose con cansancio en la silla frente a él con un café de Starbucks que olía mucho mejor que cualquier cosa que pudiera producir la máquina expendedora de la comisaría.

—¿Qué?

—Mirar al frente con cara de héroe melancólico de novela victoriana. Muy Heathcliff en los páramos.

—No sé de qué me estás hablando.

—Es Judith, ¿verdad? —Sara dio un sorbo al café, mirándole por encima del borde.

Raimundo revolvió los papeles del escritorio innecesariamente. «Hay inconsistencias».

—¿Como cuáles?

—La manguera. Hattie Trelawny confirmó que Judith la usó para bajar por la claraboya. ¿Dónde está?

—¿La llevaron los que hicieron la gamberrada?

—¿Quién aspira después de una gamberrada? ¿Y limpia superficies para eliminar huellas? ¿Y con bastante acetona, además? —Golpeó el informe forense. —Que es muy eficaz para borrar huellas. Los chavales habrían usado cualquier cosa que bebieran esa noche. No esto. Umbridge ni siquiera tenía esta marca en stock, así que no estaba al alcance de la mano.

—¿Y unos chavales listos que saben usar Google?

—Sara...

Ella levantó las manos. «Solo hago de abogado del diablo. Mira, sé que Judith tiene un instinto asombroso. Pero ¿esta vez?» Sacudió la cabeza. «No tenemos nada. Ningún cadáver. Ninguna persona desaparecida. Umbridge reservó su día libre hace tres semanas, lo comprobé. Robin Needlemire y Eddie Sterling están preparando una rueda de prensa para esta noche. Y Steve Bamber está muy vivo y arreglando el sótano de la biblioteca como si nada hubiera pasado. Todo lo que tenemos es un allanamiento. Aburrido, lo sé, pero ahí está».

Raimundo se recostó en la silla, que crujió en protesta. La comisaría necesitaba muebles nuevos. Necesitaba muchas cosas, pero principalmente necesitaba pruebas que no existían.

—¿Estás sugiriendo que está perdiendo la cabeza? —preguntó en voz baja. —Me refiero a Judith.

Sara lo consideró con cuidado, sopesando las pruebas con la mente de detective que tenía. «Creo que está bajo mucha presión. Le entraron a robar en casa...» Se encogió de hombros.

Raimundo no pudo reprimir una risa seca.

—¿Qué? —preguntó Sara con media sonrisa.

—Una mujer que se aferró al frontal de un tren antes de saltar sobre tu coche está «estresada» —hizo comillas con los dedos—, por un robo.

—Entonces la pregunta es, ¿qué había en la carpeta que robaron? Nada obvio, o ella ya lo habría visto. ¿Y estamos siendo

culpables de mezclar el asesinato de Joanne Kemble con la corrupción durante la construcción de la biblioteca? Tampoco tenemos pruebas de eso.

—Porque, según Judith, la tiraron a la hormigonera. Pero los hechos sí sugieren que están relacionados.

Sara le estudió un momento, con la expresión cambiando a algo más perspicaz. «¿De verdad la crees, verdad?»

—Creo que algo ocurrió.

—No es lo que te he preguntado.

Raimundo le sostuvo la mirada, luego apartó la vista. «Sí. La creo».

—¿Por qué?

—Porque—— Se detuvo, intentando articular algo que no estaba del todo seguro de comprender él mismo. —¿Cuándo la has conocido equivocarse?

Los labios de Sara se curvaron en una sonrisa. «Le gustas».

—¿Qué? No. No digas tonterías.

—Le gustas. Te gusta Judith Spears.

—Respeto su instinto–

—Le gustas —repitió Sara, con la sonrisa ensanchándose. —Dios mío, Raimundo. De verdad que te gusta.

—Esto es una conversación profesional–

—Se te están poniendo las orejas coloradas.

—Que no—— La mano de Raimundo voló a su oreja, que estaba, traidoramente, caliente. —Esto es completamente inapropiado.

—Lo dice el hombre que se ha pasado veinte minutos contándome su desastrosa cita con una higienista dental.

—Eso era distinto. Era—— Raimundo buscó un cambio de tema como un náufrago alcanzando un trozo de madera a la deriva. —Hablando de eso, nunca llegué a terminar esa anécdota, que es lo que era. Vi a Karen Kemble anoche.

—¿En el dentista?

—Estaba en De Pizza a Pollo al Curry. Con Eddie Sterling y Fabián Heinzel. Estaban teniendo algún tipo de reunión privada. —Agradeció el cambio de conversación, aunque implicara revivir su catastrófica velada. —Y la razón por la que la cita fue un

espectacular desastre es porque ella no paraba de preguntar por ese estúpido pódcast. Intenté escuchar a escondidas su conversación, y Judith no paró de llamarme en los peores momentos posibles.

Sara se había animado al mencionar el restaurante. «¿De Pizza a Pollo al Curry? ¿Qué tal la comida? Kevin y yo estamos pensando en ir».

—El jalfrezi intentó matarme. Estoy bastante seguro de que estaba militarizado.

—¿Pero estaba bueno?

—Sara, intento contarte una reunión sospechosa entre nuestros sospechosos–

—Los sospechosos de Judith. No los nuestros. ¿Pero estaba bueno? Porque Kevin es muy exigente con la comida picante.

Se estaban hablando sin escucharse, cada uno siguiendo su propio hilo conversacional con la determinación de gente que lleva el tiempo suficiente trabajando junta como para sentirse cómoda con el caos.

—Era diferente. Muy auténticamente ítalo-indio, si es que tal cosa existe.

—Kevin y yo estamos pensando en mudarnos juntos.

—...y desde luego estaban hablando de algo serio, muy intenso, muchos gestos airados, espera, ¿qué?

Sara envolvió ambas manos alrededor de la taza de café. «Mudarnos juntos. Llevamos ocho meses. Me lo ha pedido de nuevo. Varias veces».

—Eso es... ¿bien? —aventuró Raimundo con inseguridad.

—¿Lo es?

—¿No lo es?

—No lo sé. Por eso te lo digo, a ti, mi colega emocionalmente inaccesible que está en negación sobre sus propios sentimientos.

—No estoy en negación–

—Que sí, y lo esquivas con relatos de una reunión secreta. Que tuvo lugar en un restaurante público. Con Eddie Sterling, que no tiene ningún concepto de ser discreto.

—Se reunieron al mismo tiempo que Judith estaba en el almacén.

Sara se apiadó de él. «Muy bien. ¿De qué hablaban?»

—No pude oír la mayor parte. Pero había tensión. Karen parecía disgustada–

—A su madre la acaban de encontrar muerta.

—...y Fabián parecía estresado. Luego me sonó el teléfono porque Judith llamaba por enésima vez y Sterling me vio. Entré en pánico y me escondí en los servicios.

Sara resopló de risa sobre el café. «Eres un honor para el cuerpo».

—Gracias por tu apoyo en estos momentos difíciles. —Su ceño se profundizó. —Vi a Eddie Sterling darle un fajo de billetes a Steve Bamber. Luego Judith olfatea a Bamber en el almacén con Adrián Umbridge y Robin Needlemire. —Golpeó los dos dedos índice uno contra el otro. —Hay una conexión.

—Una tenue. —Ahora le tocó a Sara poner cara pensativa. —¿Karen estaba con Fabián? Sabes que le tiene manía a Fabián, ¿verdad?

Raimundo levantó la vista. «¿De verdad? ¿Por qué?»

—Cuando estuve con ella identificando el cadáver, dijo que no le gustaba nada Fabián. Le echaba la culpa del proyecto de la biblioteca, que según ella llevó a la muerte de su madre. —Sara frunció el ceño, conectando ideas sueltas mientras hablaba. —Llamó a Eddie, Robin, a todos ellos, buitres. Dijo que se habían abalanzado sobre su madre de la misma manera que ahora se están abalanzando sobre Fabián.

—Y sin embargo anoche cenaba con ellos.

—¿Quizás se han reconciliado? —ofreció Sara sin convicción.

—O quizás se está acercando a ellos por alguna razón.

—¿Como cuál?

Cayeron de nuevo en silencio.

—Huele a chamusquina, ¿verdad? El caso, me refiero. —Sara asintió. La incómoda verdad era que los dos creían ahora que Judith estaba siguiendo una pista. Raimundo miró su reloj. —¿Sabes quién es el pez raro en todo esto?

—¿Por qué usas metáforas de peces ahora?

—Karen Kemble. Aparece trabajando para Robin Needlemire. Asiste a una reunión con Eddie Sterling y el posible sustituto de su

madre. Y admite que nunca se llevó bien con su madre...

Sara se quedó boquiabierta. «No pensarás que...

—No pienso nada. Ese es el problema. Solo es prudente descartar su implicación en la investigación, ¿no crees?

Sara lo consideró mientras sujetaba el café con las dos manos para calentarse. «Y quizás deberíamos mirar con un poco más de profundidad las actividades de su madre ahora que los medios están encima del caso. Yo procuro mantenerme al margen de la política cuando puedo. Sé que tú combatiste en una guerra por el derecho al voto y todo eso...»

—¡Cómo crees que tengo yo! —exclamó Raimundo a la defensiva.

Sara le ignoró. «Puedo pedirle a Kevin que lo investigue. Se estaba quejando de que estaba aburrido».

Raimundo asintió pensativo. «Buena idea. El pobre chico necesita algo que le distraiga de los problemas de la vida real». —Captó la mirada de Sara y sonrió con malicia en venganza.

29

Judith estaba sentada en el coche frente a Derwin Manor, haciendo labores de reconocimiento como un extra de desecho de película de espías de bajo presupuesto. El lugar estaba plagado de furgonetas de medios de comunicación y ceñudos guardias de seguridad privados que comprobaban el nombre de todo el mundo en una lista. Superar ese circo requeriría unas credenciales que no tenía o un nivel de descaro que la haría detener delante de la prensa nacional.

Una alerta de noticias había llegado a su teléfono en el momento en que abandonó la biblioteca de Little Pickton: Fabián Heinzel anunciará esta noche su candidatura al Parlamento — Derwin Manor, 21:00.

Y se había dado el pistoletazo de salida al circo mediático.

Había esperado llegar directamente mucho antes del evento y convencer a Fabián de que estaba siendo manipulado por gente sin escrúpulos, y de que ese anuncio cementeraría para siempre su relación con potenciales delincuentes. Pero estaba claro por la seguridad que nunca iba a poder acercarse.

Conocía a Maggie lo suficientemente bien como para no llamarla ni escribirle. Esa disputa necesitaba tiempo para asentarse. Por muy doloroso que hubiera sido el intercambio, le escocía menos que su aparente falta de credibilidad ante la policía. No era propensa a los

vuelos de fantasía, sin embargo ni Raimundo ni Sara la tomaban en serio. ¿Se habían vuelto demasiado dependientes de ella, y ahora mantenían las distancias porque los dos estaban decepcionados por sus posibles ascensos?

¿O era ella quien se estaba volviendo demasiado dependiente de otras personas?

Derek Sheppey había demostrado que depender de cualquiera era un cáliz envenenado. Y después de verle fuera de la biblioteca de Little Pickton... no, sacudió ese pensamiento de la cabeza. Podía esperar. Mientras que solo tenía tres horas para impedir que Fabián destruyera su vida, y la de Maggie.

Su vida anterior como motivadora de activos personales, o como el inspector Hamper lo había expresado tan groseramente, estafadora, le había infundido un conjunto particular de habilidades. Una de las cuales le advertía que Karen Kemble estaba en el centro de todo esto. La muerte de su madre, los contratos de construcción corruptos y esta jugada política por el poder de un grupo selecto de adinerados hombres de negocios. El papel que desempeñaba seguía escapándosele a Judith, pero estaba confabulada con Robin Needlemire, atrincherada en su fortaleza mientras jugaban sus mortales juegos.

Necesitaba ayuda.

La comprensión la invadió como agua fría: la única persona con la que podía contar en ese momento era Hattie Trelawny, podcastera aficionada y mayor fan.

Con un resignado suspiro, Judith dio la vuelta en U y se dirigió a Denzel Green.

Hattie estaba en el mostrador principal editando su pódcast en un portátil. Levantó la vista cuando Judith se acercó, con la expresión iluminándose de inmediato.

—¡Judith! Estaba ocupada.

—Ya lo veo —dijo Judith con alegría forzada.

—Estaba editando el próximo episodio. Tengo unas imágenes estupendas de–

Judith había notado que el recorte de cartón había sido movido y supo que la nueva estrella del pódcast iba a ser el objeto del

entusiasmo de Hattie. La cortó. «Necesito tu ayuda».

El entusiasmo de Hattie se intensificó ante el tono de Judith. «¡Por supuesto! ¿Con qué?»

—Otra aventura de allanamiento. Pero sin tejados esta vez. Al menos eso espero. —Notó la incertidumbre de Hattie. —Piénsalo como periodismo de investigación. —Judith se giró. —¿Dónde está todo el mundo?

—Hemos tenido un momento de afluencia a la hora de comer —dijo Hattie a la defensiva. —Tres en la mesa de ahí. —Señaló el rincón. —Creo que las obras están ahuyentando a la gente. —Sus ojos se desviaron hacia la puerta del sótano.

—¿Sigue Steve Bamber trabajando en tapar el agujero?

—Es bastante trabajo para un solo hombre, pero supongo que se va apañando. No es muy sociable. —Su voz bajó a un susurro de desaprobación. —No creo que le guste mi café.

Ninguna sorpresa, pensó Judith. Bajó la voz para igualar la de Hattie. «Necesitamos entrar a Derwin Manor para convencer a Fabián de que detenga la rueda de prensa. Pero hay seguridad por todas partes. Tienen el lugar cerrado a cal y canto, así que necesitamos una manera sigilosa de entrar».

—¿No puedes decirle al detective ese que está tan bien que haga algo? —Captó la mirada de Judith. —Bueno, es que lo está. Nunca le digas a una divorciada qué hay bueno en el menú —guiñó el ojo con lascivia. Luego su voz se elevó de repente, resonando por todo el edificio. —¡Una redada policial! ¡Podríamos filmarlo para el pódcast!

—¡Chisss! —siseó Judith.

—¿Por qué? Si somos las únicas que estamos aquí.

Judith aclaró la garganta y asintió hacia el sótano. «¿Se ha ido?»

—Eso creo... —Hattie sonó insegura.

—Mejor comprueba si cerramos pronto.

—¿Cerrar? Es nuestra hora punta... —Hattie miró a su alrededor y resopló. —Será mejor que compruebe entonces.

Bajaron al sótano para descubrir que el agujero solo estaba parcialmente reparado, con nuevos bordes atornillados en su lugar, listos para ser cubiertos con tablones. Al parecer, había sido

progreso suficiente para que Steve Bamber terminara pronto por ese día.

Mientras Hattie se ponía a comprobar el sistema de alarma y las luces, Judith sintió que tenía que preguntar lo que le había estado rondando. Le costaba encontrar las palabras. Se paseó, notando que habían empujado cajas al lado opuesto de la sala para proporcionar más espacio de trabajo para la reparación. El escritorio de Hattie había sido desplazado al rincón con cajas de líquido limpiador Jizer apiladas encima, y la caja de herramientas de Bamber. No pudo evitar notar que varias de las cajas de suministros llevaban el logo de Umbridge.

—Me llevé una gran decepción porque no grabaras nada en el almacén. Ya podríamos haber cerrado este asunto con una jugosa pieza de evidencia incriminatoria.

—Estaba atascada fuera. No oí nada —dijo Hattie a la defensiva. Se puso de pie, con las manos en las caderas en lo que claramente pretendía ser una pose severa pero parecía más bien la de una maestra de primaria decepcionada. —Además, no paras de decirme que no grabe cosas, ¿y ahora te pones así cuando no lo hago? Deberías decidirte, Judith. ¿Soy tu compañera del pódcast, o no?

—Nunca dije que fueras mi compañera del pódcast–

—¡Entonces compañera inseparable, lo que sea!

—No necesito una compañera inseparable–

—¡Todo detective necesita una compañera inseparable! Watson, Robin, Hastings–

—¿Robin?

—Como en Batman.

Judith se quedó mirando a la molesta mujer que se estaba volviendo cada vez más indispensable. Al menos la escuchaba, y Judith se sentía cada vez más miserable por mantenerla a distancia.

—Tienes razón —dijo en voz baja.

Hattie parpadeó. «¿Perdona?»

—Que tienes razón. He sido contradictoria e injusta. Si vamos a hacer esto, que al parecer es lo que vamos a hacer, entonces tienes que documentarlo como es debido.

Las cejas de Hattie se alzaron victoriosas. «Y ahí lo tienes. Y da la casualidad de que quizás tengo algo que nos ayudará en nuestra próxima misión». Se apoyó en el escritorio, con el trasero moviéndose al hacerlo y tirando un bote de bolígrafos. Rodaron por el suelo, pero los ignoró mientras levantaba el teléfono con una mano y daba palmaditas en el destartalado escritorio de madera que tenía al lado. Judith se unió a ella.

—Cuando hablaste con Karen en el spa, grabé algo de plano de apoyo. —Miró a Judith de reojo. —Así es como los videógrafos profesionales llaman a los planos que establecen el ambiente. —Reprodujo unas imágenes temblorosas caminando por el solar. Serpenteando por un lateral de la casa solariega, hasta la zona trasera que Judith había visto.

—La piscina —dijo Hattie. Judith sacudió la cabeza sin comprender. Eso sirvió solo para emocionar más a Hattie. Rebobinó las imágenes y las pausó. —Todo este espacio es un completo desastre. No es la imagen que Robin Needlemire querría proyectar de su lujoso club privado en la televisión nacional, ¿verdad?

—Concedido. —Judith seguía sin ver adónde quería llegar Hattie.

Hattie movió los dedos por la pantalla para hacer zoom en una parte de la imagen. Era una puerta.

—Hay una entrada trasera por la que pasan toda esa maquinaria, de lo contrario no habría manera de llevarla alrededor de la casa. —Sus ojos brillaron con intriga. Dio al play y las imágenes temblorosas continuaron mientras giraba alrededor de la extensión de la piscina y volvía para reunirse con Judith y Karen Kemble. —¡Una entrada secreta! ¡Esa es nuestra manera de entrar!

—Bueno, Watson, tu cámara hará temblar a Scorsese en sus botas. Te has superado a ti misma —admitió Judith.

Hattie irradió orgullo. Estaba a punto de detener el vídeo cuando algo llamó la atención de Judith.

—¿Qué fue eso? Rebobina el vídeo unos segundos.

Hattie obedeció y lo reanudó con ella caminando hacia Judith y Karen, con la parte de atrás de sus cabezas a la vista mientras pasaba junto a una caseta portátil con la ventana abierta, y la voz de Robin Needlemire apenas audible dentro.

—¡Sube el volumen! —ordenó Judith con esperanza. El teléfono no respondió. Hattie obedeció pulsando el altavoz y rebobinando de nuevo el vídeo. La voz de Robin resonó desde la caseta portátil, dándole un impulso de volumen. Su voz era aguda y autoritaria:

—...me da igual lo que él piense. Haces lo que yo te diga...

La otra voz, más grave, indistinta: —...se está complicando... me están entrando los pies fríos...

—Entonces es un problema que hay que solucionar. Que tú debes solucionar. De forma permanente. Esta noche.

Judith frunció el ceño. «¿Con quién habla?»

—Es un hombre... —ofreció Hattie.

—Esto no es lo que quería hacer–

La voz de Robin descendió a algo seductor: «Cariño, me querías. Querías este estilo de vida. Hemos llegado demasiado lejos juntos. Haz esto por mí, y haré que valga la pena. Siempre lo hago, ¿verdad?»

Fuera cual fuera la respuesta, se perdió cuando Hattie cerró la distancia hasta Judith y dejó de grabar.

Judith se levantó, con la mente dando vueltas. «Eso me ha sonado a una amenaza».

—¡Una confesión!

Judith asintió con la cabeza, no del todo, pero no quería apagar el entusiasmo de su compañera inseparable. Robin Needlemire había estado con Bamber y Umbridge en el almacén, pero solo uno de ellos había desaparecido. ¿Acababa de oír a Robin ordenar el asesinato de Adrián Umbridge? Lo cual significaría que su cómplice al otro lado del teléfono era Steve Bamber.

Estaba a punto de expresar su idea en voz alta cuando notó que los bolígrafos caídos en el suelo rodaban lentamente hacia el agujero, por una pendiente imperceptible. Un par cayeron por el borde con un suave plop en el agua de abajo.

—Tu albañil ha hecho un churro de trabajo —comentó Judith, acercándose al borde. Se asomó y frunció el ceño. Luego sacó el nuevo teléfono del bolsillo y activó la linterna. Lo inclinó para iluminar la cavidad de abajo...

...Y lanzó un jadeo de sorpresa.

—Un churro de trabajo muy grande...

30

Derwin Manor había sido construida originalmente por alguien con un exceso de dinero, una deficiencia de gusto y un apasionado compromiso con el principio de que si algo merecía hacerse, merecía hacerse de la manera más extravagante posible.

El gran salón por sí solo podría haberse tragado tres casas normales. El diseñador de Robin Needlemire lo había decorado para el evento de esa noche, creando tal derroche de glamour de alta sociedad que incluso el extravagante Eddie Sterling, espléndido en un traje rosa champán, era una figura apagada en la sala.

Pancartas colgaban del techo abovedado: ¡FABIÁN HEINZEL — VOZ INDEPENDIENTE PARA LA COMUNIDAD! La combinación de azul y dorado cubría cada superficie disponible, creando la sensación de un concesionario de coches algo desesperado. Un podio con el mismo logo se alzaba al fondo del salón, flanqueado por grandes fotografías de un Fabián sonriente saludando a una multitud como un dictador sudamericano.

—Buen sitio —dijo la inspectora Sara Eastly, aceptando una copa de champán de un camarero que pasaba y examinando la sala con el distanciamiento profesional de alguien catalogando una futura escena del crimen. —Si te van ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —Raimundo aceptó su propia copa, aunque no tenía intención de beberla. Sus ojos recorrían la sala.

—Intentar impresionar a gente que en realidad solo mira por sí misma.

La concurrencia era formidable. Empresarios regionales, concejales, algunas celebridades locales, entre ellas el ruidosamente risueño Terry Hardman, que posiblemente estaba borracho y vociferaba sobre el nuevo Lamborghini que acababa de probar en Alemania. Un grupo de periodistas nacionales estaba instalando cámaras junto al podio. Collins reconoció algunas caras de programas políticos serios de televisión que había visto por casualidad.

El asesinato de Joanne Kemble había elevado las elecciones parciales de curiosidad local a historia nacional, y Fabián Heinzel dando un paso adelante como candidato independiente era un alimento irresistible para llenar un hambriento ciclo de noticias continuas. Sus patrocinadores tenían bastante capital en las redes sociales, y Robin Needlemire había estado exprimiendo al máximo su tenue conexión con El Hormiguero.

Maggie Tawia merodeaba cerca del podio, con un vestido azul marino con botones de nácar, irradiando la luminosidad de alguien que cree haber provocado personalmente que algo maravilloso ocurra. Lo cual, reflexionó Raimundo, probablemente era lo que ella creía.

El propio Fabián recorría la sala con la facilidad fluida de alguien que es el protagonista de un documental de historia natural de David Attenborough. Collins incluso podía escuchar la voz del gran narrador en su cabeza: «Su mano permanentemente extendida antes de atrapar a su víctima en un apretón de hierro, el primitivo saludo dominante mientras el macho alfa lanzaba su devastadora ofensiva de encanto...»

—Va hacia aquí —murmuró Eastly, interrumpiendo su narración interna.

Fabián le aplastó la mano a Collins en un saludo, mientras la otra mano continuaba el movimiento, sujetándole el hombro y bloqueándole efectivamente en su lugar mientras las cámaras destellaban, capturando el cálido vínculo entre político y agente del orden.

—¡Subinspector Collins! Y la inspectora Eastly. —Le infligió su apretón mortal a Sara, quien instintivamente angló la mano y apretó fuerte con un viejo truco del patio del colegio para evitar el dolor. Un estremecimiento recorrió la cara de Fabián al sentir la presión revertida. —¡Qué agradable sorpresa! —Su sonrisa no vaciló, pero sus ojos formulaban una pregunta que su boca era demasiado pulida para hacer directamente. No esperaba verles esa noche.

—Seguimos investigando el asesinato de Joanne Kemble —dijo Sara amablemente. —Trabajo de fondo, en realidad. Entender la comunidad, la gente que la conocía.

—Claro, claro. —Su sonrisa se mantuvo. —Me alegra que el foco siga puesto en la justicia para Joanne, más que en proyectar una sombra sobre lo que también será una velada de celebración.

—Naturalmente —dijo Raimundo. —Enhorabuena por la candidatura.

—Gracias. Joanne y yo éramos amigos. Ella habría querido que la circunscripción estuviera representada por alguien que compartiera sus valores. —Soltó la frase con practicada humildad, como si presentarse al Parlamento fuera una carga altruista que estuviera asumiendo noblemente. Aunque estaba claramente dirigida al periodista que escuchaba a un metro de distancia.

—Disfruten de la velada. Hay unos canapés excelentes: los de champiñón son especialmente buenos.

Se alejó suavemente, absorbido por el siguiente grupo de personas importantes que requerían su atención.

Eastly se metió varios volovanes en la boca a medida que pasaban. «Creo que saldrá elegido. Tiene ese... ¿cómo se dice en francés?»

—¿Eau de toilette? —dijo Collins distraídamente. Su atención se había enganchado en Karen Kemble, de pie junto a los altos ventanales al fondo del salón. Sostenía una copa de agua con gas y llevaba una expresión que sugería que preferiría estar en cualquier otro lugar del mundo. Cuando sus ojos encontraron los de Raimundo, algo parpadeó en su cara y apartó la mirada rápidamente.

Antes de que el subinspector Collins pudiera reflexionar sobre esto, una presencia se materializó a su lado con la irresistible inevitabilidad de una fuerza de la naturaleza. Eddie Sterling, armado con una copa de champán y llevando la expresión de un hombre que había decidido la jovialidad como su postura estratégica.

—¡Detective Collins! Es una velada maravillosa, ¿verdad? ¿No cree que Fabián será un diputado formidable? ¡Formidable! El corazón en el lugar correcto, entiende los negocios, sabe cómo funcionan las cosas de verdad. —Le dio un palmazo en el hombro a Raimundo con bastante más fuerza de la estrictamente convivial. —Por cierto, espléndido restaurante el otro día, el De Pizza a Pollo al Curry. ¿Probó el pollo jal-pizza? El maldito casi me deja sin vida.

—¿El pollo con gas lacrimógeno? Ya sé lo que quiere decir —dijo Collins tranquilamente. —¡Por supuesto! Le vi con Karen y Fabián. —Hizo una pausa. —Parecía una conversación seria. Me sorprendió ver a Karen con usted. Supuse que evitaría la política.

La copa de champán de Sterling se detuvo a mitad de camino hacia sus labios. «Solo una cena informal. Viejos amigos al día y planeando el futuro, ya sabe. Y Karen representaba a Robin, que estaba ocupándose de un problema». Miraba a su alrededor mientras hablaba, así que no captó la mirada que Sara le lanzó a Collins. Era a la misma hora en que Judith estaba en el almacén. ¿Era ella, o Umbridge, el problema?

Sterling por fin dio un sorbo al champán. «¡Un champaña excelente! Debo decir que me sorprende verles a los dos aquí. Con toda esta atención mediática... y un caso sin resolver...» Hizo un gesto con la copa, derramando el líquido por el borde. «Al fin y al cabo, intentamos que este sea un evento positivo. Ante la tragedia, claro está».

—Ah, ¿quiere decir mantener un perfil bajo?

—Exactamente.

Collins frunció el ceño pensativo. «Claro. Un pilar de la comunidad como usted es difícil de no ver». Sterling agitó una mano en un gesto de falsa modestia. «Hablando de lo cual, creo que le vi en el aparcamiento con Steve Bamber...»

Entonces llegó una pausa épica para un hombre de la velocidad social de Eddie Sterling.

—¿El aparcamiento?

—Usted y Steve Bamber. ¿Le estaba dando algo? Un sobre —añadió rápidamente, esquivando el terreno del doble sentido.

Las cejas de Sterling se movieron. «Steve es un hombre muy manitas», dijo lascivamente intentando volver a orientarse hacia el campo minado del doble sentido. «Hace mucho trabajo en mis peluquerías. Hay que mantenerlos bien».

—Teniéndolos en perfectas condiciones —intervino Eastly.

La sonrisa de Sterling se volvió glacial. «¡Bueno! No debo monopolizar a los detectives toda la noche. El deber llama». Golpeó su reloj innecesariamente. «¡Disfruten!»

Desapareció antes de que Collins o Eastly pudieran responder, abriéndose paso entre la multitud con algo más de urgencia de la que requería una despedida social casual.

Raimundo intentó encontrar a Karen en la multitud, pero había desaparecido. Miró a Eastly de reojo.

—Casi intentaba dar a entender que él y Bamber tenían algo —dijo ella.

Raimundo sacudió la cabeza. «Así es. Sterling es un mujeriego notorio, aunque no lo parezca. Sin embargo, intentaba jugar esa carta». Sin pensarlo, dio un sorbo al champán. Sabía horrible. Dejó la copa en una mesa auxiliar. «Deberías ver más El show de Benny Hill».

—No tengo ni idea de quién es ese. ¿Es un influencer de TikTok?

Collins suspiró y dio un sorbo a la bebida, sintiéndose más mayor de lo que debería.

Eastly continuó. «Son todos un grupo muy raro. Sin nada en común».

—Salvo el deseo de dinero y poder. No le gustó que me quedara mirando a Karen Kemble.

Eastly le dio un codazo en el brazo y señaló con la cabeza al rincón más alejado, más allá del banco de periodistas. Eddie Sterling y Robin Needlemire estaban en una acalorada conversación con muchos aspavientos y morros.

—No les hace mucha gracia vernos.

—Como dijo Eddie, que les recuerden el asesinato no es exactamente el ambiente que quieren esta noche.

—Entonces deben de estar aliviados de que Judith no haya irrumpido en la fiesta.

Collins miró a su alrededor y echó un vistazo al teléfono por si se había perdido alguna llamada de ella.

—Sí. Eso es raro, ¿verdad?

Estaban acostumbrados a que apareciera sin invitación y causara el caos, como un fantasma de misterio rural. Collins se preguntó si había sido un poco duro con ella, pero era demasiado orgulloso para hacer nada que le permitiera enmendar la situación.

Su hilo de pensamiento fue interrumpido por el teléfono de Sara vibrando. Lo comprobó y su expresión se transformó en algo más alerta.

—Kev... digo, el agente Fenton —dijo bajando la voz. —Le pedí que echara un nuevo vistazo a los datos de Joanne Kemble. Saltó a por ello.

Raimundo asintió. «Con lo de quedarse sin casa, no me extraña...»

Sara le lanzó una mirada fulminante y continuó. «Al parecer hubo un robo en su oficina privada hace tres semanas. Estaba cerrada por si volvía».

—¿Qué se llevaron?

—Al principio pensaron que nada. Luego su antigua asistente sugirió que quizás un par de carpetas, pero no podía estar segura. Uniformada echó un vistazo, pero no había nada que denunciar. Pero por intuición, Fenton encontró imágenes de una cámara de un edificio vecino en la esquina. No cubre la puerta, pero hay una persona dirigiéndose hacia la oficina, y alejándose de ella, a la misma hora.

Levantó el teléfono para mostrarle los dos breves vídeos. No era la mejor calidad, pero el parecido era muy grande con Karen Kemble.

—¿Por qué iba Karen Kemble a entrar ilegalmente en la oficina de su propia madre?

Los dos se quedaron mirando la imagen, intentando encajar las piezas fracturadas que Judith les había lanzado. Los dedos de Sara bailaron por la pantalla mientras empezaba a reenviar el vídeo.

Raimundo frunció el ceño. «¿Qué estás haciendo?»

—Enviárselo a Judith. A ver qué le parece.

Antes de que Raimundo pudiera oponerse, al otro lado de la sala, Robin Needlemire había abandonado su discusión con Sterling y se movía entre la multitud con elegante propósito, tocando codos, intercambiando palabras, guiando sutilmente al grupo hacia el podio, como un perro pastor trabajando el rebaño.

Con ello, las cámaras de la nación se encendieron para grabarlo todo.

31

La entrada trasera de Derwin Manor era menos una carretera y más un concepto que se había convertido en un camino de barro a causa de la lluvia y el constante movimiento de los neumáticos de los vehículos de maquinaria pesada que atravesaban el campo del granjero para acceder a la parte trasera de la propiedad.

Los cómodos Sketchers de Judith estaban cubiertos de lo que desesperadamente esperaba que fuera barro pero que, tras un rápido olfateo del aire, sospechaba que podría ser algo bastante menos agradable.

—¡Esto va a hacer un pódcast excelente! —susurró Hattie, sujetando el teléfono a distancia para capturarse en un selfie durante su avance en la oscuridad. La luz de la cámara iluminó un metro de tierra removida delante de ellas. —Muy Blair Witch Project.

—¿Sabes cómo termina esa película, verdad?

En una bofetada al sigilo, tuvieron que levantar la voz para oírse por encima del repiqueteo de la lluvia sobre las capuchas. Unido al frío, era una noche miserable para enfrentarse a una obra, sin embargo el ánimo de Hattie estaba más alto que nunca.

—Esto es oro puro. Dos intrépidas investigadoras, atravesando la oscuridad para prevenir una catástrofe política y atrapar a un asesino–

Su monólogo fue cortado en seco cuando metió el pie directamente en un charco que le llegó hasta las rodillas. Casi tiró la cámara al chillar. Judith se movió como un rayo y le tapó la boca con la mano para silenciarla.

—¡Chisss! —Judith asintió con la cabeza hacia adelante. Ya podían ver las luces de la casa solariega. —Estamos en territorio enemigo.

Hattie le apartó la mano. «Permítame mientras me ataca la geografía». Trepó fuera del charco. «Y no creo que puedan oírnos desde aquí».

Siguieron avanzando hasta una amplia puerta de granja que solo estaba asegurada con un simple pestillo. Se abrió sin chirriar y se colaron.

Los terrenos traseros de la finca estaban llenos de materiales de construcción apilados en palés y custodiados por una excavadora, con la pala hincada en el barro. En el aire flotaba el olor a gasoil.

Más atrás, un camión volquete estaba en un ángulo que sugería que había sido abandonado a mitad de tarea en el momento exacto en que terminó el turno del trabajador. Dos grandes excavadoras se alzaban como centinelas al borde de la profunda piscina. Hattie había visto los diseños en internet y dijo que mostraría que estaría alojada en un gran salón aireado, completo con una cascada decorativa. Ahora mismo era un feo foso con paredes de barro verticales y lleno de agua de lluvia turbia y negra. Entre ella y la casa estaba la bola de demolición suspendida de una grúa; los restos del granero que había demolido ya habían sido retirados desde la última visita de Judith, y se había erigido una pantalla de privacidad de lona húmeda sobre postes metálicos, bloqueando la vista entre la casa y la construcción. Como Hattie había señalado, Robin Needlemire era muy dada a la imagen y la apariencia.

A través de los huecos de la lona, que se había soltado con la brisa, podía ver que las altas ventanas inferiores de la casa solariega estaban inundadas de luz. El sonido de la voz de Robin Needlemire, con la cadencia inconfundible de alguien pronunciando un discurso importante, llegaba flotando. Judith solo captó unas pocas palabras:

—...es un honor presentar a un hombre que no necesita presentación... integridad... liderazgo... futuro de nuestra circunscripción...

—A ver si nos han dejado las puertas traseras abiertas —dijo Judith con esperanza.

El estómago de Hattie gruñó en señal de acuerdo. «Espero que tengan algo de picar».

Al acercarse, Judith notó una puerta abierta. Dos figuras estaban justo fuera: personal de catering con uniformes en blanco y negro, dando una fumada a escondidas, pero en lugar de hablar, los dos miraban sus teléfonos ensimismados.

—Bingo —susurró Judith. —Esperamos a que vuelvan dentro y nos colamos.

—¿Y si nos ven?

—Somos invitados perdidos buscando el baño.

—Cubiertos de barro.

—Invitados excéntricos perdidos.

Hattie ajustó el ángulo de la cámara para capturar al personal fumando, luego se quedó paralizada. «Judith. Mira».

Una tercera figura había emergido de la puerta, pero esta vez no era personal de catering. Karen Kemble estaba en el umbral, con el interior iluminado a su espalda, mirando el teléfono con estudiada intensidad. Salió al exterior y se alejó del personal en la puerta. Sacó un cigarrillo electrónico del bolsillo del traje con los movimientos bruscos de alguien bajo una tensión considerable.

La mente de Judith se aceleró. Karen. Aquí. Sola. Era la oportunidad que necesitaba.

—Vamos —murmuró, tirando de Hattie hacia adelante. —Y esta vez, asegúrate de grabarlo todo, ¡pase lo que pase!

—¡Entendido!

Los dos camareros tiraron las colillas a la piscina y volvieron dentro. Judith y Hattie emergieron de detrás de la grúa y cubrieron la distancia restante rápidamente. Karen estaba tan concentrada en el teléfono que no notó la aproximación hasta que estaban casi encima de ella.

—Karen Kemble —anunció Judith, con una voz que transmitía más autoridad de la que sentía estando cubierta de barro y posiblemente estiércol. —Justo la persona con quien quería hablar.

Karen se giró asustada. «¿Judith? ¿Qué hace usted aquí?»

—¡Resolviendo asesinatos! —Judith se acercó, su autoridad momentáneamente distraída por la repentina llegada de un mensaje de Sara Eastly. Judith hizo una pausa para reproducir los breves vídeos. Hattie rodeó para obtener un mejor ángulo de cámara. Karen se movía incómoda de un pie a otro mientras esperaba a Judith.

—¿Está bien? ¿Acaba de descubrir que ha dejado el gas encendido?

Judith dejó el teléfono mientras procesaba a toda velocidad las imágenes de la cámara que había encontrado el agente Fenton. Una parte de ella sabía que requería reflexión cuidadosa; otra parte improvisaba como una posesa.

—Sabemos lo que hizo, Karen. Sabemos que mató a su madre.

El color desapareció del rostro de Karen. «¿Qué? ¿Está loca?»

—Joanne Kemble apoyó el proyecto de la biblioteca, ¿verdad? Lo impulsó. Hasta que descubrió la corrupción, la fijación de precios, el dinero que estaban desviando. Iba a destapar todo. ¡Por eso cambió de opinión e intentó parar el proyecto! —Judith estaba cogiendo impulso, las piezas encajando mientras hablaba en voz alta. —¡Y usted, la hija celosa, la mató! La enterró bajo la misma biblioteca por la que su madre había luchado. Poético, en cierto modo grotesco.

—Tenían razón sobre usted...

Judith le apuntó con un dedo acusador, más por el bien de la cámara.

—¡Una confesión!

—Dijeron que era una vieja chiflada.

—¿Quién me llama vieja?

—Pero yo estaba convencida de que no lo era. Quería a mi madre–

Judith se sintió de repente en falso ante su negación. Aun así, siguió adelante. «Atrapada en un complot con los demás, se acercó a Adrián Umbridge porque sabía que su madre estaba al tanto de

sus prácticas empresariales corruptas. ¡Posicionando su maltrecha empresa constructora para acaparar todos los contratos que iban a llegar!»

Judith sacó el nuevo teléfono, trasteando ligeramente mientras encontraba la foto que había hecho en el sótano de la biblioteca antes de que huyeran. Se la puso delante a Karen, mostrándole el rostro sin vida de Adrián Umbridge, envuelto en una lona azul y medio enterrado en el barro del agujero del sótano de la biblioteca.

—¡Enterrado por su cómplice, Steve Bamber! Le hizo matar a Adrián, ¿verdad? ¡Él ató otro cabo suelto mientras usted tenía la coartada perfecta al estar en el restaurante con Fabián Heinzel!

Karen se quedó mirando la foto, con la mano subiéndosele a la boca. «Dios mío. Dios mío, Adrián–» Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Las pruebas hablan por sí solas —declaró Judith, aunque la reacción de Karen la hacía estar cada vez menos segura de lo que sonaba. Con la fotografía delante, se dio cuenta de que en las prisas por llegar allí, ni siquiera había notificado a Eastly ni a Collins del macabro descubrimiento. Rápidamente le mandó la foto a Eastly por WhatsApp mientras hablaba. —Entró ilegalmente en la oficina de su madre hace tres semanas–

—¿Qué?

—¡Tenemos las imágenes!

—¡Fui a buscar evidencias! —La voz de Karen se quebró. —¡Para encontrar pruebas de lo que estaba pasando!

Fuera lo que fuera lo que Karen estaba a punto de decir, quedó obliterado por el sonido de movimiento a sus espaldas: chapoteos rápidos en el barro. Karen estaba a punto de llamar, pero Judith levantó la mano para silenciarla.

—¡Chisss!

El personal de catering había desaparecido de vuelta adentro. Estaban solas. Judith fue presa de la sensación de que las observaban. Hattie retrocedió hacia las sombras y, armada con la cámara, se acercó sigilosamente al ruido. Judith quería llamarla para que se detuviera pero eso solo serviría para llamar la atención. Instintivamente supo que algo no iba bien. Por la expresión

aterrorizada en la cara de Karen, empezaba a preguntarse si había juzgado mal a la mujer.

Hattie se perdió en la oscuridad alrededor de la grúa. Judith dio un paso, pero se quedó helada cuando oyó un golpe hueco, escuchó el chillido de Hattie, seguido del sonido de un cuerpo cayendo.

Se le revolvió el estómago.

Vaciló: dividida entre correr hacia el peligro para ayudar o lanzarse adentro para dar la alarma. El pensamiento de enfrentarse al subinspector Collins sin un ápice de evidencia la hizo demorarse demasiado...

Una figura con pasamontañas emergió de las sombras junto a la excavadora, una barra de metal en una mano y una pistola de clavos en la otra, apuntada directamente hacia ellas.

Judith y Karen se quedaron paralizadas cuando un estruendoso aplauso estalló desde el interior. Judith cometió el error de mirar hacia la casa. Fue oportunidad suficiente para que la figura acortara la distancia y le golpeara el lateral de la cabeza con la barra...

32

La consciencia regresó a Judith por etapas, cada una más desagradable que la anterior. Primero llegó el dolor de cabeza: un sordo latido en la base del cráneo donde había recibido el golpe. Luego el frío punzante que se filtraba por la ropa. Por último, la comprensión de que tenía las manos atadas bruscamente a la espalda con una cuerda de nailon que le cortaba las muñecas.

Abrió los ojos a la oscuridad, que fue desvaneciéndose poco a poco en la suave luz que se derramaba desde la casa solariega. La voz sonora de Fabián podía oírse apenas, puntuada por las risas del público cautivo. Era una hilaridad que ella no compartía.

Estaba de pie, sujeta por la cintura a un poste de madera en el perímetro de la piscina, colocado para evitar que los trabajadores cayeran en el hoyo.

Un gemido por encima del hombro le hizo ser consciente de que estaba apoyada espalda contra espalda con Karen Kemble. Los entumecidos dedos de Judith podían notar apenas que ella estaba atada de manera similar.

—¿Estás bien? —murmuró Judith, esforzándose por encontrar las palabras.

—No.

Judith intentó moverse, pero tenía los pies pesados. Literalmente. Las dos estaban de pie en grandes cubos de plástico

llenos de hormigón. Intentó mover los pies, pero la mezcla estaba fraguando rápidamente.

—Zapatos de hormigón —logró decir. —Prefiero mis botas de siempre...

Era aterrador, pero aun así no disipaba del todo el hecho de que Judith se había equivocado con Karen.

—Ejem... puede que haya dicho algunas cosas sobre ti sin haberlas pensado del todo bien...

Su atacante estaba en las sombras junto a la cabeza de la grúa, cubierto con un pasamontañas y enfundado en un chaleco de alta visibilidad acolchado de talla grande mientras se afanaba en guardar las bolsas vacías de mezcla de hormigón.

—Oiga. ¿Qué–? —Su voz salió ronca. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo. —¿Qué está haciendo?

Sin respuesta.

—Creo que está planeando darnos el pasaporte —susurró Karen.

—¿Entonces no es de los tuyos? —Desde dentro de la casa solariega estalló el aplauso. Judith miró hacia arriba, hacia la bola de demolición que colgaba sobre sus cabezas, mientras intentaba urdir un plan de escape. —Fabián está que se sale. —Tiró del nudo que le cortaba las muñecas. —Me confunde el motivo por el que querrían quitarte de en medio a ti. A mí, tiene sentido, pero ¿a ti?

—¿Porque supusiste que era la asesina? Matricidio, ¿no es así como llaman a matar a la propia madre?

El nudo no cedía. «No tengo nunca oportunidad de ver el Pasaword, pero suena correcto».

—¿Por qué ibas a pensar eso si fui yo quien te puso sobre la pista de todo en primer lugar?

—¿Perdona?

—¡Yo te envié esos documentos! ¡Entré ilegalmente en la oficina de mi madre para conseguir pruebas incriminatorias que te mandé a ti!

Judith parpadeó sorprendida. «¿Tú?»

—Pues claro. ¿Quién pensabas que era?

—Alguien llamado X, o... una admiradora... —dijo Judith avergonzada.

—¿X? —Karen sacudió la cabeza, desconcertada... luego la comprensión la golpeó como la proverbial bola de demolición que colgaba sobre sus cabezas. —Era una K, no una X.

Judith frunció el ceño mientras recordaba la firma. «¿Eso era una K? Quiero decir... deberías haberte hecho médico. Tu letra es espantosa».

—¡Cállate! —siseó la figura encubierta con voz áspera. Ahora se paseaba urgentemente con el teléfono pegado a la oreja.

Algo en su voz captó la atención de Karen. «¿Eres tú, Steve?»

Él les dio la espalda.

La voz de Karen tembló. «Bueno, esto es el fin. Supongo que sé demasiado».

—Eso hace una de las dos.

—Le quería, ¿sabes? A Adrián.

La cabeza de Judith se volvió hacia ella. «¿Qué?»

—Adrián Umbridge. Llevábamos un tiempo saliendo. —Los ojos de Karen brillaban con lágrimas no derramadas. —Al principio le utilizaba para mi investigación.

—Pero ¿no estaba trabajando con tu madre?

—Ella le manipulaba, sí. Era lo peor. Ya te dije que nunca nos llevamos bien. Nunca estuve a la altura de sus bajos estándares. Por alguna razón yo desarrollé una moral mientras ella perseguía el dinero y el poder. —Sacudió la cabeza hacia la casa. —Ese avispero entero la alimentó. El proyecto de construcción estaba montado para meter dinero en el bolsillo de todos, pero ella se volvió codiciosa. Quería más y se volvieron contra ella.

—Mordieron la mano que les daba de comer... —murmuró Judith mientras retazos de frases dispersas y de acciones de gente que habían quedado en la periferia de sus cavilaciones encajaban en su sitio.

—A medida que me fui acercando a Adrián me enamoré. Solo seguía con todo aquello porque su empresa familiar se enfrentaba a la quiebra, y aquí había una política ofreciéndole lucrativos contratos de construcción que lo reconstruirían todo. Sospechaba que ella guardaba documentos que podían usarse para incriminarle si alguna vez salía todo a la luz, así que quería salir. Me ayudó. Quería ser un

denunciante, pero estaba demasiado metido. Y luego mamá desapareció. —Karen no podía ocultar la tristeza de su voz. —Él siempre decía que no sabía qué le había pasado. Pensaba que la habían matado porque se estaba volviendo contra el proyecto. Era una maniobra para sacarle más dinero a sus cómplices. Sospechaba que había sido Robin o Eddie pero no tenía ninguna prueba.

—Si te sirve de algo, creo que Adrián estaba a punto de irse de la lengua con la policía después de que recuperaran los documentos que me habías enviado. Apuesto a que eso es lo que le costó la vida.

Judith probó de nuevo la cuerda. No cedía. La mezcla de hormigón alrededor de sus tobillos ya empezaba a sentirse diferente: menos líquida, más resistente. ¿Cuánto tardaba el hormigón de fraguado rápido? ¿Diez minutos? ¿Quince?

—Steve —intentó, poniendo la voz tan calmada como le fue posible. —Yuju, mira cariño, sabemos que eres tú.

El hombre les hizo un gesto con el dedo para que se callaran.

—Bueno, perdona, pero ¿piensas hacernos dormir con los peces?

—¿Qué? —gruñó él.

—Los zapatos de hormigón. —Judith sacudió la cabeza hacia la piscina. —Ya sabes, glup, glup. ¿De verdad eres un asesino? —Ahora sospechaba que era literalmente un manitas, usado para esconder cuerpos, y puede que la hubiera atacado con una pala, pero aún le costaba creer que tuviera lo que se necesitaba para quitarle la vida a alguien. A dos personas. Y ahora, potencialmente, a cuatro.

—Vi lo que depositaste en la biblioteca. Solo quería advertirte de que tienes un historial terrible de no asegurar bien los pesos. Supongo que con estos zapatos estás aprendiendo. —Judith no pensaba que hubiera manera de caerle bien a Bamber para hacerle cambiar de opinión, pero merecía la pena intentarlo. Intentó balancearse adelante y atrás en el cubo. Todavía había algo de movimiento, pero no mucho.

Su agresor se paseaba de un lado a otro con obvia agitación mientras tomaba una decisión. Se giró en redondo, con la decisión tomada.

En ese momento se oyó un fuerte crujido y la madera bajo los pies de Judith y Karen se partió en dos, lanzándolas a las dos a la

piscina.

Karen gritó: un sonido breve y agudo de puro terror antes de que golpearan el agua con un colosal chapoteo de los dos pesados cubos de hormigón. El agua sucia y fangosa inundó la nariz y la boca de Judith. Intentó patalear, pero la mezcla alrededor de los pies se aferró y tiró de ella hacia abajo.

El mundo se convirtió en una confusión de oscuridad y agua agitada. El arriba y el abajo perdieron su significado. Las manos atadas eran inútiles, incapaces de ayudarla a nadar, incapaces de hacer nada salvo tirar inútilmente de la cuerda de nailon.

Los zapatos de hormigón chocaron contra el fondo de la piscina con una fuerza que sacudió hasta los huesos. Judith ignoró el escozor en los ojos al abrirlos: solo penumbra lodosa. Ladeando la cabeza hacia un lado podía ver apenas la imagen espectral de Karen, a centímetros de distancia, debatiéndose salvajemente, con la boca abierta en un grito silencioso que liberaba preciosas burbujas de aire.

Los dedos de Judith estaban ahora entumecidos y torpes. Hurgó desesperadamente en el nudo, sabiendo que era inútil. Los pulmones reclamaban el oxígeno que no podía darles.

Le consternó descubrir que así era como iba a morir. Particularmente porque, cuando se había despertado esa mañana, había esperado estar en casa a tiempo para ver la nueva temporada del Bake Off.

Es curioso cómo los planes del día pueden resultar tan inesperadamente diferentes.

33

Dentro de Derwin Manor, Robin Needlemire acababa de subir al podio. Las cámaras se centraron en ella, captando las pancartas de FABIÁN HEINZEL PARA EL PARLAMENTO.

La inspectora Eastly inspeccionaba un canapé que había birlado de una bandeja que pasaba, mientras el subinspector Collins se humedeció los labios resecos y encontró un vaso de zumo de manzana en el lateral. Esperaba que le calmara el estómago, que seguía digiriendo la cena de la noche anterior y al que no le había ayudado el sorbo de champán.

Su mirada iba de Robin a la multitud. Tuvo que admitir que era una mujer llamativa y atractiva, que sabía cómo manejar al público. Lamentablemente, estaba completamente fuera de su alcance, y sus pensamientos comenzaron a divagar sobre si debería darle otra oportunidad a la página de citas o rendirse antes de sufrir otra humillación.

—...Un nuevo comienzo para nuestra circunscripción —estaba diciendo ella, con su voz impregnada de la calidez de alguien que vende un sueño cuidadosamente empaquetado y con precio puesto. —Demasiado tiempo hemos estado sujetos a la misma política cansada, a los mismos intereses enquistados, a las mismas promesas que no llevan a ninguna parte. ¡La independencia es libertad!

Collins volvió a prestar atención, notando que Fabián estaba al lado asintiendo a los lugares comunes. Conocía al alcalde por la necesidad de su relación laboral, y socialmente a través de Maggie. No podía decir honestamente si le caía bien, o si poseía alguna moral, pero hasta ahora no era un mal tipo. Solo andaba en mala compañía.

—Como candidato independiente, libre de las cadenas de la política de partido, Fabián Heinzel representa algo diferente —continuó Robin. —Pensamiento fresco. Integridad genuina. Una voz para la gente más que para los poderosos.

La ironía de Robin Needlemire, promotora inmobiliaria y empresaria, ensalzando a alguien como voz contra los poderosos era tan palpable que Collins sintió de repente un ligero malestar. O quizás era el híbrido de jalfrezi con pizza lanzando un ataque tardío.

—Aporta visión donde otros traen lugares comunes. Acción donde otros traen excusas. Y lo más importante— —Robin hizo una pausa para dar efecto, con la sonrisa radiante. —Trae esperanza.

Un aplauso educado recorrió la sala, reforzado por vítores estentóreos. Collins y Eastly intercambiaron una mirada irónica cuando quedó claro que la mitad de la sala eran figurantes amigos jaleando su apoyo por el bien de las cámaras y de un cheque de una agencia de extras.

Maggie Tawia estaba a pocos metros de Fabián, aplaudiendo con el entusiasmo de alguien personalmente responsable de la esperanza en cuestión.

Collins levantó el vaso para dar un sorbo, justo cuando Eastly le dio un codazo en el codo, empujándolo justo más allá del alcance de sus labios. «Karen», murmuró.

Raimundo siguió su mirada. Karen Kemble al fondo de la sala, teléfono en mano, con el rostro pálido incluso en la favorecedora luz del salón. Mientras la observaban, miró la pantalla y su expresión se desmoronó: no del todo llorando, pero cerca. Se llevó una mano a la boca, miró alrededor con ojos desorbitados y empezó a abrirse paso entre la multitud hacia el fondo del salón.

—Vigila a Robin y a Eddie —dijo Sara en voz baja. —Yo veo qué le pasa.

Se fundió entre la multitud antes de que Raimundo pudiera responder, moviéndose con la deriva casual de alguien que se dirige al baño más que de alguien persiguiendo a una posible sospechosa.

Raimundo devolvió la atención a Robin, que estaba construyendo hacia su conclusión.

—...Así que, sin más preámbulos, es un tremendo placer para mí, en los cimientos de mi nuevo spa y club privado de salud —sonrió y gesticuló a su alrededor, asegurándose de que la prensa nacional emitiera su propia promoción empresarial y fuera incapaz de cortarla de la transmisión—, permitidme presentar al hombre que nos llevará hacia un futuro más brillante. ¡Damas y caballeros, su próximo diputado al Parlamento: Fabián Heinzel!

El aplauso fue genuino esta vez, creciendo mientras Fabián se dirigía al frente. La música subió con algo edificante y vagamente antémico. Fabián subió los escalones al podio a buen paso, estrechando la mano de Robin entre las dos suyas con la gratitud ferviente de un hombre que creía que ella acababa de entregarle su destino. Luego, juntos, levantaron sus manos entrelazadas victoriosamente y saludaron con la otra.

Collins captó a Eddie Sterling entre la multitud. Su cara sonriente se arrugó de fastidio al comprender que Robin acababa de firmar un pacto con Fabián y la prensa, y que él se había quedado fuera.

Y así comienzan las Olimpiadas políticas, pensó Collins.

Eddie hizo una doble toma mientras veía a la inspectora Eastly perseguir a Karen Kemble fuera del salón. Apuró su copa de champán y su nariz quedó sepultada en el teléfono.

Robin bajó del podio, su tarea cumplida, y se integró de nuevo entre la multitud con la gracia fluida de alguien acostumbrado a dominar las salas y luego abandonarlas rápidamente.

Raimundo siguió sus movimientos. Sonreía, aceptando felicitaciones, pero algo no cuadraba. Sus ojos seguían recorriendo la multitud, buscando a alguien que no estaba donde debía.

Sara llegó hasta la multitud, al fondo del salón, y se escurrió por el mismo pasillo por donde Karen había desaparecido. Las luces eran más tenues aquí y el pasillo lo usaba el personal de catering para llegar a la cocina. Pasaban a toda prisa como hormigas obreras

cargando bandejas de aperitivos y bebidas, o devolviendo bandejas vacías.

Se detuvo porque había perdido el rastro de Karen. La alocución de Robin Needlemire se oía claramente mientras llegaba a su fin, recordándole a Eastly lo poco interesante que era la política. Ella era de la generación del me importa mucho, pero no puedo molestarme en implicarme. Viendo a sus amigas del colegio desde los márgenes de Facebook, la mayoría se quejaban de que sus padres habían arruinado el mundo, y ahora les tocaba a ellas recoger los pedazos. Excepto que la corriente subyacente era clara: también llegamos demasiado tarde para eso porque nos hemos dedicado a quejarnos, y ahora nuestros hijos nos culpan a nosotras, así que igual que nos arreglen ellos las cosas. Era una manera elegante de pasar la pelota como hacía cada generación. Y era también un recordatorio agudo de que sus viejas amigas se estaban casando y teniendo hijos, mientras ella seguía sin tener claro si debería mudarse con su novio inesperadamente serio.

Pros: le ahorraría dinero, y sin ascenso a la vista, eso sería un salvavidas.

Contras: adiós a la independencia y a la vida social. Aunque no tenía ninguna de las dos, así que era un punto difícil de racionalizar. Era el tipo de cosa que la mayoría de las chicas comentarían con sus madres, pero como esa no era una opción para Eastly. Sin embargo, sintió el impulso de llevar a Judith a tomar un té con un bollito y pedirle su visión del mundo.

Los vítores, los aplausos y la música llegaron desde el salón, seguidos por los tonos de bajo profundo de Fabián. Eastly se preguntó si simplemente estaba siguiendo a Karen hasta el baño, lo que resultaría embarazoso, y empezó a volver al salón principal, cuando notó a Karen Kemble, iluminada por el suave resplandor de su teléfono, de pie ahora ante las grandes puertas de cristal al fondo de la casa. Atravesó una puerta entreabierta, pasó junto a dos camareros que fumaban fuera, y desapareció en la oscuridad.

La inspectora Eastly vaciló. Con el suave repiqueteo de la lluvia, no sabía si merecía la pena seguirla fuera. El estómago le gruñó,

queriendo más atención de la selección de finger food que todavía no había terminado de explorar.

Luego el teléfono vibró con un mensaje de Judith. Abrió la imagen adjunta y se horrorizó.

Eddie Sterling estaba junto a la mesa de los refrescos, sirviéndose volovanes a medias con la actitud de un hombre muy consciente de cuánto le estaba costando toda esa comida gratis. Mantenía un ojo vigilante en la dirección que habían tomado Sara y Karen.

La voz de Fabián resonó desde el podio: «Estoy abrumado por vuestro apoyo, vuestra fe, vuestra convicción de que juntos podemos construir algo mejor».

El subinspector Collins consideró que debía de ser un discurso bien escrito al encontrarse asintiendo a pesar de su neutralidad de minutos antes. Fabián claramente lo había hecho antes, sabiendo cuándo hacer una pausa para el aplauso, cuándo dejar que la voz subiera con pasión o se silenciara con contrición.

—Para presentarme a este escaño parlamentario, lamentablemente vacante por mi amiga cercana y querida, Joanne Kemble...

Hizo una pausa cuando una foto de él y Joanne apareció en una pantalla, los dos sonriendo a la cámara con cascos de obra mientras inauguraban la construcción de la biblioteca. Fabián se recreó en el momento sombrío hasta donde le fue posible. Y en esos segundos que se alargaban, Collins recordó que había visto la foto antes. Judith se la había enviado en su lote de supuestas pruebas y no le había prestado mucha atención. Salvo que ahora podía ver que alguien había tenido mano suelta con Photoshop, ya que Joanne estaba sonriendo. Su cara avinagrada en el original había sido memorable.

Fabián se recompuso, aclarándose la garganta para dejar escapar una pizca de duelo. Collins no podía decir si era genuino o no.

—Debo dimitir como alcalde de Denzel Green. Un cargo que aprecio y por el que agradezco humildemente la confianza que los buenos vecinos del pueblo han depositado en mí. ¡Sé que puedo

contar con todos vosotros para alzar nuestra voz aún más alto, apoyándome en el Parlamento!

Más aplausos y vítores.

Collins se arrimó a Eddie, que ignoraba el discurso y tecleaba frenéticamente en el teléfono. Luego miró de vuelta a Robin, que igualmente miraba la pantalla. Y cuando volvió a mirar hacia Eddie, había desaparecido.

Desconcertado, el subinspector Collins se giró en redondo buscándole y preguntándose qué era tan urgente para apartarle de la coronación de su rey. Como poder en la sombra del trono, este era sin duda un momento de victoria.

El teléfono vibró con un mensaje de Eastly: sin texto, solo una imagen.

Lo abrió.

La calidad de la foto era mala, claramente tomada rápidamente con poca luz. Pero el sujeto era inconfundible. Adrián Umbridge tendido medio bajo una lona en un charco de agua.

Collins dio una brusca bocanada de aire. No estaba del todo seguro de dónde estaba hecha la foto, pero su mente derivó hacia la piscina en la parte trasera del edificio.

Fastidiosamente, Judith quedaba ahora vindicada, y su vacilación posiblemente había creado otra víctima en esta triste historia. Levantó la vista a tiempo de ver a Robin Needlemire salir apresuradamente del salón.

Salió disparado en su persecución.

34

Sara Eastly parpadeó para quitarse la llovizna de los ojos al salir a la oscuridad. Entornó los ojos y vio la pantalla de lona ondeando ante ella, bloqueando el desorden de la construcción más allá.

Una rápida mirada alrededor no reveló a ninguna otra persona, pero la imagen de la foto que Judith le había enviado la atrajo hacia la piscina. La brisa sopló un trozo rasgado de la valla de lona y le dio un atisbo de las figuras al otro lado. Corrió hacia allí y sujetó la lona hacia abajo para ver más allá.

Las figuras de Judith Spears y Karen Kemble estaban de pie en una plataforma de madera al borde de la piscina, espalda contra espalda en un par de cubos, extrañamente firmes bajo una bola de demolición que colgaba. Era tan inesperado que la detuvo en seco.

Una tercera figura colgó el teléfono móvil. La iluminación desde abajo de la pantalla hacía que su cara cubierta con el pasamontañas pareciera más amenazante.

—¿Qué está pasando? —murmuró Sara para sí misma mientras intentaba pensar cómo intervenir mejor.

La respuesta llegó casi de inmediato: los tablones bajo las mujeres se partieron y, con un chillido, las dos se precipitaron en el agua oscura de abajo.

El chapoteo resonó por todo el solar como un cañonazo.

—¡Judith! —gritó Sara mientras se encaramaba por la lona rasgada. El pie se le enganchó en el trozo rasgado de tela y tropezó de cabeza contra un palé de bloques de hormigón.

La cabeza golpeó con fuerza. Cayó a cuatro patas mientras un caleidoscopio de estrellas estallaba ante su vista. El barro se filtró entre sus dedos y el teléfono se perdió en la oscuridad. La sangre le latía en los oídos, de modo que no podía oír nada sobre el destino de Judith. El cráneo le palpitaba mientras se incorporaba, con el mundo girando de manera nauseabunda. Se concentró en el agua oscura y no vio nada salvo un hilo de burbujas.

Eastly intentó llamar a Judith por su nombre, pero le salió de la boca como un jadeo de dolor. Se estabilizó. El pasamontañas había desaparecido en el momento en que ella había tropezado en la escena, pero eso no importaba. Judith Spears se estaba ahogando.

Eastly aspiró profundas y frías bocanadas de aire para revivir los sentidos. Se tambaleó inestable hacia el borde de la piscina. El agua turbia no revelaba ningún signo de lo que estaba ocurriendo abajo.

Eastly sabía que no había tiempo para deliberar. Pero también sabía que no estaba en condiciones de tomar decisiones racionales...

Judith Spears se sentía de maravilla, envuelta como estaba en una cálida y reconfortante manta que ahuyentaba el frío. Podía quedarse dormida y todo iría bien...

El repentino clavado de unas uñas en la mano devolvió bruscamente su mente al foco. La lógica expulsó la comodidad de las emociones.

Se estaba ahogando.

Karen también, con sus dedos rastrillando los brazos de Judith mientras luchaban con los nudos. La papilla de hormigón a sus pies las sujetaba hacia abajo, pero Judith notó que tenía algo más de movimiento. El agua estaba diluyendo el hormigón aún no del todo fraguado. De repente agradeció las horas dedicadas a estudiar materiales de construcción. Su pretendido asesino no había usado hormigón de secado rápido como un villano de dibujos animados; había usado lechada de cemento. Una mezcla de cemento Portland y agua que ahora se estaba deshaciendo. El peso había roto los

tablones, pero eso podría haberles salvado la vida. Si el hormigón hubiera fraguado, no habría escapatoria. Pero ahora...

Pedaleó con ambos pies, intentando liberarlos. Al mismo tiempo, hurgó en las ataduras de Karen. No estaban tan apretadas como las propias. Con movimientos ciegos y frenéticos metió un dedo en el hueco entre las hebras de nailon. El cerebro de Judith, privado de oxígeno, decidió que si iba a morir, bien podría intentar salvar a alguien más primero.

Enganchó un dedo bajo un cordón y tiró: sintiendo cómo el nudo mojado cedía. Karen debía de haber estado liberando los pies también, ya que de repente salió disparada hacia arriba con una poderosa brazada.

Judith no tuvo tanta suerte. Un pie quedó libre, pero las manos seguían atadas a la espalda. Unido a la ropa empapada, no iba a ninguna parte. Una vez más, la calidez de lo definitivo la envolvió.

El agua era negra. Pero Judith sintió el repentino cambio de presión cuando algo pasó rozando junto a ella. Luego alguien le agarró el brazo y la izó hacia arriba.

Rompieron la superficie juntas: Sara y Judith, las dos jadeando y tosiendo. La cabeza de Sara sangraba, con sangre goteando por la cara y mezclándose con el agua sucia. Sus ojos estaban desenfocados, pero esbozaba una sonrisa tonta.

—Mira lo que he pescado —balbuceó Sara. —Un pececito...

Karen nadaba cerca, jadeando en busca de aire, e inmediatamente empezó a nadar hacia el borde de la piscina. Salvo que no había borde, solo paredes verticales de barro que subían tres metros recto hacia arriba. Arañó el lateral, intentando encontrar donde agarrarse, con las manos resbalando inútilmente por la superficie resbaladiza.

—No puedo– —jadeó, ya agotada. —No puedo salir–

—¡Aguantad! —gritó una voz desde arriba.

Raimundo Collins apareció en el borde de la piscina con un rollo de cuerda en las manos. Ya estaba atando un extremo a la grúa, luego lanzó el otro al interior de la piscina.

—¡Agarrad! —ordenó.

Sara estaba demasiado lejos, luchando por mantener a Judith a flote mientras tiraba de la atadura alrededor de sus muñecas. Karen nadó hacia la cuerda, sus brazadas descoordinadas y aterrorizadas pero funcionales.

Agarró la cuerda y empezó a trepar. Cada pocos centímetros que ascendía, las botas mojadas resbalaban y la hacían bajar unos centímetros. Collins sujetó la cuerda con las dos manos y gruñó mientras retrocedía lentamente, izándola.

La mano de Karen apareció de repente, alcanzando con desesperación los tablones alrededor del borde de la piscina. Los dedos encontraron el filo y gruñó mientras se izaba, rodando de lado, demasiado agotada para moverse.

Collins sacudió la cuerda enviando una ola serpentina a lo largo de ella cuando el otro extremo volvió a caer. Se asomó al borde y vio a Sara agarrarla con una mano, manteniendo a Judith a flote con el otro brazo. Sacudió la cabeza para despejar la niebla de su mente.

—¡Arriba! —ordenó Raimundo.

—¡No puedo desatarla! —dijo Sara, escupiendo agua lodosa. Le dio un último tirón violento a las ataduras de Judith, y milagrosamente el nudo cedió.

Judith extendió los doloridos brazos pero seguía luchando por mantenerse a flote. Se quitó el empapado abrigo acolchado y pudo hacer el agua. Sara señaló la cuerda.

—Tú primero.

—Sara, no. Estás sangrando. Sube tú primero.

Eastly se tocó la frente. En la tenue luz decidió que la mancha oscura en los dedos era de hecho sangre y no barro. Agarró la cuerda y empezó a ascender.

Collins pasó la cuerda bajo las dos axilas y usó su peso para ayudar a izarla. Sara progresó rápidamente, usando los pies para caminar por la pared vertical de barro. Alcanzando el borde, se arrastró a cuatro patas, agradecida de estar fuera del agua. Levantó la vista y forzó una sonrisa.

—Has tardado un poco–

La sonrisa se borró al ver al Pasamontañas embestir la espalda de Collins. El detective tropezó hacia adelante, enredándose con

Eastly, que seguía a cuatro patas,

...y cayó de cabeza a la piscina.

Aterrizó tan cerca de Judith que la fuerza del impacto la arrastró de vuelta bajo el agua turbia. El chapoteo envió olas chocando contra las paredes de la piscina.

El matón se giró, con la navaja en mano, y cortó la cuerda de la grúa. Sara Eastly bramó de frustración y se lanzó contra él. El mundo seguía dando vueltas a su alrededor cuando el hombro se hundió en el estómago del tipo y los dos se tambalearon contra la cadena de oruga de la grúa. Arañó el pasamontañas, desesperada por quitárselo.

Judith rompió la superficie primero, jadeando en busca de aire y casi demasiado cansada para nadar. Su única esperanza era tumbarse de espaldas y flotar, pero ese era un lujo que no tenía. Raimundo Collins rompió la superficie a su lado, debatiéndose salvajemente.

—¡No sé nadar!

Luego desapareció de vuelta bajo el agua, con las manos arañando a Judith... y arrastrándola hacia abajo también.

Sara Eastly era una peleonera. Su profesora de Educación Física en el colegio había dicho lo mismo cuando jugaba al fútbol con tanta agresividad que podría haber llegado a profesional. Luego las palabras entre jadeos de Collins llegaron por encima del sonido de la lluvia y el quejido de dolor del asesino:

—¡No sé nadar!

Se apartó del Pasamontañas y se giró justo a tiempo de ver el extremo de la cuerda desatada deslizarse por el borde y caer a la piscina. En una sola mirada abarcadora, comprobó que no había ninguna otra alternativa.

O quizás solo había una...

Eastly no se detuvo a pensar. Trepó sobre la cadena de oruga de la grúa y abrió la puerta de la cabina. Entró y se dejó caer en el asiento, que rebotó sobre los muelles haciéndola sentir como en un barco, sus dedos apretaron los botones. Varios pulsados completamente al azar y el motor retumbó cobrando vida. Echó un vistazo a la palanca de control cerca de su mano. Parecía pertenecer

a un videojuego, y ella era bastante aficionada a perder el tiempo con esos.

Agarró la palanca y pulsó todos los botones que había en ella de manera aleatoria. La bola de demolición en el extremo del brazo se liberó de repente y se precipitó hacia abajo, salpicando en la piscina con una fuerza monumental y lanzando un surtidor de agua al aire.

Por un momento aterrador pensó que había aplastado a Judith y Collins...

Luego escuchó la voz de Judith.

—¡Ízanos!

A pesar de estar empapada hasta los huesos y helada de frío, Eastly sudaba. Hizo una pausa para recordar el último botón que había pulsado, luego apretó delicadamente el de al lado. Con un zumbido, la bola de demolición subió, y con ella, aferradas a la cadena sobre la esfera metálica, Judith Spears y Raimundo Collins. Judith incluso logró un pícaro pulgar hacia arriba.

Eastly se rio, aunque fue un sollozo de alivio al borde de las lágrimas. Con cuidado movió el joystick hacia la izquierda, y la cabina, y todo el brazo de la grúa, giraron rápidamente, desplazando su peculiar y empapada captura fuera de la piscina.

Estaba tan concentrada en llevarlos a un lugar seguro que no oyó la puerta de la cabina abrirse hasta que fue demasiado tarde y el Pasamontañas se abalanzó sobre ella, agarrándole el brazo. Y el joystick.

La grúa giró todavía más rápido. La bola de demolición fue cogiendo impulso mientras se dirigía directamente hacia el lateral de la casa solariega con Judith y Collins aferrados a ella...

Gritando durante todo el camino.

35

Fabián Heinzel levantó el dedo hacia el cielo para entregar su desenlace. El público se había entregado a cada una de sus palabras, incluso los miembros no remunerados de la sala. Las cámaras estaban todas enfocadas en él, transmitiendo de vuelta a sus estudios donde los momentos destacados podían editarse a toda prisa a tiempo para el informativo de la noche. Los destellos de flash recorrían las filas de los periodistas de la vieja guardia; sus fotos aparecerían en las ediciones impresas del día siguiente.

El lanzamiento de su campaña había ido sobre ruedas.

Hasta que la bola de demolición golpeó el lateral del edificio. Los ladrillos salieron volando en todas direcciones como proyectiles: uno incluso destrozó una cámara de televisión. Por suerte era de la cadena autonómica, así que nadie lo notaría.

El ritmo del mundo se ralentizó hasta detenerse cuando Fabián vio a Judith Spears aferrada a la bola como una enloquecida bruja moderna. Al girar, el subinspector Raimundo Collins entró en su campo de visión. Los dos se aferraban a la cadena por sus vidas mientras esta se aflojaba rápidamente y cinco toneladas de acero caían al centro de la sala.

Las cámaras giraron a tiempo de grabar la bola estrellándose frente al podio, por fortuna segundos después de que la multitud hubiera huido a ponerse a salvo. El suelo de nuevo pavimentado se

hizo añicos cuando la esfera se detuvo con una sacudida que llegó hasta los huesos. Judith y Collins se deslizaron de ella, desplomándose agotados en el suelo.

Durante varios prolongados segundos, el único sonido que podía oírse fue el tintineo de los ladrillos desprendidos cayendo del borde del agujero en la pared. Luego Judith parpadeó y miró a su alrededor, sorprendida de seguir con vida. Se puso de pie, con el agua goteando de la ropa y la cara cubiertas de polvo. Le dedicó una sonrisa radiante a Fabián.

—¿Ha ido bien? —preguntó Judith con una sonrisa.

Veinte minutos después, el gran salón de Derwin Manor parecía menos una celebración política y más las secuelas de un programa de reformas del hogar especialmente agresivo.

El presentador de televisión Terry Hardman había aprovechado el momento, feliz de ejercer de portavoz de los inesperados eventos de la noche, y defensor involuntario de cómo Fabián Heinzel había gestionado el desaguisado. La prensa había sido conducida fuera entre gritos considerables y la promesa de un comunicado oficial, dejando atrás al grupo principal que había estado en el centro de los eventos de la noche.

Ambulancias y coches patrulla locales habían llegado en masa. Sara Eastly estaba sentada en una silla que alguien había arrastrado hasta allí, haciendo muecas de dolor mientras un paramédico le aplicaba pegamento quirúrgico en los cortes de la frente. La ropa seguía mojada y estaba envuelta en una de esas mantas de emergencia arrugadas que nunca parecen mantener caliente a nadie.

—Quédese quieta —dijo el paramédico con impaciencia.

—Me estoy quedando quieta.

—Está vibrando.

—Creía que era la sala.

—Deberíamos revisarle en el hospital. Puede tener una conmoción.

—Tonterías —espetó Eastly. —Estoy perfectamente plátano.

Cerca, Judith y Raimundo llevaban mantas térmicas plateadas y recibían una atención similar, aunque sus heridas parecían menos

dramáticas. Judith apartó con suavidad la gasa antiséptica de un apuesto paramédico.

—Estoy bien. No se moleste. Solo me ahogué momentáneamente.

El agente Kevin Fenton estaba entre los otros servicios de emergencia. Hacía un trabajo admirable actuando con profesionalidad mientras tomaba declaración a los testigos, pero los ojos se le iban hacia Eastly, desesperado por abandonar el protocolo y preocuparse por ella. Ella, por su parte, le ignoraba por completo.

Judith se acercó a Hattie Trelawny, que estaba de pie al borde de la multitud, sujetándose una bolsa de hielo en un lado de la cabeza. Judith supuso que debía de estar sufriendo porque no estaba grabando nada. Ni siquiera la enorme bola de demolición posada en el centro de la sala.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó con suavidad. Hattie asintió, aunque su expresión hosca no cambió. —¿Y no recuerdas nada?

—¿Aparte del golpe en la cabeza? No. Y ni siquiera conseguí grabar nada.

—Quizás Sky News te permita usar sus imágenes si lo pides con educación.

Karen Kemble estaba apartada del grupo, envuelta en su propia manta térmica, sollozando en silencio entre las manos. Judith observó cómo Collins se acercaba rápidamente a ella, usando el cuerpo para bloquear la vista de todos a su conversación.

Fabián Heinzel se paseaba cerca de la pared destruida, con el pelo lleno de argamasa en ángulos extraños y el traje cubierto de polvo. Su expresión oscilaba entre el horror y la incredulidad mientras Maggie intentaba calmarlo. «Mi discurso —no paraba de decir. —Se suponía que esto iba a ser...»

—¡Esto no podría haber salido mejor! —interrumpió Robin Needlemire con suavidad. Estaba junto a la mesa del bufé, aparentemente la única persona de la sala completamente intacta por la nube de desastre. Tenía un aspecto impecable. La compostura, intacta. —Seremos portada en todos los informativos nacionales. ¡Que acabe de sobrevivir a lo que equivale a un posible

atentado durante el anuncio de su candidatura! Fabián, esto es publicidad en bandeja de plata. ¡Las elecciones ya las tenemos en el bolsillo!

—¿En bandeja? —Fabián la miró fijamente. —¡Alguien acaba de estrellar una bola de demolición contra la pared!

—Accidentalmente —intervino Judith.

Fabián se tambaleó para encararse con ella, el dedo listo para un reproche, pero Maggie se interpuso entre los dos, imitando su gesto mientras agitaba el dedo hacia Judith. «Creía que éramos amigas. ¡Y luego vas y haces esto!» Señaló el agujero por el que ahora entraba la lluvia.

—Yo estaba en la bola —dijo Judith tranquilamente. —No operando la grúa. E intentábamos detener al atacante.

La boca de Maggie se movió, pero no pudo encontrar una segunda línea de ataque adecuada.

Fabián frunció el ceño. «¿Quién intentaba matarme?»

Judith pensó que sería cruel estropearle aún más el día señalando que él no era el objetivo del atentado. Era mejor dejarle tener su momento. Le puso una mano reconfortante en el brazo y captó brevemente la mirada de Raimundo al acercarse. Seguía chorreando y helado. La ropa se le pegaba incómodamente. Los zapatos hacían un ruido de succión al caminar.

—No pudimos verle. —Le lanzó una mirada de advertencia a Raimundo, que seguía aturdido a pesar de ser el agente de mayor rango al cargo de la situación. —Para ser sincera, y ya me conocéis, podría haberme llevado una impresión equivocada, y podría haber sido un terrible accidente de construcción.

—¿Un accidente? —Fabián sonó decepcionado.

Judith le dio unas palmaditas consoladoras en el brazo. «Ahí, ahí. Probablemente no. Es más probable que alguien quiera verte muerto».

Eso pareció animarle. Maggie le tomó del brazo y le llevó aparte, pero no sin antes lanzarle a Judith una mirada glacial. Era un problema que Judith tendría que resolver más tarde; ahora mismo, las piezas del caso se alineaban con una claridad inquietante.

Robin tomó el otro brazo de Fabián mientras hacía grandes gestos en el aire.

—Dejemos que los titulares especulen esta noche. Mañana emitiremos nuestro comunicado. Expresaremos nuestro horror. Nuestra gratitud de que nadie haya resultado gravemente herido. Y mostraremos tu valiente respuesta al caos. Eres el hombre que mantuvo la compostura durante una crisis. ¡Un héroe!

Raimundo le observó marcharse. «Como no tengamos cuidado, pronto estará optando a Presidente del Gobierno».

Judith tuvo el terrible presentimiento de que tenía razón. Hubo un destello de rosa champán cuando Eddie Sterling se unió a Robin y Fabián al salir. La mente de Judith seguía algo aturdida y, antes de que pudiera atrapar el pensamiento que revoloteaba alrededor de su cabeza como una mariposa, Sara Eastly se reunió con ellos. Hizo una mueca al tocar el esparadrapo que cubría el corte en la frente.

—¿Por qué soy la única que sangra?

—Eres la heroína que salvó a un hombre que se ahogaba —señaló Judith. —Tu jefe, de hecho. Eso tiene que valer algo, aunque sea culpa suya que no supiera nadar.

—Veo que has vuelto a la normalidad —dijo Raimundo con una sonrisa apenas reprimida. —La indestructible señorita Spears.

Judith se encogió ligeramente de hombros. «Alguien tenía muchas ganas de poner eso a prueba». Le dio a Sara un suave apretón en el hombro. «Lo que te convierte en doble heroína de la noche por tirarte al agua y salvarme».

—Solo practicando mi futura carrera de socorrista.

—Tonterías. Pronto tendrás su trabajo. —Señaló a Raimundo, cuya sonrisa desapareció.

—Entonces, ¿qué seré yo?

—Dado que estamos de pie en un salón lleno de sospechosos y que aún no ha resuelto nada... —Judith miró a su alrededor la destrucción. —Supongo que este lugar va a necesitar un conserje.

Raimundo cruzó los brazos; la manta plateada a su alrededor sonaba como una bolsa de patatas fritas y le hacía parecer un extraterrestre de ciencia ficción de pacotilla.

—Oh, ¿y supones que tú lo tienes todo resuelto? ¿Quizás debería detener a todo el mundo y ver quién confiesa?

Las cejas de Judith se movieron con complicidad y habló en un susurro bajo. «No es mala idea para variar. Pero tengo una mejor. Y quizás esta vez me escuches».

Raimundo reprimió una respuesta poco amable. En cambio, asintió, concediéndole el punto.

—Tenemos que mantener en silencio la noticia de Adrián Umbridge un poco más.

—¿Por qué demonios haríamos eso?

—Porque en este momento, solo un puñado de personas lo saben.

—Quieres decir que el asesino no sabe que nosotros lo sabemos —añadió Sara.

Raimundo no estaba convencido. «Mira a tu alrededor. Solo puede ser una persona, la que no está aquí». Miró entre sus caras con el ceño fruncido. «¡Steve Bamber!»

Judith estaba a punto de decir algo pero se lo pensó mejor.

Raimundo continuó, con la voz subiendo de volumen hasta que se contuvo. «Dime qué me impide detenerle ahora mismo».

—El hecho de que no está aquí —sugirió Judith. —Y esa cosa que no paras de insistirme. Cómo se llama... —Chasqueó los dedos intentando recordar la palabra. —Ah, ya sé. Las pruebas. Y los testigos. Esas cosas tan aburridas. —Puso ambas manos en el brazo de Raimundo, el sarcasmo en la voz desvaneciéndose. —Mira. Ha sido una noche extraña, y creo que todos estamos un poco magullados y aturdidos. Necesitamos la cabeza despejada para mañana.

Los ojos de Raimundo se entornaron con suspicacia.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre mañana?

—Después de una buena noche de sueño... tendemos la trampa.

36

El piso de Sara Eastly estaba exactamente como lo había dejado esa mañana: pequeño, ordenado hasta la austeridad, y sin indicios de una vida personal.

Dejó las llaves en el mostrador y se quedó en medio del salón, todavía envuelta en la manta de emergencia porque no acababa de animarse a quitársela. La calefacción tenía un temporizador, pero la caldera llevaba meses averiada y nunca estaba libre cuando el técnico tenía hueco. Su casero debería ser detenido por negligencia, si no se amparara tras el escudo de una agencia inmobiliaria nacional.

La cabeza le palpitaba donde el pegamento quirúrgico mantenía unido el corte. La ropa seguía húmeda, pegándose incómodamente a la piel. Debería ducharse, aunque el agua no estuviera caliente. Debería cambiarse. Debería comer algo, aunque el pensamiento de la comida le revolviera el estómago. Esta noche había estado a punto de morir. Era el reverso de cómo había empezado la semana, sintiéndose aburrida e inquieta.

En cambio, se sentó en el sofá y miró al vacío.

El día podría haber ido de manera tan diferente. En lugar de estar sentada en su piso bastante cutre, podría estar en el fondo de una piscina bastante cutre. Eso le estaba dando una perspectiva

diferente sobre los pensamientos que le habían estado dando vueltas durante los últimos meses.

El teléfono estaba boca arriba en la mesita de café y notó tres llamadas perdidas y dos mensajes de texto de Kevin. A pesar de haber estado revoloteando a su alrededor en la casa solariega, había resistido el impulso de comprobar cómo estaba ella después del dramático giro de los acontecimientos. Desde entonces, no había tenido tiempo de responderle. Lo cual estaba bien, porque no sabía qué decirle a sus preguntas... o pregunta, ya que solo tenía una que ella había estado evitando.

Ahora sentada en su frío piso, se preguntaba por qué había pasado tanto tiempo fingiendo que no necesitaba a nadie. Mudarse juntos de repente parecía menos perder la independencia y más elegir vivir en lugar de simplemente existir.

Cogió el teléfono para responder.

Luego lo reconsideró y se dio una ducha tibia.

Raimundo Collins condujo a casa en silencio, con la radio apagada, sus pensamientos demasiado ruidosos para permitir ruido adicional.

Con la calefacción a plena potencia, la ropa por fin se había secado, dejándola rígida e incómoda. El pelo estaba en ángulos extraños. Olía a agua de estanque, lo cual no estaba mal dado que casi se había ahogado.

El pensamiento seguía volviendo, insistente e incómodo. Le habían empujado a esa piscina. El agresor no sabía si sabía nadar o no, pero eso seguía equivaliendo a un intento de asesinato. Y habían sido Judith y Sara quienes le habían salvado.

El teléfono vibró en el portavasos. Lo ignoró, manteniendo los ojos en la carretera. En un semáforo en rojo, lo comprobó. Era una notificación de correo de CorazónParado, el sitio de citas en el que se había registrado en un momento de optimismo que ahora parecía pertenecer a una vida diferente. Le habían encontrado a alguien especial.

Raimundo se quedó mirando la notificación. Podía abrirla y ver a quién había decidido el algoritmo que era compatible con un detective de provincias que no sabía nadar y tenía un gusto terrible

para el curry. O podía borrarla y aceptar que su vida personal no necesitaba más drama.

El semáforo se puso en verde. Siguió conduciendo, dejando la notificación sin abrir.

Pero tampoco la borró. Algunas decisiones, decidió, podían esperar a mañana.

Esta noche, se alegraba simplemente de estar vivo.

Judith estaba en el umbral de la puerta de Maggie a las once y media de la noche, todavía húmeda a pesar de haberse cambiado de ropa seca. El pelo estaba en desorden, y llevaba dos bolsas de los caramelos de chocolate con menta favoritos de Maggie como ofrenda de paz. Los caramelos habían costado casi cuatro euros en la gasolinera: un robo descarado, pero los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

Llamó al timbre y esperó. El coche de Maggie estaba allí, así que de poco servía esconderse. Solo su irritación hacia Judith justificaba hacerla esperar bajo la lluvia.

Judith pulsó pacientemente el timbre de nuevo, sabiendo que Maggie se estaba tomando su pequeña venganza. La puerta se abrió una rendija al tercer intento. La cara de Maggie apareció en el hueco con una expresión que habría cortado la leche a veinte pasos y la habría convertido en yogur a diez.

—Judith. Qué esperado.

—Traigo un soborno. —Agitó una bolsa de caramelos.

—No me sobornan tan fácilmente.

Judith levantó la segunda bolsa y la sacudió. «Son de primera calidad, de la boutique de la ESSO».

—Me da igual que los haya entregado en mano el mismísimo Rey de sus reservas privadas. Has arruinado el anuncio de Fabián. Está en todos los informativos. "Candidato parlamentario atacado por bola de demolición." ¿Tienes alguna idea de lo que has hecho?

—¿Generarle titulares nacionales en los que sale como un héroe? Aunque...

Los ojos de Maggie se entornaron. «Vas a decirme de nuevo que Fabián es en secreto un cerebro criminal, ¿verdad?»

—No. Voy a decirte que está en peligro y que no es completamente consciente de ello.

Algo en el tono de Judith debió de registrar porque la expresión de Maggie se suavizó levemente. Suspiró, un sonido de larga paciencia, y arrebató las bolsas de los dedos de Judith.

—Esto te compra una taza de té.

La cocina de Maggie era acogedora hasta el punto del desorden, cada superficie cubierta de libros, proyectos de punto y el tipo de adornos decorativos que se van acumulando en un sitio durante treinta años. Arquero, un gato atigrado gordo, miraba a Judith con suspicacia desde la mesa de la cocina, donde resolutamente no iba a moverse. Judith se quedó de pie mientras Maggie se afanaba en la cocina poniendo el hervidor.

—Tienes un aspecto terrible —dijo Maggie, examinando a Judith críticamente. —¿Qué te ha pasado?

—Casi me ahogo. Dos veces. En una piscina que aún no está terminada. Luego Sara me sacó a pescado en una bola de demolición mientras intentaba salvar a un detective de policía que se ahogaba, mientras ella hacía de saco de boxeo. Luego nos lanzó a través de la pared como viste. —

—Dios mío.

—La reina del eufemismo.

El hervidor llegó al punto. Maggie hizo el té y llevó las tazas a la mesa. Se sentó frente a su amiga e inclinó la cabeza, esperando el inevitable discurso de Judith.

Judith suspiró. «Ahora voy a decir algo difícil». Hizo una pausa bajo el peso del estrés emocional. Luego inhaló profundamente y cerró los ojos. «Me equivoqué».

La silla de Maggie se bamboleó y por un momento ambas creyeron que iba a caerse al suelo bajo el puro peso de la ironía.

—Creía saber quién estaba detrás del asesinato de Joanne Kemble.

Maggie frunció el ceño. «¿Pero te equivocaste?»

—Digamos que me llevaron por el camino equivocado.

—¿O sea que sí?

Judith sorbió el té, con la cabeza moviéndose a regañadientes. «Sí. Pero como un reloj parado, todos podemos equivocarnos dos veces al día».

Maggie frunció el ceño y trazó un círculo en el aire con el dedo. «Creo que eso debería ser al revés».

Judith sonrió mientras se preparaba para esbozar la teoría a su amiga.

—Esa es una manera tan negativa de ver las cosas.

37

La biblioteca de Denzel Green nunca había visto tanta gente. La gran inauguración había contado con una buena asistencia, pero era totalmente por la comida y el alcohol gratis. En comparación, la biblioteca ahora parecía estar bajo asedio.

Prensa nacional, periodistas locales, equipos de cámara de todos los canales de noticias se apretujaban en el reluciente espacio moderno. Fuera, los espectadores atestaban las calles después de haber visto los eventos espectaculares de la noche anterior en los informativos. Algunos estaban allí como simpatizantes, apoyando al ex alcalde, mientras que otros querían la oportunidad de salir en televisión, y una parte considerable esperaba tener primera fila para más caos.

Judith tuvo que aparcar a un kilómetro de distancia y entrar a pie, abriéndose paso entre la multitud y la policía local algo en pánico que no había anticipado una mañana de control de masas y parecía aterrada por si la apacible multitud decidía ponerse a amotinar de repente.

Robin Needlemire había orquestado todo el asunto con implacable eficiencia. Fabián Heinzel era el candidato político más comentado de España. El heroico alcalde, casi muerto durante su discurso de presentación para tomar el relevo de una predecesora asesinada, valiente continuaba su campaña a pesar del trauma.

Era, tal como Robin había predicho, publicidad en bandeja de plata.

Los nerviosos agentes en la entrada de la biblioteca dejaron entrar a Judith sin preguntas, asumiendo que tenía todo el derecho de estar allí aunque técnicamente fuera solo una entrometida.

Dentro, era una clase magistral de preparación de última hora. El podio del spa había sido reubicado, las estanterías habían sido movidas para dar espacio a un amplio contingente de prensa, y Robin había encontrado en algún sitio una imprenta de veinticuatro horas que había preparado nuevas pancartas: ¡FABIÁN HEINZEL: INTEGRIDAD EN ACCIÓN!

Judith no podía ver a Sara Eastly ni a Raimundo Collins, pero estaban allí en algún sitio. Justo antes de visitar a Maggie la noche anterior, había hablado con los dos sobre la idea que tenía. Una idea que Sara consideró inspirada y de la que Raimundo no quería saber nada en absoluto. Sin embargo, como de costumbre, le había persuadido. Al fin y al cabo, ¿qué tenía que perder?

Su trabajo, fue su escueta respuesta.

Maggie estaba allí en algún sitio, con Fabián, pero después de la noche anterior poco más había que decir. Judith había esbozado su plan y solo esperaba que se hubieran convencido.

Hattie Trelawny fue directa hacia ella. No habían tenido oportunidad de hablar la noche anterior. El agente Fenton le había tomado declaración y luego Hattie se había escabullido, con su habitual bullicio sello de la casa apagado. Había una fina línea entre ser fan del crimen real y estar involucrada en él.

Desde que Judith se había despertado, había recibido una andanada de mensajes de Hattie, a quien le habían dicho que la biblioteca había sido secuestrada para una rueda de prensa improvisada. Con el teléfono en la mano y una sonrisa en la cara, era como si la noche anterior nunca hubiera ocurrido.

—¡Esto va a lanzar nuestro pódcast internacionalmente! —exclamó.

—Espero que por las razones correctas —dijo Judith, mirando a su alrededor.

—¿Cuáles serían?

—El desenmascaramiento del malhechor, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Hattie automáticamente. Se inclinó hacia la oreja de Judith y bajó la voz mientras miraba a su alrededor. —¿Y quién sería ese?

En ese preciso momento, Robin Needlemire apareció desde detrás de un banco de estanterías reubicadas que ocultaban a Fabián y su equipo. Dio unas palmadas y vociferó a la multitud.

—Damas y caballeros, empezaremos en unos momentos. Si pueden estar todos listos.

Hattie miró entre Judith y Robin, con la comprensión cruzando su cara. Luego notó que la mirada de Judith se demoraba en Eddie Sterling, que lucía otro de sus característicos conjuntos llamativos. Hoy de humor morado.

—¿Crees que...?

—Creo que los dos sabemos quién ha estado jugando sucio todo este tiempo —dijo Judith en tono conspiratorio. —Veamos cómo se desarrolla todo. Asegúrate de grabarlo todo —añadió con un guiño.

Judith se escabulló entre la multitud para poder tener una mejor vista del acto cuando el grupo de prensa se posicionó y la multitud de simpatizantes remunerados de la noche anterior, en la que Judith reconoció algunas caras del grupo de teatro aficionado local, los autodenominados Jugadores de Denzel, guardó un silencio expectante. El efecto fue que ahora podía oírse el ruido de la multitud exterior. Sus vítores se transformaban en un cántico rítmico de «¡Fa-bi-án!», sin duda coordinado por los secuaces de Robin.

El subinspector Raimundo Collins salió de la puerta que daba al sótano, con la inspectora Sara Eastly a su lado. El cadáver de Adrián Umbridge había sido retirado bajo el manto de secreto durante la noche, mientras toda la atención seguía puesta en Derwin Manor. Ni siquiera a Hattie se le había dicho. Judith captó la mirada de Raimundo y le saludó alegremente.

Él devolvió el gesto, incómodo con lo animada que parecía. Luego su atención fue atraída hacia Fabián Heinzel cuando salió de detrás de la estantería y se acercó sombríamente al podio. Esta vez no había música, ni aplausos, y lamentablemente, tampoco aperitivos. Solo la intensa seriedad retorciendo sus facciones. Colocó

un bloc de notas delante de él, lleno de garabatos apresurados, y agarró los dos lados del podio como si fuera un salvavidas.

Justo detrás y a un lado, Judith divisó a Maggie observando con una expresión neutra en la cara. La conversación de la noche anterior se había prolongado hasta tarde. Solo ahora sabría Judith si las palabras intercambiadas realmente significaban algo.

Esto iba a ser al mismo tiempo espectacular y catastrófico. Judith solo era incapaz de saber con certeza para quién. Echó un vistazo hacia Hattie y se alegró de ver que estaba grabándolo todo.

38

—Gracias por venir —la voz de Fabián Heinzel adquirió una gravedad extra en el espacio acústico de la biblioteca. —Después de la agitación de anoche... —Una respetuosa risita recorrió la multitud. —Quería dedicar un momento a dirigirme debidamente a mi comunidad. A hablar de lo que significa esta campaña. De lo que significa la integridad para mí.

Era muy bueno en esto, Raimundo tenía que admitirlo. Las pausas, el contacto visual, el leve temblor en la voz que sugería emoción genuina. Recorrió la multitud con la mirada y vio a Hattie grabando desde un lado, viendo como de costumbre la vida real ante ella a través de la diminuta pantalla del teléfono. Judith estaba al otro lado, situada con una vista despejada de todos los presentes en la sala. Incluidos Eddie Sterling y Robin Needlemire, que estaban cerca del frente del grupo de prensa, asintiendo a cada palabra.

—Cuando anuncié mi candidatura, lo hice con el apoyo de mucha gente en esta comunidad. Empresarios, promotores, personas que creyeron en mi visión para la circunscripción. —Hizo una pausa. —Pero en las últimas veinticuatro horas, he conocido cosas inquietantes. Cosas que me hacen cuestionar esas mismas decisiones.

La cabeza de Robin se levantó de golpe. Eddie hizo una pausa a mitad de desplazarse por sus redes sociales. Estaban alarmados de

que su chico se estuviera saliendo del guion.

Fabián continuó, con la voz haciéndose más firme. «Todos estamos aquí, en este hermoso edificio moderno que ayudé a construir. Decidido, como estoy, a llevar la educación y el conocimiento a todo el mundo, no solo a quienes pueden permitírselo. Fue en este mismo lugar donde se encontró el cuerpo de Joanne Kemble. Desencadenando las elecciones parciales, y mis propias ambiciones políticas. Era una firme defensora de su construcción».

Hizo una pausa para mayor efecto dramático. Raimundo observó que tanto Robin como Eddie parecían respirar con más alivio, ahora que había vuelto al buen camino.

—Eso fue, hasta que dejó de serlo. Hacia el final de su vida, Joanne Kemble quiso parar todo este proyecto.

La cara de Robin Needlemire se estiró en una amplia sonrisa, pero no había llegado a los ojos, que eran platos de pánico.

Fabián tomó aliento profundamente y por un momento hizo contacto visual con Judith antes de continuar.

—He sabido que esta biblioteca fue construida sobre los cimientos de la corrupción. A través de la fijación de precios, sobornos y conspiración criminal.

La multitud estalló en un murmullo de jadeos. Figurantes o no, la noticia era sorprendente. Los periodistas se intercambiaron miradas, preguntándose si alguno de sus colegas tenía una exclusiva sobre lo que iba a decir a continuación. Robin y Eddie estaban tan tensos que a Raimundo no le habría sorprendido que se hubieran espontáneamente combustionado ante las cámaras.

Judith les había dicho a los detectives que habría revelaciones ese día, pero los detalles se habían pasado por alto, y con el poco sueño que habían cogido todos, simplemente no se habían hecho las preguntas correctas. Ahora Raimundo Collins empezaba a lamentar haberse quedado rezagado.

—Pensaba que sabía lo que había ocurrido —dijo Fabián, alzando la voz por encima del alboroto. —Que Joanne Kemble fue asesinada porque descubrió esta corrupción y amenazó con destaparla.

Más cháchara recorrió la multitud. Con un gesto cortante a la altura del cuello, Robin le indicó silenciosamente a Fabián que se callara. O eso, o Raimundo pensó que le estaba advirtiendo sobre su propio destino potencial.

—Pero eso no era cierto. —La voz de Fabián se quebró ligeramente, perfectamente modulada. —Quería parar el proyecto porque estaban sacándoselo de las manos. Ya no recibía las comisiones que creía merecer. Con el corazón encogido, les puedo decir que Joanne Kemble era una política corrupta que tomó a sus electores por el camino de la amargura.

El grupo de prensa ya no podía permanecer en silencio. Ahora era una lucha por gritar la pregunta conductora más alta que recibiría una respuesta que pudieran emitir.

Una voz alcanzó el decibelio correcto. «¿Está diciendo que estaba infringiendo la ley?»

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. —Fabián echó un vistazo a Maggie, que asintió una sola vez con gesto alentador. Usó un pañuelo para enjugarse la frente sudorosa. —Y soy consciente de que tales acusaciones podrían fácilmente destruir mi propio futuro político. La verdad podría encubrirse fácilmente, pero me niego a participar en ninguna sucia maniobra de distracción.

Palabras confusas del grupo de prensa resonaron por la sala, todas apuntando a la misma pregunta: ¿qué pruebas tenía?

Levantó las manos y, como un mago, la sala se quedó en silencio. Pero no fue él quien habló a continuación. Una voz femenina se alzó desde el fondo de la multitud.

—Yo tengo las pruebas.

Las cámaras giraron para enfocarse en la nueva oradora. Judith Spears sintió la incomodidad de toda esa atención enfocada en ella, así que se hizo a un lado para dejar a Karen Kemble pasar al primer plano. Esta continuó hablando con una confianza de acero:

—No es ningún secreto que mi madre y yo nunca nos llevamos bien. Nunca pude estar a la altura de sus expectativas, porque no compartíamos los mismos principios. Adoraba el dinero más que a su propia hija. El poder lo era todo para ella. Cuando me enteré de que

aceptaba sobornos, intenté disuadirla. Pero eso solo empeoró nuestra relación.

Karen se puso frente al podio y compartió una mirada con Fabián. Él asintió para que continuara.

Judith se maravilló de cómo Karen Kemble podía mantener la compostura ante una revelación tan personal. Apenas hacía quince horas había creído que Karen había matado a su propia madre. Qué corta de miras había sido. La larga noche se había estirado mientras Judith presentaba la verdad a Fabián y Maggie, con Karen uniéndose a ellos por videollamada mientras se recuperaba en casa. No había sido lo ideal, pero sin ello, la trampa de esa mañana no habría funcionado.

—Cuando mi madre se enteró de que Robin Needlemire y Eddie Sterling la estaban marginando del trato, intentó parar todo el proyecto por despecho.

Otro jadeo recorrió la sala y las cámaras dudaron entre enfocarse en Robin y Eddie, o en Fabián y Karen.

—¡Eso es ridículo! —chilló Eddie.

—¡Pura calumnia! —declaró Robin. —¡Esta rueda de prensa ha terminado! ¡Dejen de grabar!

La petición fue ignorada por completo mientras las cámaras giraban hacia ella.

—¡Y porque intentaba parar la construcción, y con ello el dinero que fluía hacia los bolsillos de otras personas, la asesinaron!

—¡Yo no he asesinado a nadie! —espetó Robin.

Eddie fue un poco más lento en reaccionar mientras miraba a Robin con suspicacia. «Bueno, yo no lo hice... ¿estás segura de que no fuiste tú?»

Judith se complació con la mirada venenosa que Robin le lanzó al peluquero. No había nada más delicioso que ver a los corruptos autodestruirse.

—Mi madre fue asesinada y enterrada bajo los cimientos de este mismo edificio con la creencia de que nunca la encontrarían. Es irónico, realmente. La encontraron gracias a la mala calidad de la construcción que su propia corrupción había provocado.

—¡Adrián Umbridge! —soltó Eddie de repente. —Él es el delincuente que está detrás de todo. Se llevó el contrato y alineó decenas más si... —se interrumpió, dándose cuenta de repente de que ese reconocimiento público del fraude le incriminaba.

—Solo si Joanne Kemble se mantenía en el poder —dijo Fabián con gravedad. —O si su sucesor estaba de su lado. ¿Qué mejor manera de conseguirlo que financiando mi campaña electoral?

Mientras los periodistas balaban sus preguntas y los cámaras se mareaban intentando decidir a quién enfocar, Judith mantenía la mirada firmemente en Robin Needlemire. Con la ayuda de Karen Kemble, sabía que había descifrado todo el sórdido esquema. El único problema era que las pruebas habían sido ocultadas, asesinadas, y en el caso de la carpeta que Karen Kemble le había confiado: destruida. Y la vida era demasiado corta intentando convencer al subinspector Collins de cualquier cosa sin pruebas concretas, así que las confesiones eran ahora una necesidad.

La experiencia de Judith manipulando a delincuentes le había demostrado que todos tenían la misma debilidad: el ego. Los criminales más endurecidos estaban a menudo ciegamente convencidos de que saldrían impunes de sus crímenes, incluso ante los hechos. Provocar el ego era la mejor manera de dejar que se les fuera la lengua.

Robin asintió en señal de acuerdo. «Exactamente, ¡Adrián Umbridge! Él está metiendo la mano en la caja. Apuesto a que la mandó matar». Miró frenéticamente a su alrededor. «Veo que no está aquí. Tampoco le vi anoche. ¡Apuesto a que él estuvo detrás del asalto a los detectives, intentando borrar sus huellas!»

—Oh, él sí está aquí —espetó Karen con un fuego repentino en el tono. Le rodaban las lágrimas por las mejillas. —Está aquí porque alguien le asesinó e intentó esconder su cuerpo aquí mismo. En el mismo lugar que a mi madre, porque nadie pensaría en buscar un cadáver en el preciso lugar que la policía acababa de registrar minuciosamente.

El alboroto de la multitud subió de intensidad. Judith vio confusión y conmoción en todos los demás rostros. Era un rally de

dominós de acusaciones, y todo el mundo intentaba ponerse al día. Sabía que la gente empezaría a sacar sus propias conclusiones.

Las cámaras y los ojos giraron para enfocarse en Steve Bamber, que estaba apoyado contra la pared detrás de Hattie. Hattie ardió de vergüenza, seguía grabando todo mientras se apartaba poco a poco y giraba su propia cámara temblorosa hacia el manitas.

—¿Qué? —farfulló, atrapado en los focos de la nación.

—Encontró usted el cuerpo de Kemble —declaró un periodista. —Trabaja para la empresa constructora. ¿Mató usted a su jefe?

—No era mi jefe —replicó Bamber con brusquedad.

Karen Kemble no pudo contener las lágrimas. Judith la rodeó con los brazos y la llevó a la seguridad de una estantería.

—Estás siendo muy valiente —le susurró. —Ya casi hemos llegado.

—¿Era? —apostilló un periodista, captando su uso del pasado.

—Bueno, está muerto, ¿no?... —Bamber frunció el ceño mientras intentaba deducir si el resto de la sala lo sabía, o si acababa de confirmarlo. El pánico creciente le hacía hablar sin dejar margen para el pensamiento. —No. Está de vacaciones. Ahora me acuerdo.

Judith puso los ojos en blanco ante la peor coartada del mundo. «Podríamos ir a preguntarle», dijo, dando un paso hacia la puerta del sótano. «¿Si tiene usted una güija encima?» El sollozo desgarrador de Karen hizo que Judith se encogiera de arrepentimiento por ser tan frívola, pero necesitaba mantener a Bamber al límite.

Todos los ojos de la sala rebotaron entre Bamber y Judith como en un partido de tenis.

—¿Quién es usted? —preguntó un periodista.

—Nadie importante —dijo Judith con desdén. Habría sido posiblemente más creíble si no estuviera de pie delante de su propio recorte de cartón, con el bocadillo de diálogo: «¡Soy Judith Spears! ¡Ven a resolver crímenes conmigo!»

—¡Es la mujer del pódcast! —el periodista sonó deslumbrado. —¡Y es de carne y hueso!

Judith agitó la mano para restarle importancia al comentario. «Por favor, centrémonos en lo que es importante. Si el señor Bamber

tiene razón, deberíamos bajar todos, y veremos que estas son claramente acusaciones falsas». Dio un paso hacia el sótano, lo que tuvo el efecto deseado en Steve Bamber, que sabía lo que iban a descubrir.

—¡NO! —Todos los ojos volvieron a él. —¡Yo no maté a ninguno de ellos! Solo me dijeron que enterrara los cuerpos. Eso no es un delito, ¿verdad?

El subinspector Raimundo Collins se atragantó de sorpresa, ganándose la atención de las cámaras. «Bueno, de hecho, sí lo es. ¿Quién le dijo que no?»

—Ella me lo dijo... —dijo en tono lastimero.

—¿Quién? —insistió Raimundo con firmeza.

Bamber estaba ahora pálido. Levantó un dedo tembloroso y señaló. «Ella me lo dijo».

Hattie Trelawny bajó lentamente el teléfono y le miró con asombro.

—¿Yo?

Ahora le tocó el turno a la inspectora Eastly de entrar en el foco de atención.

—Espera un momento. ¿Esperas que creamos que Hattie los mató a los dos? —Cuando asintió, Eastly le obsequió con una carcajada sarcástica. —Y supongo que quieres que creamos que atacó a Judith anoche porque se había acercado demasiado a la verdad. Pero también me atacaron a mí. Y creo que fuiste tú.

—¿Yo? —exclamó Bamber.

Parecía tan sinceramente atónito que Judith tuvo que intervenir. Levantó la mano como si estuviera de vuelta en el colegio. «Eh... no fue él».

Eastly parpadeó sorprendida. «Me dijiste que creías que era... ahora estoy confundida».

Judith puso cara de culpa. «Puede que me haya equivocado ligeramente en eso».

Eastly señaló la cobertura televisiva nacional a su alrededor. «Este no es el lugar para equivocarse».

Judith levantó el teléfono. «Olvidé que había dejado un localizador en su motocicleta y mostraba que viajó a casa después

de salir de aquí anoche y se quedó allí». Le dedicó a Eastly una sonrisa de disculpa. «Lo que significa que nuestro agresor debe de haber sido...»

Todos los ojos volvieron a Hattie Trelawny.

39

El ceño de la inspectora Sara Eastly se frunció en confusión. «Yo estaba allí. Steve Bamber nos atacó en la piscina. Hattie estaba inconsciente».

Judith miró a Hattie con complicidad. «No. Hattie es una actriz consumada, ¿verdad?»

Hattie inclinó la cabeza de lado a lado con modestia. «No estoy mal del todo».

—Por suerte no hubo necesidad de romper a cantar.

Mientras Hattie hacía un trabajo admirable siendo evasiva, el canto le correspondió a Steve Bamber que, temblando de remordimiento, descargó su versión de los hechos. Hattie no pudo evitar corregirle cuando se equivocaba en algún detalle, implicándose a sí misma como solo puede hacer un auténtico narcisista.

Llevaban un tiempo teniendo una aventura. Judith había dado vueltas sobre por qué Hattie nunca parecía incómoda cuando él estaba cerca. Especialmente después del encuentro en el almacén. A pesar de las advertencias de Judith, había estado muy contenta editando su pódcast mientras el potencial asesino estaba en el sótano, deshaciendo del cuerpo de Adrián Umbridge. Una tarea que solo había completado a medias, no porque Judith hubiera aparecido inesperadamente. Se había visto obligado a escabullirse mientras

Hattie la distraía, luego había arrastrado a la bibliotecaria hacia Derwin Manor. En el momento en que Judith había visto el cadáver, Hattie supo que no podía dejar a la curiosa investigadora sola. Había que ocuparse de ella.

La actuación de improvisación era la orden del día.

Judith tenía sus sospechas. Hattie no podía evitar coquetear. Cada vez que estaba cerca de Raimundo Collins, las pestañas se agitaban. Con un ejemplar de hombre como Steve Bamber, había tenido más autocontrol. En el momento en que el pódcast de Hattie había ganado su primer suscriptor, Judith se preguntó quién podría ser lo suficientemente bobo para seguirlo: Steve Bamber. Cuando literalmente nadie más en el mundo sabía que existía, él lo había seguido en un acto de adoración, lo que se convirtió en un error.

El siguiente error fue el de Hattie cuando plantó el localizador en la moto de Bamber fuera del pub. En la fila de máquinas casi idénticas, Hattie la había reconocido solo por la matrícula. Por suerte, Judith había ido pensando con la cabeza aunque sus sospechas todavía no se hubieran formado, diciéndole después a Hattie que el localizador se había caído, cuando no era así, de modo que la bibliotecaria no había pensado en advertir a su amante sobre él.

Luego estaba el incidente de la manguera. En un acto de desesperación, Hattie había soltado la manguera, abandonando a Judith a su suerte. Judith recordaba a Hattie asomándose a ella desde la claraboya, creyendo haber liquidado a la molesta investigadora. Solo después de bajar ella misma para deshacerse tanto de Umbridge como de las pruebas que Karen Kemble le había mandado a Judith.

—Adrián no estaría muerto si no se hubiera enamorado de Karen Kemble y hubiera intentado ayudarla —confirmó Bamber con una mirada melancólica en dirección a Hattie al darse cuenta de que él mismo había caído en la misma trampa.

Pensando que Judith estaba fuera de combate, Hattie se había unido a los conspiradores. Había sido ella quien había accionado la palanca de la hormigonera, matando a Adrián Umbridge. Él había reconocido a Judith en la biblioteca y sabía que Karen Kemble le

había estado mandando los documentos que él había suministrado. Había tenido cuidado de no incriminarse demasiado, razón por la cual la información filtrada había sido vaga. Lo que a su vez había significado que Judith no había reconocido la pista más obvia:

Era el nombre de Hattie en los documentos de planificación que había firmado mientras trabajaba para el ayuntamiento, a cambio de que Joanne Kemble la colocara como jefa de biblioteca, que era su modesta ambición. No el dinero ni el poder. Solo un reino propio.

Para Judith, solo había registrado subconscientemente que Hattie y Harriot eran intercambiables. Y solo cuando habían estado rastreando la base de datos de socios de la biblioteca se había dado cuenta de que Hattie siempre usaba su nombre de casada, pero su propio carné de socia estaba en su nombre de soltera: Routledge. Harriot Routledge era el nombre en los documentos. Incluso Karen Kemble desconocía su verdadera identidad.

A través de la manipulación entre bastidores, Hattie había advertido a Robin Needlemire y Eddie Sterling de que todo su esquema estaba a punto de desmoronarse. Aunque sabían que Joanne había sido asesinada, no eran conscientes de quién era la asesina, lo que mantenía al grupo en tenso silencio por paranoia, sin saber que Hattie les manejaba a todos desde las sombras.

Eso fue, hasta que se había visto obligada a revelar la inminente traición de Adrián Umbridge y tuvo que matarle. Hasta ese momento, Steve Bamber había sido sus ojos y oídos. Y el sospechoso de todos.

Hattie Trelawny no era la parlanchina simplona que disfrutaba aparentando. Era una experta manipuladora y una excelente actriz. Traicionada solo por la más mínima de las pruebas: como el Jizer, limpiador con alto contenido en acetona usado en la biblioteca e identificado en el informe forense como el mismo utilizado para limpiar el camión hormigonera robado de Judith. Solo porque Collins le había mostrado el informe a Judith en un intento de cerrarle la boca, había hecho la conexión. Era una prueba de la que Collins no había sido consciente hasta que Judith se la señaló.

El último acto de desesperación había ocurrido en la piscina. Con un cadáver en la biblioteca, Hattie se había visto obligada a

improvisar. Simuló un golpe en la cabeza y usó la chaqueta desechada por un trabajador y un pasamontañas como disfraz para intentar eliminar a Judith. No es que hubiera querido, y por supuesto, sin una planificación cuidadosa detrás de ello, todo se había ido descontrolando. Al menos tenía a Steve Bamber preparado para cargar con las culpas. Quizás fuera su amante, pero podría encontrar otro.

Todo el penoso desastre se desplegó con admisiones y señalamientos frente a la prensa.

Robin Needlemire y Eddie Sterling sin duda contratarían un ejército de caros abogados para demostrar que no tenían nada que ver con los asesinatos. Podían ser corruptos, pero tenían algo de moral. Y los detalles de la corrupción podían mantenerse fácilmente alejados de la prensa con costosas órdenes de silencio, supresiones legales adoradas por celebridades y políticos ricos y deshonestos.

Durante el extravagante confesionario, el subinspector Collins y la inspectora Eastly se habían ido acercando a Hattie Trelawny y Steve Bamber con las esposas preparadas. Era un final dramático a la salida de Fabián de la vida política. Después de que Collins le pusiera delicadamente el acero en las muñecas a Hattie y le leyera sus derechos, Judith se interpuso entre ellos y las cámaras mientras la bibliotecaria era conducida fuera de su amado palacio hacia un coche de policía que esperaba.

La voz de Judith era baja y cargada de tristeza. A pesar de todo, había llegado a apreciar a Hattie e incluso a aceptar los méritos de su pódcast. Su fugaz fama no bienvenida, igual que su aparición reacia en los informativos nacionales, quedaría olvidada en el ciclo de noticias de la semana siguiente.

—Supongo que debería darte las gracias por no matarme. No por falta de intentarlo, claro.

—Nada personal —le aseguró Hattie. —Tuve que improvisar cuando habría preferido ensayar. No quería hacerte daño. De hecho, te admiro de verdad, Judith. Podríamos haber hecho cosas formidables juntas. ¡Mira lo hábil que eres: me has pillado!

Judith sonrió con timidez. «Ya sabes que fue suerte. Ibas muy por delante de mí todo el tiempo. Ni siquiera podía averiguar por

qué habías matado a Joanne en primer lugar. Siempre me faltaba un móvil, lo cual se debía a tu brillantez al incriminar a todo el mundo. ¡Usar a Steve como cabeza de turco fue genial!»

Hattie se sonrojó bajo los halagos. Echó un vistazo a su alrededor. Eastly se había quedado dentro de la biblioteca y Collins estaba a un metro detrás, absorto en el teléfono.

—Fue todo por el trabajo —le confió Hattie.

—¿Porque Joanne te prometió el puesto de jefa de biblioteca?

Hattie asintió. «Era un sueño de toda la vida. Ya te lo dije».

—Ella te usó para entrar en el departamento de urbanismo del ayuntamiento.

—Me aseguré de que todo pasara. Cambié lo que había que cambiar disimuladamente. Una vez que fue aprobado, me dio el puesto en la biblioteca de Fenton, luego solo era cuestión de tiempo hasta que este lugar abriera.

Judith se maravilló y sacudió la cabeza. El asesinato estaba mayormente impulsado por la codicia, los celos o la ambición. Hattie había marcado la última casilla con el más leve trazo de bolígrafo. Mientras que otros habían sido impulsados por el poder político o lucrativos contratos de construcción de altos vuelos, ella simplemente había querido una biblioteca propia. Una ambición modesta según los estándares de la mayoría, pero para ella valía la pena matar para conseguir lo que quería.

—Pero para ser honesta —susurró Hattie, echando un vistazo de nuevo a su alrededor mientras llegaban al coche de policía. —Eso queda entre tú y yo. Verás, en todos esos dramas de crimen real, el móvil es el factor clave. La pregunta que todo el mundo quiere responder es el porqué, no el cómo. Nadie puede probar el mío. Será nuestro pequeño secreto que mantendrá a todo el mundo adivinando.

Estaba tan encantada consigo misma que Judith se sintió culpable por pincharle el globo a la asesina.

—No estoy tan segura de eso. —Levantó el teléfono, que había estado grabando toda la confesión. —Estaba pensando en ponerlo en mi nuevo pódcast.

No pudo resistirse a sonreír en respuesta al shock de Hattie. Sus miradas se encontraron mientras Collins ponía una mano en la cabeza de Hattie para guiarla al asiento trasero del vehículo y cerró de golpe la puerta.

Cuando Judith volvió a la biblioteca, Fabián Heinzel estaba en mitad de su discurso de retirada. Una vez que Judith le había presentado a él y a Maggie las pruebas la noche anterior, fue lo suficientemente inteligente para ver cómo seguir trabajando con Robin Needlemire y Eddie Sterling sería un suicidio político. Maggie había aceptado a regañadientes que Judith le había ayudado a esquivar una bala.

Judith se quedó al fondo del salón con Karen Kemble, que había conseguido recomponerse, y las dos mantuvieron una estantería entre ellas y la prensa.

—Gracias —dijo en voz baja. —Por entender. Por ayudar a destapar todo. —Señaló a Fabián. —Él al menos demuestra que la integridad importa, y seguimos teniendo este lugar.

—Tu madre era complicada, y en definitiva, humana —dijo Judith. —Como la mayoría de la gente. Hizo cosas malas, pero no merecía morir por ellas.

—No. No lo merecía.

Fabián estaba ahora respondiendo preguntas sobre lo que haría a continuación y manejaba la incómoda andanada a la perfección. Jugó sus cartas con maestría: humildad, conmoción, agradecimiento por el arduo trabajo de la policía para lograr justicia.

—Va a ser una gran pérdida para la política —lamentó Karen. —Por fin alguien con una brújula moral e integridad puestas a prueba ante la prensa nacional.

Judith emitió un suave sonido pensativo y frunció los labios.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Karen.

—No. —Su deliberada pausa llevó a Karen hacia la conclusión equivocada, antes de que aclarara. —¿Conoces el viejo dicho: al buen gato nunca le faltan ratones?

—Creo que te refieres al perro.

—Sé perfectamente lo que digo —dijo Judith con firmeza mientras observaba a Fabián actuar para la multitud. —Y estoy

mirando a uno.

El teléfono silenciado vibró y echó un vistazo al mensaje. El mensaje de Derek había llegado a tiempo. Con una pequeña sonrisa lo reenvió a Maggie y la observó durante varios segundos antes de que Maggie echara un vistazo a su propio teléfono. La expresión de sorpresa en su cara no tenía precio mientras la cabeza escaneaba al público buscando a Judith Spears.

Pero Judith ya había salido por la puerta de nuevo. Este era el momento de Fabián; solo que él aún no lo sabía. Todo el asunto casi había destruido su amistad con Maggie, justo en el momento crucial en que necesitaba amigos que la apoyaran. Por muy loba solitaria que Judith creyera ser, no podía evitar apreciar formar parte de una manada.

Maggie y Fabián estarían bien. Sara y Raimundo se llevarían el mérito de resolver otro caso. Y todo volvería a ser como antes.

Todo, excepto un último pliegue en la vida de Judith que tenía que resolver.

40

La comisaría de Fulton zumbaba con una energía que Raimundo Collins no había presenciado en mucho tiempo. Agentes que apenas conocía le daban palmadas en la espalda. Su comisaria jefe incluso se había tomado la molestia de visitar la comisaría y le había sonreído: una expresión que Raimundo había creído hasta ese momento que la cara de la mujer era físicamente incapaz de producir.

Y para colmo, alguien había traído bollos de la buena pastelería, la que cobraba cuatro euros por un cruasán y los hacía valer hasta el último céntimo.

—Esto es surrealista —murmuró Sara, aceptando felicitaciones de un agente con la gracia incómoda de alguien no acostumbrado a la atención positiva. —Siento como si me hubiera adentrado en la vida de otra persona.

—Disfrútalo —dijo Raimundo, aunque también él tenía un aspecto igualmente incómodo. —Para la semana que viene habremos vuelto a ocuparnos de gnomos de jardín robados y denuncias por ruido.

—No puedo esperar.

Habían dado su declaración formal una hora antes. La rueda de prensa estaba prevista para esa tarde. La comisaria había usado

frases como «labor policial ejemplar» y «crédito para el cuerpo» y otras expresiones alienígenas en esa parte rural del país.

Con la precisión cronométrica de quien sabe cuándo hacerse con el último éclair de chocolate negro, Judith Spears apareció junto a sus escritorios, con un aspecto considerablemente más animado que la última vez que la habían visto. Ropa limpia, pelo cepillado y con un color pelirrojo más vivo que de costumbre.

—Felicidades —dijo, con una sonrisa irónica bailando en los labios. —Veo que los dos os estáis recreando en vuestra merecida gloria.

—Esta también es tu gloria —dijo Sara con un modesto encogimiento de hombros. —Nosotros solo estábamos allí para hacer las detenciones.

—Las detenciones son importantes. Muy oficiales. Muy satisfactorias para el público. —Judith echó un vistazo alrededor de la bulliciosa comisaría. —Y vosotros solo hicisteis las cosas aburridas, como salvarme la vida. —Reconoció a Raimundo. —E intentar salvarme la vida, con lo que casi me matasteis y provocasteis un nuevo rescate para los dos.

—Un placer entorpecer —dijo Raimundo mientras se hundía en el asiento y jugueteaba con una goma elástica, enrollándosela alrededor de los dedos. La llegada de Judith tenía el inquietante efecto de actuar como un botón de reinicio. De repente, la vida volvía a la normalidad. —Hablando de entorpecer, seguro que estás ocupada…

Judith se encaramó al borde de su escritorio y le hizo un gesto desdeñoso. «Para nada. Resulta que tengo muy poco que hacer. Nada, de hecho».

Raimundo señaló los papeles sobre el escritorio. «Bueno, yo sí. Nuestra pequeña aventura ha generado montañas de papeleo del tamaño del Everest».

—Y a ti te encanta el papeleo.

Raimundo la fulminó con la mirada... pero se distrajo con el suave riseño de Sara. Se había acomodado detrás de su escritorio y miraba la pantalla. Notó sus ojos sobre ella y levantó la vista con inocencia.

—¿Qué? —Cuando sus miradas se volvieron inquebrantables, empezó a sonrojarse. —Bueno, es que vosotros dos... —desvió la vista, negándose a decir nada que pudiera ser usado en su contra ante un tribunal. Mientras el momento se extendía incómodamente, intentó cambiar de tema. —Veo que Fabián ha revertido su decisión de abandonar la candidatura. Me pregunto cómo lo consiguió, especialmente cuando públicamente se distanció de sus dos mayores patrocinadores. —Ahora le tocó a ella mirar acusadoramente a Judith.

—El hombre se ha convertido en algo así como una celebridad política. A la gente le gusta apoyar a los ganadores.

—Maggie dijo que tú tuviste algo que ver.

Judith maldijo interiormente la bocaza de Maggie... pero esa era una parte inherente de su amiga.

—No sabía que tenías dinero, Judith —dijo Raimundo, logrando condensar un año de acusaciones en siete simples palabras.

—Conozco a alguien que lo tiene —dijo Judith misteriosamente. —Alguien que necesita un pequeño favor de tu parte.

Las cejas de Raimundo se alzaron alarmadas. Judith había girado la ruleta conversacional en su contra de repente. Por suerte, no era mal detective, porque el nombre le llegó muy rápido:

—¿Derek Sheppey?

Judith asintió. «Resulta que tenía unos ahorros que había olvidado y estaba dispuesto a enviarlos. Por la causa anónima correcta».

Raimundo asintió comprensivo. La cuantiosa donación de Derek al fondo de campaña de Fabián Heinzel debía permanecer como su pequeño secreto. «¿Y esa causa serías tú?»

Judith se rio. «Derek nunca ha sido tan desinteresado. Su buena causa es definitivamente él mismo. Si yo me fuera a beneficiar de algún modo» —dijo con desprendimiento, logrando transmitir que iba a beneficiarse enormemente— «sería buena voluntad colateral».

Los instintos de Raimundo estaban en alerta. «¿Qué tipo de favor estás pidiendo?»

—Del tipo en que tú y la inspectora Eastly vais a buscar café. El café bueno. Del sitio de la esquina. El que tarda veinte minutos

porque muelen los granos a mano o lo que sea que hacen.

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Contribuí a aumentar vuestro papeleo de todas las maneras imaginables que os hacen quedar más estupendos y maravillosos de lo que ya sois.

Los ojos de Raimundo se entornaron; no podía decidir si le habían insultado o halagado.

—Quieres que te dejemos solos en vuestros escritorios —dijo Sara lentamente. —Con acceso a los ordenadores de la policía.

—¡Jamás sugeriría tal cosa! —La expresión inocente de Judith no habría engañado a un niño especialmente poco espabilado. —Sugiero que os toméis un descanso bien merecido. Lo que ocurra mientras estáis fuera difícilmente será vuestra responsabilidad.

Raimundo y Sara intercambiaron miradas.

—No —dijo Raimundo con firmeza. —Eso sería una grave violación del protocolo. Posiblemente ilegal... y como policía, realmente debería saberlo. Sería definitivamente motivo de despido si alguien se enterara.

—Entonces, que no se entere nadie.

—Judith–

—Raimundo, por favor. —La voz perdió su tono juguetón. —Necesito buscar algo. Algo importante. Algo que os afecta a vosotros dos y a todos los demás agentes honestos de esta comisaría.

—¿De qué estás hablando? —Luego la respuesta obvia le golpeó. —Estás hablando del inspector Hamper.

Judith asintió en señal de reconocimiento mientras simultáneamente decía: «Para nada. No tiene nada que ver con él».

La verdad era que Derek había descubierto información muy sensible sobre el buen detective de la Policía Metropolitana. O más bien, el no tan bueno...

—Te lo puedo contar si quieres —dijo con despreocupación. —Descubrí la incrimi–

Raimundo se puso bruscamente de pie y disparó la goma elástica desde el extremo del dedo, golpeando a Judith en la frente. —¡Para! No quiero oír nada más. Y desde luego no voy a ser cómplice de

ninguna de tus ideas descabelladas. ¡No quiero café! De hecho, Eastly y yo estábamos a punto de comprobar algo en mi coche.

Sara levantó la vista sorprendida. «¿Estábamos?» Captó la indirecta y se levantó.

Raimundo levantó las manos en señal de que Judith no necesitaba continuar.

—Así que nos negamos a ayudar de ninguna manera. Y una vez que eso haya calado en tu cabeza terca, puedes encontrarnos en el aparcamiento y disculparte.

Salió airosamente. Sara tardó un momento en darse cuenta de que debía seguirle. Judith esperó a que hubieran salido de la sala antes de sentarse detrás del ordenador de Raimundo, que había bloqueado. Una rápida mirada alrededor mostró que estaba prácticamente sola, y los ocasionales agentes que pasaban sonreían y asentían, aceptando su presencia como parte del paisaje.

Judith miró de la pantalla de inicio de sesión al escritorio de Raimundo. Sabía que la mayoría de la gente usaba contraseñas terribles. Raimundo, siendo Raimundo, probablemente usaba algo seguro e imposible de adivinar. Pero también había dejado la libreta abierta sobre el escritorio, y allí, con su letra ordenada, había una cadena de letras, números, símbolos de dólar y almohadillas que parecía sospechosamente una contraseña anotada porque el departamento de informática había exigido cambios mensuales y nadie podía recordarlas.

La tecleó.

El sistema se desbloqueó.

—Bendito seas, Raimundo —murmuró Judith. —Nunca cambies.

Navegó por la base de datos policial con la confianza de alguien que ya había estado allí antes. Accedió a la sección de Asuntos Internos. Como de costumbre, los americanos tenían un nombre chulo y conciso para esa oficina: Internal Affairs. Un nombre que evocaba intriga y fechorías. Asuntos Internos sonaba como un conjunto de normas que se encontrarían en la página web de un contable colegiado.

Encontró una sección a la que los agentes podían acceder para ver el estado de las acusaciones en su contra. Los datos del

inspector Hamper estaban protegidos tras varias preguntas personales: apellido de soltera de la madre, lugar de nacimiento, nombre de la primera mascota.

Por suerte para Judith, el detective los había facilitado todos voluntariamente: Denise Carter, Wimbledon, Cheddars.

Y de repente estaba dentro y mirando una larga lista de alegaciones internas acumuladas contra el inspector Michael Hamper.

—Chico malo —murmuró Judith mientras memorizaba la extensa lista. Había estado muy ocupado. Pensó que sería una buena pareja en una cita para Hattie. Ahora estaba en una línea que podía hundir su carrera... así que había localizado a Judith y Derek como su vía de escape. Pero les había subestimado. O más bien, la había subestimado a ella.

Sonrió para sí misma.

Que disfrutara de su falsa sensación de seguridad. Tenía todo lo que necesitaba. Pero eso podía esperar. La venganza satisfactoria, como el buen vino, necesitaba tiempo para madurar.

Judith salió de la comisaría a un débil sol y experimentó un brío en el paso que había estado ausente durante unos meses. Era agradable tenerlo de vuelta. Al otro lado del aparcamiento de la comisaría, Sara y un agente Kevin Fenton de uniforme estaban junto al coche de ella, enfrascados en una seria conversación. Sara hablaba, con las manos gesticulando, con una expresión abierta en una forma que Judith rara vez había visto.

Judith notó que Raimundo leía el teléfono al abrigo de un árbol, intentando no parecer una figura paterna micromanageando la vida de Sara. Judith se cruzó silenciosamente detrás de él, echando un vistazo a la pantalla del teléfono.

Mientras tanto, Kevin parecía esperanzado. Luego Sara asintió y toda la expresión de Kevin se transformó en alegría. La atrajo hacia él en un abrazo, y Sara, la dura e independiente Sara, se derritió en él...

...Antes de apartarle bruscamente y recomponerse.

—Ha dicho que sí —la voz de Judith sacudió a Raimundo del teléfono. Bloqueó la pantalla rápidamente. Judith señaló a Sara. —

¿Eso era sobre lo de que se van a mudar juntos?

—Al parecer. No entiendo a qué viene tanto alboroto.

—Y dicen que el romance está muerto. Kevin es buen chico. De buena familia, además.

—¿Buena familia? ¿Él? —exclamó Raimundo.

Judith le lanzó una mirada inquisitiva. «Kevin Fenton... ¿de Fulton...?» Cuando Raimundo sacudió la cabeza, Judith puso los ojos en blanco con incredulidad. «Su familia eran terratenientes con título nobiliario. Una rama familiar, un pequeño rasgo peculiar en el apellido... está a una vocal y una consonante de tener título».

—¡No me lo puedo creer!

—¿Y tú te llamas detective? —Judith miró a Sara sorprendida. —¿Quieres decir que ella no lo sabe?

—No creo.

Judith se rio entre dientes. «Quizás el romance no está muerto por aquí después de todo». Los ojos se le fueron al teléfono. «¿CorazónParado? ¿Estás bien? ¿Necesitas atención médica?»

Avergonzado, Raimundo se guardó el teléfono en el bolsillo y no pudo mirarla a los ojos. «Es un sitio de citas...» —murmuró. —Estaba solo... ya sabes... investigando.

—Debería aceptar —dijo Judith con firmeza. Disfrutó viendo a Raimundo retorcerse.

—Quizás lo haga —dijo él escuetamente.

—Bien.

—Un poco de normalidad por aquí vendría de perlas.

—Absolutamente.

Se quedaron mirando a Kevin y Sara, que de repente se dieron cuenta de que les observaban. Sara se transformó en una adolescente mientras les fulminaba con la mirada, articulando con los labios las palabras «¡Dios mío!»

Judith y Raimundo tuvieron la decencia de sentirse incómodos y se alejaron, caminando al unísono hacia el coche de Judith.

—Te dejo con el papeleo —dijo ella.

—Bien. No necesito ninguna distracción.

—¿Oh, ahora soy una distracción?

—Sí. No —enmendó apresuradamente. —Y será mejor que no hayas intentado usar mi ordenador.

—Te aseguro que intentar es una palabra demasiado elevada.

—Bien.

Llegaron al coche. Raimundo asintió y le tendió la mano. Sorprendida, Judith se la estrechó flojamente.

—Hasta la próxima —dijo él.

Judith abrió la puerta del coche. «Ya lo creo que sí». Subió al coche e intentó cerrar la puerta, pero esta se resistió, sujetada por la mano de Raimundo.

—Aunque estaba pensando... probablemente no.

—¿Que no qué? ¿Que no me verás?

—No, probablemente no... —sacó el teléfono del bolsillo y lo agitó sin ganas.

Los ojos de Judith destellaron de comprensión. El sitio web...

—No. No creía que lo hicieras.

—Eso es espectacularmente presuntuoso.

—No, no lo es. Es simplemente una perspicacia diabólica. ¿Dónde está la gracia si no hay una piscina en la que tirarse sabiendo que te vas a ahogar?

Cerró la puerta, arrancó el motor y se marchó.

El subinspector Raimundo Collins observó cómo el pequeño Ford Ka negro casi raspaba la barrera de la salida en las prisas de Judith por marcharse. Era divertido verla alterada, pensó. Echó un vistazo a Sara Eastly, que sonreía y parecía revitalizada mientras hablaba con su novio.

A veces el cambio es exactamente lo que hace falta, pensó Raimundo mientras entraba en la comisaría.

Pero quizás no siempre...

Y SI QUIERES SABER MÁS — BUSCA EL LIBRO 5:

MUERTE TRAS EL OBJETIVO

ÉGALEMENT PAR SAM OMAN

info@mgcole.com

Twitter: @abriggswriter

Bluesky: @andybriggs42@bsky.social

UN THRILLER DE LA SERIE

JUDITH SPEARS:

01 - UN ASESINATO POR INVITACIÓN

02 - MUERTE EN LA LÍNEA

03 - UNA DOSIS DE CRIMEN

04 - CRIMEN FUERA DE PLAZO

05 - MUERTE A TRAVÉS DEL OBJETIVO